



AMOR Y TEQUILA

María José Vela

VERSÁTIL
no más 1.2.2

Índice de contenido

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)

[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)

[CAPÍTULO TREINTA](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)

[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Amor y tequila

©2020 María José Vela

Diseño de cubierta: Eva Olaya

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.^a edición: septiembre 2020

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2020: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A Gonzalo, mi amor y mi tequila.

CAPÍTULO UNO

Es curioso cómo, en los peores momentos, aquello que odias puede convertirse en tu única salvación. A Sara no le gustaba conducir y, sin embargo, hacía meses que no perdía la oportunidad de hacerlo. Y es que así, con las manos en el volante y la mirada fija en la carretera, nadie podía pedirle que preparara un biberón, que realizara una craneotomía de urgencia o que hiciera el amor. Cuando conducía, solo cuando conducía, el mundo parecía detenerse y darle una tregua. Por eso, aquella mañana no dudó en hacerse con las llaves del monovolumen para ir al aeropuerto. No le importó la cara de sorpresa que puso Juan ni tampoco el hecho de que fueran mal de tiempo. Porque iban mal. Muy mal.

Para evitar mirar el reloj otra vez y estresarse más que un camaleón en un parque de bolas, Sara echó un vistazo por el retrovisor. Mala idea. Juan intentaba dormir apoyado en la silla de la pequeña Loreto, su bebé de veinte meses. Estaban cogidos de la mano y, por cómo fruncían el ceño, hundiendo algo más la ceja derecha que la izquierda, seguían disgustados.

Sara emitió un largo suspiro, directo desde su pecho. Estaba cansada. Preparar un viaje como aquel en tiempo récord no había sido nada fácil. Y eso que su destino era Cancún, un paraíso del Caribe mexicano donde puedes vivir experiencias trepidantes, como ponerte hasta arriba de micheladas y tacos al pastor,^[1] bailar en el Coco Bongo hasta morir o, si eres idiota, perder la virginidad.

Pero el de Sara no era un viaje de placer, no. Se trataba más bien de una aventura improvisada, una desgracia en toda regla, una pesadilla dantesca que se desató cuando Cayetana, su hermana pequeña, la llamó en plena noche para anunciar: «Álvaro ha muerto».

Ante semejante drama, Sara no dudó en prometerle que irían a verla lo antes posible. De nada sirvió la insistencia de Juan en recordarle aquella tontería sin importancia de que llevaban trece años sin dirigirse la palabra ni enviarse una postal por Navidad.

No, no había sido fácil organizar un viaje así. Ni siquiera le habían hecho a la niña el pa... sa... por... te...

—Juan, ¿puedes mirar en mi bolso si llevo el pasaporte, por favor? —preguntó Sara.

Juan buscó la mirada de Sara en el retrovisor y, aunque no la encontró, pudo sentir su nerviosismo.

—¿Dónde lo tienes?

—Mira en el bolsillo interior.

—Aquí solo está el de Loreto.

—¿Puedes buscarlo donde sea, por favor? —lo instó Sara, el corazón a mil por hora.

Tras adentrarse en las profundidades del inmenso bolso de su mujer, donde encontró un tanga medio mojado que olía a suavizante, un estetoscopio y hasta un tubo pegajoso de pomada para hemorroides, Juan sentenció:

—No está.

Sara se revolvió nerviosa. Quiso tragar saliva, pero tenía la boca seca. Miró el reloj. Iban con el tiempo tan justo que dar la vuelta y volver a casa para buscar el pasaporte ya no era una opción. Si hubieran salido a la hora prevista... Pero fue imposible. Juan se empeñó en despertar a Loreto, una decisión absurda tratándose de un bebé que no dormía nunca más de cuatro horas seguidas. Y a ella no le gustó, claro. El desconcierto inicial de verse obligada a dejar de dormir, dio paso a un tremendo llanto del que tuvo que hacerse cargo Sara mientras le preparaba un biberón y recogía algunas prendas del tendedero que terminó metiendo arrugadas en su bolso. Nada parecía consolar a la pequeña, ni siquiera Po, el perrito de peluche marrón que siempre la acompañaba. Solo cuando tuvo que concentrar toda su energía en hacer algo de suma importancia (una caca bien grande), el llanto cesó.

Sara la llevó a la habitación, le quitó el pañal y se dio cuenta del desastre. Cuantos pañales y toallitas tenían en casa estaban repartidos entre las maletas y la mochila de la niña, y todo, absolutamente todo, se lo había llevado Juan al monovolumen sin preguntar. Sara lo llamó al móvil, pero como todo el mundo sabe, los garajes subterráneos se diseñan a propósito para que no haya cobertura. Lo intentó una vez más y otra y otra... No pudo localizarlo hasta que apareció por la puerta, nervioso porque su mujer no bajaba con la niña. Juan tuvo que correr de vuelta al coche a por toallitas y un maldito pañal y así, con media hora de retraso, consiguieron salir de casa.

—Sara, no puedo creerlo, ¿se te ha olvidado el pasaporte? —balbuceó Juan desde el asiento de atrás.

—Creo que sí.

—Hay que ir a la comisaría y no tenemos tiempo.

—Calla, déjame pensar...

—¿En qué, Sara? Sin pasaporte no puedes volar a México. Tenemos que ir a la comisaría del aeropuerto a para ver si te hacen uno provisional —insistió Juan.

Como si de las trompetas del Apocalipsis se tratara, los altavoces del monovolumen comenzaron a sonar con desesperación. Era una llamada de Loreto, la amiga de Sara responsable de que su hija se llamara así.

—Dime, Lore —contestó Sara, casi sin voz.

—¿Se puede saber dónde estáis? Os estamos esperando.

—Estamos llegando, pero tenemos un problema. Me he dejado el pasaporte en casa —dijo Sara. Un tenso silencio se formó a ambos lados de la línea.

—¿Me estáis vacilando?

—¡No! —gritaron Sara y Juan a la vez.

—Vale. A ver, no os pongáis nerviosos.

—Hay que ir a la comisaría —dijo Juan.

—Sí, eso me suena. A Abi le pasó algo parecido hace poco. Ella sabe qué hay que hacer, os la paso.

Abi y Loreto, las amigas de Sara, habían quedado con ellos en el aeropuerto para hacerse cargo del monovolumen. Así no tendrían que pagar un dineral de *parking* si su estancia en Cancún se alargaba más de lo previsto.

—Sara, tranquila, en la comisaría de policía de la T4 pueden hacerte un pasaporte provisional. Creo recordar que está en un extremo de la terminal —dijo Abi, cuya torpeza habitual la había convertido en una experta en solucionar situaciones tan extraordinarias, que podría sobrevivir hasta en Gilead, la república de *El cuento de la criada*.

—Abi, ¿podéis buscarlo en internet y confirmármelo, por favor? —suplicó Sara.

—Sí, espera, Loreto lo está mirando. Pongo el altavoz.

Aunque solo tardaron unos segundos en consultarlo, dentro del monovolumen parecieron horas.

—La comisaría está al final de la zona de salidas y está abierta —confirmó Loreto—. ¿A qué hora tenéis que embarcar?

—A las nueve, tenemos menos de dos horas. ¿Crees que nos dará tiempo?

—De sobra. Id hasta el fondo de la terminal, nosotras vamos para allá.

Con los nervios de punta, llegaron al aeropuerto. Sara siguió con suma atención las señales para no equivocarse de camino, solo le faltaba aparecer en la terminal equivocada. En cuanto enfiló el carril habilitado para dejar pasajeros, no le costó mucho identificar a sus amigas. Abi trataba de compensar sus problemas de estatura saltando para llamar su atención. Loreto, sin embargo, no necesitaba moverse. Le bastaba su estilo gótico, sus *piercings* y sus tatuajes para que la reconocieran.

Sara detuvo el coche frente a ellas y, antes de que pudiera tirar del freno de mano, Loreto saltó al asiento del copiloto y empezó a dar instrucciones precisas:

—Sara, ve con Abi. Ya tenemos localizada la comisaría. Juan, tú y yo vamos a dejar el coche en el aparcamiento por si todo sale mal y no podéis viajar.

—¡*Leto!* —gritó el bebé, que se alegraba de ver a su siniestra tocaya.

—¡Hola, Mini Yo! ¡Te vas a México! —exclamó Loreto.

Con el alma llena de esperanza y el corazón a punto de explotar, Sara salió del coche y corrió junto a Abi hacia la comisaría. Una vez allí, fueron directas hacia un hombre uniformado que guardaba la puerta y que bien podría haberse llamado Goliat.

—Buenos días, ¿qué desean? —las saludó con una enorme sonrisa.

—Hola —jadeó Sara—. Tengo que coger un vuelo a Cancún, en México, y no tengo mi pasaporte. Además, voy con una niña pequeña. ¿Puede ayudarme?

—¿A qué hora tiene que embarcar?

—A las nueve.

El agente Goliat miró su reloj y torció el gesto.

—Los compañeros que realizan estos trámites no llegan hasta las ocho.

—¿Hasta las ocho? Eso es casi una hora y no tengo una hora, ¡voy con un bebé! —protestó Sara.

—Señora, es lo que hay. Siéntese ahí y espere —ordenó Goliat, con una templanza envidiable hasta para un monje budista.

—Sara, tranquila, yo me quedo esperando. Tú ve a ese fotomatón de ahí y hazte unas fotos. Te las van a pedir —dijo Abi.

—Buena idea —confirmó el agente Goliat, que miraba a Abi con inusitada atención—. Me suena mucho su cara, ¿la conozco de algo?

Abi sonrió emocionada y le dedicó una coqueta caída de ojos.

—Sí, puede ser, presento las noticias de madrugada del Canal 12 —dijo apartándose el pelo de la cara como si fuera una *celebrity*.

Goliat entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Canal 12? Ni siquiera sabía que existía.

—Vaya por Dios... —suspiró Abi, de vuelta al anonimato.

—Pero estoy seguro de que la conozco... ¡Ya sé! Usted estuvo aquí hace poco. ¡Es la periodista que se desmayó!

Una repentina y sospechosa tensión se apoderó de todos los músculos de Abi.

—¿Cuándo te desmayaste? —preguntó Sara, extrañada por no conocer esa historia.

—¿No te acuerdas? Te lo conté, tonta. Iba a París con un compañero para hacer un reportaje y me dejé el DNI en la oficina. Me enviaron aquí y, con los nervios, me desmayé —mintió Abi.

Mintió, sí, porque en realidad no se desmayó. Tan solo simuló un desvanecimiento para que la atendieran antes que a nadie y, aunque se salió con la suya, ahora ese policía podría descubrir el engaño si Sara no dejaba de mirarla con cara de sospecha.

—Sara... ¡Las fotos! —dijo Abi.

Con los nervios de nuevo en el estómago, Sara fue hacia el fotomatón que había a unos pocos metros. Abrió las cortinas y se sentó en la banqueta. La cabina era agobiante, demasiado pequeña para su metro ochenta de estatura. Al ver su aspecto en el reflejo de la pantalla, sacó de su bolso el tubo de pomada para hemorroides y se aplicó a pequeños toques una buena cantidad bajo el párpado inferior. Era un ritual más que otra cosa, porque hacía meses que ese truco ya no funcionaba. Enderezó la espalda y se dio cuenta de que su cabeza se salía de los límites de la foto. Se levantó y bajó la altura del asiento dándole vueltas hasta que llegó al tope. Volvió a sentarse y compuso un poco sus rebeldes rizos dorados. Siguió las instrucciones que vio en la pantalla y...

Tres.

Dos.

Uno.

¡Flash!

Listo. Las fotos estarían en un minuto.

Sara apoyó la espalda contra la pared de la cabina y suspiró. Pensó en el fotomatón que contrataron para los invitados el día de su boda con Juan, esa de la que no pudieron disfrutar porque rompió aguas en el altar. «Yo os declaro marido y mujer. Como es evidente que ya has besado a la novia antes, ¡llévatela ahora mismo al hospital! Ya os besaréis más tarde», dijo el sacerdote.

Sara sonrió al recordar aquella deliciosa locura de casarse embarazada, pero su sonrisa se tornó triste cuando una pregunta que llevaba ignorando mucho tiempo afloró con fuerza:

«Si hubiéramos esperado a que naciera Loreto, ¿nos habríamos casado?».

[1]. Michelada: bebida creada por los dioses que se prepara con cerveza, salsa picante, zumo de limón y sal. Tacos al pastor: tortilla de maíz con carne adobada aliñada con cilantro, cebolla y piña. La combinación de ambos puede tener efectos secundarios irreversibles, como alcanzar el éxtasis, ver la luz o sentir la más absoluta felicidad. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO DOS

Juan cruzó la puerta de la T4 con todos los bártulos en un carro que se torcía a la derecha.

—Tenía que tocarme a mí el carro roto —murmuró.

—Eso pasa porque has cargado todo el peso en el mismo lado. Espera... —dijo Loreto, soltando por un momento la silla donde llevaba a su pequeña tocaya.

—Déjalo, Lore, da igual. Con todo lo que tenemos por delante el carro es lo de menos.

—Oye, ¿estás bien?

—No. Estoy muy preocupado por este viaje. Pienso en todo lo que Sara sufrió por culpa de Cayetana y no entiendo por qué tenemos que ir a verla.

—Pues no sé, Juan, yo no tengo hermanos, pero supongo que Sara querrá reconciliarse con ella. Antes estaban muy unidas.

—Sí, pero cuando Sara la necesitó de verdad, Cayetana la dejó sola. No ha dado señales de vida en trece años y me preocupa que, después de todo eso, con una simple llamada, consiga que crucemos medio mundo para ir a verla. Y tengo miedo, Lore, porque no quiero ver sufrir a mi mujer.

Loreto lo miró pensativa, buscando con desesperación un argumento que pudiera consolarlo, pero no lo encontró.

—Vamos, ahí está la comisaría.

—Esa es otra. Tú conoces a Sara desde que erais niñas y sabes lo organizada que es. ¿Alguna vez la has visto cometer un error tan grande como dejarse el pasaporte en casa?

—La verdad es que no pero, Juan, puede pasarle a cualquiera.

—Ya lo sé, Loreto, pero la cuestión es que le ha pasado a ella porque, desde que habló con su hermana, está como ausente. Te juro que no entiendo qué le pasa.

—Le pasa que está cansada, Juan —dijo Loreto.

—No es solo eso, Lore. Yo también estoy cansado, porque no duermo y trabajo como un animal, pero aun así me he acordado de traer el puto pasaporte —dijo Juan, ajeno al hecho de que, dentro de ese fotomatón junto al que pasaban, estaba su mujer escuchándolo todo.

Juan y las dos Loretos dieron un respingo al oír el chasquido metálico de la cortina cuando se abrió con violencia. Sara apareció tras ella, dio unos pasos al frente y se encaró a su marido. La tensión del momento era tan grande que Loreto decidió alejarse a la voz de:

—Vámonos, Mini Yo. Se avecina tormenta y tu padre tiene cara de pararrayos.

Al verse solo ante el peligro, Juan sostuvo la mirada de Sara y levantó el mentón, pero no pudo

evitar el movimiento de la nuez, que subía y bajaba por la garganta como si fuera un yoyó.

—No sabía que esto fuera una competición, Juan, pero está bien, juguemos —dijo Sara—. Tú has traído tu pasaporte y a mí se me olvidó el mío. *OK*. Seguimos. ¿Quién compró los billetes?

—Tú —dijo él, con voz trémula.

—¿Quién hizo la maleta de Loreto?

—Tú.

—¿Quién la llevó a sacarse su primer pasaporte?

—Tú, pero...

—¿Quién fue al banco a por pesos mexicanos?

—Sara...

—¿Quién se encargó de hablar con los del seguro médico por si nos pasa algo?

—Sara, si me dejas hablar....

—No, Juan, ya has hablado bastante, pero ¿por qué en lugar de echarme en cara el único fallo que he cometido, no te preguntas por qué el pasaporte se me olvidó a mí y no a ti?

—Sara, te estás pasando. ¿Quién se queda con Loreto veinticuatro horas seguidas cuando tú estás de guardia?

Sara se cruzó de brazos, alzó una ceja y contestó:

—Tu madre.

—Mi madre solo viene un rato para que yo pueda trabajar. Te recuerdo que soy autónomo, que no tengo vacaciones y que sigo sin entender por qué tenemos que hacer este viaje.

—Chicos... —los interrumpió Abi, apareciendo de la nada.

—Pues si tanto te cuesta entenderlo, no haber venido, Juan. Yo no te lo pedí —dijo Sara.

—¿Es que querías irte sola?

—Chicos...

—No, pero habría sido todo tan sencillo que no se me habría olvidado el pasaporte.

—Chicos, parad...

—Abi, ¡cállate! —gritaron los dos a la vez.

—Es que el policía os está llamando.

Sara giró la cabeza y vio al agente Goliat haciéndole señas. Con la sangre hirviendo en sus venas, tomó las instantáneas que el fotomatón había escupido hacía un buen rato y se acercó al agente.

—Hoy está de suerte. Mi compañero ha venido temprano y ha accedido a atenderla. Pase al primer despacho, la está esperando —dijo Goliat.

—Genial, gracias.

Sara se asomó a la puerta. Un policía muy atractivo, de los que provocan ganas de cometer un delito para que te detenga, la esperaba en una mesa. A pesar de su estado de nervios, Sara intentó sonreír. Cuando tu destino está en manos de otra persona, es mejor ser simpática. Sin embargo, el agente la miró con cara de no haberse tomado aún su primer café del día.

—Siéntese —refunfuñó.

—Buenos días —dijo Sara.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tengo un vuelo a Cancún. Embarco a las nueve y me he dejado el pasaporte en casa —dijo. El rostro del policía permaneció impasible. Era como si esperara oír algo más, por eso Sara añadió todo lo que se le fue ocurriendo—: Por favor... Gracias... Lo siento...

—¿También ha olvidado su DNI?

—No, eso no.

—Entonces muéstremelo —dijo el agente de malos modos.

Sara buscó en su cartera y le entregó el DNI. El policía le puso delante un formulario y le indicó con una mueca que lo rellenara. Sara obedeció. Estaba tan alterada que le temblaba el pulso, algo que no le había ocurrido nunca, ni siquiera el día que abrió su primer cráneo en un quirófano.

—Listo —murmuró con timidez—. Ah, y aquí están las fotos. Me las he hecho mientras lo esperaba.

—No le harán falta —anunció el policía con rudeza—. Hace menos de un año que renovó su DNI, de modo que utilizaremos la foto que tenemos en nuestro archivo. Suerte para usted, está muy desmejorada.

Sara lo miró unos instantes sin saber cómo reaccionar a tan cruel observación.

—Tengo poco tiempo y duermo mal —dijo, desconcertada.

—¿Me enseña el billete, por favor?

Sara se lanzó a buscar en su bolso los papeles con todo lo relativo al viaje. Con el revoltijo de cosas que llevaba y la histeria con la que Juan había buscado su pasaporte, salieron húmedos y más arrugados que el codo de una momia. Le dio tanta vergüenza mostrárselos, que sintió la necesidad de explicarse:

—Lo siento, voy a Cancún con mi familia por un problema personal y solo he tenido unos días para prepararlo todo. Han sido tantas cosas que...

—¿No van de vacaciones? —la cortó el policía.

—No.

—¿Negocios?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cuál es la urgencia?

—Mi cuñado ha muerto.

—Vaya, lo siento —lamentó el agente, cambiando de pronto su actitud.

—Gracias.

—Viajan para repatriar el cadáver, ¿verdad?

—No, no, él vive allí.

—Vivía —la corrigió el policía.

—Sí, bueno, él vivía allí. Trabajaba en Cancún para una cadena de hoteles americana.

—O sea, que van al entierro.

—No, ya lo incineraron —explicó Sara.

—Entonces, ¿para qué van?

—Mi hermana tiene que cumplir una promesa y nos ha pedido que la acompañemos. Al parecer, tiene que tirar la urna de mi cuñado en un cenote. Es una especie de lago subterráneo que... — Sara se detuvo sorprendida al darse cuenta de que el policía la miraba como si estuviera frente al último capítulo de *Juego de Tronos*.

—Continúe, por favor —dijo, con sumo interés.

—Es un lugar muy especial para la cultura maya y, al parecer, para mi hermana y su difunto esposo también, aunque no sé muy bien el motivo. El caso es que nosotros somos la única familia que tiene y debemos estar con ella por mucho que mi marido insista en lo contrario.

—¿No tienen más familia? —preguntó el agente, mirándola de soslayo, como si de pronto desconfiara.

—Bueno, ella tiene un hijo, pero nada más.

—¿No tienen más hermanos?

—No. Solo somos nosotras dos.

—¿Y sus padres?

—Murieron en un accidente de tráfico.

—Vaya, lo siento.

—Gracias.

—Eso debió unirlos mucho.

—En realidad terminó de separarnos. Hace trece años que no la veo y, francamente, por eso este viaje es todavía más difícil —reconoció Sara.

El policía la miró con lástima unos instantes. Después dio una palmada en la mesa que retumbó por todo el despacho y afirmó con rotundidad:

—Vamos, tiene que tomar ese vuelo y recuperar a su hermana. La familia provoca los peores quebraderos de cabeza, pero hay que apoyarla siempre.

Terminó de teclear en su ordenador, le pidió a Sara que pusiera sus dedos en un cristal del que salía una luz roja y, treinta euros más tarde, un flamante pasaporte salió de la impresora que tenía a su lado.

—Tenga. Es un pasaporte provisional que caduca en un año. Recuerde renovarlo cuando regrese —le advirtió a Sara.

—Gracias, de verdad.

—Buen viaje, y dígame a su hermana que la acompañe en el sentimiento.

—Sí, se lo diré.

Sara agarró su bolso y salió del despacho a toda prisa. Abi, Juan y las dos Loretos la esperaban impacientes a unos metros. En cuanto Sara alzó la mano para mostrarles su pasaporte, todos echaron a correr hacia el control de seguridad.

CAPÍTULO TRES

No llevaban ni media hora de vuelo y Juan ya se había quedado dormido. Sara, con la pequeña Loreto en brazos, lo observaba en silencio. Aunque todavía era un hombre atractivo, en los últimos meses parecía haber envejecido diez años. Empezaban a asomar las primeras canas, siempre tenía ojeras y estaba tan delgado que su fabulosa mandíbula inferior cada vez se marcaba más. Sara pensó que era lo normal porque tenían una niña pequeña que dormía menos que el chófer de Drácula, pero ¿a quién quería engañar? La niña no era lo único que le quitaba el sueño a Juan. Tenía que haber algo más y Sara pensaba, sabía, más bien, que eran las consecuencias de forzar las cosas. Porque todo en la vida de Sara y Juan había sido forzado.

Se conocieron en un fiesta que Abi organizó en el Stupen'Dance, el bar donde habían pasado los mejores momentos de su juventud. Sara esperaba en la barra a que le sirvieran un ron con Coca-Cola cuando Loreto apareció de la nada envuelta en su aura gótica. La cogió del brazo y la arrastró por todo el local hasta colocarla frente a Juan. Sin más preámbulos, dijo:

—Este es Juan, un compañero del imbécil del novio de Abi. Juan, mi amiga Sara. No te dejes engañar por su aspecto de rubia impresionante e insustancial. Acaba de terminar Medicina y está haciendo el MIR.

Hechas las presentaciones y haciendo gala de lo poco que le gustaba perder el tiempo, Loreto se marchó y los dejó a solas. Sara y Juan se miraron con timidez y mucho, muchísimo recelo. Juan estaba más que harto de su don para atraer mujeres tan deslumbrantes como vacías, y a Sara le habían roto el corazón tantas veces, que cuando empezó a latir de nuevo por Juan, a eso de las tres de la mañana, se asustó.

—Chicas, me encuentro mal, ¿podéis acompañarme al baño? —les pidió a Loreto y a Abi.

Tras despejarse un poco, reconoció ese cóctel de ron, Coca-Cola y mariposas en el estómago que nunca antes le había traído nada bueno, de modo que decidió huir cual Cenicienta experimentada que sabe que el cuento acabará mal. Prefería mil veces quedarse con el recuerdo intacto de la forma en que Juan la había llevado de la mano hasta un lugar apartado para escuchar mejor lo que le estaba contando, que arriesgarse a descubrir que era un hombre tan malvado como todos los demás. Sin embargo, no pudo escapar.

Cuando Sara salió del baño y enfiló las escaleras del local para irse a casa, su cuerpo se paralizó. Juan la estaba esperando en el primer escalón, mirándola como si fuera una preciosa burbuja que podría estallar en cualquier momento. Aún seguirían en aquella escalera, mirándose como dos líneas paralelas que fluyen destinadas a no tocarse, de no haber sido porque Loreto les

dio el empujón definitivo, literalmente. Al percatarse de la situación y volviendo a hacer gala de lo poco que le gustaba perder el tiempo, empujó a Sara con la fuerza justa para que cayera escaleras abajo, directa a los brazos de Juan. Fue así como se dieron su primer beso, un momento divertido y bonito, pero forzado. Como todo lo que vino después.

Juan solía preguntarle a Sara por qué insistía en vivir en un piso de estudiantes desordenado, bullicioso y sucio.

—Me gusta —contestaba ella.

Pero era mentira. Sara necesitaba ruido, desorden, broncas... Lo que fuera con tal de no detenerse a pensar. Se había mudado a ese lugar infernal al poco tiempo de morir sus padres en aquel accidente horrible. Pudo haberse quedado en su casa, claro, pero no fue capaz de afrontar la soledad rodeada de tantos recuerdos tristes. El peor de todos, sin duda, el eco de las palabras de Cayetana, su hermana pequeña, anunciando que no podía abandonar México para ir a consolarla:

—Sarita, no puedo ir a España —dijo con una rotundidad aplastante, casi cruel.

—Caye, te lo pido por favor. Lo estoy pasando fatal —imploró Sara, deshecha en lágrimas.

—Lo sé, y yo también estoy muy triste, pero no puedo ir a verte. Mi hijo solo tiene seis meses y acaban de ascender a Álvaro. Tiene mucho trabajo y no puede hacerse cargo del niño.

—¿Y si buscas a alguien con quien dejarlo?

—No puedo, le estoy dando el pecho. Lo siento, Sarita. Apóyate en tus amigas y piensa que te quiero y que estoy aquí para lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

Sara tardó mucho tiempo en contarle todo aquello a Juan. No es fácil compartir lo que se siente al perder en un instante a todos los miembros de tu familia, los vivos y los muertos.

—¿Cuántos años tenías cuando murieron? —le preguntó Juan.

—Acababa de cumplir veintidós.

—O sea, que no habías terminado la carrera.

—No.

—¿Cómo pudiste terminarla? ¿Tenían un seguro de vida o algo así?

—Ojalá —suspiró Sara, con una sonrisa triste—. Dejaron algo de dinero ahorrado, pero con eso apenas pude pagar los impuestos y el entierro. Tuve que vender el coche de mis padres y un montón de cosas más. Y ponerme a trabajar, claro.

Juan la miró pensativo.

—¿Por qué no vendiste su casa?

—Porque la mitad es de mi hermana. Ella no vino al entierro pero su marido sí mandó a un abogado con un poder para firmar la aceptación de la herencia.

—¿Nunca te ha propuesto venderla, alquilarla o hacer algo con ella?

—No, y dudo mucho que llegue a hacerlo. Cayetana puede ser una desconsiderada, pero te aseguro que el dinero es lo último que le interesa.

Juan permaneció en silencio y Sara sonrió aliviada, pensando que por fin su novio había comprendido por qué vivía como lo hacía y no hablaba del pasado. Pero Juan no estaba pensando

en nada de eso. Estaba sintiendo, por primera vez, una profunda admiración por Sara, por eso no dudó en decir:

—Vamos.

—¿Adónde?

—A por tus cosas.

—¿Por qué?

—Porque te vienes a vivir conmigo.

—Pero, Juan, tu apartamento es muy pequeño.

—Mejor. Así no nos costará llenarlo de buenos recuerdos —dijo él con ternura.

En ese momento empezó lo que Sara consideraba la época más feliz de su vida. Entre sus guardias en el hospital y los viajes de Juan, que por aquel entonces trabajaba en una consultoría internacional, pasaban mucho tiempo separados; pero Sara no se sentía sola porque, como bien había vaticinado Juan, en aquel apartamento minúsculo fueron atesorando recuerdos maravillosos, como el del día que Juan llegó a casa con una gran noticia:

—Sara, voy a dejar la consultoría.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Estoy harto de viajar a todas horas, sobre todo ahora que te tengo a ti.

—Pero si lo dejas, ¿qué vas a hacer?

—Voy a montar una asesoría por mi cuenta. Ya tengo un par de clientes que se vienen conmigo y conseguiré muchos más. Seguiré trabajando como un animal, pero esta vez será solo para nosotros y no pararé hasta que puedas dejar de hacer guardias. Casi no te veo, Sara, y lo odio. Odio todo aquello que te aparta de mí. Sara... ¿Estás llorando?

Sí, Sara estaba llorando. Había pasado tanto tiempo anhelando que alguien, más allá de sus amigas, se preocupara de verdad por ella, que la emoción la desbordó. Era como volver a tener una familia y eso, después de que la suya desapareciera de la noche a la mañana sin dejar rastro, le pareció un regalo. Juan la abrazó, limpió cada lágrima a base de caricias y consiguió que el momento fuera mágico, apasionado y chisporroteante. Tan mágico, apasionado y chisporroteante, que Sara se quedó embarazada.

Aunque nunca habían hablado de tener hijos, ambos acogieron la noticia con ilusión. Sin embargo, ninguno de los dos se acordó de plantear si debían dar un paso más en su relación. O, tal vez, no quisieron. Juan pensaba que estaban bien así y Sara no quería forzar las cosas. Pero las forzaron. En el cuarto mes de embarazo, Sara tuvo un fallo renal que las llevó, a ella y al bebé, directas a quirófano. Por suerte todo salió bien, pero Juan se asustó de verdad y, en la misma cama de hospital le entregó con torpeza un anillo tan caro que hasta Gollum habría renunciado a él. Puede que el escenario no fuera el más romántico del mundo, pero para Sara fue un momento precioso.

Juan no quiso esperar al nacimiento del bebé para celebrar su amor por todo lo alto, y así fue como, en la semana treinta y seis de embarazo, Sara rompió aguas frente al mismísimo altar y

tuvieron que salir corriendo al hospital.

—¿Nos vamos de luna de miel? —preguntó Sara con picardía esa misma noche, con Loreto recién nacida en sus brazos.

Juan sonrió feliz.

—En cuanto crezca un poco nos iremos los tres donde tú quieras.

Jamás volvieron a hablar del tema. ¡Fue imposible! Loreto se despertaba cada dos o tres horas pidiendo atención con un llanto desesperado, algo habitual en los dos o tres primeros meses de vida, pero llegado el quinto y el sexto, empezaba a ser preocupante.

—No duerme más de cuatro horas, ¡eso no puede ser normal! —explotó Juan un día, en la consulta de un antiguo compañero de universidad de Sara que parecía disfrutar con su desesperación porque siempre había estado enamorado de ella.

—Os ha tocado un bebé que no duerme, eso es todo. Mientras siga ganando peso y creciendo a buen ritmo, no hay ningún problema.

Juan pidió una segunda opinión y también una tercera, pero no consiguió que les recetaran nada nuevo, solo una buena dosis de amor y mucha paciencia. Dos remedios de los que ambos iban cada vez más escasos.

—¿Qué nos está pasando, Juan? —murmuró Sara en el avión, casi sin querer.

Juan cambió de postura en su asiento al oírla, pero siguió durmiendo como un gusano de seda en su capullo. Loreto, sin embargo, se inquietó en sus brazos. Se revolvió tanto que tiró a Po, su perrito de peluche, al suelo. Sara se inclinó para alcanzarlo y se lo dio, pero era demasiado tarde. Loreto ya se había espabilado del todo.

Con el fin de evitar que despertara a su padre, Sara buscó la cartera en su inmenso bolso. Loreto se entretenía mucho jugando con las tarjetas de crédito. Como tardaba en encontrarla, decidió sacar lo primero con lo que tropezó, su pasaporte provisional y las fotos que, al final, no había necesitado. La niña lo agarró todo con sus manitas y, cuando Sara comprobó que la mujer cansada y descuidada que la miraba desde la tira del fotomatón nada tenía que ver con la rubia despampanante que aparecía en su pasaporte, entendió que el policía guapo no pretendía ofenderla cuando le dijo aquello de: «Suerte para usted, está muy desmejorada». Solo había dicho la verdad, una verdad flagrante hasta para un bebé de veinte meses.

—¿Mamá? —preguntó Loreto con su lengüita de trapo, señalando la foto del pasaporte.

—Sí, esa era mamá —susurró Sara.

—No, no, no, no —aseguró la pequeña riendo, y volvió a preguntar incrédula—: ¿Mamá?

Sara le dio un beso en la frente para evitar que el juego se convirtiera en un bucle interminable. Apoyó la cabeza en su asiento y la giró para observar a Juan. Sí, ambos parecían haber envejecido una década en tan solo unos meses pero, ¿acaso era eso posible?

«Claro que es posible», pensó Sara con tristeza. «Es lo mismo que les ocurrió a papá y mamá cuando Caye se fue a México y decidió no regresar».

CAPÍTULO CUATRO

Todo comenzó con uno de tantos viajes exóticos que Cayetana hacía cuando era joven, vegetariana, activista de causas perdidas y todo aquello que pudiera molestar a su padre. Llevaba semanas recorriendo Centroamérica cuando llegó a Tulum, en plena Rivera Maya.

—Tulum es increíble, Sarita. Es un lugar mágico donde te puede pasar de todo —le explicó a su hermana en una de sus escasas llamadas de teléfono.

Sara sonrió al comprobar que la tendencia natural de su hermana a la exageración se mantenía intacta, aunque aquella vez, no exageraba. Tulum resultó ser un lugar mágico de verdad donde todo era posible, como que Cayetana encontrara a su alma gemela, un tal Álvaro, y que decidieran casarse a los tres días de conocerse. Tenía apenas veinte años.

El padre de Sara montó en cólera cuando se enteró de la noticia. Estaba tan enfadado que fue hasta México con el firme propósito de anular la boda y traer a Cayetana de vuelta, pero ni él ni sus abogados ni su determinación pudieron hacer nada contra de la magia de Tulum.

No volvieron a tener noticias de Cayetana hasta un año más tarde, cuando llamó a casa para contarles que ahora vivía en Cancún y, así de pasada, algún detallito más sin importancia:

—Cancún es un elogio al capitalismo, pero el mar es increíble y aquí hay mucho trabajo para Álvaro. De algo tenemos que vivir, ¿no? Además, en quince días nacerá mi bebé.

La noticia cayó como una bomba, sobre todo porque pretendía dar a luz a su hijo en su propia casa; y Sara decidió ir a verla, aunque para ello tuviera que enfrentarse, por primera vez en su vida, a su padre:

—Papá, somos su familia y tenemos que apoyarla.

—Ese es el problema, Sara, que como siempre la hemos apoyado, nunca ha tenido que asumir las consecuencias de sus actos —protestó su padre—. ¿Tienes idea de lo que tu madre y yo hemos gastado en multas, fianzas y abogados cada vez que tu hermana se manifestaba desnuda en las plazas de toros, se encadenaba a los árboles o sabotaba el Congreso de los Diputados? Decenas de miles de euros, Sara. ¿Y cómo nos lo agradece? Largándose con el primer cantamañanas que encuentra dispuesto a seguirle la corriente.

—Pero dice que va a tener a su hijo en casa, papá. ¿Tienes idea del riesgo que corre?

—Es su decisión y, por tanto, su problema.

—Papá, entiéndelo. Yo soy médica y puedo ayudarla.

—Aún no, Sara, te quedan dos años de carrera y el MIR.

—Sí, pero puedo asistir un parto. Así, si no consigo convencerla de que vaya a un hospital, al

menos podré ayudarla.

—Sara, te lo prohíbo.

—¿Por qué?

—Porque esto es precisamente lo que busca tu hermana, que vayamos a sacarla del apuro.

—Tener un hijo es más que un apuro, papá. Lo siento, pero voy a ir verla.

—¿Con qué dinero, Sara? —la retó su padre, harto de discutir.

—Con el que yo le voy a dar. —La voz de Sol, la madre de Sara, sonó contundente por todo el salón y colapsó el aire con su tristeza.

El padre de Sara se giró hacia ella sorprendido. Su rostro pasó de la sorpresa al enfado y, finalmente, a la derrota. Fue entonces cuando Sara se dio cuenta de cuánto había envejecido en tan poco tiempo.

—Está bien. Haced lo que queráis, pero una cosa os pido: No os llaméis a engaño. Cayetana solo piensa en sí misma, y nosotros, su familia, no le importamos nada —sentenció.

Tres días más tarde, Sara llegó al aeropuerto de Cancún, donde su cuñado Álvaro la esperaba con una enorme sonrisa y su nombre dibujado en un cartel. Era uno de esos chicos tan encantadores y amables que al final terminan provocando desconfianza. Guio a Sara por el aeropuerto hasta una furgoneta llena de turistas que tenía que repartir por varios hoteles de la cadena de *resorts* americana para la que trabajaba.

—Esto es algo provisional —le dijo a Sara—. Muy pronto conseguiré algo mejor. Así podré cuidar a Cayetana como se merece. Como a una reina.

—Álvaro, si hay alguien en este mundo que no quiere ser una reina, esa es mi hermana —le advirtió Sara.

—Sí, ¿verdad? Es tan auténtica... —suspiró Álvaro con una sonrisa que hubiera encogido el corazón de cualquiera, pero que a Sara le provocó un escalofrío.

Tras repartir a todos los turistas, Álvaro llevó a Sara a su casa. Como era de esperar, vivían en una casucha de mala muerte en Cancún pueblo, lejos del lujo y el glamur de los hoteles, pero contra todo pronóstico, estaba limpia y ordenada. Cayetana salió a recibirlos descalza, con los brazos abiertos y su larga melena rubia cayendo libre y salvaje hasta la cintura. Seguía como siempre, salvo por la inmensa barriga de embarazada y por el precioso vestido blanco bordado con flores de cien colores que llevaba puesto.

—Caye, esto es muy bonito —le dijo Sara después de abrazarla.

—¿Te gusta? Es el vestido típico de Yucatán. ¡Tengo millones! Los hago en casa y después los vendo en la playa. Al principio me los compraban en una tienda de un centro comercial muy pijo, pero cuando vi que cobraban a las clientas diez veces más de lo que me pagaban a mí, les insinué amablemente que fueran a burlarse de otra.

—¿Amablemente? ¿Eso significa que te esposaron? —dijo Sara, riéndose.

—Solo un poco, pero ¿qué más da? Mira, he hecho uno para ti y otro para mamá.

—Son muy bonitos —reconoció Sara, sorprendida de que su hermana tuviera algo parecido a un

trabajo y de que se mostrara generosa con su madre.

Estuvieron hablando toda la noche. Cayetana le contó a Sara lo feliz que se sentía viviendo en Cancún, lo estupendo que era Álvaro y lo maravilloso que era estar embarazada:

—Las mujeres somos diosas, Sarita. Cuando estés embarazada lo entenderás.

Pero lo mejor del viaje de Sara llegó cuando, unos días más tarde, Álvaro la despertó en plena noche.

—¿Qué pasa?

—Ven, por favor, Cayetana se encuentra mal.

Sara se levantó corriendo y fue hasta la habitación de su hermana.

—Álvaro, ¿para qué la despiertas? Ya te dije que son gases. No tendría que haberme comido el quinto taco de carnitas^[2] —dijo Cayetana.

Nada más tocar su barriga, Sara confirmó que no se trataba de gases, sino de contracciones.

—Las tienes cada diez minutos, Caye, tu bebé está en camino. Vamos a un hospital.

—Sarita, ya lo hemos hablado. No quiero ir a un hospital. No estoy enferma, solo voy a tener un bebé y no quiero que nazca en un quirófano frío y cargado de mal karma.

Sara miró a Álvaro con preocupación. Necesitaba ayuda para convencerla.

—Caye, mi reina, estoy preocupado por ti. No quiero que te duela —dijo él.

Cayetana tomó entonces la cara de su marido entre sus manos con suma ternura.

—Cariño, ¿cómo me va a doler traer al mundo a un hijo tuyo? ¡Es imposible! Además, estoy segura de que los dolores del parto no son más que un oscuro plan de la industria farmacéutica para vendernos anestesi... ¡Ahhh! —gritó de pronto, con el rostro crispado y las uñas clavadas en la cara de Álvaro.

Una contracción, una de las que duelen de verdad, tiró por los suelos cuantas teorías alternativas había urdido Cayetana sobre el hecho de alumbrar a un hijo.

—Álvaro, ¡tenemos que irnos ya! —gritó Sara, mientras lo ayudaba a liberar su cara de las manos de Cayetana, que se aferraban a ella con la fuerza de un jaguar enloquecido.

—Voy... Voy a por la camioneta —dijo Álvaro, con la cara llena de arañazos.

Cuatro horas más tarde, en el paritorio, Cayetana gritaba con todas sus fuerzas y un insólito acento mexicano:

—¡Mátenme, hijos de la chingada! ¡Mátenme de una vez!

Aunque nada más llegar al hospital suplicó que le pusieran anestesia parcial, general o incluso que le dieran un golpe en la cabeza para no sentir dolor, la torpeza del joven anestesista (o puede que algún oscuro plan de la industria farmacéutica en su contra) provocó que no le hiciera efecto a tiempo.

—Ayúdenla a empujar, ¡ahora! —ordenó el médico.

—Vamos, Caye. Una, dos y tres —dijo Sara, apretándole la mano.

Cayetana infló los carrillos, apretó los ojos muy fuerte y se concentró en realizar un abdominal que le hizo ver las estrellas.

—¡Esto duele mucho! —gritó.

—Doña Cayetana, otro poquito y ya, de veras. ¡Empújete! —insistió el doctor.

—¡Que me duele! ¡Chingao!

—Caye, mi reina, no grites así, ¿qué va a pensar el doctor? —suplicó Álvaro, cada vez más avergonzado.

Cayetana se dejó caer sobre la cama, miró a su marido y gritó llena de ira:

—Que piense lo que le dé la gana, Álvaro, ¡pero que saque a este niño de mi cuerpo ya!

—Ándele, doña Cayetana, aproveche que está enojada y empuje —propuso el doctor, con fingido entusiasmo.

Cayetana se incorporó ligeramente sobre los codos para así establecer, por encima de su barriga y entre sus piernas, contacto visual con el doctor.

—¡Empujaré cuando me dé la rechingada ganaaaa! —vociferó, con tal fuerza, que de pronto todo cambió.

Un chasquido acuoso dio paso a un silencio inquietante que rompió el llanto de un niño de más de cuatro kilos tras inspirar su primera bocanada de aire caribeño.

—Enhorabuena, es un varón —anunció el doctor.

—¡Sí! —gritó Álvaro con los puños en alto y un evidente subidón de testosterona.

—Caye, ya está —anunció Sara.

—¿El qué? ¿Qué pasó? ¿Por qué no me duele?

—Nuestro hijo, ya está aquí, mi reina —dijo Álvaro, y antes de que Cayetana pudiera reaccionar, la matrona dejó un bulto nervioso sobre su pecho.

—¡Álvaro! ¡Es igual que tú! —exclamó Cayetana.

—Sí, se parece a mí, ¿verdad?

—Es precioso, Caye. ¿Cómo lo vais a llamar? —preguntó Sara.

—Kin —dijo Cayetana, y al ver que la cara de su hermana se convertía en un signo de interrogación, le explicó—: Significa sol en maya.

—¿Sol? ¿Como mamá?

—Sí, como mamá. Después de todo lo que le he hecho sufrir... Iremos a verla en cuanto podamos. ¿Verdad, Álvaro?

—Claro que sí, mi reina —contestó él, y selló su promesa con un beso en los labios.

Sara regresó a España orgullosa de poder demostrar a sus padres que su hermana había sentado cabeza. Tenía un trabajo, era feliz y, a su manera, los quería.

—Ojalá tengas razón —dijo su padre.

Pero no la tenía. Cayetana lo demostró seis meses más tarde, cuando sus padres murieron y no hizo el menor esfuerzo por viajar a España para acompañar a Sara. Una faena que, sin embargo, trece años más tarde no le impidió tener la desfachatez de llamarla para comunicarle que su marido había muerto y pedirle que viajara a Cancún para acompañarla en tan duro momento.

—¿Auriculares? —preguntó la azafata en el avión.

Sara los aceptó sonriendo. Juan seguía dormido y Loreto necesitaba algo nuevo para entretenerse.

—¿Eto? —dijo la pequeña, señalando el paquetito que tenía su madre en la mano.

—Son para ti —le susurró Sara al oído.

La pequeña agarró los auriculares, miró a su madre y sonrió. Era su forma de dar las gracias. Sara le devolvió la sonrisa y pensó que, tal vez, la gratitud fuera un sentimiento natural para todo ser humano que algunas personas, como Cayetana, decidían ignorar. ¿Y cuál era entonces el sentido de ese viaje que, además de complicado, con toda probabilidad resultaría inútil? La respuesta brotó de lo más profundo de su corazón cuando miró por la ventanilla y observó el cielo:

«Puede que Cayetana solo piense en sí misma, papá, pero es lo único que me queda de vosotros. Por eso la necesito».

[2]. Carnitas: carne de cerdo cocida a fuego lento en cazuela de cobre. Existen muchas formas de prepararlas y las más famosas son las de Quiroga o Santa Clara de Cobre, en Michoacán, pero también las de cualquier puesto callejero de Xochimilco, en Ciudad de México, te llevarán al cielo. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO CINCO

Tras diez horas de vuelo, Sara y Juan llegaron al aeropuerto de Cancún. Había mucha gente, hacía demasiado calor para la ropa que llevaban y las maletas tardaban en salir, pero Sara no pensaba en nada de eso. Plantada frente a la cinta de equipajes, no dejaba de preguntarse qué aspecto tendría Cayetana. Por más que intentaba imaginársela con trece años más, solo venía a su mente el último recuerdo que tenía de ella, diciéndole adiós descalza con su bebé en brazos.

«Seguro que está preciosa», pensó Sara con cierta envidia.

Los pocos días que pasó con su hermana en Cancún tras el parto, fueron suficientes para comprobar que Kin era un bebé tranquilo, de los que duermen durante horas y hay que despertar para darles de comer. Además, los planes de Cayetana consistían en criarlo en casa, rodeado de amor por la naturaleza, libertad y vestidos bordados de flores. Una vida tranquila que, a buen seguro, la habría convertido en una de esas *hippies* alegres y de rostro sereno que conducen una Volkswagen desvencijada con el símbolo de la paz pintado a brochazos. Claro que... Cayetana no tenía carné de conducir. ¿Sería capaz de ir a buscarlos atravesando la zona hotelera de Cancún en un carro tirado por mulas?

—Sara, ¡la silla! —gritó Juan, de pronto.

Sara dio un respingo. Estaba tan distraída que la silla de Loreto pasó por delante de ella sobre la cinta de equipajes. Trató de alcanzarla, pero le resultó imposible. Había demasiada gente con maletas a su alrededor y no pudo esquivarlas porque llevaba a Loreto en brazos. Se quedó contemplando impotente cómo se alejaba la silla sin darse cuenta de que Juan, cargado con la mochila de los pañales de Loreto y las dos maletas que acababa de recoger, la miraba preocupado. De algún modo, en aquel momento tuvo la certeza de que el reencuentro de Sara con Cayetana, la terminaría apartando de él.

Una vuelta de cinta más tarde, cuando por fin tenían todas sus cosas amontonadas en un carro y a Loreto en su silla, se dirigieron a la salida. Al ver el gentío que esperaba impaciente a los pasajeros, el corazón de Sara se aceleró. La mayoría eran personas mostrando un cartel con nombres en todos los idiomas: *miss Fletcher*, *mademoiselle Dumont*, señor Vela... A Sara se le encogió el estómago. Trece años atrás, Álvaro la estaba esperando allí mismo con uno de esos carteles frente a su pecho. Y ahora estaba muerto.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó Juan.

—No lo sé, no la veo —dijo Sara.

Buscó entre el gentío un vestido blanco de flores y una melena rubia, pero no encontró nada parecido, y los pasajeros que iban saliendo tras ellos los obligaban a avanzar, algunos sin ninguna consideración.

—¡Ay! —chilló Sara.

Un hombre que guiaba a un grupo de japoneses le golpeó el tobillo con un carro en el que llevaba equipaje suficiente como para vestir a todo Tokio durante décadas.

—Ay, *esquiusmi* —dijo el hombre, en un inglés tan musical como rústico.

—No pasa nada —dijo Sara, masajeando su tobillo.

—Híjole, pensé que era usted gringa. Como es tan alta y tan güera... [3]

—¿Perdón? —preguntó Sara, sin comprender ni una palabra.

—Nada, güerita. Con permiso —dijo el asesino de tobillos, casi cantando, y se alejó despreocupado con sus japoneses, que se movieron tras él con la misma coordinación que un banco de sardinas.

Sara levantó la tela de su vaquero para ver su tobillo. Tenía la piel arañada y empezaba a sangrar. Juan se acercó a ella, le puso la mano en la cintura y le preguntó con ternura:

—¿Estás bien?

Puede que fueran los nervios, el cansancio o el calor. La cuestión es que Sara se incorporó y se giró hacia Juan con el firme propósito de abrazarlo y decirle que sí, que estaba bien, y que siempre lo estaría mientras siguieran juntos. Pero no lo hizo. Una imagen insólita, increíble, casi grosera, llamó su atención antes siquiera de que pudiera establecer contacto visual con su marido. Una imagen que provocó que Sara no dudara en soltar la silla de Loreto ni en apartar a Juan de un empujón para dar unos pasos adelante y observarla con suma atención.

A tan solo unos metros, en un rincón apartado, una hermosa mujer trataba de esconder su impaciencia tras unas oscuras gafas de sol. Era una mujer bellísima y sofisticada, de esas que llaman la atención con su sola presencia pero que, además, cargan su *outfit* de exclusividad. Llevaba su melena rubia recogida en una original trenza de raíz que desvelaba un cuello esbelto y una piel sedosa, ligeramente bronceada. Su vestido, negro y sin mangas, tenía un corte tan exquisito que habría hecho parecer una princesa incluso a Jason Momoa. Se ceñía a su cuerpo con elegancia y llegaba hasta la altura justa para descubrir unas rodillas firmes y unas piernas de escándalo, en parte gracias a unos finísimos zapatos de tacón que hacían juego con un bolsito que la mujer llevaba en el brazo con el estilo de una diosa.

—No puede ser —murmuró Sara, plantada entre la multitud como una fría estatua.

Y, como si hubiera distinguido una voz familiar entre el guirigay que reinaba en el aeropuerto, la mujer elegante se giró hacia ella, deslizó sus gafas hasta la punta de su nariz con un movimiento más que estudiado y, durante un breve instante, sonrió.

Aunque nada tenía que ver con la preciosa *hippy* jovial y serena que Sara se había imaginado, esa mujer era, sin duda, Cayetana. Su rebelde y transgresora hermana pequeña.

—¡Sarita! —exclamó, corriendo a lanzarse en sus brazos.

—Caye... —dijo Sara con dificultad. Oír su voz llamándola así, Sarita, y sentir su cuerpo aferrándose al suyo, fue como volver a estar en casa después de vivir una pesadilla de trece años.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Sarita. Me haces tanta falta... Y después de lo mal que me porté contigo... No lo puedo creer... ¿Podrás perdonarme? —preguntó Cayetana mientras la abrazaba.

Sara no supo qué responder. Eran tantas emociones y estaba tan sorprendida, que solo acertó a decir:

—Siento mucho lo de Álvaro.

Cayetana deshizo su abrazo y, cabizbaja, rozó su nariz con un pañuelito blanco de tela que había sacado de la nada.

—Lo sé, Sarita, gracias. Le caíste tan bien...

Como siempre y a pesar de todo, Sara sintió la imperiosa necesidad de hacer algo para distraer a su hermana y evitar que llorara.

—Mira, Caye, este es mi marido —dijo cuando tomó su brazo para conducirla hasta el lugar donde se encontraban Juan y Loreto.

Cayetana se recompuso y, sin quitarse las gafas, le dio a Juan un corto, frío y pretencioso abrazo.

—Juan, encantada de conocerte.

—Igualmente —contestó él a duras penas, ocupado en disimular su sorpresa.

Su cuñada era, sin duda, la mujer más hermosa que había visto jamás. Pero el motivo de su asombro era el enorme parecido que guardaba con Sara. Tener a Cayetana delante era como estar frente a una versión *pro* de aquella joven fabulosa que conoció en una fiesta y de la que se enamoró al instante. La mujer a la que había jurado amar siempre y con la que apenas había hecho el amor desde que se convirtió en madre.

—Qué suerte has tenido con Sarita, Juan. Es tan lista... ¡Toda una doctora! ¡Neuróloga ni más ni menos! Tú serás cirujano plástico como poco, ¿no? —dijo Cayetana, como quien resuelve una sencilla ecuación de primer grado.

—No... Yo... Soy economista —aclaró Juan, sin comprender la relación y con un ligero escozor en su ego que decidió ignorar por el bien de su autoestima.

Cayetana lo miró de arriba abajo con suma atención y, por la mueca que se dibujó en sus labios, estaba claro que esperaba algo más.

—Y esta es Loreto —anunció Sara orgullosa, señalando la silla donde la pequeña permanecía tranquila, centrada solo en abrazar al harapiento Po.

—¡Oh! ¡Mi vida! ¡Es preciosa! Pero ¿qué le pasa? ¿Está enferma? —preguntó Cayetana.

—No, ¿por qué?

—Como va así, en pijamita y toda despeinada...

—Sí, bueno, en realidad es su ropa interior. Le hemos quitado lo que llevaba puesto para que no tuviera calor —se excusó Juan, sin entender muy bien por qué.

—Caye, ¿ese de ahí es Kin? —preguntó Sara.

—Sí. Está enorme, ¿verdad?

Cayetana hizo una seña discreta a un muchacho alto y desgarbado que caminó hacia ellos esforzándose por tapar, con un largo flequillo rubio, su incipiente acné. Llevaba bermudas, polo negro y era más que evidente que se sentía incómodo vestido así. Tras él, caminaba un hombre regordete de sonrisa amistosa cuya piel morena hacía destacar una guayabera blanquísima.

—Kin, te presento a nuestra familia.

—Mucho gusto —dijo el muchacho, extendiendo su mano hacia Juan y dándole un tímido beso a Sara.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Juan.

—Gracias —musitó el joven que, acto seguido, pulsó con disimulo los botones laterales de su teléfono hasta que una música estridente salió velada de los auriculares inalámbricos que parecían soldados a sus orejas.

Cayetana lo miró disgustada y, justo cuando parecía que iba a reprenderlo, alguien irrumpió en la conversación con la clara intención de evitarlo:

—Permítanme que me presente. Soy Celso Pérez, el chófer de doña Cayetana. A sus órdenes —dijo el hombre gordito de sonrisa amistosa y guayabera blanquísima.

—Sí, perdón —dijo Cayetana—. Celso, le presento a mi hermana, la doctora Sara Arcaute, y a su esposo, el doctor Juan...

—González —se apresuró a decir él, cuando se hizo evidente que su cuñada no conocía su apellido.

—¿González qué más? —preguntó Cayetana.

—García.

—¿García qué más?

—Solo García, nada más.

Tras unos breves segundos de confusión, Cayetana reaccionó:

—¡Oh! Disculpa, supuse que al ser tan común, al menos sería un apellido compuesto.

—No, lo siento —dijo Juan, tratando de encajar ese nuevo ataque a su ego.

—Bueno, no importa. Permitidme que os aclare que Celso no es solo nuestro chófer, es una persona muy querida y de total confianza que estará a vuestra disposición. ¿Verdad, Celso?

—Sí, doña Cayetana, cómo no —dijo el chófer, y como si quisiera confirmar su buena actitud, se dirigió a Juan—: Permítame, yo me encargo de su equipaje.

—Tranquilo, no es necesario.

—Sí, permítame, por favor.

Juan desistió al darse cuenta de la actitud nerviosa de Celso y lo que le pareció un gesto de disgusto en el rostro de Cayetana cuando propuso:

—¿Nos vamos? Me imagino que querréis cambiaros de ropa.

—Sí, lo cierto es que sí —dijo Sara, al darse cuenta de que la chaqueta que llevaba atada a la cintura, estaba llena de pelotillas.

—Sígueme, por favor, el carro esta por acá —dijo Celso.

—¿Cabremos todos en un coche? Si es necesario, podemos coger un taxi —dijo Juan.

Cayetana se puso muy tensa y lo miró con gesto serio, sobre todo cuando vio a Celso darse la vuelta para disimular que le entraba la risa.

—Aquí no se cogen las cosas, Juan. Aquí se toman o se agarran —explicó con severidad y un ligero rubor en sus mejillas.

—Es verdad, lo siento —murmuró avergonzado. Con todo lo que había viajado, ¿cómo había podido olvidar la erótica connotación del verbo coger?

—No se preocupe, doctor, el carro de doña Cayetana tiene ocho asientos, cabemos todos —dijo Celso, el rostro congestionado de tanto aguantarse la risa—. Sígueme, por favor.

Cayetana y Kin lo siguieron en silencio. Sara y Juan se miraron, «agarraron», que no «cogieron», la silla de Loreto, y fueron tras ellos.

Caminaron en silencio por el aeropuerto hasta que cruzaron la puerta de salida. Una vez fuera, los recibió una brisa cálida y una larga fila de palmeras que se alzaban despeluchadas hacia un cielo azul increíble.

—¿Qué es ese ruido tan molesto? —preguntó Cayetana, deteniéndose de pronto.

Todos la miraron sin comprender, hasta que Sara se dio cuenta de que se refería al chirrido metálico que hacía la silla de Loreto.

—Es esta rueda de aquí, tenemos que ponerle aceite —explicó.

—¡Oh! Tranquila, Celso se encargará después —dijo Cayetana, y reemprendió la marcha despreocupada.

Sara la miró perpleja, preguntándose de qué material sería el palo que se había implantado en la columna para caminar tan recta con semejantes tacones. ¿Madera? ¿Hierro? ¿Acero blindado como el que rodeaba ese inmenso todoterreno cuyo portón trasero se abrió en cuanto Celso se acercó a él?

—Esto es... Es... ¿Es un Karlmann King? —preguntó Juan.

—Sí, es un Karlmann —dijo Celso.

—Alucino...

—Fue el último capricho de Álvaro —murmuró Cayetana, con su pañuelito en la nariz.

Celso chasqueó la lengua con pesar y, visiblemente apenado, comenzó a meter todo en el maletero.

—Sara, ¿me ayudas a sacar a Loreto de la silla? —dijo Juan, con un tono que dejaba claro que no necesitaba ayuda, pero sí decirle algo.

—¿Qué pasa? —susurró Sara, inclinada sobre la pequeña para soltarla.

—¿A qué se dedicaba Álvaro?

—Lo último que supe es que era el chófer del dueño del hotel en el que trabajaba.

—Imposible —bufó Juan—. ¿Tienes idea de lo que vale este coche?

—¡Shhh! Te van a oír —lo regañó Sara, pero cuando Celso abrió la puerta del Karlmann y vio su interior, comprendió la reacción de su marido.

Ella no entendía mucho de coches, pero estaba claro que aquel era la máxima expresión del lujo. Seis asientos de piel, tan suave que parecía de bebé delfín, aparecían dispuestos unos frente a otros formando una especie de salón al que no le faltaba detalle. Hasta tenía una sillita en la que podrían llevar a Loreto.

—Y yo pensando en carros tirados por mulas... —dijo Sara.

—¿Decías algo, Sarita?

—No, nada. Es que... ¿Y esta silla?

—La mandé comprar esta mañana para tu bebé. Espero que le sirva —dijo Cayetana.

—¿De verdad hiciste eso?

—¡Claro! Quiero que vuestra visita a Cancún sea lo más agradable posible, Sarita. Es lo menos que puedo hacer para daros las gracias por haber venido a acompañarnos, ¿no crees?

Sara no supo qué decir ni qué pensar. No podía creer que, en los escasos diez minutos que llevaban juntas, Cayetana le hubiera pedido perdón y que ahora le diera las gracias. Su corazón clamaba por creerla, pero no era la primera vez que la engañaba y no podía bajar la guardia.

Aún no.

[3]. Güero/ra: persona de piel clara y cabello rubio. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO SEIS

Cuando ya estaban todos acomodados y la pequeña Loreto atada en su sillita nueva, el Karlmann se puso en marcha y salió del aeropuerto para tomar la carretera de Cancún-Chetumal, que los llevaría casi directos al Boulevard Kukulcán, la gran avenida que cruza la zona hotelera de Cancún. Cayetana tocó con cariño la rodilla de Kin y le quitó uno de sus auriculares.

—Kin, basta de música, por favor. Sarita y Juan son tus tíos, habla con ellos —le dijo.

El joven alargó la mano para que le devolviera su auricular, se lo colocó de nuevo y bajó un poco la música, al menos lo suficiente como para que no se escuchara desde la otra punta de Cancún.

Sara esperó en vano que su hermana hiciera caso de sus propias palabras y que dejara de comportarse como una pija estirada para volver a ser ella misma. Pero no lo hizo. Se acomodó en su asiento con la espalda muy recta, cruzó las piernas en una pose sofisticada y se quitó sus oscuras gafas de sol. Fue entonces cuando Juan empezó a sospechar. Los ojos de Cayetana eran verdes, como los de Sara, pero de un tono mucho más intenso, y estaban enmarcados por unas pestañas infinitas y una piel tersa en la que no había ni una imperfección. Costaba creer que esa mujer tuviera solo un año menos que Sara, pero también que acabara de quedarse viuda. Si bien estaba claro que Cayetana no era feliz, su mirada no reflejaba tristeza, sino un misterioso recelo cuyo motivo Juan tendría que descubrir para proteger a Sara.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Cayetana.

—Bien, pero casi perdemos el vuelo. Sara se dejó el pasaporte en casa y tuvimos que ir a la comisaría del aeropuerto para que le hicieran otro. Por suerte, todo quedó en un susto, ¿verdad, cariño? —dijo Juan, enlazando sus dedos con los de su mujer. Mostrarse encantador era lo primero que tenía que hacer para ganarse la confianza de su cuñada.

Sara se giró hacia él con la duda en la cara. No entendió el motivo de esa nueva y edulcorada actitud hasta que vio la enorme sonrisa que Juan le dedicó a su hermana. ¿Quería impresionarla? Bueno, al fin y al cabo, Cayetana estaba tremenda y tenía un coche alucinante, de modo que decidió seguirle la corriente.

—Sí, fue increíble. Gracias a la actitud positiva de Juan, salimos de ese infierno. No sé qué habría hecho sin su apoyo —dijo Sara y, después, apachurró los dedos de Juan entre los suyos hasta que le arrancó un lamento en forma de «¡Ay!».

—Oh, Sarita, ¡lo siento de verdad! Siento tanto que tuvieras que pasar un mal rato por mi culpa... —dijo Cayetana, realmente afligida.

Sara la miró preocupada. Definitivamente su hermana se había convertido en otra persona y semejante giro no podía ser sino el resultado de un gran sufrimiento.

—Caye, ¿cómo estás? —le preguntó, mirándola directamente a los ojos.

Cayetana volvió a esconderse tras sus oscuras gafas de sol y, pañuelito de tela en mano, murmuró:

—Fue todo tan horrible, Sarita... Mr. Thomas organizó una excursión en su yate para ir a la isla de Cozumel. A varios de sus invitados se les antojó bucear, y como Álvaro era un experto buceador, le pidieron que los acompañara. Nadie se explica por qué se separó del grupo ni tampoco qué pudo pasar si el mar estaba tranquilo, pero...

Cayetana interrumpió su discurso, momento que Sara y Juan aprovecharon para, discretamente, admirar la belleza que los rodeaba. Parecía extraño que, en un lugar así, tuviera cabida un desconsuelo tan grande como el que apenas dejaba hablar a Cayetana.

—Lo siento, Caye —dijo Sara, aun sabiendo que sus palabras serían inútiles.

—Tardaron cinco días en encontrar su cuerpo, Sarita —continuó Cayetana— y eso que en el yate de Mr. Thomas iba gente del gobierno que respaldó la búsqueda.

—Caye, ¿quién es Mr. Thomas? —preguntó Sara.

—Percival Thomas, el propietario de los Percival Resorts, la cadena de hoteles de lujo más grande de todo el Caribe y una de las más importantes del mundo. ¿No habéis oído hablar de él? Es una persona muy conocida.

—¿Algo así como un Hilton? —preguntó Juan.

—Sí, pero con mucha más clase.

—¿Has dicho clase? —preguntó Sara, sorprendida por que una expresión así pudiera salir de boca de su hermana.

—Sí, Sarita. Él y su esposa, Linda, tienen una de las mayores fortunas del mundo y, sin embargo, son encantadores. No os imagináis lo bien que se están portando con nosotros, ¿verdad, Kin?

—Sí —balbuceó el muchacho, sin levantar la vista.

—La verdad es que no es de extrañar —continuó Cayetana, que parecía más animada por poder utilizar un cierto deje de pretencioso orgullo—. Álvaro le salvó la vida a Mr. Thomas. Fue hace mucho tiempo, cuando todavía andaba con la camioneta cargando turistas por los *resorts*. Mr. Thomas se quedó sin chófer de la noche a la mañana y necesitaba ir a supervisar las obras de un hotel que estaba construyendo en Playa del Carmen. Cuando venían de regreso, los asaltaron dos hombres armados. Álvaro se enfrentó a ellos y evitó que secuestraran a Mr. Thomas o algo peor. Como premio, lo nombró su chófer personal, pero Mr. Thomas enseguida se dio cuenta de que Álvaro era muy inteligente y terminó siendo su mano derecha y el director del Grand Percival Cancún Resort, el hotel más importante de todo el Caribe.

—Entonces consiguió su sueño —dijo Sara.

—¿Qué sueño?

—El de conseguir un trabajo mejor para convertirte en una reina.

Kin se revolvió nervioso en su asiento y subió el volumen de sus auriculares al máximo, como si quisiera acallar su conciencia. Al percibirlo, Cayetana se apresuró a buscar por la ventanilla algo que le permitiera correr una cortina de humo sobre su actitud. Y lo encontró:

—Ya llegamos. Bienvenidos a nuestra casa.

A través de los cristales del Karlmann, Sara y Juan vieron cómo se abría ante ellos una descomunal puerta de hierro que bien podría guardar todos los secretos del Área 54. Un gran letrero dorado con letras de trazo elegante anunciaba: Villa Cayetana.

—¡Alucino! —exclamó Juan.

Rodeada de palmeras y plantas tropicales, Villa Cayetana resultó ser una increíble mansión que se alzaba ostentosa y moderna sobre una pequeña loma a orillas del mar, a las afueras de la zona hotelera. Celso dirigió el Karlmann por un camino que parecía recién asfaltado y que llegaba hasta el pie de unas escaleras donde tres mujeres, ataviadas con vestido negro, delantal y cofia blancas, esperaban órdenes con las manos recogidas a la espalda. Junto a ellas, un hombre con pantalón y guayabera blancos no parecía tener intención de separarse de su *walkie-talkie*.

Una de las mujeres, la que parecía llevar la voz cantante, se apresuró a abrir la puerta de coche:

—Buenas tardes, doña Cayetana —saludó.

—Buenas tardes, Wendoline. ¿Está todo listo?

—Sí, señora, cómo no. Todo listo.

Cayetana se quedó de pie junto al coche hasta que bajaron los demás.

—Queridos —dijo en tono firme, refiriéndose a las tres mujeres y al hombre—. Aunque nos falta Marcial, nuestro vigilante del turno de noche, quiero presentarles a todos a mi hermana, la doctora Sara Arcaute, a su hija Loreto y a su esposo, el doctor Juan González García.

—Y dale con el doctor... —murmuró Juan. México no era uno de esos países en los que te cuelgan el «doctor» de premio en cuanto sales de la universidad. Si su cuñada insistía en llamarlo así era porque, claramente, consideraba que no estaba a la altura de Sara.

—Vienen desde España para acompañarnos en estos días. Confío en que todos ustedes los atenderán como se merecen, ¿verdad? —concluyó la gran dictadora ante su pequeño ejército, marcando al máximo un nuevo y sofisticado acento mexicano.

—Sí, doña Cayetana —contestaron todos al unísono.

—Gracias.

Acto seguido, el ejército rompió filas. El hombre del *walkie-talkie* y una de las mujeres se apresuraron a ayudar a Celso con el equipaje, mientras la mujer más joven se acercó a la pequeña Loreto:

—Yo me encargo de la niña, doctora. Soy Carmen, la nana —se presentó.

—Gracias, pero no hace fal... ta —balbuceó Sara, al ver que Loreto soltaba su mano para irse con la sonriente Carmen así, sin mirar atrás.

Sara y Juan se quedaron desconcertados, como si les acabaran de quitar el único nexo que los

mantenía unidos. Si al menos hubieran tenido algo que hacer podrían haber disimulado su desazón, pero el ejército de Cayetana estaba programado para quitarles de encima hasta la tarea más simple, y todos subían las escaleras cargados con sus bártulos, incluida la mochila de la niña y el inmenso bolso de Sara.

—Wendoline, le dije que no me pusiera más ofrendas en el jardín —dijo Cayetana con severidad, mientras señalaba con el dedo un rincón en el que alguien había escondido, sin mucho éxito, una suerte de cruz sobre la que parecían haber volcado un montón de basura.

—Sí, señora, perdóneme, pero es que... Es por los aluxes... —aseguró Wendoline, frotándose las manos nerviosa.

Cayetana la miró enfadada.

—¿Cuántas veces hemos hablado de este tema, Wendoline?

—Muchas, señora, pero es que... Ahora sí le aseguro que andan por aquí. ¡Puedo sentirlos!

El rostro de Cayetana pasó del enfado a la preocupación. Levantó un momento sus gafas de sol y dejó que su mirada se perdiera unos instantes en el mar. Después, sentenció:

—Está bien, deje su ofrenda, pero me la esconde mejor.

—Gracias, doña Cayetana. Ya verá que los aluxes se lo van a agradecer con su protección.

—¿Qué es eso de los aluxes? —preguntó Sara.

—Son duendes mayas —dijo Cayetana.

—Más bien son seres del inframundo, doctora, y hay que cuidarlos porque son bien traviosos —explicó Wendoline—. Fíjese que uno de los puentes por los que pasaron ahorita viniendo del aeropuerto, el puente de Nizuc, se cayó hasta tres veces cuando lo estaban construyendo. Los ingenieros no entendían por qué se les caía a cada rato, hasta que alguien vio que lo estaban haciendo junto a las ruinas de un poblado maya que podía estar protegido por los aluxes. Tuvieron que hacerles una ceremonia y pedirles permiso para construir el puente y ya no se volvió a caer nunca. Hasta les colocaron una casita como ofrenda.

—Es una leyenda muy bonita, Wendoline —dijo Sara.

—No, si no es leyenda, doctora, es cierto —aseguró Wendoline, con tal desconcierto por la incredulidad de Sara, que Cayetana tuvo que intervenir:

—En Cancún viven muchos descendientes directos de los mayas, como Wendoline. Son muy fieles a sus creencias.

—¿Eso de ahí es un sujetador? —preguntó Juan, que se había agachado junto a la ofrenda.

—Disculpe, doctor, no lo entendí.

—Se refiere al brasier, Wendoline —aclaró Cayetana.

—Ah, sí, es un brasier para las niñas alux, que son muy presumidas. Y a los niños les puse su tabaco y un vasito de tequila —explicó Wendoline.

—¿Tabaco y tequila? Estos aluxes sí que saben montárselo bien —dijo Juan en un tono guasón que no le hizo gracia a nadie, y menos, a su cuñada.

—Vamos, me imagino que tendréis hambre —dijo Cayetana.

Cuando Sara y Juan entraron en la mansión, se quedaron tan impresionados que no supieron qué decir. Una pared de cristal les dio la bienvenida con una maravillosa vista al Caribe, un mar de colores imposibles que hacía juego con cada uno de los objetos que adornaban el inmenso salón de Cayetana, como la alfombra color turquesa, un cuadro abstracto pintado en tonos celestes y una urna azul marino colocada en una especie de pedestal en el centro de la estancia.

Cayetana fue directa hacia allí, se colocó junto a la urna y anunció con voz temblorosa:

—Aquí está Álvaro.

Sara y Juan se miraron sin saber muy bien qué hacer. ¿Deberían saludarlo? ¿Hablarle? ¿Decirle que lo sentían?

Kin, que había ido a cambiarse de ropa y ahora llevaba un bañador y una camiseta desgastada, pasó junto a ellos en ese momento. Se quedó un instante mirando la urna con los puños apretados y fue a sentarse con los brazos cruzados en el sofá de cuero blanco y al menos diez plazas que llenaba el salón. Su madre lo miró apenada, pero también con ese recelo que Juan había detectado y que parecía acompañarla siempre.

—Es una urna preciosa, Caye. Estoy segura de que a Álvaro le habría gustado mucho —dijo Sara.

—Lo sé. Es de lapislázuli, su piedra favorita. Me costó una fortuna —dijo Cayetana, con el pañuelito en la nariz y un elegante giro de cabeza que no trataba sino de esconder lo que sentía.

A Sara se le arrugó el estómago al verla así. Por eso buscó con desesperación algo que alabar para distraerla, algo como, por ejemplo, esa barrita de oro rematada a ambos lados con dos bolitas de cristal que descansaba al pie de la urna.

—Y este adorno tan bonito, ¿qué es? —preguntó.

Al oír la pregunta, Kin subió el volumen de sus auriculares hasta tal punto, que todos pudieron escuchar a Drake con la misma claridad que si lo tuvieran cantando en directo en el salón. Cayetana lo miró disgustada y Sara decidió distraerla instando a su marido a acercarse a la urna:

—Mira, Juan. Mira qué preciosidad.

Juan se acercó al pedestal. Observó el adorno entornando los ojos y giró la cabeza a un lado y a otro.

—Es muy bonito, sí.

—¿Qué es? —preguntó Sara.

Cayetana cerró los ojos y, tras un largo suspiro, les explicó:

—Es el *apadravya* de Álvaro. Es una pieza de oro hecha a mano y los botones son diamantes puros.

—Perdona, Caye, ¿qué dices que es? Un apa... ¿qué?

—*apadravya*.

—¿Es un amuleto maya o algo así? —preguntó Sara.

Juan tomó la pequeña joya entre sus dedos y, con la arrogancia que otorga el desconocimiento más profundo, la esgrimió ante su mujer y dijo:

—Un amuleto... Sara, no seas tonta. Es un pisacorbatas.

Cayetana dejó que Juan contemplara, admirara y acariciara la joya a placer. Después, sin ningún pudor y con toda malicia, lo sacó de su error:

—No es un pisacorbatas, Juan, es el *piercing* genital de mi difunto esposo.

El rostro de Juan pasó de la arrogancia al repelús en un nanosegundo, el mismo tiempo que tardó en lanzar la joya de nuevo a su sitio y en limpiarse los dedos disimuladamente contra su pantalón.

—¿Qué?! —gritó Sara, con los ojos abiertos como platos y cara de haber mordido un limón.

—Sara, por favor, eres doctora. Seguro que no es el primer *piercing* genital que ves —dijo Cayetana.

—Sí, pero... Caye, ¡por Dios! Todo tan elegante y... Un *piercing* genital... ¿Cómo...? ¿Por qué...? ¿¿Para qué??

Cayetana observó a su atónita hermana sin inmutarse y, tras otro largo suspiro, explicó con una sensualidad fuera de lo común:

—Sarita... No tienes ni idea de los momentos de placer que he vivido con esta joya dentro de mí.

Un gruñido de rabia llenó el salón. Era Kin, que se puso en pie con violencia y se marchó enfadado. Había tenido la mala suerte de que su madre dijera aquello justo en el momento en que su lista de Spotify saltaba de una canción a otra.

Cayetana observó pensativa la marcha de Kin, ajena al estupor de su hermana y a la mirada que Juan alternaba entre el *apadravya* y el cuerpo escultural de su cuñada. Era tan evidente lo que se estaba imaginando, que Sara tuvo que darle un golpe en el hombro para que cerrara la maldita boca.

—¿Comemos? —preguntó Cayetana, despreocupada.

CAPÍTULO SIETE

Wendoline y el resto de asistentes de Cayetana tenían dispuesto un sinfín de coloridos manjares en una inmensa terraza con vistas al mar. El verde del guacamole, el rojo pasión del agua de Jamaica [4] o el mostaza de esa salsa que iba con manual de instrucciones: «Doctores, tengan cuidado porque se pueden enchilar»... [5] Todo componía una orgía cromática en una mesa en la que no faltaba detalle, más bien sobraban unas cuantas cosas como, por ejemplo, lujo, ostentación y un cubierto.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó Juan.

Al parecer, también sobraban las palabras. Wendoline apareció en la terraza con la urna de lapislázuli y la colocó con solemnidad en la mesa, frente al sitio vacío. La mala suerte quiso que también, en ese momento, apareciera María con un montón de tortillas de maíz envueltas en una servilleta.

El olor a maíz caliente y un silencio difícil de asimilar se apoderaron de todo. Hasta el mar parecía haber detenido su infinito susurro en señal de respeto.

—Wendoline, ¿puede traerme una agüita especial, de esas que usted me prepara, por favor? —suplicó Cayetana, con la voz temblorosa y sin dejar de mirar la urna.

Kin levantó la vista y observó a su madre nervioso. Algo lo atormentaba y Juan pensó que rescatarlo de sus pensamientos sería una buena táctica para ganarse su confianza y, de paso, la de su madre:

—Kin, ¿cuánto mides? Eres muy alto para tener trece años, ¿no?

—Casi un metro ochenta.

—Está en el equipo de básquet del club —dijo Cayetana, orgullosa.

—Sí, pero no me gusta.

Kin no pronunció ni una palabra más en lo que duró la comida. En parte por culpa de su madre, que se encargó de que la conversación versara sobre temas tan apasionantes como los huracanes (que para combatirlos, Álvaro había mandando instalar en toda la casa unos cristales anticiclón que costaron una fortuna), la educación de los hijos (que para Álvaro era lo mejor en lo que se podía invertir sesenta mil dólares al año) o los barcos (que a Álvaro le gustaban tanto, que se compró uno y le construyó su propio embarcadero).

Hizo tal alarde de poderío económico que Sara temió la reacción de Juan. Su asesoría no terminaba de arrancar y no saber en qué se estaba equivocando lo tenía amargado. Oír hablar de millones como si el dinero cayera del cielo, podía terminar de hundirlo. Sin embargo, Juan no

dejó de mostrar un sano asombro durante toda la conversación, hasta que metió la pata:

—Pues tienes suerte de que tu marido fuera tan espléndido, Cayetana. Se gastaría mucho dinero en contratar un seguro de vida para que puedas mantener todo esto, ¿no?

Cayetana se puso pálida y Sara se apresuró a tomar la mano de Juan y a apretarla con fuerza a modo de advertencia.

—Juan... —dijo en tono musical.

—¿Qué pasa, Sara? —preguntó él, sonriendo.

—Que podrías ser un poco más discreto, ¿no te parece, *cariño*?

—No sé por qué lo dices, *cariño*.

—Porque no se preguntan esas cosas, *Juan*.

—Solo mostraba interés por la situación de Cayetana y de Kin, *Sara*. Creía que estábamos en *familia*.

—Y lo estamos, pero una cosa es tener confianza y otra hacer preguntas indiscretas, *mi amo*.

El cruce de reproches almibarados, dolorosos apretones de mano y sonrisas falsas fue *in crescendo* hasta el punto en que Kin se apartó el flequillo de la cara para contemplar bien a sus tíos y, cuando ya se mascaba la tragedia, Carmen y Wendoline aparecieron en la terraza con la pequeña Loreto.

—Disculpen. Doctora, la niña ya comió y se portó muy bien —dijo la nana. —¿Quiere que la ayude a dormir la siesta?

—¡¡¡No!!! —gritaron Sara y Juan al mismo tiempo.

Todos, hasta Álvaro en su urna, dieron un brinco del susto.

—Lo siento —se disculpó Sara—. Es que si duerme la siesta se pasa la noche en vela. No duerme muy bien. Por cierto, ¿dónde está Po?

—¿No lo tenías tú? —preguntó Juan, nervioso.

—No, yo no lo tengo —dijo Sara.

—¿Lo traía en el coche?

—Sí, pero cuando se bajó lo llevaba en la mano.

—¿Estás segura?

—Creo que sí.

Cuando ya parecía que Sara y Juan estaban a punto de sufrir un ataque de ansiedad conyugal, Carmen sacó el perrito de peluche del bolsillo de su delantal y preguntó:

—¿Este es Po?

Sara y Juan respiraron aliviados.

—Sí, menos mal —bufó Juan.

—Carmen, Po es el muñeco de apego de Loreto. Sin él, es incapaz de dormirse, por eso es tan importante que no lo pierda. Sería una tragedia —explicó Sara.

—Juan... Sarita... Sois tan exagerados... —dijo Cayetana—. Os aseguro que en tres días Loreto dormirá toda la noche de un tirón. Confíad en Carmen, es la mejor nana del mundo.

—Favor que usted me hace, señora, gracias.

—Doña Cayetana —dijo Wendoline—, don Dimitri no deja llamarla al celular. ¿Quiere que le diga algo?

—No, Wendoline. Ya lo llamaré cuando todo haya pasado.

—¿No lo avisaste del funeral? —preguntó Kin, extrañado.

Cayetana negó con la cabeza y, para poner fin a la conversación, se dirigió a Sara y a Juan:

—Bueno, me imagino que estaréis agotados. ¿Por qué no vais a descansar?

—A mí me vendría muy bien —dijo Juan—. Estoy muerto.

—Wendoline, acompaña a los doctores a su cuarto para que descansen y pídale a María que les lleve un agua de pepino —dijo Cayetana.

—Sí, señora, cómo no. ¿Y para usted?

—A mí tráigame otra agüita especial. Tengo que hacer unas llamadas para terminar de organizar el funeral.

—Claro, señora. Doctores, por favor... —Wendoline les indicó con un gesto de la mano hacia cual de los distintos pasillos que salían del salón tenían que dirigirse.

—Ve tú, Juan. Yo me quedo con Loreto acompañando a Cayetana —propuso Sara.

—Sarita, ve con tu esposo. Lo mejor es que durmáis ahora y que después os acostéis temprano. Así, mañana, para el funeral de Álvaro, ya estaréis acostumbrados al cambio de hora. Será una ceremonia sencilla, pero habrá mucha gente importante que quiero que conozcáis —dijo Cayetana.

Sara y Juan se miraron sin saber qué hacer. Estaban cansados y necesitaban hablar a solas pero, sin Loreto de por medio, todo resultaba muy extraño.

—Está bien, pero si pasa cualquier cosa avísame, por favor —suplicó Sara.

—Tranquila, ¡no pasará nada!

Ahora sí, Wendoline los guio por un largo pasillo hasta la que sería su habitación, una estancia enorme donde María, la otra empleada, terminaba de deshacer el equipaje.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó Juan, asombrado.

La habitación tenía una cama *king size*, baño y, cómo no, vistas al mar. Y no le faltaba detalle, hasta había una camita preparada para la pequeña Loreto.

—María, tráigales a los doctores un agua de pepino —le pidió Wendoline.

—Ahorita mismo. Permiso.

—Wendoline, esto no es necesario, de verdad —dijo Sara, al ver su ropa, la de la niña y la de Juan perfectamente colocada en el armario.

—Son órdenes de doña Cayetana, doctora.

Sara entornó los ojos. Con un gesto de complicidad, le dio un codazo a Wendoline con picardía y le preguntó:

—Es una jefa insufrible, ¿verdad?

Wendoline negó con la cabeza y trató de sonreír, pero su expresión se tornó triste.

—No, doctora, cómo cree. Doña Cayetana es muy buena con nosotros y la queremos mucho. No

más que... —Como si se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de hablar demasiado, Wendoline cortó la frase, murmuró un «permiso» casi inaudible y desapareció.

Sara se giró hacia su marido:

—¿Has visto eso?

—Sí, todo es muy raro —dijo Juan.

—Ni te imaginas. Te juro que no reconozco a mi hermana.

—No es solo tu hermana, es todo. Los empleados, la actitud de Kin, no digamos el *piercing* genital... Además, ¿tú crees que un director de hotel puede mantener este tren de vida?

—Bueno, es un hotel de lujo y ya escuchaste lo que dijo Caye. Álvaro no solo dirigía el hotel, también era la mano derecha de su jefe.

—Que no, Sara, que no es posible. Aquí hay algo raro y no me gusta —insistió Juan, torciendo el gesto.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo la sensación de que tu cuñado no era trigo limpio. Mira...

Juan sacó su móvil del bolsillo, desbloqueó la pantalla y se lo mostró. Al verlo, Sara se lo arrebató y se sentó en la cama con la boca abierta y el ceño fruncido.

—¿Esto es verdad? —preguntó, atónita.

—Sí, Sara. El coche en el que nos han traído del aeropuerto cuesta un millón y medio de euros. Y no tengo ni idea de cómo se cotiza el metro cuadrado en Cancún, pero esta casa tiene que costar un dínal, con cristales anticiclón o sin ellos. Además, tienen a tres mujeres, dos guardias de seguridad y un chófer contratados para atender a una familia de solo tres personas. ¿De verdad crees que todo eso puede salir de un sueldo?

Sara le devolvió el móvil y contestó:

—No. Está claro que no. Tiene que haber algo más.

—Sí, y la clave está en ese Dimitri al que tu hermana no quiere atender por teléfono.

—¿Quién crees que puede ser?

—No se trata de «quién», Sara, sino de «qué» —dijo Juan—. Estoy convencido de que es un mafioso ruso.

[4]. Infusión que se prepara con el cáliz de la flor del hibisco. Se aconseja tomarla muy fría y, a ser posible, rodeado de personas con buena vibra. (*N. de la A.*)

[5]. Cuando una persona toma algo tan picante que le arde la boca y le lloran los ojos, se «enchila». Pero el mérito de enchilar no es exclusivo de los chiles, también existen personas con la innata capacidad de enchilar a cualquiera. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO OCHO

Dos horas más tarde, Sara despertó con la sensación de haber dormido tanto, que no sabía si mirar el reloj o el calendario maya.

—¿Juan? —llamó angustiada.

Nadie contestó.

Se levantó de inmediato, se puso un vestido playero, recuperó sus deportivas y salió de la habitación impulsada por ese eterno sentimiento de culpa que sentía desde que había sido mamá. Salió de su cuarto y fue dando trompicones de un lado del pasillo al otro, hasta llegar a un jardín interior que no le sonaba haber visto antes.

—Doctora, la sala está por allá —dijo una voz musical detrás de ella. Era María, la joven que había ordenado su ropa.

—Ah, lo siento. Gracias. Esta casa es tan grande...

En el inmenso salón, encontró a Cayetana recostada en un sillón Chesterfield *chaise longue* que parecía hecho a medida para hacerla parecer una diosa, a pesar de la bolsa de hielos que sujetaba con elegancia sobre su cabeza.

—Caye, ¿te encuentras bien?

—Sí, Sarita, no te preocupes. Últimamente tengo jaquecas pero ya me tomé una pastilla —le explicó—. ¿Qué tal tu siesta?

—Bien. ¿Dónde están Loreto y Juan?

—Ven, Sarita, siéntate aquí a mi lado —dijo su hermana, incorporándose para dar unas palmadas en el sillón.

—Caye, dame solo un segundo. Voy a ver a Loreto y estoy contigo, de verdad.

Cayetana se puso en pie y enredó su brazo con el de su hermana. Se apoyó en ella muy fuerte, como si temiera caerse, y la llevó hasta una ventana desde la que pudo ver una piscina *infinity* en la que Juan se estaba bañando con Loreto. La sujetaba con delicadeza y la sumergía a poquitos en el agua mientras ella se reía sin parar. Carmen, la nana, los observaba sonriente desde el bordillo con Po en una mano y una toalla en la otra.

—¿Lo ves? Están en la alberca pasándola padre, como dicen aquí. Deja de preocuparte y siéntate conmigo. Quiero preguntarte algo —dijo Cayetana.

Aunque se moría de ganas por ir con Juan y Loreto, Sara se dejó arrastrar por su hermana hasta el sofá de diez plazas.

—Señora, ¿a qué hora quiere que sirvamos la cena? —preguntó Wendoline desde una esquina

del salón.

—A la de siempre, Wendoline, aunque puede que lleguemos tarde. La doctora Sara y yo nos vamos de *shopping* —anunció Cayetana.

—¿Nos vamos de *shopping*? —preguntó Sara.

—¡Sí! —exclamó Cayetana, con fingido entusiasmo—. ¿Hace cuánto que no nos vamos de compras juntas?

—Caye, tú y yo nunca...

—Wendoline, por favor, dígame a Celso que esté preparado —la interrumpió su hermana con firmeza.

—Sí, señora. Con permiso.

—Pase —contestó Cayetana.

—¡Pase! Así que hay que decir eso cuando te dicen «con permiso» —dijo Sara.

Aunque Cayetana asintió sonriendo, se dio cuenta de que tenía que explicarles varios aspectos de la etiqueta mexicana a su hermana y a su vulgar marido antes de presentarlos en sociedad. Pero antes debía tratar un asunto muy importante con ella:

—Sarita, estoy preocupada por ti.

—¿Por qué?

—Siempre has sido una niña preciosa y te veo muy desmejorada. ¿Va todo bien?

—Sí, claro. Al menos todo lo bien que puede ir cuando eres madre, trabajas en un hospital con guardias interminables y tu bebé no duerme nada.

—¿Entonces? ¿Qué le pasa a la niña?

—Nada. Está perfectamente, pero no conseguimos que duerma y eso nos está pasando factura.

—¿Y no tienes nana?

—No.

—¿Y por qué no contratas una? ¿O dos? Yo llegué a tener tres para cuidar a Kin cuando estaba malito. Una por la mañana, una por la tarde y otra por la noche —dijo Cayetana, como si su proposición estuviera al alcance de cualquiera.

—Caye, ¿tienes idea de lo que puede costar eso en España?

—Sarita, estoy segura de que te lo puedes permitir. Eres una doctora muy importante, ¿se te tiene que notar! Y si no, pídeselo a Juan. ¿A qué se dedica?

—Tiene una asesoría fiscal. Está empezando y le está costando mucho sacarla adelante —dijo Sara.

—Pues que se esfuerce más o que haga otra cosa para que no tengas que trabajar tanto. Si no le van bien sus negocios puedo presentarle a mucha gente influyente aquí. Podrían darle trabajo.

Juan apareció en el salón con la pequeña Loreto envuelta en una toalla. Por suerte para su malherido ego, no llegó a escuchar la conversación. Sara se levantó del sofá y fue hacia ellos con una gran sonrisa.

—¡Hola! Os he visto por la ventana. ¿Quién se ha bañado en la piscina por primera vez? —

preguntó a la pequeña, que sonrió y balbuceó cosas ininteligibles, como si quisiera explicarle a su madre lo que acababa de vivir.

—Has dormido bien, ¿verdad? —preguntó Juan, recordando la placidez del rostro de Sara cuando cayó rendida nada más poner la cabeza en la almohada.

—Sí, lo siento. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Juan sonrió.

—No, no ha pasado nada, es que se nota que has descansado. Estás muy guapa.

El rostro de Sara se iluminó. Él sí que estaba guapo cuando se quitaba esa pátina de preocupación que siempre llevaba consigo. Se acercó a él para darle un beso muy breve, de esos que saben tan bien porque resumen todo el amor que uno siente; pero tal como explota una burbuja cuando la intentas atrapar, el momento se rompió.

—Precisamente estábamos hablando de eso, Juan —dijo Cayetana desde el sofá—. Tienes que contratar a una nana para Sarita. O dos.

La pátina de preocupación volvió a enturbiar el rostro de Juan.

—Voy a cambiar a la niña —murmuró, tratando de simular que no había oído nada.

—Yo me encargo, doctor, no se preocupe —dijo Carmen.

—Sí, Juan, vuelve a la piscina o sal a la playa y relájate un poco. Sarita y yo volvemos en un par de horas—dijo Cayetana.

—¿Adónde vais?

—Caye quiere ir de compras —dijo Sara—. ¿Quieres venir?

—No, no importa. Ve tú e intenta averiguar algo sobre Dimitri —le susurró Juan al oído cuando, por fin, le dio un beso.

Dos horas más tarde, lo único que Sara había descubierto era el verdadero propósito de la tarde de *shopping*: que ella y Juan fueran correctamente vestidos durante su estancia en Cancún, en especial al funeral de Álvaro.

Fielmente acompañadas por Celso, que caminaba tras ellas cargado de bolsas, como si fuera la versión con guayabera de *Pretty Woman*, Cayetana y Sara se recorrieron todo el Luxury Avenue, uno de los centros comerciales más exclusivos de Cancún.

—Caye, esto tiene que ser carísimo —dijo Sara en cada tienda en la que su hermana le compró algo.

—Hace trece años que no te veo, Sarita, deja que te mime.

Con este argumento, Cayetana le compró a Sara un vestido en Gucci y unos zapatos en Jimmy Choo con bolso a juego, además de un traje para Juan en Versace y un sinfín de cosas más. Todas exclusivísimas, elegantísimas y... de color negro. Bastaba con que Sara se acercara a algo para que Cayetana sacara su tarjeta y pagara, hasta que...

—Disculpe, doña Cayetana, qué pena, pero su tarjeta salió rechazada —susurró con discreción la dependienta de Baby Dior, la tienda en la que entraron porque Cayetana vio en el escaparate un

vestidito negro con lunares blancos que era perfecto para que la pequeña Loreto fuera de luto también.

—¡Oh! Se me habrá estropeado, la uso tanto... —dijo Cayetana, mientras buscaba otra tarjeta en su cartera.

—No, Caye, esto lo pago yo —dijo Sara.

—De ninguna manera —se opuso Cayetana, pero su hermana fue más rápida y la dependienta ya había pasado la tarjeta de Sara por el datáfono—. Sarita, qué desobediente eres. En cuanto lleguemos a casa te lo pago.

—No te preocupes.

En ese momento, el teléfono de Cayetana comenzó a sonar. Lo sacó de su bolso y Sara alcanzó a ver un nombre nuevo: Fabio.

—Discúlpame, Sarita, tengo que contestar. Te espero fuera con Celso —dijo Cayetana.

—Sí, tranquila.

La dependienta tardó una eternidad en terminar de cobrarle a Sara. El datáfono se había quedado sin papel y tuvo que abrirlo para cambiar el rollo. Cuando por fin le dieron su bolsa y el *ticket* de trescientos dólares que haría que Juan pusiera el grito en el cielo, Sara enfiló el pasillo de la tienda hasta la salida. Cayetana y Celso estaban frente a la puerta y ella seguía hablando por teléfono, por eso no se fijó en las tres mujeres que entraron en la tienda mirándola de soslayo.

—¿Ya vieron quién era? —preguntó una, justo cuando se cruzaban con Sara.

—Sí. Pinche engreída... ¡Y todavía no fue el funeral de Álvaro! No puedo creer que esté aquí —contestó otra.

—Como quien dice todavía lo están cafeteando^[6] y Cayetana ya hace su vida como si nada.

—Con razón Álvaro decía que ya no era feliz.

—El pobrecito a lo mejor hasta se suicidó por no aguantarla, ¿se imaginan?

Las tres mujeres estallaron en carcajadas, una reacción tan cruel que hizo que Sara acelerara el paso. No tenía ni idea de qué relación podían tener esas tres mujeres con su hermana, pero lo mejor era que no las viera.

—¿Nos vamos? —le dijo a Celso.

—Sí, doctora, en cuanto doña Cayetana cuelgue.

Sara miró hacia la tienda. Una de las mujeres parecía estar preguntando algo a una dependienta. Cuando esta negó con la cabeza, la mujer sonrió y se dispuso a salir con sus amigas.

—Hasta mañana, Fabio. Y gracias por todo —dijo Cayetana, con un ligero temblor en su voz.

Sara la tomó del brazo antes de que pudiera guardar su móvil en el bolso y tiró de ella con prisa:

—Caye, ¿nos vamos? Estoy cansada —dijo, pero ya no había escapatoria. Las tres mujeres malvadas se toparon de frente con ellas.

—¡Cayetana, querida! —dijo una, dándole un abrazo.

—Mi vida, ¿cómo estás? —dijo otra.

—Te acompaño en el sentimiento —murmuró la tercera después de darle un beso.

—Gracias —dijo Cayetana, con la espalda más recta que nunca y el pañuelito en la nariz—. Les presento a mi hermana, la doctora Sara Arcaute. Sarita, son unas amigas muy queridas.

Las tres mujeres sonrieron, pero su sonrisa se congeló cuando Sara les dijo:

—Ya las conozco, Caye, y son encantadoras. Lo sé porque acabo de cruzarme con ellas en la tienda y justo estaban hablando de Álvaro y de ti. Se nota que te tienen aprecio.

Aprovechando que el teléfono de Cayetana volvió a sonar, y aunque esta vez no contestó porque se trataba del misterioso Dimitri, las mujeres malvadas se despidieron prometiendo no faltar al funeral de Álvaro.

Cuando llegaron a casa, Cayetana le pidió a Sara que la acompañara a su habitación. Una vez allí, la llevó hasta un rincón en el que colgaba un cuadro horrible que representaba a un hombre desnudo con algo brillante adornando su orgullo masculino.

—¿Ese es... Álvaro? —preguntó Sara, sin saber si mirar o no.

Cayetana no contestó. Se quedó observando el cuadro en silencio y, después, lo descolgó. Una pequeña caja fuerte quedó al descubierto. Cayetana marcó la combinación con habilidad y sacó de ella un montón de billetes de cien dólares.

—Toma, Sarita, lo que te debo del vestidito de Loreto.

—Caye, no hace falta y además, no deberías abrir tu caja fuerte delante de nadie.

—Sarita, no seas boba. Eres mi hermana. Si no confío en ti, ¿en quién? Vamos, nos estarán esperando para cenar. Wendoline ha hecho ceviche acapulqueño^[7] y tienes que probarlo. Es lo máximo.

La cena estaba servida en un comedor en el que, de nuevo, sobraba un cubierto. Wendoline esperó a que todos estuvieran sentados para ir en busca de la urna de Álvaro y colocarla en el sitio vacío.

—Gracias, Wendoline. ¿Me trae una pastilla para la jaqueca y otra agüita especial, por favor?

—Caye, ¿has ido al médico por lo de tus jaquecas? —le preguntó Sara preocupada.

—Sí, tranquila. Son los nervios por todo lo que estamos viviendo estos días, pero se me pasa con la pastilla.

—Y con el agüita —murmuró Kin.

Su madre lo miró enfadada.

—¿Qué tal vuestra tarde de compras? —preguntó Juan.

—Cayetana nos ha comprado un montón de cosas y no me ha dejado comprarle nada a Kin —dijo Sara.

El joven levantó la vista y sonrió a su tía con timidez.

—Disculpe, señora, la llama don Fabio desde la plantación —interrumpió Wendoline.

—¿Don Fabio? ¿A estas horas? —se extrañó Cayetana.

—Sí, señora. Dice que es urgente.

—Está bien. Con permiso —murmuró Cayetana, levantándose de la mesa con un brillo en los

ojos que Sara no le había visto hasta entonces.

Sara y Juan se miraron en silencio. A la tarea de averiguar si ese misterioso Dimitri era un miembro de la mafia rusa, se le sumaba la de averiguar quién era Fabio y qué era eso de la plantación.

—Kin, ¿qué quieres ser de mayor? —preguntó Juan.

—No sé.

—¿Qué te gusta hacer?

—Me gustan los coches.

—Pues tienes uno muy bonito.

—Sí, es el que nos quedó cuando mi papá vendió el negocio de alquiler de coches de lujo para comprar la plantación.

Juan levantó las cejas complacido. Quedó demostrado que un director de hotel no podía llevar semejante nivel de vida y el tema del coche de más de un millón y medio de euros estaba resuelto.

—¿Y de qué es la plantación? —se interesó Sara.

—De agave.

—¿De qué?

—Agave. Es como un cactus.

—¿Un cactus? ¿Y qué se saca de ahí?

Kin miró de reojo el vaso que Wendoline traía en ese momento con el agüita especial que siempre le pedía Cayetana y contestó a media voz:

—Tequila.

[6]. Cafetear: velar a un muerto. (*N. de la A.*)

[7]. Ceviche de pescado marinado en limón y sal, tomate, cebolla, aceitunas y kétchup. Según la receta se le puede añadir camarones (gambas), cilantro, chile de árbol, aguacate... No hay nada mejor para superar la resaca. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO NUEVE

Sara se enfundó el vestido de Gucci que su hermana insistió en comprarle en su tarde de *shopping*. Ya estaba peinada y maquillada gracias a un equipo de cinco personas que tomó la habitación de Cayetana y las preparó para el funeral. Se calzó los Jimmy Choo y, cuando se miró al espejo, le costó reconocerse. Su piel se veía fresca gracias a las seis horas del tirón que había dormido Loreto por primera vez en su vida, pero también por la mañana de relax que había pasado con Juan. Primero salieron a la playa para ver el embarcadero que Álvaro había construido y después estuvieron en la piscina, donde Wendoline les ofreció todo tipo de aguas. Excepto una:

—¿Quieren tomar algo los doctores? Tengo agua de Jamaica, de pepino, de coco y hasta de tamarindo.

—Gracias, Wendoline. Yo quisiera probar esa agüita especial que le prepara a Cayetana —dijo Juan.

—Qué pena, doctor, de esa no tengo ahorita —dijo Wendoline, visiblemente apurada.

Aunque no pudieron confirmar sus sospechas sobre el ingrediente secreto del agüita especial, fue una mañana fabulosa y, entre el descanso, el maquillaje y ese producto que le pusieron para realzar sus rizos, Sara se sintió como si volviera a tener veinte años.

—Esta es la Sarita que yo extrañaba —dijo Cayetana cuando salió de su vestidor con un traje negro de falda lápiz y chaqueta ajustada que le quedaba perfecto. De nuevo, llevaba el pelo recogido en una trenza de raíz que pretendía ser discreta pero que, al realzar sus increíbles ojos verdes, resultaba todo lo contrario.

—Hemos cambiado mucho, ¿no crees? —preguntó Sara.

Cayetana se colocó junto a ella para mirarse también en el espejo.

—Como dirían aquí, en México, pues ni tanto —dijo.

—Caye, por favor, ¡mírate! ¡Hasta llevas zapatos de piel!

—¿Y qué?

—Que hace trece años no habrías matado a un animal ni en defensa propia.

—Ay, Sarita, y ahora tampoco. Que ya no sea tan radical con algunas posturas que tenía de joven por pura rebeldía, como lo de comer carne o las prendas de piel, no quiere decir que mi esencia haya cambiado. Solo significa que maduré.

Sara la miró preocupada. Se había fijado durante la comida en que su hermana no había probado la carne a la tampiqueña^[8] que les sirvió Wendoline, por lo que sí, su esencia era la misma, pero por algún motivo la estaba negando. Algo o alguien la había hecho dar un giro de ciento ochenta

grados, y eso la estaba haciendo terriblemente infeliz.

—¿Vamos? —dijo Cayetana.

Las dos hermanas recorrieron el largo pasillo que desembocaba en el salón. Allí, de espaldas a ellas, Juan contemplaba el mar vestido con su traje nuevo.

—Doña Cayetana, ¿le digo a Carmen que traiga ya a la niña? —preguntó Wendoline.

—Sí, por favor.

Juan se dio la vuelta y no pudo evitar abrir la boca pasmado cuando vio a las dos mujeres que tenía frente a él, especialmente a la que le juró amor eterno.

—Sara, estás...

—¿Y tu corbata, Juan? —lo interrumpió Cayetana con gesto severo—. El *dress code* de este funeral exige luto riguroso.

—La llevo aquí, tranquila —contestó él, señalando el bolsillo de su chaqueta.

—Póntela, por favor, tenemos que irnos.

Diez minutos más tarde, todos iban en el inmenso Karlmann sumidos en el más absoluto silencio. Cayetana lo observaba todo por la ventanilla, con la espalda tan recta que daban ganas de preguntarle si su asiento era de lava, mientras Kin sostenía la urna de lapislázuli en su regazo.

—Celso, párese aquí un momento, por favor —dijo Cayetana de pronto.

El chófer salió del Boulevard Kukulcán, la gran avenida que recorre Cancún entre el mar y la laguna Nichupté, y entró en el *parking* de una zona de tiendecitas.

Sara miró por la ventanilla y vio, a unos metros, una torre blanca con una cruz alzándose al cielo. Miró la hora. El funeral empezaba en dos minutos y no era capaz de adivinar qué hacían ahí parados, hasta que el teléfono de Cayetana empezó a sonar.

—¿Bueno? —contestó.

—(...)

—¿La puerta está abierta para que dejemos el carro?

—(...)

—Gracias, Fabio. —Cayetana colgó el teléfono y guardó el móvil en su bolso—. Adelante, Celso. Acaban de confirmarme que Mr. Thomas ya llegó.

Sara y Juan se miraron con complicidad. El misterioso Fabio estaría en el funeral, por lo que resolverían una pieza del puzle. ¿Sería también un mafioso ruso como Dimitri?

Celso salió del aparcamiento y recorrió el escaso trayecto que les faltaba para llegar a la iglesia. Allí los recibió una pequeña puerta azul. Celso paró el motor y Juan se dispuso a bajar, pero Cayetana lo detuvo:

—Un momento, Juan. Vamos a repasar el protocolo. Kin y yo entraremos los primeros. Vosotros vendréis detrás, con un par de metros de distancia será suficiente. Quedará más tierno si llevas a la niña en brazos, por lo que dejaremos aquí su silla. Kin, acuérdate de caminar despacio y no saludes a nadie. Frente al altar hay una foto de tu papá, te aviso para que estés preparado y no te

emociones. También habrá una mesita para que dejes la urna y un banco donde nos sentaremos tú y yo. Sara, Juan, vosotros tenéis un sitio reservado en el primer banco del lado derecho. ¿Lo habéis entendido todo?

—Doña Cayetana —dijo Celso—, me da pena pedirle esto, pero... Me gustaría asistir al funeral. Yo quería mucho al señor a pesar de...

—No sé si es conveniente, Celso, lo necesito aquí —lo cortó Cayetana.

—Saldré el primero para estar con el carro listo a la salida, doña Cayetana, se lo prometo.

—Está bien, pero sea discreto, por favor.

—Gracias, doña Cayetana —dijo el chófer, que acto seguido saltó del vehículo para abrirles la puerta.

Kin bajó el primero, le dio la mano a su madre para ayudarla a salir y después se hizo con la urna. Cayetana se ajustó sus gafas de sol, se aferró al brazo de Kin y cruzó los pocos metros que había hasta la entrada de la iglesia. Una vez allí, se detuvieron un momento, tal vez con el fin de que alguien desde dentro notara su presencia y diera la señal para que todos se pusieran en pie. Cayetana respiró hondo, se puso tan recta que parecía que alguien le estuviera tirando de la coronilla y comenzó a caminar.

Sara y Juan, que llevaba a la pequeña Loreto en brazos, fueron tras ellos, a un par de metros de distancia, como les había indicado Cayetana.

—Alucino... —murmuró Juan cuando vio el interior de la iglesia a través de sus paredes acristaladas.

Estaba abarrotada de gente que había cumplido el *dress code* impuesto por Cayetana con rigor, pero lo que le dio pánico fue que había al menos diez hombres con gafas negras y pinganillo vigilándolo todo desde distintos puntos de la iglesia. Había dos hombres custodiando la entrada, varios a los lados del pasillo central y otro, un hombre inmenso con cara de matón, junto al altar, vigilando sin la menor intención de pasar desapercibido ni, por supuesto, de santiguarse.

—¿Quiénes son esos? —le susurró a Sara al oído.

—Ni idea.

Lo entendieron todo cuando Cayetana llegó frente al altar y un hombre de pelo blanco salió a su encuentro apoyado en un bastón de mango dorado.

—Mr. Thomas, *thank you for coming* —dijo Cayetana en un inglés sofisticado.

—Te acompaño en tu dolor, Cayetana. Linda no pudo venir, pero te manda sus condolencias —dijo el hombre mayor con un marcado acento americano.

Después, le dio un cálido y largo abrazo. Era tan alto y parecía tan fuerte, que su bastón resultaba más inútil que el índice de un diccionario y Cayetana, una presa indefensa en sus brazos.

Todo el mundo permaneció en pie hasta que Kin colocó la urna de lapislázuli junto a la foto de Álvaro y se sentó con su madre frente al altar. La iglesia quedó en silencio. Tan solo se escuchaba el crujir de los bancos de madera, alguna que otra tos amortiguada y...

—No puede ser... —murmuró Sara, muerta de vergüenza.

Un chirrido estruendoso, rítmico y metálico, obligó a todos los asistentes a mirar al lado derecho de la iglesia. Era Celso que, a pesar de las instrucciones precisas que le había dado su jefa, recorría el pasillo lateral con la silla de Loreto. Cuando llegó al primer banco, se quedó de pie al lado de Juan, besó un rosario que sacó de su bolsillo y, sin importarle lo que su blanquísima guayabera pudiera desentonar entre tanto luto riguroso, empezó a rezar con una fe que habría movido montañas, cordilleras y hasta el mismísimo Everest.

—Dile que se siente —le dijo Sara a Juan, pero este no le hizo caso. Estaba demasiado concentrado en averiguar por qué un tipo muy apuesto, sentado al otro lado del pasillo, no dejaba de mirar a Sara.

Por suerte para todos, un sacerdote apareció por un extremo del altar y todo el mundo se puso en pie. Era un hombre mayor y de escasa estatura, sobre todo comparado con el guardaespaldas con cara de matón que, efectivamente, no se santiguó cuando el sacerdote dijo:

—En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

—Amén —dijeron todos.

—*Amén* —contestó una voz rezagada, con un acento extraño.

Era la del tipo apuesto, que ni siquiera para santiguarse le había quitado el ojo de encima a Sara. Su mirada era tan intensa, que ella pudo sentirla y se giró hacia él. Cuando sus ojos se encontraron, el muy atrevido la saludó con una ligera inclinación de cabeza y una descarada sonrisa que dejó a la vista una dentadura perfecta y un irresistible hoyuelo en su mejilla derecha.

—¿Quién es ese? —preguntó Juan, todos sus músculos en tensión.

—No lo sé. No lo conozco —dijo Sara, atusando sus rizos en un acto de coquetería que ni ella misma comprendió.

La misa transcurrió con relativa tranquilidad hasta que el sacerdote anunció que la viuda iba a decir unas palabras. Cayetana se levantó y se dirigió a un atril colocado junto a la foto de Álvaro y la urna de lapislázuli. Un silencio expectante lo envolvió todo. Esta vez no se escuchó nada, ni el crujir de los asientos de madera ni ninguna tos, tan atentos estaban todos a cada movimiento de Cayetana.

—Cuenta una leyenda maya que la luna se esconde cada veintinueve días para que podamos contemplar las estrellas —dijo con dulce aplomo—. Álvaro, mi esposo, era para mí como una gran luna que lo iluminaba todo, y su muerte nos ha dejado a mi hijo, Kin, y a mí sumidos en una noche terrible, la más oscura que podía imaginar. Es un momento muy doloroso para el que no encontramos consuelo, pero tenemos suerte porque nuestra noche está llena de estrellas. Son todos ustedes, los que están aquí sentados, porque están aliviando nuestro dolor con su cariño. Es el motivo por el que hoy queremos darles las gracias a todos, en especial a Mr. Thomas que... —A Cayetana se le quebró la voz por un momento, pero tomó aire, se llevó el pañuelito a la nariz y se recuperó—. En especial a Mr. Thomas, que tanto nos está apoyando. En nombre de mi hijo Kin, de mi hermana, la doctora Sara Arcaute y su esposo... queremos agradecerles... que...

Al fin, la emoción venció al aplomo y Cayetana no pudo continuar. Sara se estremeció y Juan sintió el impulso de hacerse el héroe. Tal vez así su mujer dejaría de lanzarle miradas clandestinas al hombre guapo. Sin perder tiempo, dejó a la pequeña Loreto en el regazo de su madre, se puso en pie y salió al pasillo central de lo más decidido, con tan mala suerte, que se topó de frente con la cara perfecta del tipo apuesto. Durante un instante, ambos se miraron a los ojos, pero el tipo apuesto no parecía dispuesto a negociar y fue directo a rescatar a Cayetana.

—Juan, vuelve a tu sitio —susurró Sara, entre incrédula y avergonzada, cuando vio a su marido apretar los puños y hacer el amago de seguir a su adversario.

Juan obedeció con pesar, se sentó y su ira fue en aumento cuando vio que todas las mujeres contemplaban extasiadas la ternura con la que el hombre guapo abrazó a Cayetana. Hasta Loreto, su propia hija, concentró toda su atención en señalar con su dedito lo que ocurría en el altar.

Sin soltar a Cayetana en ningún momento, el tipo apuesto le quitó el pañuelito de la mano y le limpió las lágrimas con tal delicadeza, que resultó casi erótico.

—Qué cabrón.. —masculló Juan, con los ojos entornados.

El tipo encantador alargó su brazo y, con Cayetana aún acurrucada en su pecho, colocó el micrófono a su altura. Su voz, terriblemente varonil, sonó en la iglesia con determinación y, lo que ya fue el colmo, un irresistible acento italiano:

—Yo no sé mucho sobre los mayas, pero en Italia recitamos a menudo el último verso de *La divina comedia de Dante: L'amor che muove il sole e l'altre stelle*. En español sería algo así como el amor que mueve el sol y las estrellas. Cuando conocí a Álvaro me llamaron la atención muchas de sus cualidades: su carisma, su inteligencia, su habilidad para conectar con las personas... Eran tantas cosas que un día le pregunté: «Álvaro, ¿de dónde sale todo esto? ¿De dónde sacas toda tu fuerza?». ¿Saben qué me contestó? Me dijo: «Todo es cuestión de tener una gran motivación. La mía se llama Cayetana y es mi esposa». Como buen italiano, soy bastante chismoso, así que estuve varios días preguntando por ahí cómo de especial podía ser esa mujer, Cayetana. Me contaron que era muy inteligente y de una belleza extraordinaria. «Claro», pensé, «tiene que ser una gran mujer». Pero en el caso de Álvaro no se trataba solo de eso. Lo entendí todo cuando la conocí, porque me di cuenta de que ella no era solo una gran mujer, sino una gran mujer enamorada. Esa diferencia era la clave del talento de Álvaro, y les confieso que, aunque no soy muy creyente, todas las mañanas le pido a la Virgen de Guadalupe que me ayude a encontrar una mujer que se enamore de mí como Cayetana se enamoró de su esposo; porque si la Virgen me cumple el milagro, tendré el amor que mueve el sol y las estrellas. *L'amor che muove il sole e l'altre stelle*.

—¡Híjole, comadre! Si nunca viste un milagro lo vas a ver ahorita porque ya me enamoré de este hombre —dijo una de las mujeres que estaban sentadas detrás de Juan.

—¡Mira! —exclamó la otra de pronto, señalando al altar.

Un murmullo de sorpresa llenó la iglesia cuando Cayetana se desmayó en brazos del tipo apuesto con acento italiano, que no dudó en cargar su lánguido cuerpo y salir corriendo por el pasillo

central ante la atónita mirada de lo más selecto de Cancún al grito de:

—¡Celso, ábrame el carro!

El fiel chófer reaccionó al instante. Le dio un pisotón a Juan, pasó frete a Sara y Loreto, y echó a correr por el pasillo central en pos del italiano.

Sara también reaccionó. Dejó a la niña junto a su padre y salió detrás de Celso.

—Sara, ¡espera! —dijo Juan.

Pero ella no se detuvo.

—Mierda. ¡Kin! —llamó nervioso—. ¡Vámonos!

El joven no dudó en acudir a la llamada de Juan, que tomó en brazos a Loreto y corrió con los dos por el pasillo lateral, arrastrando, además, la silla de la pequeña. Fue una suerte que el murmullo que se había formado en la iglesia mitigara el quejido estrepitoso y metálico de la dichosa ruedita porque así nadie reparó en su huida, pero cuando llegaron a la puerta...

—No se puede salir, señor —le dijo a Juan un guardaespaldas.

—Pues mi mujer está fuera y es la hermana de Cayetana, así que más le vale apartarse —dijo Juan, con un ímpetu violento que el guardaespaldas tuvo que frenar poniéndole la mano en el pecho.

Juan tuvo la tentación de apartársela de un manotazo, pero cuando vio que era tamaño «si te hago una caricia no lo cuentas», solo pudo hacer una cosa: tragar saliva.

—Tranquilo, Francisco, es mi tío —dijo Kin.

El guardaespaldas murmuró algo al micro que llevaba prendido en la solapa y los retuvo un rato más, hasta que le susurraron algo por el pinganillo.

—Está bien, pasen.

Con los nervios de punta, Juan salió de la iglesia, cruzó el jardín a toda prisa y, desde ahí, vio a Sara plantada en la acera, mirando nerviosa en ambas direcciones del Boulevard Kukulkán.

—Sara —la llamó.

—Se han ido —dijo ella.

—Oye, esto no me gusta nada. Uno de esos matones casi no nos deja salir —dijo Juan.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿No te das cuenta? ¡Es como si estuvieran protegiendo al Padrino!

—¿Y mi mamá? —preguntó Kin, cuando los alcanzó.

—No lo sé.

—Seguro que fueron al hospital. ¿Llamo a Celso para que nos confirme? —respondió el chico.

—Sí, Kin, por favor —dijo Sara.

El muchacho metió la mano en el bolsillo de su americana, pero no llegó a sacar su móvil porque, de pronto, una misteriosa limusina blanca con las lunas tintadas se detuvo ante ellos y un grupo de hombres vestidos de negro salieron de la nada y los rodearon.

—¡La mafia! —dijo Juan, encorvando su espalda para proteger el pequeño cuerpo de Loreto.

Sara y Kin lo miraron sorprendidos.

—No es la mafia, es Mr. Thomas —dijo Kin, que no pudo evitar un cierto tono burlón ante la reacción de su tío.

La ventanilla de la limusina bajó despacio y un rostro de abuelito encantador apareció sonriente.

—Suban, por favor, yo los llevo a su casa.

Uno de los hombres de negro abrió la puerta mientras otro plegaba y metía la silla de Loreto en el maletero con la habilidad de una madre consagrada. Kin entró en la limusina sin dudarle, y Sara iba a hacer lo mismo, pero Juan la agarró de la mano y la detuvo.

—Sara, ¿qué haces? —la reprendió.

—Vamos, Juan, es Mr. Thomas, no la mafia rusa. Deja ya de hacer el ridículo —murmuró ella con todo el disimulo que pudo.

Juan la miró con suma tristeza, pero Sara no se dio cuenta. Le quitó a la pequeña de sus brazos y entró con ella en la limusina sin importarle dejar a Juan allí plantado, rodeado de hombres trajeados que trataban de empujarlo al interior del vehículo.

—¡Un momento! —dijo, revolviéndose enfadado.

—Tenemos que irnos, señor, está prohibido estacionar acá.

Juan cerró los ojos un instante y, por primera vez, reconoció que tenía que tomar una decisión, no solo sobre si entraba o no en la limusina, sino sobre Sara, porque como bien había sospechado, la estaba perdiendo.

[8]. Plato de carne asada que se acompaña de enchiladas, frijoles y rajas de chile poblano. Aunque parezca mentira, comenzó siendo un desayuno. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO DIEZ

Dentro del Karlmann, el tipo apuesto acariciaba el rostro de Cayetana y pronunciaba su nombre sin parar, tratando de que volviera en sí. Estaba muy pálida, pero poco a poco, sus mejillas fueron recuperando color. Abrió los ojos despacio y, cuando se encontraron con los suyos, dijo con voz débil:

—Gracias, Fabio, ya me siento mejor.

Tras un suspiro de alivio, Fabio, el tipo apuesto, la estrechó entre sus brazos, consciente de que Cayetana no tardaría en apartarse de él. Cerró los ojos y respiró profundo, resignado a separarse de ella una vez más. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario. Cayetana buscó refugio en su pecho y se quedó allí muy quieta, como un animal asustado que por fin encuentra una guarida donde se siente a salvo.

Fabio cerró los ojos cuando sintió la piel de la frente de Cayetana en su cuello. Incrédulo, besó su pelo soñándolo libre, como la primera vez que la vio, y maldijo ese perfume caro que llevaba. No era más que una trampa para apartarla de él. Otra más.

«Si al menos te acordaras de mí, Cayetana... Todo habría sido tan distinto...», pensó.

Al verlos así por el retrovisor, Celso redujo la velocidad del Karlmann. Por primera vez en su larga carrera de chófer, respetó con escrúpulo cada semáforo en ámbar y cada señal de tráfico que supusiera detener la marcha. No tenía prisa por llegar al hospital. Doña Cayetana solo había sufrido un simple desmayo y ahora estaba donde él siempre creyó que debía estar. En brazos de don Fabio. Él sí la quería de a veras. No había más que verlo para darse cuenta. La abrazaba como si tuviera en sus brazos el tesoro de Moctezuma. Acariciaba su pelo, a veces con un simple roce de sus labios, y cerraba los ojos mientras suspiraba en un desesperado intento por detener el tiempo.

Con cuidado de que no se dieran cuenta, Celso sacó su rosario del bolsillo, lo besó, y puso, muy bajito, el bolero perfecto para que don Fabio y doña Cayetana terminaran de entenderse:

Si tú me dices ven, lo dejo todo.

Si tú me dices ven, será todo para ti.

*Mis momentos más ocultos también te los daré,
mis secretos que son pocos, serán tuyos también.*

Si tú me dices ven, todo cambiará.

Si tú me dices ven, habrá felicidad

Si tú me dices ven, si tú me dices ven.

Así, con don Fabio y doña Cayetana abrazados, y Los Panchos flotando en el aire, Celso llegó al hospital.

Un viene viene⁹¹ le hizo señas para que estacionara el Karlmann justo en la puerta, pero Celso pasó de largo.

—Al ratito regreso —murmuró muy bajito, haciéndole señas, pero don Fabio lo oyó.

—¿Qué pasa, Celso?

—Nada, don Fabio, no más que fijese que no encuentro lugar donde estacionar. Voy a dar otra vuelta a ver...

—Sí, Celso, dé las que hagan falta.

A Cayetana le pareció intuir el engaño de su chófer y el ansia de Fabio por alargar el momento, pero no quiso decir nada. Tampoco quiso abrir los ojos. Era consciente de que tarde o temprano tendría que salir del refugio que Fabio le ofrecía y enfrentarse a su patética realidad, pero ¿había algo de malo en alargarlo? Además, había oído a Fabio hablar con Mr. Thomas. Él se encargaría de Kin y de Sarita y su familia, por lo que no tenía que preocuparse por ellos. Con él se sentirían como en casa.

Juan sintió un escalofrío cuando la puerta de la limusina se cerró tras él con un golpe seco. Se sentó junto a Sara y Loreto, y miró a su alrededor desconfiado. Hacía frío. El aire acondicionado salía por todas partes silbando con fuerza, y resultaba extraño ver cómo la luz de Cancún podía convertirse en una penumbra misteriosa al pasar por las lunas tintadas. El color del mar ya no parecía turquesa, sino una mancha gris, y tampoco contrastaba con el verde de los manglares que daban paso a una laguna que se extendía al otro lado.

Junto a las puertas, dos guardaespaldas vigilaban constantemente el exterior. Su actitud no tenía nada que ver con la cándida sonrisa de Mr. Thomas, sentado junto a Kin con las manos apoyadas en el mango dorado de su bastón. Así, de cerca, a Juan le pareció mucho más grande y fuerte que en la iglesia, y eso no le gustó. Por mucho que tuviera una respetable mata de pelo blanco, estaba seguro de que aquel hombre podría tumbarlo con un simple bofetón a mano abierta.

—Buenas tardes, doctor, siento que mis hombres lo asustaran —dijo Mr. Thomas, con un acento más *tex-mex* que el chili con carne—. Qué lástima que tengamos que conocernos en esta situación tan triste. Soy Percival Thomas. Les doy mi más sentido pésame.

—Gracias.

—Sí, gracias también por llevarnos a casa. No sabemos dónde está mi hermana —dijo Sara.

Mr. Thomas sonrió y le restó importancia al asunto con un leve movimiento de mano.

—No me dé las gracias a mí, sino al señor Conti.

—¿El italiano? —preguntó Sara con un suspiro.

—Sí, el italiano. Acaba de llamarme. Me dijo que se llevaba a Cayetana al hospital y me pidió que los acompañara a ustedes y a Kin a su casa.

—Pues sí que es rápido —masculló Juan.

—Sí, ¿verdad? Es muy eficiente. Siempre lo tiene todo bajo control —dijo Mr. Thomas.

—¿Cómo está Linda? ¿Por qué no vino? —preguntó Kin, que parecía tenerle un gran aprecio. De hecho, era la primera vez que Sara lo veía sonreír tanto.

Mr. Thomas inclinó su cuerpo hacia él con complicidad:

—¿Te digo la verdad, Kin? No vino porque no le dio la gana. Ya sabes que no le gustan las despedidas. Además, hoy le dolían los pies y eso es bien peligroso.

—¿Por qué? —dijo Kin.

—¿Cómo que por qué? ¿Qué no la conoces? ¡Habría venido en huaraches!

—O descalza, como anda siempre —dijo Kin, con una risa que, por desgracia, duró muy poco.

—Por cierto, Kin, tengo la urna de tu papá, la dejaste en la iglesia —dijo Mr. Thomas.

—Se ve que con el susto se me olvidó... Gracias, Mr. Thomas.

—Por nada, Kin. Es lo menos que puedo hacer, ya sabes que quería mucho a tu papá. Era mi mejor empleado y también un gran amigo. Su muerte es una terrible pérdida.

—Sí —dijo Kin, desviando la mirada—. Terrible...

Al verlo así, Mr. Thomas dio dos golpes en el suelo de la limusina con su bastón, como si quisiera animarlo:

—Tienes que ser fuerte, muchacho, y cuidar mucho a tu mamá. Está bien afectada... Ya viste que hasta se desmayó.

Kin asintió en silencio, sumido en unos pensamientos que no debían ser nada agradables.

—Mr. Thomas, ¿sabe a qué hospital llevó el señor Conti a mi hermana? —preguntó Sara—. Ayer me dijo que últimamente tiene jaquecas y me gustaría hablar con su médico.

—No se preocupe, doctora, está en las mejores manos.

—Sí, en las del italiano, que lo tiene todo bajo control —dijo Juan.

Sara agarró la mano de su marido y la apretó con fuerza para reprenderlo. Sin embargo, a Mr. Thomas le hizo gracia el comentario y lanzó una carcajada que retumbó en toda la limusina.

—Bueno, me refería más bien a las manos de su doctor. Es el mejor de todo Yucatán, y ya lo avisé de que iban para allá. Pero si quiere podemos llevarla al hospital, doctora, nos queda aquí cerquita, muy a la mano —le ofreció Mr. Thomas.

Esta vez fue Juan el que apretó fuerte la mano de Sara en señal de advertencia.

—Gracias, Mr. Thomas, pero no puede ir. La niña tiene que merendar, ¿verdad, *cariño*?—dijo, con fingida dulzura.

Sara lo miró sonriendo y, en cuanto Juan aflojó su mano, ella apretó la suya hasta casi clavarle las uñas.

—¿No puedes encargarte tú, *mi amor*? —preguntó.

Juan hizo una mueca de dolor, pero aun así, se arriesgó a estirar la cuerda:

—Puedo encargarme de todo, pero además es tarde y tenemos que bañarla, *Sarita*.

—Para eso tenemos a Carmen, *Juanito*.

—Sí, pero no podemos arriesgarnos a cambiar su rutina, *mi vida*, ya sabes que si lo hacemos después no duerme.

—Y no vamos a cambiar nada, *cariño*, solo estamos hablando de ir un momento a hablar con un médico.

Al ver que todos los miraban sorprendidos, incluidos los guardaespaldas y la pequeña Loreto, que inclinó su cuerpecito hacia delante para ver qué demonios les pasaba a sus padres, Juan claudicó:

—Está bien, Sara. Ve a ver a tu hermana. Nosotros, *tu familia*, podemos esperar.

[9]. Viene viene o franelero: persona que señala lugares para aparcar en la calle a cambio de una propina. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO ONCE

Al amanecer, un grito aterrador retumbó por todos los rincones de Villa Cayetana:

—¡¡¡Wendoline!!!

Sara y Juan saltaron de la cama, dieron unos pasos aturridos, chocaron, cayeron de nuevo en la cama, volvieron a ponerse en pie y el instinto los llevó a acercarse a la camita de Loreto.

—¡¡¡Wendoline!!! —Un nuevo grito los hizo saltar.

—Voy a ver qué pasa. Quédate con Loreto —dijo Juan. Con tanto escándalo la pequeña se había despertado y estaba a punto de llorar porque, además, no encontraba a Po.

Juan recorrió el pasillo hasta llegar al salón. Allí encontró a Cayetana en camisón y con el pelo revuelto, gritando desesperada frente a la urna de Álvaro:

—¡Wendoline! ¡Wendoliine!

—Cayetana, ¿qué pasa? —le preguntó Juan, apostado detrás de un sillón porque iba en calzoncillos y tenía que disimular de alguna manera su vigor matinal.

—¡Wendoliine!

Seguida de Celso, Carmen y María, todos en paños menores, la fiel Wendoline apareció en el salón.

—Señora, ¿qué pasó?

—Llame ahora mismo a Osvaldo. ¡Lo quiero aquí ya! —gritó Cayetana.

—Ahorita lo llamo, señora, pero tranquilícese y dígame, ¿qué pasó?

—¡Nos robaron, Wendoline! ¡Nos robaroon! —dijo a voz en grito.

—¡Ay, *mamasita*! ¡Eso fueron los aluxes!

—¡Déjese de aluxes y llame a Osvaldo ya!

—Mamá, ¿qué pasó? —preguntó Kin.

—Que alguien entró en casa a robarnos, Kin.

—Cayetana, ¿estás segura? La puerta está cerrada y todo está bien —dijo Juan.

—Ven aquí y míralo. ¡Míralo! —gritó su cuñada señalando la urna.

Juan revisó su entrepierna. Aún era pronto para mostrarse y, como siguiera contemplando cada detalle que insinuaba el fino camisón de encaje de Cayetana, no podría hacerlo nunca, de modo que preguntó desde el refugio del sillón:

—¿El qué?

—El *apadravya* de Álvaro. ¡No está!

Sara apareció en ese momento con la pequeña Loreto de la mano bien abrazada a su inseparable

Po.

—Caye, ¿no se habrá caído? —preguntó.

—No, ya lo miré. Me lo robaron, Sarita. ¡Me lo robaron! Sinvergüenzas... Canallas... Quitarle a una pobre viuda el *piercing* genital de su marido... —gruñó Cayetana dando vueltas por todo el salón.

—Doña Cayetana, no se preocupe. Ahorita mismo le rezo a San Antonio para que lo encuentre. Es muy milagroso —dijo Celso, con sus manos rechonchas en posición de orar.

—Ándele, Celso, usted récele a San Antonio que yo les voy a pedir a los aluxes —dijo Wendoline.

Ambos empezaron a recitar sus oraciones, pero como una era en español y la otra en maya, terminaron componiendo un murmullo bilingüe que terminó por desesperar a Cayetana.

—Déjense de tonterías y llamen a Osvaldo ¡ya! —gritó.

—Señora, no hace falta que me llamen, la oí gritar desde la caseta. ¿Qué pasó? —Una voz pausada anunció la presencia de Osvaldo, el vigilante eternamente pegado a su *walkie-talkie*.

—Osvaldo, alguien entró en casa.

—Señora, no es posible, Marcial estuvo vigilando anoche y...

—No me contradiga, Osvaldo —lo interrumpió Cayetana, señalando el pedestal con el índice—. Anoche dejé aquí una joya y ya no está. ¿Cómo explica eso?

El pobre Osvaldo se acercó al pedestal, buscó con la mirada por el suelo y, finalmente, reconoció:

—No sé, señora, pero aquí no entró nadie, si quiere puede comprobar las grabaciones.

—Wendoline, llame a Fabio, por favor —dijo Cayetana, roja de ira.

—Sí, señora, ahorita se lo paso. Híjole, la está llamando don Dimitri otra vez. ¿Contesto? —dijo Wendoline, teléfono en mano.

—¡No!

Sara y Juan se miraron de soslayo y fruncieron el ceño. Con el lío que se formó en el funeral, no solo no habían avanzado en sus pesquisas sobre la identidad del misterioso Dimitri, sino que acabaron discutiendo por ello cuando Sara llegó del hospital con Cayetana:

—Metiste a nuestra hija en una limusina llena de matones, Sara. ¿Cómo puedes ser tan confiada? —le recriminó Juan.

—Venga ya —dijo Sara—. ¿Mr. Thomas te parece un matón? ¿No será que desde que salimos del funeral estás un poquito intenso?

—Sara, ayer mismo estabas de acuerdo conmigo en que aquí hay algo muy turbio.

—Sí, pero no lo hay, Juan.

—¿No? Te recuerdo que tu hermana evita las llamadas de un mafioso ruso llamado Dimitri y que un tal Fabio, que seguro que es un mafioso también, la llama a deshoras desde una plantación de tequila que seguro es una tapadera; vete a saber de qué. ¿De verdad no lo ves o es que ya te ha comido el coco tu hermana?

Sara pudo haber sacado a Juan de su error. Pudo haberle contado que Fabio era el italiano que sacó a su hermana del funeral y que no era un mafioso, sino un empleado de Mr. Thomas que la estaba ayudando con todo. Pero no lo hizo. Le dolieron tanto sus palabras, que se limitó a decir:

—No puedo creer que pienses esas estupideces, Juan.

—Ni yo que tú que le des prioridad a todo el mundo antes que a nosotros, Sara.

—Vosotros estabais bien, pero Cayetana se desmayó. ¿Tan difícil es de entender que esté preocupada por mi hermana?

—No hables de ella como si fuera tu familia porque ya no lo es. Tu familia somos Loreto y yo; y Cayetana te está apartando de nosotros. Sobre todo de mí.

Cuando Wendoline consiguió contactar con don Fabio, le tendió un teléfono a Cayetana.

—Aquí tiene a don Fabio, señora —le dijo.

Por la conversación que mantenían, quedaba claro que se trataba de una persona en la que Cayetana confiaba al cien por cien; aun así, Juan escuchaba atento y con el ceño fruncido, buscando una pista que demostrara su teoría. Sara sonrió con malicia. Sería divertido ver la cara de Juan cuando descubriera quién era.

—¿Qué dijo don Fabio? —preguntó Osvaldo cuando Cayetana colgó.

—Que va a llamar a la policía y que se sienten todos aquí en el sofá —dijo Cayetana—. Si nadie entró en la casa, el ladrón está entre nosotros. ¿Dónde está Kin?

Todos buscaron al joven con la mirada, pero se había esfumado.

—No sé, señora, seguro que fue a vestirse —dijo Wendoline.

—Doña Cayetana, ¿podemos ir a vestirnos nosotros también? —suplicó Celso.

Cayetana lo observó con atención. Con los nervios no había reparado en que Celso, su impecable y fiel chófer, llevaba los pelos alborotados y un pijama estampado con cientos de calaveritas mexicanas practicando las posturas más cochinas del *Kama Sutra*. Su sentido del decoro le pedía a gritos mandarlo a cambiarse, pero si hacía una excepción con él tendría que hacerla con el resto de empleados, de modo que concluyó:

—No, Celso. Nadie puede salir de aquí.

En menos de veinte minutos, la casa de Cayetana parecía un circo tomado por la policía municipal de Cancún. Celso rezaba y se santiguaba sin parar mientras Wendoline recorría el salón agitando un cuenco de barro del que salía un humo denso que olía a porro. Varios agentes interrogaban al resto de residentes e invitados de Villa Cayetana y otros pululaban por toda la casa tomando huellas dactilares y revisando cada rincón de las habitaciones de los empleados. Entre tanto, Osvaldo hablaba con un hombre regordete enfundado en un traje claro que le quedaba pequeño y que se presentó como el comisario García.

—Las cámaras lo graban todo las veinticuatro horas del día. Vénganse conmigo y se lo muestro

—dijo Osvaldo.

En ese momento dos agentes irrumpieron en el salón y, mostrando orgullosos el *apadravya* de Álvaro, anunciaron:

—Encontramos la joya.

—¡San Antonio bendito! —exclamó Celso.

—*Yúm bootik*^[10] *alux* —dijo Wendoline, elevando su humeante cuenco de barro.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó el comisario García.

—Estaba en el garaje, escondida en el carro —explicó uno de los agentes.

El salón quedó sumido en el más absoluto silencio y todos, sin excepción, miraron a Celso.

—¿Qué se traen? —preguntó.

—Celso, no me esperaba esto de usted —dijo Cayetana.

—¿Qué cosa? —insistió él y, cuando lo entendió todo, su voz comenzó a temblar—: No, hombre, ¿cómo creen? Doña Cayetana, no estará pensando que yo le robé, ¿verdad?

Cayetana le contestó con una mirada que reflejaba la decepción más absoluta.

—¿Quiere denunciarlo? —preguntó el comisario García.

—Sí.

El pobre Celso protestó, gritó, argumentó cuanto pudo y suplicó hasta llegar a las lágrimas, mientras sus compañeros y el joven Kin salían en su defensa. Que si era un buen hombre, que si él nunca le haría eso a la señora, que si...

Cayetana permaneció impassible hasta que una voz masculina irrumpió en el salón con un irresistible acento italiano:

—Buenos días a todos.

—Mierda —dijo Juan.

Fabio no era un mafioso, sino el tipo apuesto que citó a Dante en el funeral de Álvaro y que se llevó a Cayetana en brazos. Y encima llevaba una camisa blanca remangada, seguro que para lucir ese Rolex que pesaba más que la autoestima de Juan. Pero lo peor de todo fue descubrir que Sara se había pasado la tarde con él en el hospital y que no le había contado quién era.

—¿*Apo*? —preguntó la pequeña Loreto a su mamá.

—Sí, es muy guapo. Pero ten cuidado, puede ser peligroso —dijo Sara, y miró a Juan con evidente sorna.

—Fabio, ya descubrimos al ladrón. Fue Celso —dijo Cayetana.

—Señora, cómo puede pensar que yo le voy a robar después de tantos años. Con lo que yo estimaba al señor y lo que cuidé al joven Kin de chiquito. Esto es un error. Dígaselo usted, don Fabio. ¡Dígaselo usted!

—Por favor, un momento de tranquilidad —dijo Fabio—. ¿Quién está al mando?

—Yo, señor. Comisario García, para servirle.

—Encantado, mi nombre es Fabio Conti. Soy el asesor personal de doña Cayetana, aunque en realidad trabajo para el señor Percival Thomas. ¿Pueden informarme de lo ocurrido?

El comisario le explicó que acababan de encontrar la joya escondida en el Karlmann, que nadie había entrado en la casa según los guardias de Cayetana y que la única conclusión posible era que el chófer la hubiera escondido ahí.

—Yo no fui, don Fabio, ¡se lo juro! —insistió Celso—. Alguien la puso en el carro para llevársela después o para inculparme.

—¿Dónde estaba el Karlmann? —preguntó Fabio.

—En el garaje, señor.

—Y ahí no hay cámaras, ¿verdad?

—No más la de afuera y nadie entró por ahí —dijo Osvaldo.

—De modo que no podemos demostrar que fuera Celso —afirmó Fabio.

—Ni tampoco que no fuera él —insistió Cayetana.

—Señora, cómo cree... —sollozó el chófer.

—Doña Cayetana, nosotros tenemos que irnos —dijo el comisario García—. Parece que una pareja que estaba en su luna de miel gastó todo su amor anoche y ahora se están peleando. ¿Quiere poner denuncia o no?

—No, mamá, por favor —suplicó Kin.

Pero su madre no lo escuchaba. En realidad nadie lo hizo. Todo el mundo parecía hipnotizado por la forma en que Fabio se acercaba a doña Cayetana, tomaba sus manos y le decía:

—Cayetana, ¿crees que es necesario? Recuerda que tú no eres así.

Los ojos de Cayetana brillaron de un modo extraño y todo en ella, su postura, su rostro y hasta su voz, pareció cambiar.

—¿No soy así, Fabio?

—No.

—¿Y cómo lo sabes?

Fabio la miró indeciso y a punto estuvo de perder su aplomo italiano al ver su mirada suplicante. Era un momento perfecto para confesarlo todo, pero ¿cómo iba a hacerlo delante de toda aquella gente?

—Sé que eres una mujer inteligente y que sabes que esto no merece la pena —dijo al fin.

Cayetana soltó las manos de Fabio con un gesto de decepción. Estiró su espalda hasta que adoptó esa rigidez de diva que nada tenía que ver con ella y frunció el ceño. Estaba enfadada. Enfadada de verdad.

—Pueden irse, comisario —dijo—. No voy a denunciar a nadie. Pero está despedido, Celso. Ya no puedo confiar en usted.

Todos la miraron asustados y, por fin, Kin estalló:

—¡Eres odiosa! —gritó lleno de ira y, al ver que era el centro de atención, se marchó.

Al ver la reacción de Kin, el chófer rompió a llorar. Fabio tuvo que intervenir:

—Celso, tranquilo. De momento váyase a su casa hasta que lo aclaremos todo, ¿OK?

—¿A qué casa, don Fabio? Este es mi hogar —dijo el chófer vencido.

—¿No tiene adónde ir?

—No. No tengo familia, solo unos primos que viven en Toluca —dijo Celso.

Fabio sacó entonces su móvil, tecleó algo y le explicó:

—Vaya a la dirección que acabo de mandarle y diga que va de mi parte. En cuanto pueda iré a hablar con usted.

Después, demostrando unas increíbles dotes de mando, Fabio despidió a los policías y tomó el control de la casa.

—Wendoline, por favor, cuando estén todos vestidos, haga que sirvan el desayuno junto a la alberca —le pidió con una sonrisa.

—Sí, señor, cómo no. ¿Quiere que prepare café de olla?^[11]

—Es una gran idea.

—A mí lléveme una agüita especial a mi cuarto, por favor —dijo Cayetana.

—¿Tan temprano? —preguntó Wendoline.

—Sí, tan temprano —contestó Cayetana, mirándola con severidad.

Los empleados fueron abandonando el salón y Fabio aprovechó el momento para acercarse a Sara y darle un beso en la mejilla que fue el remate para la indignación de Juan.

—Hola, Fabio —dijo Sara sonriendo—. Te presento a Juan, mi marido.

—Es un placer conocerte, Juan, soy Fabio Conti.

—Encantado.

—Fabio Conti... Tienes nombre de mafioso, ¿verdad, Juan? —dijo Sara socarrona.

El italiano se echó a reír de forma sonora y Juan sintió que su cuerpo se encendía de rabia al descubrir la traición de Sara y la de Loreto, que tiró del pantalón de Fabio y le mostró a Po.

—Tú eres Loreto, ¿a que sí? —dijo él, revolviéndole el pelo.

—Tí —contestó sonriente.

—Fabio, necesitamos un chófer nuevo hoy mismo —dijo Cayetana, muy seria—. ¿Puedes encargarte? Tenemos muchas cosas que hacer.

—Sí, por supuesto, pero para hoy será difícil.

—¿Y si llamas a la agencia?

—La agencia puede enviarnos veinte candidatos ahora mismo, pero hay que comprobar todas las referencias y entrevistarlos. Un chófer tiene que ser alguien de mucha confianza, Cayetana, no puedo dejarte en manos de cualquiera.

—¿Y entonces? Hoy mismo quería ir al cenote para tirar la urna con las cenizas de Álvaro. Necesito terminar con esto ya. Empiezo a tener pesadillas —dijo Cayetana.

—Puedo llevaros yo —se ofreció Fabio.

—O yo —replicó Juan, haciéndose el macho alfa.

Cayetana lo observó sorprendida.

—Juan, ¿estás metiendo tripa? —le preguntó, casi con crueldad.

Sara se giró hacia su marido sin dar crédito. Sí, estaba metiendo tripa. Se notaba porque así, en

calzoncillos y con lo delgado que estaba, parecía estar en una sesión de hipopresivos.

—Qué va —dijo, rojo de vergüenza, de ira y de aguantar la respiración.

—Está bien. Iremos esta misma tarde —dijo Fabio—. Hasta entonces, ¿por qué no vas al *spa* del club con Sara? Te vendrá muy bien después de este susto.

—Te recuerdo que mi esposo murió hace apenas veinte días, Fabio —dijo Cayetana, muy digna.

—No se atreverán a decir nada. Ayer te desmayaste en el funeral.

—No me lo recuerdes, por favor, fue el peor momento de mi vida.

Una mueca de dolor transformó el perfecto rostro de Fabio.

—¿Tan malo fue? —dijo, tratando de sonreír de nuevo.

Cayetana levantó el mentón y lo miró con resentimiento antes de decir:

—Voy a vestirme.

[10]. Gracias en lengua maya. (*N. de la A.*)

[11]. Café aromatizado, según qué receta, con canela, piloncillo (panela), chocolate, piel de naranja, clavo... Incluso puede llevar pimienta de tabasco o limón. Para que termine de ser delicioso es fundamental tomarlo en una taza de barro. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO DOCE

En el trayecto hacia el *spa*, Sara se dio cuenta de que Fabio vigilaba constantemente a Cayetana a través del espejo retrovisor. Ella, sin embargo, o disimulaba muy bien o no parecía darse cuenta y, animada por la agüita especial que Wendoline le llevó a su habitación, insistía en contarle a su hermana todos los detalles sobre el club al que se dirigían:

—Es el más lujoso de todo el Caribe y forma parte del complejo del Grand Percival Cancún Resort. Fue idea de Álvaro. Fabio trabajó para él en el proyecto, ¿verdad?

—Así es —dijo Fabio, aparentemente inmune al tono corrosivo con el que Cayetana pronunció las palabras «para él».

—Tiene su propio puerto, instalaciones para practicar cualquier deporte que te puedas imaginar y hasta un teatro en el que han actuado muchos artistas internacionales. El año pasado, por ejemplo, vino Beyoncé.

—Guau —dijo Sara.

—Fue un proyecto millonario, pero en cuanto Álvaro se lo propuso a Mr. Thomas, se entusiasmó. De hecho, él es el socio número uno y ¿adivina quién es el socio número dos?

—¿Beyoncé? —preguntó Sara, divertida.

—¡No! ¡Es Kin!

—¿Kin? Pero si no le gusta el deporte.

—Ay, Sarita, no entiendes nada. El deporte es muy bueno para su edad, pero en realidad es lo de menos. Mr. Thomas insistió en que nos hiciéramos socios porque así, Kin puede relacionarse con chicos de las mejores familias en un entorno seguro. Es la manera de evitar que ande por la calle metiéndose en líos vete tú a saber con quién. Cuesta una fortuna incluso con el descuento para empleados, pero si lo piensas, es una forma de invertir en sus amistades.

Sara la miró extrañada.

—Pero, Caye, la amistad no es...

—¿Te diste cuenta de lo bien que se lleva Kin con Mr. Thomas? —la interrumpió Cayetana, no por falta de interés, sino por impotencia. Ella sabía muy bien qué era la amistad y lo que significaba perder a tus amigos de siempre por culpa del rumbo que había tomado tu vida; pero en Cancún la amistad era un lujo que no todos podían permitirse.

Sara la miró preocupada. No había que ser una gran psicóloga para intuir que Cayetana se sentía muy sola, sobre todo si consideraba amigas a las tres víboras que se habían encontrado en su tarde de *shopping*. La rapidez con que quiso evitar el tema fue la confirmación definitiva para Sara, que

decidió callar y darle una tregua. Otra más.

—Ya llegamos —dijo Fabio.

—Mira, Sarita. Este es el hotel y ahí está el club —dijo Cayetana.

Sara se asomó por la ventanilla. Una inmensa entrada con dos arcos y un letrero ostentoso que decía: «Grand Percival Cancún Resort Club», daba paso a un camino que conducía a un descomunal conjunto de edificios con forma de pirámide.

Fabio se detuvo frente a la barrera de seguridad. Un guardia salió de su garita:

—Buenos días, don Celsito —dijo sin mirar, mientras miraba su reloj y apuntaba algo en un papel.

—Buenos días, José —dijo Fabio cuando abrió del todo la ventanilla.

—Híjole. Disculpe, don Fabio, creí que era el carro de doña Cayetana —dijo el guardia.

—Es el carro de doña Cayetana, pero hoy la traigo yo.

—¿Y entonces? ¿Qué le pasó a don Celsito? ¿Está enfermo?

—Dile que lo despedí, Fabio —dijo Cayetana muy digna, desde el asiento trasero.

Pero Fabio ignoró su comentario:

—Está enfermo —dijo sonriendo.

—¡Qué pena! Dígale de mi parte que se recupere, por favor.

—Gracias, se lo diré.

El guardia pulsó los botones de un mando para abrir la barrera y Fabio cerró la ventanilla.

—Qué desobediente eres, Fabio —dijo Cayetana con aspereza, segura de que trataría de convencerla para que volviera a contratar a ese traidor de Celso.

—Lo siento. No dije nada porque José es un chismoso y puede extender un rumor equivocado —dijo Fabio, aunque no consiguió convencer a Cayetana.

El Karlmann avanzó regio por un camino rodeado de palmeras. Al final se veía un edificio similar a su compañero y, por supuesto, los colores imposibles del mar. Fabio aparcó frente a la puerta principal y, cuando vio que Cayetana y Sara se disponían a bajar, les advirtió con su voz de galán:

—Un momento, señoras, no se muevan.

Las dos hermanas observaron expectantes cómo Fabio se bajaba del coche y lo rodeaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara.

—No lo sé —dijo Cayetana, mirando alrededor como un gorrión asustado.

Lo entendieron todo cuando la puerta del Karlmann se abrió y Fabio le tendió la mano a Cayetana con cortesía y una sonrisa perfecta, hoyuelo incluido.

—Fabio, esto no es necesario —lo regañó ella, que parecía cada vez más molesta.

—Lo sé, pero no puedo evitar ser italiano.

Cayetana se ajustó sus gafas de sol, aceptó su mano y salió del coche sin apenas mirarlo. Él, sin embargo, mantuvo su sonrisa intacta y la miró absolutamente entregado. Después, le tendió la mano a Sara.

—Gracias —dijo ella, sonriendo.

—De nada. ¿A qué hora vengo a por vosotras?

—A la una —dijo Cayetana—. Debemos comer temprano para ir al cenote.

—Cayetana, ¿estás segura de querer ir hoy? —preguntó Fabio.

—Sí, estoy segura, ¿por qué?

Fabio la miró de una forma extraña, como si tratara de adivinar lo que sentía de verdad para actuar en consecuencia, pero con esas oscuras gafas de sol y el mentón en alto era imposible. Cayetana insistía en seguir siendo un misterio para él, uno indescifrable.

—Está bien, como quieras —dijo Fabio—. A la una estaré aquí entonces.

—Gracias. Encárgate de lo del chófer, por favor. Es urgente —dijo ella con desdén. Cuando se giró para marcharse, Fabio alcanzó a tomarla de la mano antes de que ella pudiera darle la espalda.

—Espera un momento, por favor.

—¿Qué ocurre? —protestó Cayetana, de mal humor, puede que por la forma en que se había erizado su piel en cuanto él la tocó.

—Después de ir al cenote me gustaría revisar contigo las cuentas. ¿Tendrás tiempo?

—¿No puedes resolverlo tú solo? —dijo Cayetana, librándose de su mano con la excusa de sacar de su bolso el pañuelito blanco y llevárselo a la nariz.

—Esta vez no. Hay que tomar decisiones. En especial sobre la plantación.

—Está bien, si volvemos pronto del cenote podemos reunirnos —dijo Cayetana con falsa seguridad.

—Perfecto. Nos vemos a la una. Pásenla bien padre —les deseó Fabio, imitando un exagerado acento mexicano que Sara celebró con una sonrisa, pero que a Cayetana no le hizo ninguna gracia.

—No vinimos a pasarla padre, Fabio, vinimos a relajarnos. Te recuerdo que estoy de luto por mi esposo, al que amaba con locura —dijo muy seria, tratando de herirlo.

—Lo siento —dijo Fabio. Aunque sus labios sonrieron, sus entrañas se retorcieron por dentro.

Cayetana dio media vuelta y emprendió la marcha hacia la entrada del club. Sara fue tras ella, pero a medio camino, un romántico presentimiento la obligó a darse la vuelta durante un instante y... Sí. Ahí estaba Fabio, apoyado en el inmenso Karlmann con los brazos cruzados y los ojos clavados en la figura de Cayetana.

«¡Está loco por ella!», pensó, dejando escapar un suspiro.

—Caye, ¿de dónde ha salido este hombre? —le preguntó a su hermana.

—¿Quién? ¿Fabio?

—¡Sí!

—No conozco muy bien su historia. Solo sé que vino a Cancún para dirigir la filial de una cadena de tiendas de moda y terminó trabajando con Mr. Thomas. Tenía mucha amistad con Álvaro y ya ves que hicieron algunos proyectos juntos. Supongo que por eso Mr. Thomas le encargó que me ayudara a ordenar sus negocios.

—Es un hombre sensacional, ¿no crees? —le preguntó Sara.

—Es muy trabajador —dijo Cayetana con displicencia.

—No me refiero a eso...

—¿Entonces?

—Por favor, Caye. Es guapo, amable, encantador... Y ese aplomo con el que te sacó del funeral después de explicar su concepto sobre el amor... No sé... Todo él es como... ¡Guau! ¡Qué hombre! —exclamó Sara.

Cayetana detuvo el paso y la miró con el ceño fruncido.

—¿Sí? ¿Te gusta? —le preguntó.

—¿Que si me gusta? ¡Es genial!

—¿No lo ves un poco... vulgar?

—¿Vulgar? Caye, ¡pero si es italiano!

—Me refiero a que no parece tener ningún tipo de ambición.

—¿Y qué?

—Que para eso te quedas con Juan.

Acto seguido, Cayetana enderezó su espalda y se deslizó, cual diva sobre la alfombra roja, hasta la entrada del club.

Sara tardó unos segundos en reaccionar. Lo que acababa de oír era tan duro y pretencioso que le costó procesarlo. No podía creer que su hermana fuera capaz de juzgar a un hombre como Fabio por su ambición y, menos aún, que hubiera utilizado ese argumento para pisotear su matrimonio de una forma tan descarada.

—Caye, ¿por qué dices eso? —dijo Sara, yendo tras ella.

Pero Cayetana no contestó. Ya había llegado a la entrada del club, donde un hombre uniformado se apresuraba a abrirle la puerta:

—Buenos días, doña Cayetana, mi más sentido pésame.

—Gracias, Fidel —murmuró ella, acercándose el pañuelito a la nariz.

Antes de que pudiera cruzar el umbral, Sara le dio alcance y, ante la atónita mirada del hombre uniformado, le dijo enfadada:

—Caye, te estoy hablando.

—¿Qué pasa, Sarita?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Tú eres consciente de lo que me acabas de decir?

—¿El qué? —preguntó Cayetana, con una fingida inocencia que Sara no estaba dispuesta a dejar pasar. Ya no.

—Oye, puede que te creas muy fina porque ahora llevas ropa cara y te tomas el calimocho en copa de cristal, pero eso no te da ningún derecho a faltarnos al resp...

—¡Cayetana! ¡Güera ingrata! —gritó alguien dentro del club de una forma tan histriónica, que no solo detuvo el discurso de Sara, sino también los latidos del corazón, la sangre en las venas y el vuelo de las aves migratorias que pasaban en ese momento por Cancún.

Sara giró la cabeza y dio un paso atrás asustada cuando vio a un hombre, inmenso y totalmente calvo, correr hacia Cayetana para abrazarla con la efusividad que solo un gay atrevido es capaz de demostrar en público. Pero lo que terminó por dejarla patidifusa del todo fue descubrir quién era.

—Hola, Dimitri —dijo Cayetana, hundida en sus poderosos brazos.

CAPÍTULO TRECE

Sara abrió la boca de par en par al descubrir que Dimitri, el misterioso hombre al que su hermana no contestaba el teléfono, estaba más cerca de pertenecer a los Hare Krishna que a la mafia rusa. A juzgar por su ropa, pantalón y polo blancos, debía tratarse de una especie de profesor de tenis o de golf, aunque con semejantes bíceps costaba imaginárselo haciendo nada que no fuera entrenar en Muscle Beach o levantando piedras de trescientos kilos en Bilbao. En cualquier caso, lo que estaba claro era que se trataba de un buen amigo de Cayetana, posiblemente el único que tenía en todo Cancún. Sara lo supo porque ahí, mecida en sus brazos, su hermana cerró los ojos y se entregó por un momento al dolor. Él debió de sentirlo, porque la apretó aún más fuerte.

—¿Cómo estás, güerita? —preguntó, al fin.

—Bien, Dimi. ¿Y tú?

Indignado por la pregunta, Dimitri la soltó de pronto y colocó los puños sobre sus caderas:

—Mal, ¡muy mal! ¿Cómo voy a estar si no me contestas el teléfono? ¡Ingrata! Te marqué mil veces cuando supe lo que te pasó ¡y tú ni siquiera me avisaste del funeral de tu esposo!

—Lo siento, Dimi, pero entiende que no tenía humor para hablar con nadie.

—¿Y desde cuándo yo soy nadie?

Su actitud y el tono chillón de su voz provocaron una leve sonrisa en Cayetana.

—Dimitri, no me regañes más, por favor.

—Ay, mírala. Además de ingrata, exigente... ¿Qué onda contigo? —protestó él, con un aspaviento exagerado.

—Mira, Dimi, te presento a mi hermana Sarita, la doctora —dijo Cayetana.

Dimitri le tendió la mano a Sara pero, en lugar de estrechársela, le levantó el brazo para examinar su cuerpo con detenimiento:

—¡Pero mira no más! Con esta figura, esta cara y estos ojos tan lindos ¡y lo descuidada que está! —exclamó indignado.

—Encantada... —balbuceó Sara, tratando de encajar tanta sinceridad.

—¿Encantada tú? No, mijita...^[12] Encantado voy a estar yo cuando te convierta en una diosa como hice con tu hermana. ¿Cuánto tiempo vas a estar en Cancún, Sarita la doctora?

—Poco, muy poco. De hecho, creo que vamos a adelantar el regreso —dijo Sara. Tenía interés en que su hermana pillara la indirecta.

—¡No! Caye, ¡convéncela! —gritó Dimitri—. ¡Necesito por lo menos un mes! No puede regresar a donde quiera que viva en este estado tan desastroso.

Sara frunció el ceño y abrió la boca absolutamente indignada, pero como todo el mundo sabe, la locuacidad y el ingenio nunca están cuando uno los necesita, y no se le ocurrió nada que contestar.

—Sí, Sarita, deberías quedarte más tiempo y ponerte en manos de Dimitri —dijo Cayetana—. Es mi entrenador personal.

—¿Entrenador personal? ¿No más eso? No, Sarita la doctora, no le hagas caso a esta güera desconsiderada —dijo Dimitri mientras enlazaba sus enormes brazos con los de las dos hermanas para llevarlas hacia el mostrador—. No solo soy su *personal trainer*, soy su amigo, su confesor, su paño de lágrimas y el único hombre sobre la faz de la tierra que la quiere de verdad, porque lo último que me interesa es hacerme el macho para acostarme con ella. Y ya ves cómo me lo paga, que ni me contesta el teléfono la muy sangrona.

—Doña Cayetana, buenos días. En nombre de todo el plantel, quiero darle nuestro más sentido pésame —dijo un hombre al otro lado del mostrador, vestido con traje y corbata.

—Gracias, Ernesto. Le presento a mi hermana, la doctora Sara —contestó ella tras unos instantes, en cuanto bajó el pañuelito de su nariz.

—Mucho gusto, doctora. A sus órdenes.

—Gracias.

—Ernesto, ¿podríamos darnos un masaje en la sala VIP? —preguntó Cayetana.

—A ver, déjeme ver... —murmuró él con la vista clavada en su ordenador y el dedo índice recorriendo el estrecho espacio entre el cuello de la camisa y la piel—. ¡Qué pena, doña Cayetana! Está ocupada. Dimitri, ¿cómo no me dijo que doña Cayetana iba a venir a visitarnos hoy para reservársela?

—¿Qué cree que soy? ¿Adivino? La muy mensa no me avisó —dijo Dimitri.

—Doña Cayetana, discúlpenos. Se la hubiéramos reservado con mucho gusto, pero la verdad, no esperábamos verla por aquí.

—No se preocupe, Ernesto, lo entiendo perfectamente. Por supuesto que no pensaba venir, pero he estado tan nerviosa estos días por la muerte de mi esposo que mi hermana, la doctora, insistió en que viniera a darme un masaje. ¿Verdad, Sarita? ¿Verdad que me lo recetaste?

De nuevo, Sara tardó en reaccionar. No podía creer que su hermana la estuviera utilizando como excusa para justificar su presencia en un *spa* antes de lo socialmente admitido en Cancún en casos de viudedad.

—Desde luego, cómo no se lo va a recetar, con lo bien que le va a venir —dijo Ernesto.

—De todos modos, puedo hablar con Mr. Thomas si es necesario —dijo Cayetana en tono amable, pero dejando bien claro que sus palabras escondían una amenaza terrible si el pobre Ernesto no accedía.

—De ninguna manera, doña Cayetana. Ahora mismo llamo para que cierren el *spa* chiquito para usted y la doctora —dijo Ernesto—. ¿Quiere un asistente personal?

—¿Cuál asistente personal, Ernesto? Para eso me tiene a mí, que no tengo nada que hacer hasta dentro de dos horas —protestó Dimitri.

—¿Está de acuerdo, doña Cayetana?

—Sí, Ernesto, gracias. Me vendrá bien que sea alguien de mucha confianza —dijo ella con el pañuelito en la nariz—. Estoy muy afectada. No sé si están al tanto de lo que ocurrió ayer en el funeral de mi esposo.

Ernesto asintió con una discreta sonrisa, pero Dimitri fue bastante más explícito:

—¿Que si estamos al tanto? Mira, güerita, el chisme corrió tan rápido por todo Cancún, que llegó a nosotros incluso antes de que te desmayaras.

—¿De veras? —dijo Cayetana con una leve sonrisa.

—De veras. ¡Pero vamos a darle, que es mole de olla! —propuso Dimitri, ya con tres albornoces de algodón egipcio bajo el brazo.

—Doña Cayetana, espérese tantito —dijo Ernesto.

—¿Sí?

—Hoy invita la casa —contestó, con los labios curvados en una sonrisa y el cuerpo en una reverencia servil.

—Gracias, Ernesto. Siempre tan lindo conmigo.

—Pida que preparen tres camillas, Ernesto —dijo Dimitri.

—¿Tres? —preguntó Cayetana.

—Sí, tres. Una es para mí. ¿O qué te crees? ¿Que con lo disgustado que me traes no me merezco un masaje yo también? Además, con todo lo que tenemos que cotorrear. A ver, cuéntame. ¿Cómo te sientes? ¿Cómo está Kin? Pobre chamaco, tenía que pasarle esto precisamente ahora...

Cayetana y Dimitri tomaron un largo pasillo entre cuchicheos, sin darse cuenta de que Sara se iba quedando atrás poco a poco, a medida que iba reconociendo que su viaje a Cancún había sido un terrible y lamentable error. Se sentía una tonta por haberse compadecido de Cayetana cuando la llamó para anunciarle la muerte de Álvaro, y también por pensar que, acudiendo en su ayuda, conseguiría reconciliarse con ella. Pero lo que más la mortificaba era que Juan tenía razón. Había puesto a Cayetana por delante de su verdadera familia, la que ella había formado. Loreto todavía era muy pequeña como para embarcarla en un viaje así, sobre todo por sus problemas de sueño, y Juan pagaría muy caro haber dejado desatendida su asesoría. Era cierto que desde el funeral había estado insufrible, pero tenía un motivo. Como le había dicho la noche anterior, cuando discutieron:

—Cayetana te está apartando de nosotros. Sobre todo de mí. —Sara recordó aquel argumento que Juan esgrimió para dejar de trabajar en la consultoría. «Odio todo aquello que me aparta de ti».

Ajena a las lágrimas que empezaban a inundar los ojos de su hermana, Cayetana se detuvo en el pasillo para saludar a dos mujeres que salieron de una sala en albornoz.

—Cayetana, ¿cómo estás? Siento mucho lo de Álvaro —dijo una de ellas, con voz dulce.

—Sí, Cayetana, ¡qué pena! Ayer estuvimos en el funeral, pero con lo que te pasó no pudimos ni saludarte —explicó la otra.

Cayetana se llevó el pañuelito a la nariz y Sara adivinó lo que vendría después. Presentarles a su

hermana, la doctora, y utilizarla como excusa para estar ahí. Por eso, sin que nadie la viera, abrió una puerta en la que colgaba un letrero que indicaba que era un vestuario de mujeres y desapareció.

Aunque estaba vacío, Sara se escondió en una cabina, donde dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas con total libertad.

«Tenías razón, papá. Tanta razón que me duele», pensó desconsolada. «Cayetana ha cambiado, pero lo único que reconozco en ella es su egoísmo, y es tan triste, papá...».

El quejido metálico de una bisagra y el chancleteo de unos pasos la obligaron a silenciar su llanto.

—Pobre Caye, tan triste que está —dijo una voz, cuya dulzura Sara reconoció en seguida. Era la de una de las mujeres que acababan de darle el pésame a su hermana.

—Sí, pobrecita. Y eso que Álvaro le fue bien infiel —dijo la otra mujer.

—Sí, era un desgraciado.

—¿Será que de veras ella no sabe nada de sus conquistas?

—Pues tal parece que no.

—Ay, me cuesta creerlo. ¡Si lo sabía todo el mundo! Hasta Mr. Thomas le tuvo que llamar la atención una vez porque se llevaba a sus amantes al hotel.

—¿De veras?

—¡De veras!

—Pues yo creo que Caye no sabe nada. Ya viste que hasta se desmayó en el funeral.

—¿Y te extraña? Yo también me habría desmayado después de oír las cosas tan lindas que dijo Fabio. Y con ese acento italiano que te derrite...

—Sí, Fabio es lo máximo. Cayetana tiene que estar muriéndose de pena por que un hombre como él le esté mirando las cuentas.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—¿No supiste? Álvaro no le dejó más que deudas.

—¡No!

—Sí, se metió en no sé qué negocios de tequila y le fue de la patada.

—Bueno, pero se haría un seguro de vida o algo que ella pueda cobrar, ¿no?

—Parece que no.

—¿Entonces?

—Lo que oíste. Cayetana está arruinada.

«Dios mío, Caye...», pensó Sara en su escondite.

—Sarita la doctora, ¿estás aquí? —La voz de Dimitri irrumpió en el vestuario con gran escándalo.

Sara se limpió las lágrimas y salió de la cabina.

—Lo siento, estaba buscando el baño —dijo.

—¿Y por qué no me preguntaste? ¿No ves que soy tu cicerone en este antro? Tan mensa...

Fuera del vestuario, Cayetana los esperaba a unos metros con la espalda tiesa como un palo. Estaba nerviosa, mirando en todas direcciones, como una gacela desprotegida. Los depredadores sociales estaban al acecho y podían caerle encima en cualquier momento. Solo cuando vio a Dimitri y a Sara, su postura se relajó un poco. Sin embargo, enseguida vio algo que la puso de nuevo en tensión.

—Sarita, ¿estás bien? —preguntó.

Sara le lanzó una mirada tierna, pero también implacable.

—Sí, Caye, estoy bien. ¿Y tú?

Cayetana se sintió expuesta, como si estuviera desnuda. No sabía cómo había ocurrido, pero su hermana parecía conocer más verdades sobre su vida de las que ella estaba dispuesta a reconocer. En un primer momento afloró el orgullo y trató de mantener el tipo, pero finalmente claudicó.

—No, Sarita. Lo cierto es que no estoy bien —dijo con un hilo de voz.

Sara asintió y, por primera vez en trece años, se dieron un abrazo de verdad.

[12]. Expresión mexicana que viene de «mi hijita». (*N. de la A.*)

CAPÍTULO CATORCE

El Karlmann abandonó la autopista hacia Tulum y tomó una carretera secundaria. Aunque Fabio llevaba el GPS, Cayetana iba muy pendiente para que no se pasara el desvío que los llevaría hasta el cenote Fuente de amor. Solo esperaba encontrar el camino de tierra de siempre y no una carretera acondicionada para que cientos de turistas pudieran acceder fácilmente.

—¿Falta mucho? —preguntó Kin, quitándose uno de sus auriculares.

—Kin, por favor, no seas niño. No va a ser ni media hora de viaje —dijo su madre.

El joven bufó enfadado. Además de harto de cargar con la urna de su padre, seguía cabreado por todo lo ocurrido con el pobre Celso.

Juan y Sara tampoco parecían muy contentos. A pesar de que Sara había tratado de hacer las paces con él, terminaron discutiendo porque Juan convirtió la comida en casa de Cayetana en un espectáculo lamentable. Parecía obsesionada de quedar por encima de Fabio en una lucha absurda en la que solo él competía. Y como siempre ocurre cuando uno se hace el purasangre y no llega ni a mula de carga, terminó haciendo el ridículo más espantoso. Eso fue lo que pasó cuando Fabio le pidió a Wendoline su salsa picante y Juan se empeñó en probarla a pesar de que Cayetana le advirtió del peligro:

—Cuidado, Juan, te vas a enchilar. Esa salsa les pica hasta a los mexicanos.

—¡Qué exagerados! Seguro que no es para tanto —aseguró él. Y para demostrarlo, empapó en la salsa un buen trozo de tortilla de maíz y se lo metió entero en la boca.

—Te estás poniendo rojo —dijo Sara, preocupada.

—¿Yo? ¡Qué va! —negó él a duras penas, tal era el fuego abrasador que se expandía desde su boca hasta más allá de la estratosfera.

Tampoco tuvo suerte cuando Fabio hizo un comentario sobre las diferentes acepciones que podía tener una misma palabra en España y en México:

—La palabra «torta», por ejemplo, aquí es un bocadillo y en España tengo entendido que es una bofetada, ¿verdad?

—¿Y qué me dices de «coger»? Te juro que estoy deseando llegar a España para dejar de «agarrar» cosas y empezar a cogerlo todo: el coche, las llaves, la niña... —dijo Juan, riendo a carcajadas a pesar del silencio incómodo que se apoderó de la mesa y de la mirada que le lanzó Sara.

Pero el colmo fue su reacción cuando Sara alabó el discurso que Fabio improvisó en el funeral:

—¿Cómo se te pudo ocurrir algo tan bonito así, sin haberlo preparado? —le preguntó, con el

rostro iluminado.

—Solo dije lo que sentía —dijo Fabio, mostrando su hoyuelo al sonreír.

—¿En serio? ¿De verdad le rezas a la Virgen de Guadalupe para que te busque novia?

—Cada día —reconoció él.

—¿Y por qué no te das de alta en Tinder? —preguntó Juan.

—Porque busco una mujer que se enamore de mí, no que se acueste conmigo en la primera cita —dijo Fabio.

—Pues es una forma de empezar como otra cualquiera. ¿Verdad, Sara?

Todos, hasta el joven Kin, levantaron la vista y lo miraron atónitos por su falta de consideración. Sara, en cambio, se tomó su venganza:

—Cariño, toma más salsa picante de Wendoline, seguro que va muy bien con el huachinango^[13]

—dijo con dulzura, mientras cubría de salsa la enorme pieza de pescado que ocupaba el plato de Juan.

La voz del navegador anunció que debían girar a la derecha a doscientos metros.

—Cayetana, ¿es por aquí? Es un camino de tierra —dijo Fabio.

—Sí, es por aquí.

Fabio redujo la velocidad. El camino era tan estrecho que apenas cabía el Karlmann.

—Apaga el GPS, Fabio —dijo Cayetana—. Conozco bien esta zona, aunque hacía mucho tiempo que no venía por aquí.

A medida que avanzaban Cayetana parecía volver a la vida. Su rostro se iluminaba cada vez que Fabio tomaba un nuevo camino y ella se topaba con el recuerdo de una época feliz. Entonces sonreía y se lo mostraba a todos con la ilusión de quien regresa al lugar donde pertenece después de mucho tiempo.

—Ese sendero de ahí lleva hasta una laguna preciosa. Mira, Kin, ¿te acuerdas cuando te trajimos y subimos a esa roca para ver el mar? ¿Y veis ese árbol? El tronco está lleno de abejas meliponas, que no tienen aguijón.

Así hasta que llegaron a una cabaña abandonada, con las paredes cubiertas de maleza, que formaba una escultura vegetal cuanto menos curiosa.

—Para aquí, Fabio —dijo Cayetana, y saltó del coche en cuanto se detuvo.

Se puso de frente al sol, abrió los brazos en cruz y sonrió. Los demás bajaron del Karlmann y esperaron con paciencia a que hablara o iniciara la marcha, pero Cayetana se tomó su tiempo. Darse de bruces con el recuerdo de la única época realmente feliz que recordaba suponía comprobar que lo que había vivido entonces no había sido un sueño. Había sido real, tan real y maravilloso que la emoción la superó y las lágrimas se le escaparon sin remedio.

—Mamá, esto pesa —dijo Kin, con la urna en brazos.

Cayetana cerró los ojos y se limpió las lágrimas con su pañuelito de tela. Después estiró su espalda, se ajustó sus gafas de sol y, con suma nostalgia, dijo:

—Sí, vamos. Es por aquí.

Tomó un camino rodeado de manglares y vegetación por el que parecía increíble que pudiera caminar con los tacones que llevaba. Los demás la seguían en silencio.

—¿Está muy lejos? —preguntó Kin de nuevo, al cabo de un rato. Las cenizas de su padre le pesaban tanto que empezaba a estar harto de verdad.

Su madre se detuvo en seco y él se encogió, seguro de que su madre lo reprendería. Pero se equivocó.

—Silencio. Que nadie se mueva —suplicó Cayetana en un leve susurro.

Permaneció inmóvil, con los sentidos en alerta máxima. Todos la miraron sorprendidos, en especial cuando la vieron quitarse los zapatos y desaparecer con ellos en la mano por un estrecho sendero que se abría entre la maleza. Como tardaba en volver, Kin dejó la urna en el suelo, se sentó sobre una roca y buscó en sus listas de Spotify algo para escapar de cuanto lo rodeaba. Los demás empezaban a ponerse nerviosos, pero nadie se movió ni dijo nada. Entonces empezaron a percibir ruidos en los que no habían reparado, como el murmullo del agua al correr o la sinfonía caótica que formaba el canto de decenas de tipos de aves.

—No puedo creerlo... ¡Pancho! ¿Eres tú? —gritó Cayetana entre la maleza, con gran entusiasmo.

Todos respiraron aliviados, pensando que se había encontrado con un conocido, pero ¿quién podría ser en un lugar como aquel? Muertos de curiosidad, decidieron ir a su encuentro y descubrieron a Cayetana charlando con un enorme cocodrilo que parecía sonreírle desde el otro lado del río.

—¡Mirad! ¡Es Pancho! —les dijo Cayetana, con una sonrisa que Sara no veía desde hacía trece años.

—¿Cocolilo? —preguntó Loreto, señalando a la enorme bestia.

—¡Cayetana, no te acerques más! —dijo Fabio, cuando la vio dar un paso más hacia la orilla.

—Tranquilo, no voy a darle un beso.

—Mamá, vámonos —suplicó Kin, nervioso.

—Sí, Caye, vámonos ya —dijo Sara.

—Por favor, ¿queréis tranquilizaros? Lo conozco desde que era un bebé y nadaba con nosotros en el cenote. Es todo un caballero —aseguró Cayetana.

—Ya no es un bebé, Cayetana, debe medir unos siete metros, y dudo mucho que sea un caballero —dijo Fabio, realmente angustiado—. Además, ¿cómo sabes que es Pancho?

—Por la cicatriz que tiene en el ojo. Apareció un día en el cenote con una herida muy fea y pensábamos que lo perdería, pero al final se recuperó —explicó Cayetana, cada vez más cerca de la orilla.

Fabio trató de retenerla tomando su brazo con fuerza:

—No te acerques más, por favor —suplicó.

Ella lo miró sorprendida y, al ver que estaba asustado de verdad, le dijo riendo:

—Fabio, ¿de verdad te da miedo?

—Mucho.

Juan, que llevaba a la niña en brazos, vio en aquella locura una oportunidad para vencer a Fabio.

—Sara, toma a Loreto, quiero verlo de cerca —le pidió a su mujer.

—Juan, ¿qué vas a hacer? —preguntó Sara.

—¡Papá, no! ¡Cocolilo! No, no, no —dijo Loreto, que parecía adivinar el ridículo que su papá estaba a punto de hacer.

Pero Juan ignoró cualquier advertencia y se adelantó hasta la orilla del río.

—¡Es enorme! —exclamó, con el absurdo orgullo que sentimos cuando nos adjudicamos un mérito ajeno.

—Juan, vuelve aquí ahora mismo —dijo Sara.

Lejos de atender a la petición de su esposa, dejó la mochila con las cosas de Loreto en el suelo. Después se quitó los náuticos, se remangó los vaqueros hasta las rodillas y entró en el río. Las reacciones del grupo no se hicieron esperar:

—¿Estás loco?

—¡Vuelve aquí!

—No des un paso más.

Pero Juan no entró en razón.

—Vamos, no seáis cobardes. Cayetana, ven, podemos acercarnos, no cubre mucho —le propuso a su cuñada, tendiéndole la mano.

—No voy a mojar me los pies, Juan —aseguró ella con un tono que ponía de manifiesto lo que en realidad sentía ante la hazaña de su cuñado: vergüenza ajena.

—Sal de ahí, ¡loco! —suplicó Fabio, que con su advertencia solo consiguió alentar a Juan.

Ignorando a todo el mundo, Juan avanzó varios pasos, hasta que el agua le cubrió la mitad de la pantorrilla. Estaba a unos seis metros del imperturbable Pancho y le habría encantado acercarse más, pero era imposible. El cauce formaba ahí mismo un escalón y se volvía mucho más profundo. ¡Era perfecto! Seis metros de distancia y el escalón del cauce le daban a Juan la seguridad que necesitaba para perpetrar su plan.

Sacó su móvil del bolsillo y le hizo un montón de fotos a Pancho. Después, se dio la vuelta para hacerse un *selfie* (en realidad solo quería comprobar que todos lo miraban y que había quedado constatado que Fabio era un cobarde), pero cuando miró en la pantalla para enfocar...

Todo ocurrió en un brevísimo instante. Pancho movió su cola hacia atrás y sumergió su cuerpo en el río a una velocidad que parecía del todo increíble después de haber contemplado su pasividad de reptil. Al grito de «¡¡MIERDAAA!!», Juan dejó caer su móvil al río y salió despavorido del agua, como si lo persiguiera el mismísimo espíritu de la Llorona.

No recuperó la sensatez hasta que llegó al camino. Allí se detuvo. Escaneó su estado y se dio cuenta de que su corazón latía a la misma velocidad a la que su dignidad caía en picado y su sensación de ridículo aumentaba. ¿Dónde estaban los demás? ¿Es que nadie más se había asustado? ¡Si había oído sus gritos!

Un crujido de ramas anunció la llegada del resto del grupo. Las primeras en aparecer entre la vegetación fueron Sara y Loreto:

—No... Papá... No... —balbuceó Loreto, con la carita cada vez más triste.

—Ven, cariño, estoy bien —dijo él, tendiéndole los brazos.

—No —dijo la pequeña, apretando muy fuerte a Po y buscando refugio en el cuello de su mamá para romper a llorar desconsolada.

—Juan, eres idiota —confirmó Sara por si acaso le quedaba la menor duda, y le tiró a los pies la mochila de Loreto.

Avergonzado, Juan apoyó las manos en sus rodillas y dejó caer la cabeza por debajo de sus hombros. En ese momento, Kin y Fabio salieron de entre la maleza. Inconscientemente, Juan buscó contacto visual con su sobrino. Necesitaba un aliado, alguien que lo salvara de las burlas que, a buen seguro, Fabio tendría preparadas para él. Pero Kin pasó a su lado sin mirarlo. No es que quisiera castigarlo, como Sara, es que no tenía el flequillo lo suficientemente largo como para ocultar el ataque de risa que estaba a punto de hacer explotar sus pulmones.

—Tus zapatos, Juan.

La voz de Fabio y el ruido de sus náuticos al caer junto a la mochila lo hicieron saltar. Juan levantó la vista sorprendido. No existía un ápice de burla ni en el tono ni en la voz de Fabio, lo que hizo que se sintiera más avergonzado aún.

Y como todo en la vida es susceptible de empeorar, Cayetana apareció la última. Se había quitado sus gafas de sol y las llevaba enganchadas en el escote de su vestido. Lo miró a los ojos y caminó hacia él despacio, con una leve sonrisa que no auguraba nada bueno. Juan lo confirmó cuando Cayetana tomó su mano y sintió en ella el tacto húmedo y frío de un objeto que... «No, por favor, puede ser...»

—Tu móvil, Juan —dijo Cayetana.

—Pero... ¿Cómo lo has...?

—Mojándome los pies, cosa que no quería hacer.

—¿Y el cocodrilo?

Cayetana lo miró por encima del hombro y sonrió triunfal:

—Ya te lo dije. Pancho es un caballero.

[13]. También conocido como pargo rojo. Hay infinidad de recetas, una de las más famosas, huachinango a la Veracruzana, con una salsa de tomate y alcaparras. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO QUINCE

El grupo recorría el camino en procesión. Cayetana iba la primera, caminando de nuevo sobre sus tacones con el mismo *flow* que si fuera por Rodeo Drive. La seguía Kin, con su habitual andar cansino tan exagerado, que empezaba a ser más que evidente que cargaba con algo peor que la urna de lapislázuli. Tras él, Sara y Fabio, que llevaba a Loreto en brazos para mayor deshonra de Juan, la figura huraña que cerraba la procesión tratando de encender a escondidas su teléfono empapado.

El camino se fue tornando cada vez más estrecho y llegaron a un punto donde se dividía en dos.

—Vamos por aquí —dijo Cayetana—. Es más fácil llegar al cenote si continuamos por la orilla del río, pero el acceso no es tan bonito.

—Entonces vamos por el fácil, ya estoy cansado—protestó Kin.

—Ven, mira. —Cayetana tomó su mano y subió con él una pequeña loma donde el camino empezaba a descender.

Aunque su enfado le impedía decir nada bueno, Kin alzó la mirada y hasta se apartó el flequillo para disfrutar de lo que veía. A sus pies, rodeado de vegetación, se abría en la tierra un enorme círculo y mostraba una acuarela de tonos azules y verdes que parecía pintada por la madre naturaleza después de haberse tomado un tequila *sunrise*.

—¿Este es el cenote? —Se asombró Fabio.

—Sí —dijo Cayetana.

—Es precioso.

—Y mágico.

—¿Mágico?

—Los cenotes tienen una energía muy poderosa, Fabio, ya lo verás. Por eso eran lugares sagrados para los mayas y todavía hoy, sus descendientes, como Wendoline, los consideran un portal al inframundo —dijo Cayetana.

—¿Y qué tiene este cenote de especial? —preguntó Sara.

—Una piedra muy lisa que sobresale del agua y que los mayas podrían haber utilizado para sus ritos, quizá incluso que para hacer sacrificios humanos.

—No, Caye, me refiero a por qué este cenote era tan importante para Álvaro y para ti.

La sonrisa de Cayetana se desvaneció poco a poco, como la luz en el atardecer.

—Porque en este cenote vivimos muchas cosas juntos. Aquí me pidió que me casara con él y, también...

Todos la miraron expectantes.

—¿Y también qué? —preguntó Sara.

—Concebimos a Kin.

El muchacho levantó la vista lo justo para que todos pudieran ver sus ojos llenos de rabia, reanudó la marcha por el sendero con los puños apretados y la música de los auriculares a punto de reventarle los tímpanos.

Tras diez intensos minutos de esquivar raíces, piedras y desniveles, llegaron al cenote.

—Ahora entiendo por qué este lugar no sale en las guías —murmuró Fabio, tras saltar el último escalón.

Era un cenote semiabierto de casi cuarenta metros de diámetro. El juego impresionista en el que participaban la luz del sol, el agua y la vegetación que colgaba desde el techo, ofrecía una imagen llena de contrastes que realmente resultaba un escenario mágico, lleno de energía maya.

—¡Qué bonito! —dijo Sara muy bajito por miedo a romper el encanto.

—Vamos, os diré dónde tenemos que tirar la urna —murmuró Cayetana.

Descalza y esquivando piedras, los guio en silencio por la orilla del cenote hasta llegar a un claro que iluminaban los rayos del sol y donde el azul del agua era mucho más oscuro. Cayetana se calzó de nuevo, se puso muy recta y, de espaldas al agua, observó a sus acompañantes. El volumen exagerado de los auriculares de Kin era lo único que se escuchaba. Fabio dejó a la niña en el suelo y se acercó al muchacho para indicarle con una cariñosa palmada en la espalda que debía apagarlos y colocarse junto a su madre. El joven obedeció casi sin levantar la vista. Una especie de gemido sonó por todo el cenote:

—Mmm.

Todos miraron a Kin con curiosidad. Sus mejillas estaban encendidas y, a juzgar por su respiración agitada y la rabia con la que sujetaba la urna de lapislázuli, seguía muy enfadado, pero ¿tanto como para gemir?

Su madre colocó una mano sobre su hombro y él la obligó a apartarla con un violento giro de clavícula.

—Mmm. —Volvió a sonar.

Cayetana miró a su hijo extrañada, pero decidió dejarlo en paz. Enderezó la espalda, bajó los hombros y, tras llevarse el pañuelito a la nariz, comenzó a hablar muy bajito:

—Antes de empezar, quiero agradecerlos a todos que...

—Mmm... Ahhh... Mmm... —sonó por todo el cenote.

Todos se miraron sin comprender. Esta vez sí que no podía haber sido Kin el origen de esos gemidos, un hecho que confirmó el eco de una voz femenina que irrumpió en el silencio del cenote con toda su pasión:

—Mmm... Ohhh... Así, papito, ¡¡¡ASÍ!!! —gritó la voz.

Cayetana se volvió con elegancia hacia el cenote, y su intuición dirigió su mirada a un punto que conocía muy bien.

—No me lo puedo creer... —murmuró emocionada.

—¿Qué pasa? —preguntaron todos cuando se acercan a ella con los ojos entornados para ver mejor y la boca abierta cuando descubrieron lo que estaba ocurriendo.

Al otro lado del cenote, una pareja desnuda daba rienda suelta a su amor en el juego de luces y sombras.

—¿Están...? ¿Están...? —preguntó Juan, incapaz de terminar la frase.

—Están haciendo el amor —dijo Fabio con risueña incredulidad.

—Sí, y lo están haciendo en mi piedra. ¿No es genial? —Cayetana volvía a estar tan emocionada como cuando se encontró con Pancho.

—¡Loreto! ¡Que no mires! —murmuró Sara. Llevaba a la niña en brazos e intentaba cubrir con su mano los ojos de la pequeña, pero ella estiraba el cuello una y otra vez, empeñada en averiguar por qué aquellos cuerpos lejanos botaban y rebotaban, uno sobre otro, de forma tan rítmica.

—Vamos a escondernos, necesitan intimidad —dijo Cayetana.

El grupo se ocultó tras una cortina de enredaderas. Kin se reservó el rincón más oscuro. Tenía la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta de que había utilizado la urna con las cenizas de su padre para ocultar una poderosa erección de púber descontrolado.

—¿Nos habrán visto? —preguntó Juan.

—Espero que no, qué vergüenza —dijo Sara.

La pareja lo confirmó con nuevos gemidos y gritos apasionados:

—¿Quién es tu papito? —gritó él.

—Tú —respondió ella, y le dio una auténtica cachetada mexicana que retumbó por todo el cenote.

—¡No te oigo! —insistió él con fervor.

—¡Tú! ¡Cabrón! ¡Tú! —contestó ella, con otro bofetón aún más fuerte.

Fabio no pudo evitar una breve carcajada al oírlos. Él y Cayetana eran los únicos que no parecían sentirse apurados por la situación.

—Ahora entiendo por qué este cenote se llama Fuente de amor —susurró Fabio.

—Sí. No puedo creer que estén haciendo el amor en mi piedra —dijo Cayetana.

Fabio dio un paso adelante y se colocó tras ella.

—Esa piedra... ¿Qué es lo que la hace tuya? —le preguntó.

Cayetana cerró los ojos un instante. Después, explicó entre susurros:

—A Álvaro le encantaba venir a este cenote a bucear. Siempre trataba de convencerme para que lo acompañara, pero yo prefería quedarme nadando. Hay corrientes de agua dulce y agua salada y, si permaneces quieto, puedes notar la diferencia. Me encantaba cerrar los ojos y dejar que el agua me llevara donde ella quisiera. Supongo que serían las corrientes, pero siempre terminaba cerca de esa piedra y entonces, me tumbaba sobre ella para tomar el sol. Un día, me quedé dormida y ¿sabes quién estaba a mi lado cuando me desperté?

—Álvaro —dijo Fabio, casi en su oído.

Cayetana negó con la cabeza mientras se mordía el labio con picardía.

—Pancho.

—¿El cocodrilo? ¿No te atacó?

—¡No! Entonces no debía de medir más de un metro con cola y todo. Además...

—Además, ¿qué?

—Nada, vas a pensar que es una tontería —dijo Cayetana, agitando la cabeza con timidez.

Fabio se acercó a ella cuanto pudo.

—Nada de lo que digas puede parecerme una tontería, Cayetana —murmuró en su oído.

Ella sonrió y dijo:

—Creo que Pancho me estaba cuidando. Lo sé porque cuando Álvaro intentó acercarse, se encaró a él con su boquita abierta. Fue tan gracioso...

—Fue un caballero —dijo Fabio.

—Sí, un caballero.

—¿No te da rabia que otros ocupen tu piedra? No sé, es como si profanaran un lugar que es tuyo —dijo Fabio.

Cayetana se giró hacia él y sus labios casi se rozaron cuando dijo:

—Esa piedra es el mejor lugar del mundo para hacer el amor. ¿Por qué iba a importarme?

Fabio sintió las palabras de Cayetana como una caricia y sintió el impulso de besarla allí mismo, en la complicidad de la sombra de las enredaderas, pero alguien se lo estropeó:

—Pues hombre, porque antes has dicho que es posible que en esa piedra los mayas hubiesen sacrificado personas —dijo Juan.

Cayetana se volvió para mirarlo con una sonrisa que resultó casi tan sensual como su voz cuando replicó:

—Aunque así fuera, Juan, aunque hubieran sacrificado en ella a cientos de jóvenes vírgenes, ¿se te ocurre mejor manera de honrar su memoria que haciendo el amor donde ellas murieron para dar vida a un nuevo ser humano?

La dulce serenidad con la que pronunció esas palabras, los gemidos de la pareja y la *fucking* energía maya que rezumaba todo el cenote, consiguieron que a Juan le resultara imposible no imaginarse allí mismo dando vida a todo un ejército de seres humanos con Sara, con Cayetana y, ¿por qué no?, también con Fabio.

«Piensa en otra cosa, ¡piensa en otra cosa!», se repitió Juan para sus adentros con el fin de evitar que... Imposible. Una terrible erección empujó con fuerza la tela de su pantalón y lo obligó a sentarse con premura junto al joven Kin, allí donde las sombras eran tan oscuras como para esconder las pasiones más traicioneras.

—Parece que ya se van —dijo Sara, al ver que los «papitos» bajaban de la piedra de Cayetana y nadaban hacia la orilla.

Aunque continuaron haciéndose arrumacos un poco más, se vistieron con lo justo para que nadie los acusara de escándalo público y así, cual Adán y Eva recién expulsados del Paraíso, se

marcharon por el camino fácil, el que transcurría junto al río.

—Vamos, se está haciendo tarde —dijo Cayetana, atravesando la cortina de enredaderas.

Todos, excepto Kin, se levantaron, se sacudieron la arena y la rodearon.

—Vamos, Kin —lo llamó su madre, haciéndole un gesto con la mano.

El joven se puso en pie con desgana, levantó del suelo la pesada urna de lapislázuli y acudió junto a su madre, no sin antes subir a tope el volumen de sus auriculares. Un acto de clara rebeldía que Cayetana decidió ignorar.

—Bueno, como os decía antes, lo primero que quiero hacer es agradecerlos a todos que nos acompañéis en este momento tan duro. Sarita, significa mucho para mí que hayas hecho este viaje a pesar de lo mal que me porté contigo cuando murieron papá y mamá.

—Caye, eso ya no importa, de verdad —dijo Sara.

—También quiero explicaros por qué esto es tan importante para mí —continuó Cayetana, mirando a Fabio a los ojos—. Hace muchos años, Álvaro me hizo prometer que tiraría sus cenizas aquí, en este cenote en el que nos juramos amor eterno y fuimos tan felices. Éramos muy jóvenes y la muerte me parecía tan lejana que me lo tomé como una tontería romántica; pero parece que Álvaro lo decía de verdad. Hace tan solo un par de meses cambió su testamento y dejó por escrito su deseo de que arrojáramos la urna con sus cenizas en este pozo. Que tomara esa decisión es importante para mí porque significa que lo que vivimos en los primeros años de nuestra relación fue sincero.

Cayetana se quedó en silencio, Fabio agachó la cabeza con un suspiro de derrota y Sara entendió, por fin, el motivo de la metamorfosis de su hermana en los últimos trece años. No tenía nada que ver con el dinero o los círculos sociales en los que andaba metida. Cayetana había cambiado por amor, nada más. ¿O acaso existe otra fuerza capaz de hacerte perder el norte hasta el punto de convertirte en la antítesis de quien eres?

La lista de Spotify de Kin le dio una tregua a sus auriculares. Durante un brevísimo instante, el cenote quedó en silencio y solo se escuchaba la respiración, cada vez más agitada, de Kin.

—Los auriculares, Kin. Llegó el momento —dijo Cayetana.

A pesar de la rabia evidente que destruía su interior órgano a órgano, el joven obedeció. Pulsó el botón lateral de su móvil, se quitó los auriculares y los guardó en un bolsillo mientras sujetaba la urna bajo el brazo.

—Vamos, hijo —le susurró su madre con esa condescendencia que él tanto aborrecía—. Tenemos que cumplir el último deseo de papá. Es lo único que podemos hacer para agradecerle que fuera un buen esposo y un buen padre.

Kin se volvió hacia ella despacio, muy despacio, y la miró incrédulo.

—¿Dijiste que fue un buen esposo y un buen padre? —gruñó entre dientes.

—Sí, cariño.

—¿De veras dijiste que fue un buen esposo y un buen padre?

—Sí, eso dije —confirmó Cayetana con actitud severa, en una clara advertencia, un último

intento por mantener la verdad oculta hasta el final.

Kin la miró a los ojos. Durante un instante dudó e hizo el ademán de batirse en retirada, de volver a encogerse sobre sí mismo como un armadillo y subir el volumen de sus auriculares. Así no podría oír ni ver ni sentir. Eso siempre le había resultado útil para ayudar a su madre a sostener el frágil hilvanado que mantenía su corazón de una pieza. Pero ya estaba harto. Tarde o temprano tenía que llegar el momento de impedir que la mentira, ese parásito maligno que se introdujo en su vida en silencio y que fue devorando su infancia y la admiración ciega que sentía por su padre, le quitara lo único que mantenía intacto: su honestidad. Por eso, con un vozarrón de adulto recién estrenado que sonó por todo el cenote como si saliera del inframundo maya, gritó:

—¡Mi papá era un cabrón!

—¡Kin! —lo reprendió Cayetana.

—¿Qué? ¡¿Qué?! Mi papá era un cabrón, ¿me oyen todos? ¡Un cabrón! —gritó, con tal indignación, que de pronto creció. Levantó la cabeza, estiró la espalda y se alzó frente a su madre como un titán poderoso surgiendo del cuerpo de un niño.

—Kin, ¡cállate! —dijo Fabio.

—¡No me callo porque estoy harto! ¡Harto! ¡Álvaro Galán, era un cabrón! ¿Quieren saber por qué?

—No, Kin, por favor, tú no lo entiendes —suplicó Cayetana. Las lágrimas temblaban en sus ojos.

—¿Que no lo entiendo? ¡Él me llevaba al club y me dejaba allí solo para irse con sus amantes, mamá! ¿Sabes qué es eso para un niño?

—Cariño, por favor...

—¡Eso es una mierda! —gritó Kin, alzando la urna de lapislázuli sobre su cabeza y lanzándola lejos con todas sus fuerzas.

Un ruido seco, de lapislázuli roto, retumbó por todo el cenote.

Después solo quedó el silencio, apenas roto por el sonido de algunas gotas de agua estrellándose contra las rocas, igual que la urna. La caja de Pandora se abrió y la triste realidad de Cayetana quedó flotando en el aire como un espíritu libre imposible de capturar. Solo quedó dentro la esperanza de sobrevivir a todo aquello con un mínimo de dignidad.

Nadie se atrevió a moverse ni a decir nada. Excepto, cómo no, Juan, que se acercó al lugar donde había caído la urna y, al verla, exclamó triunfal:

—¡Lo sabía!

—Juan, ¡cállate! —lo regañó Sara.

—No, Sara, no me callo. Tenéis que ver esto.

CAPÍTULO DIECISÉIS

En los cien mil años de historia del cenote Fuente de amor, ni siquiera cuando los mayas sacrificaban doncellas en la piedra de Cayetana, se sintió tal revuelo de energías y sentimientos encontrados como cuando se descubrió el contenido de la urna de Álvaro.

—No mames, güey...

—¿Qué es eso?

—¿Y las cenizas?

—*Santa Madonna!*

Las voces se sucedían sin orden ni concierto formando un acertijo difícil de resolver.

—¿Son lo que creo que son? —preguntó Kin, arrodillado junto a los restos de la urna.

—No toques nada —dijo Fabio.

—¿Por qué? ¿Qué son? ¿Diamantes? ¿La urna tenía diamantes?

—Eso parece —dijo Juan.

—Bueno, pero... No puede haber diamantes no más en una urna. ¿Dónde están las cenizas de mi papá?

—No lo sé, Kin. Tenemos que llamar a la policía —dijo Fabio.

—¿A la policía? Ni hablar —dijo Juan—. No quiero tener nada que ver con esto.

—Es un asunto muy grave —insistió Fabio.

—Ya lo sé, casanova. Por eso no voy a permitir que nadie llame a la policía y punto. ¿Te enteras?

—No me grites, Juan.

—Pues no me cabrees, Fabio.

—Juan, no empieces —dijo Sara.

—¿Que no empiece? La urna de tu cuñado estaba llena de diamantes que a saber de dónde han salido. ¡Podemos acabar en la cárcel! —gritó Juan.

—¡Basta ya! —La voz de Cayetana, que hasta ese momento había permanecido en silencio, a caballo entre la tristeza y el estado de *shock*, resonó por todo el cenote.

Juan se giró hacia ella con mirada desafiante, pero ella lo ignoró. Con manos temblorosas, abrió su bolsito y sacó su teléfono.

—Cayetana, ¿qué vas a hacer? —dijo Juan.

—Tengo que encontrar las cenizas de Álvaro —balbuceó ella, la mirada fija en su móvil.

—¿Eso qué quiere decir? ¿A quién vas a llamar? —gritó Juan, tan fuerte que Cayetana le

contestó con otro grito desgarrador:

—¡Al comisario García!

Antes de que Juan pudiera detenerla, el móvil de Cayetana comenzó a sonar.

—¿Bueno? —contestó, con voz temblorosa.

—*Doña Cayetana, soy el comisario García, ya vamos para allá* —le pareció escuchar, por encima del infernal ruido de sirenas, motores y zumbidos.

—¿Perdón? —preguntó ella.

—*Que ya vamos para allá* —repitió el comisario, casi a gritos.

—¿Que vienen para acá? ¿Para el cenote? —preguntó Cayetana, absolutamente turbada.

—*¿Cenote? ¿Qué cenote? Vamos para su casa.*

En ese momento sonó también el teléfono de Fabio. Era Marcial, el guardia de seguridad de Cayetana que cubría el turno de noche.

—¿Bueno? —contestó Fabio.

—*Don Fabio, entraron a robar en casa de doña Cayetana* —dijo nervioso—. *Acabo de llegar para hacer mi turno y me los encontré a todos maniatados y heridos. Ya llamé a la policía y están viniendo, pero no consigo hablar con doña Cayetana, tiene el teléfono ocupado.*

Cayetana y Fabio colgaron los móviles a la vez y se miraron nerviosos:

—Esconded los diamantes y lo que queda de urna. Tenemos que irnos —dijo Cayetana.

El silencio sepulcral que reinaba en el interior del Karlmann desentonaba con el barullo de ideas que llenaba las cabezas de todos, salvo las de Loreto y su peluche Po.

Kin no podía creer que la urna de lapislázuli siguiera allí, a sus pies, partida en dos. Tampoco podía creer lo de los diamantes. ¿Qué habría pasado? La urna siempre había estado en su casa y, cuando no, él no se había separado de ella ni un momento. Solo en el funeral, cuando salió corriendo y la dejó olvidada en la iglesia y...

«¿Mr. Thomas?», pensó Kin, al recordar que sus hombres la habían recuperado. «No, eso no puede ser...»

Fabio también trataba de atar cabos mientras conducía. Los extraños movimientos que había descubierto en sus cuentas no parecían tener nada que ver con diamantes ni con ningún asunto ilegal. Parecían más un chapucero alzamiento de bienes por las deudas que una trama compleja. Álvaro no era tan inteligente como para eso.

—Mamá, te llama Dimitri —dijo Kin de pronto, al ver la pantalla del móvil de su madre brillar en su regazo.

Juan miró a Sara con una ceja levantada.

—¿Lo ves? —dijo con prepotencia.

Sara continuó buscando en su teléfono un hotel donde pudieran alojarse, segura de que Juan se negaría a pasar la noche en casa de Cayetana tras el asalto. No hizo el menor esfuerzo por sacarlo de su error. La situación ya era bastante esperpéntica como para explicarle que Dimitri no era un

mafioso ruso, sino un *personal trainer* con más pluma que un papagayo.

Como siempre, Cayetana rechazó la llamada y metió su móvil en el bolso. Después, se quedó muy quieta. Era lo mejor para que nadie notara la ansiedad que la devoraba por dentro como una fiera hambrienta. La confesión de Kin ante todos, los diamantes, el asalto a su casa, sus empleados heridos... Ya de por sí era demasiado, pero además, había que añadir la angustia de no saber dónde estaban las cenizas de Álvaro. De ahí que sus manos comenzaran a sudar y que su corazón palpitara tan rápido que terminaría explotando si no ponía remedio. Con movimientos lentos, serenos y sin duda, elegantes, abrió su bolso y sacó una botellita verde con la inconfundible etiqueta de agua Perrier. La acercó a sus labios y bebió un sorbito con la esperanza de que nadie descubriera que la botella no contenía agua, sino tequila. Pero su plan falló.

—¿Me das un poco? —suplicó Kin.

Cayetana hizo como si no lo hubiera oído, se llevó de nuevo la botella a los labios y bebió, de un solo trago, todo su contenido, felicitándose por haberla llenado solo hasta la mitad.

—Ay, perdón. ¿Querías? —preguntó con falso disgusto y la voz sucia, tal era el fuego abrasador que bajaba por su garganta.

Kin la miró con tristeza. La frecuencia con la que su madre acudía al tequila empezaba a ser preocupante, y el lingotazo que acababa de ingerir a palo seco iba a ser muy difícil de esconder. Por eso, antes de que el alcohol turbara sus sentidos, Kin se apresuró a decirle algo que, estaba seguro, su madre llevaba mucho tiempo esperando oír:

—Mamá, todo va a salir bien.

Una tierna sonrisa de alivio se dibujó en el rostro de Cayetana.

—Lo sé, Kin. Todo irá bien porque estaremos juntos, ¿verdad?

—Sí, mamá.

—Cayetana, ¿no decías que no llevabas nada en tu bolso para guardar los diamantes? —preguntó Juan en tono agrio.

—Lo siento, no me acordé de que llevaba esta botellita —se disculpó Cayetana.

—Claro. No te acordaste y ahora somos nosotros los que llevamos un biberón lleno de diamantes escondido en la mochila de nuestra hija —dijo él.

—Juan... —murmuró Sara.

—Ya me callo, Sara. Ya me callo.

—Kin, esconde la urna debajo del asiento, y que nadie baje del coche —dijo Fabio.

Dos patrullas de policía apostadas en la entrada de Villa Cayetana les impedían el paso. Fabio se bajó del Karlmann para hablar con los agentes que custodiaban la entrada. Previa confirmación vía *walkie-talkies*, les permitieron entrar.

El panorama que se encontraron era desolador. La casa estaba revuelta y el personal muy nervioso. En cuanto vieron a Cayetana, sus empleados fueron hacia ella y empezaron a llorar y a hablar todos a la vez:

—Doña Cayetana, fue horrible.

—Doña Cayetana, qué susto pasamos.

—A Osvaldo y a María les pegaron.

—Y fíjese que nos amarraron las manos bien fuerte.

—Sí, con unas bridas de plástico. Mire los cortes.

—Eran cinco.

—Eran diez.

—Cómo serían de malos que ni los aluxes nos pudieron proteger de ellos.

—Y no hablaban. No más se hacían señas.

Entre lo que escuchaba y el tequila, Cayetana tuvo que aferrarse al brazo de Osvaldo, que lucía un terrible moratón en la mandíbula, para no caer.

—Vengan conmigo al sofá, así me cuentan —les dijo.

Allí sentada, los escuchó muy atenta y no escatimó en abrazos ni muestras de cariño, y aunque a todos les extrañó su actitud, ninguno llegó a darse cuenta de que tanto apapacho se debía a que doña Cayetana estaba en plena fase de exaltación de la amistad.

—Los quiero mucho a todos, de veras —les decía una y otra vez, con acento mexicano.

De pronto, alguien gritó desde la puerta:

—¡Comisario! Mire a quién encontramos espionando en el jardín.

Dos policías irrumpieron en el salón empujando un bulto regordete que cayó de bruces a los pies de Cayetana.

—Celso, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Cayetana, mientras Fabio y Kin lo levantaban del suelo.

—Doña Cayetana, déjenme que les explique —dijo el pobre chófer con una voz que delataba su angustia—. Como don Fabio quedó en llamarme y no lo hizo, vine para hablar con usted y me encontré a un grupo de encapuchados saliendo de la casa. Me escondí, porque tuve miedo y no quería salir hasta que fuera de noche, pero uno de estos pendejos me descubrió y ahora creen que vine a robar.

—Llévenselo a comisaría para que declare —dijo el comisario García.

—¡No! —gritó Kin—. ¡No se lo pueden llevar! Él no hizo nada.

—Mire joven, esta mañana se intentó robar la joyita esa y ahora que asaltaron su casa lo encontramos escondido. ¿No le parece sospechoso? —dijo el comisario.

—No, porque él no hizo nada —insistió el muchacho con desesperación.

—Kin, ¿por qué estás tan seguro? —preguntó Juan, que creía entenderlo todo.

—Porque fui yo el que escondió la joyita. Estaba harto de que mi mamá le contara a todo el mundo que mi papá llevaba esa cosa. Por eso la escondí en mi cuarto, pero tú, mamá, te pusiste como loca, y cuando oí que llamaban a la policía se me ocurrió esconderlo en el carro. No pensé que con eso fueran a culpar a Celso —dijo Kin.

—Ay, Kin... —sollozó Celso—. ¿De veras fue usted? ¿No se estará culpando para defenderme?

—No tengo que defenderte porque no hiciste nada. ¿Me perdonas?

Chófer y adolescente se fundieron en un abrazo que hizo que se encogiera el corazón de todos, hasta el del comisario García, aunque enseguida retomó su papel:

—Doña Cayetana, de todos modos... Fíjese que me late que aquí está pasando algo bien raro. Los rateros revolvieron toda la casa y no se llevaron nada. Hasta abrieron su caja fuerte, pero dejaron el dinero y las joyas. Es como si hubieran venido a buscar algo específico que no encontraron. ¿Sabe usted qué pudo ser?

Fabio y Juan miraron a Cayetana expectantes. Era el momento de hablar de los diamantes o de callar para siempre.

Cayetana tomó aire y contestó con tranquilidad y una ligera lengua de trapo:

—No, comisario. No sé qué podían estar buscando.

—¡Bien! —exclamó Juan, aunque cuando vio que el comisario y sus agentes lo miraban de soslayo, se arrepintió de haber mostrado su entusiasmo.

—¿Está segura, *seño*? Esta mañana corrió a su chofer porque faltaba una joyita de oro y diamantes que ahora no encontramos. ¿No se la llevarían?

—Lo dudo.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque la llevo aquí, en mi bolso. ¿Quiere que se la enseñe?

—Sí, *seño*, cómo no —dijo el comisario.

Cayetana abrió su bolso, sacó con torpeza una cajita de joyería y la abrió para mostrar el *apadravya* de Álvaro.

—¿Me permite? —preguntó el comisario.

—Por favor —dijo Cayetana, que gracias al tequila se sentía traviesa.

El comisario tomó entre sus dedos la joyita. La miró, la acarició y preguntó:

—¿Me puede explicar qué es?

—Mamá, no... —murmuró Kin.

—Sí, comisario, yo le explico. Es el *piercing* genital de mi difunto esposo. ¿Le gusta?

El comisario García tiró el *apadravya* al suelo y, al ver que todos sus agentes, sin excepción, estallaban en carcajadas, montó en cólera.

—¿De qué se ríen, pendejos? Agarren eso y entrégúenselo a la señora —ordenó. Después, se encaró a Cayetana—: ¿Y la urna de su difunto? ¿Dónde está?

—En el fondo de un cenote —dijo Cayetana.

—¿Qué cenote?

—Fuente de amor.

—¿Y por qué la tiró allá? ¿Que no sabe que está prohibido?

—Fue la última voluntad de mi esposo.

—¿Que lo tirara en ese mero cenote?

—Sí, así lo dispuso en su testamento. ¿También quiere que se lo enseñe? —preguntó Cayetana con una sorna casi insultante.

El comisario García forzó una sonrisa sibilina y dijo:

—No hace falta, *señor*, pero entienda que acaba usted de confesar que cometió un delito, y como yo tengo que cumplir con mi obligación...

—¿Qué insinúa? —gritó una voz con acento americano desde la puerta.

—Don... Don... Don Mr. Thomas —balbuceó el comisario García, al ver a su séquito de guardaespaldas tomando el salón de Cayetana.

—Ahórrese el don, con Mr. Thomas es suficiente. ¿Quién es usted?

—Comisario García, para servirle.

—Comisario, ¿puede explicarme qué está ocurriendo aquí?

El pobre García tragó saliva y empezó a balbucear frases que, a pesar de la pretendida elocuencia con que las iniciaba, no conseguía completar.

—Esta mañana acudimos raudos tras... El motivo fue la desaparición de una joya que el señor Galán lucía en su... Con posterioridad recibimos el aviso del asalto a la casa... Tras realizar una primera inspección ocular y testimonial... No se llevaron nada y...

—Ya, comisario, es suficiente —lo interrumpió Mr. Thomas—. Le preguntaba porque me pareció oírle decir que una dama como doña Cayetana había cometido un delito.

—No, hombre, don Mr. Thomas, ¿cómo cree? —dijo García, limpiando una gota de sudor con un pañuelo cochambroso que sacó de su bolsillo.

—Está bien, comisario, entonces sigan con su trabajo, por favor.

—Sí, Don Mr. Thomas, cómo no. Muchachos, vámonos, no podemos seguir molestando a doña Cayetana.

—Gracias, comisario —dijo Mr. Thomas, y añadió—: Con permiso.

—Pásele —dijo él, con torpeza.

El viejo gringo avanzó hacia el centro del salón, donde todos, excepto Cayetana, lo esperaban en pie.

—Buenas tardes, queridos amigos. ¿Cómo están?

Kin se acercó a él con la sospecha dibujada en su rostro, pero cuando Mr. Thomas sonrió y le abrió los brazos para darle un abrazo, se disiparon todas sus dudas. Fue cuando Cayetana intentó ponerse en pie, pero el tequila nubló su sentido del equilibrio y a punto estuvo de caer al suelo. Suerte que Fabio estaba cerca y la sujetó en sus brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz dulce.

Cayetana sintió el impulso de fingir un vahído para quedarse allí, en el refugio que siempre le ofrecían los brazos de Fabio, pero no podía arriesgarse. Su hermana podía hacer gala de su compromiso con el juramento hipocrático y descubrir su aliento de tequila al pedirle que sacara la lengua, que tosiera o que dijera treinta y tres.

—Sí, Fabio, estoy bien. Gracias. Son los nervios.

—Wendoline, tráigale a la señora un vaso de agua, por favor —dijo Fabio.

—Sí, señor, cómo no —dijo la eficiente Wendoline con diligencia.

—Pero que sea agua normal —advirtió Kin.

Wendoline salió del salón a toda prisa y Cayetana se esforzó por mantener la verticalidad.

—Mr. Thomas, qué pena que tenga que vernos así —murmuró, avergonzada.

—Cayetana, querida. Fabio me avisó y vine en cuanto pude. ¿Cómo estás?

—Pues imagínese, Mr. Thomas, después de este susto. Siéntese aquí conmigo, por favor.

—Gracias, Cayetana, pero nada más quería asegurarme de que nadie había sufrido ningún daño. También venía a decirte que tengo dos *suites* preparadas en el Grand Percival para ti y tu familia.

Cayetana lo miró sorprendida. Estaba tan abrumada que solo alcanzó a musitar:

—Mr. Thomas, gracias, pero...

—No acepto peros, Cayetana, ya deberías saberlo —la cortó Mr. Thomas sonriente—. Hasta que no terminen de ordenar tu casa y mis hombres revisen el sistema de seguridad se quedan todos en mi hotel. Ya está todo dispuesto. Además, Linda quiere invitarlos a cenar a nuestro *penthouse*. Fabio, encárgate de que preparen equipaje para todos. Y ve a tu casa y prepara tu equipaje también. Los esperamos a las nueve.

—Mr. Thomas, yo puedo dormir en mi departamento —dijo Fabio con amabilidad.

—Sí, ya lo sé, pero te quiero cerca de Cayetana y de Kin. Además, tenemos muchos asuntos que tratar sobre la muerte de Álvaro. Cayetana, ¿quieres que te mande mi limusina?

—No, Mr. Thomas, no se preocupe. Nos llevará Celso —dijo Cayetana.

—¿De veras? ¿Me contrata de nuevo, doña Cayetana?

—Sí, Celso, pero vaya a cambiarse de ropa.

—Gracias, doña Cayetana. Que diosito y San Antonio me la bendigan. Con permiso —dijo de nuevo. Estaba al borde de las lágrimas.

—Mr. Thomas, no sé cómo voy a agradecerle todo esto —murmuró Cayetana.

—Es lo menos que puedo hacer por ti y por Kin. Nos vemos esta noche.

Mr. Thomas y sus hombres se marcharon y el salón quedó en completo silencio. Un silencio que, como siempre, rompió Juan:

—Eso del *penthouse* no será algo porno, ¿verdad?

CAPÍTULO DIECISIETE

Como bien explicó Cayetana, el *penthouse* de Mr. Thomas era el ático en el que vivía cuando estaba en Cancún. Ocupaba la última planta del Grand Percival Cancún Resort y, justo en el piso de abajo, se encontraban las dos *suites* contiguas que Mr. Thomas había reservado para ellos.

—Las *suites* están comunicadas y disponen de tres cuartos en cada una —les explicó el botones, un muchacho joven de sonrisa entusiasta que hablaba del hotel con el mismo orgullo que si fuera de su propiedad.

—Esto son dos salones, ¿verdad? —preguntó Juan.

—No, señor, es uno solo. Mire. —El botones se apresuró a abrir unas puertas correderas. Tras ellas, apareció otro inmenso salón.

—Esto es demasiado —murmuró Cayetana—. Seguro que cabemos todos en una sola *suite*. Kin y yo podemos dormir en una habitación. Sara y la niña en otra y Fabio en la tercera.

—¿Y yo? —preguntó Juan, con el ceño fruncido.

—Pueden ponerte una cama supletoria, ¿verdad? —preguntó Cayetana al botones.

—Sí, cómo no, pero Mr. Thomas se va a enojar si no le hacen caso.

—Pues no lo hagamos enfadar. —Fabio zanjó el tema con una enorme sonrisa y un billete que deslizó en las manos del botones.

—Gracias, señor. Antes de irme... Doña Cayetana, quisiera decirle algo, pero me da pena. Don Álvaro, su esposo...

—¿Sí? —preguntó Cayetana, al ver que el botones no terminaba de arrancar.

—Es que me da pena decirle... Pero... Le hice un favor personal hace como un mes.

—¿Qué favor?

—Me mandó ir a una joyería y...

—¿¿¿Y qué??? —preguntaron todos, con un repentino interés. ¿Podría ese muchacho de sonrisa servil y cara redonda saber algo sobre los diamantes?

—Pues que don Álvaro no me pagó el encargo —dijo el muchacho al fin, y cuando levantó el brazo para rascarse la nuca, todos vieron el tatuaje de una serpiente asomando por la manga de su camisa.

—¿Qué clase de encargo? —preguntó Cayetana, con un ligero temblor en la voz, temerosa de estar a punto de descubrir que Álvaro lo mandaba a comprar joyas para sus amantes.

—Me pidió que le cambiara la pila a su reloj.

Cayetana respiró con alivio.

—Tráenos el reloj cuando puedas y te lo pagamos —le dijo al botones.

—Sí, señora, con mucho gusto. Mañana mismo se lo traigo. Con permiso.

—Pásele —dijo Juan.

El botones se marchó y Cayetana descargó su nerviosismo y el malestar de su resaca con Juan:

—Se dice pase, Juan. Pásele es una vulgaridad.

—Pues fue lo que el comisario le dijo a Mr. Thomas —se defendió él.

—El comisario estaba bien nervioso —dijo Kin, sentándose en uno de los sofás del inmenso doble salón.

—Sí, me llamó mucho la atención su actitud, y eso de que preguntara por la urna... —dijo Cayetana—. ¿Sabrá la policía algo de los diamantes?

—Yo he pensado lo mismo —dijo Fabio.

—Juan, ¿por qué no buscas en internet noticias sobre Cancún? —le pidió Sara. Ella no tenía manos para hacerlo porque estaba sacando a Loreto de su silla. Sin embargo, él malinterpretó su pregunta:

—Muy graciosa, Sara. Te recuerdo que no tengo móvil.

—Tranquilos, ya busqué yo y no encontré nada sospechoso. Sigo muchas cuentas de Cancún en redes sociales y no hay ni una noticia sobre diamantes —afirmó Kin.

—Te creo. Yo estuve hablando con uno de los agentes y le pregunté si tenían alguna idea sobre qué podían estar buscando los asaltantes. Lo único de lo que estaban seguros es de que se trataba de un grupo organizado, no eran simples ladrones —dijo Fabio.

—Algo está pasando y no sé qué podía tener que ver Álvaro en todo esto —murmuró Cayetana, aún de pie, con la vista perdida.

—Por recapitular —dijo Fabio—. Tenemos una urna llena de diamantes.

—Teníamos —interrumpió Juan—. Os recuerdo que siguen escondidos en el biberón de mi hija.

—Da igual donde estén, Juan —dijo Fabio—. Lo que intento decir es que todo parece tener conexión. Encontramos los diamantes donde debían estar las cenizas de Álvaro justo cuando un grupo organizado entra en casa de Cayetana. Estamos todos de acuerdo en que buscaban la urna, ¿verdad?

Todos asintieron en silencio, excepto Cayetana:

—Yo no —dijo muy seria.

—¿Por qué?

—Porque una urna es demasiado grande como para buscarla en sitios como el cajón de mis cubiertos, que apenas medirá diez centímetros de alto. O en mi caja fuerte, que es pequeña. Sara, tú la viste, ¿habrías buscado una urna allí?

—No, lo cierto es que no.

—Mamá, ¿y eso qué tiene?

—Que es posible que los que entraron en nuestra casa no buscaran la urna, sino los diamantes. Ellos no sabían dónde estaban escondidos —concluyó Cayetana.

—¿Quieres decir entonces que tendríamos que averiguar quién busca los diamantes y quién los escondió en la urna? —dijo Fabio—.

—No estoy segura. Solo sé que tenemos que encontrar las cenizas —dijo Cayetana—.

—Que se las lleve el diablo, mamá —dijo Kin—. Reconociste su cadáver y estaba muerto, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces ni te preocupes —insistió Kin.

—Cariño, tengo que encontrarlas.

—¿Por qué?

—Porque necesito pasar página —dijo Cayetana con tristeza. Fabio la miró con tal intensidad, que ella pudo sentir su anhelo en la piel. Sin embargo, decidió ignorarlo. No tenía la cabeza como para pensar en él ni en lo que pasó o en lo que pudo haber sido. Su prioridad ahora era salir del lío en que estaba metida—. Vamos a organizarnos. Tenemos menos de una hora para subir al *penthouse*.

Cayetana decidió que Kin se quedaría con ella en una *suite* y los demás en la otra. Todos aceptaron, pero a Sara no le pasó desapercibida la cara de disgusto de Fabio, que claramente quería estar cerca de Cayetana, ni tampoco el enfado de Juan, que claramente quería estar lejos de Fabio. Podría haber intervenido, engatusar a Cayetana con cualquier tontería para que Fabio ocupara una habitación cerca de la suya, pero tenía tantas cosas que hacer que no dijo nada. Ya no contaba con la ayuda de Carmen, la nana, que se quedó con los demás empleados de Cayetana componiendo el desastre que ocasionaron los asaltantes, y tenía que apañarse con Juan para bañar a la pequeña Loreto, cambiarla de ropa y darle de cenar antes de ir al *penthouse* de Mr. Thomas.

—Estoy muerto —dijo Juan al caer sobre la cama cuan largo era.

—Intenta no dormirte, por favor, no tenemos mucho tiempo para prepararnos.

—No me voy a dormir —murmuró él.

—¿Puedes hacerle un biberón con cereales a Loreto mientras yo la baño?

—Vale —contestó con desgana.

Sara abrió la maleta, sacó todo lo que necesitaba y se metió en el baño con la pequeña. Para aprovechar el tiempo, decidió bañarse con ella. A Loreto le gustaba ver a su madre también en el agua porque sabía hacer pompas de jabón, pero no tenían tiempo para juegos y Sara no tardó en envolver a la niña en una toalla y en atarse otra, como pudo, alrededor del cuerpo.

—¿Dónde dejamos el pañal, Loreto?

—No *té* —contestó la niña levantando las palmas de sus manitas.

Sara salió con la niña en brazos del baño. Se animó al ver que Juan no estaba tirado en la cama, eso significaba que estaría en la cocina de la *suite* preparando el biberón. Buscó en la mochila de la pequeña, sacó un pañal y la tumbó sobre la cama para ponérselo, pero la niña estaba traviesa y no dejaba de moverse. Se reía y gateaba por la cama para escapar de su madre.

—Lore, cariño, tienes que ponerte el pañal —le suplicó Sara.

—No, mamá, no —se burló la pequeña.

Sara la sujetó con una mano sobre la cama, dio un gran paso lateral, alargó el brazo hasta la mochila y sacó a Po. Él conseguiría que la pequeña se dejara poner el pañal. Pero en ese movimiento de abrir piernas y brazos, su toalla se aflojó y...

—Sara, disculpa, te está llamando Juan. —La voz de Fabio la obligó a enderezar su cuerpo y, cuando se giró para darle las gracias, la toalla cayó a sus pies.

Una faena que solo habría quedado en una simple anécdota humillante si no hubiera sido porque Juan apareció detrás de Fabio en ese momento con un biberón en la mano:

—¡Sara! ¿Qué está pasando aquí?

—Nada, ¿podéis salir? —gritó ella, tapándose lo más básico como pudo.

—Lo siento, ha sido culpa mía, creo que la he asustado —explicó Fabio, sin dejar de mirar hacia Sara.

—Pues deja de mirarla, tío —lo reprendió Juan.

—Sí, es que...

—¡Que dejes de mirarla! —gritó Juan.

El italiano no solo no dejó de mirar, sino que se lanzó con rapidez sobre la cama ante la atónita mirada de Juan, que dejó caer el biberón al suelo porque pensó que iba a por su mujer, y de Sara, que se agachó para esquivarlo porque pensó que se había vuelto loco. Sin embargo, no se trataba ni de una cosa ni de la otra. Lo descubrieron cuando vieron que, por los pelos, había salvado a Loreto de caer de la cama.

—No, no, no —gritó la pequeña mientras reía y trataba de zafarse de los brazos de Fabio.

Juan rodeó la cama para ayudarlo.

—Gracias, tío —murmuró.

—Lo siento. Es que te oí llamar a Sara y como ella no contestaba vine a avisarla. Creo que se asustó y se le cayó la toalla y después vi a la niña gatear y...

—Fabio —lo cortó Juan—. He dicho gracias, tío. De verdad.

El italiano lo miró con cautela, aún tumbado sobre la cama. Todavía tenía dudas pero, de pronto, Juan le tendió la mano para ayudarlo a levantarse y sonrió.

—De nada. Voy a cambiarme. Tenemos que irnos ya.

CAPÍTULO DIECIOCHO

A pesar de los cientos de leyendas que corrían por Cancún sobre el *penthouse* de Mr. Thomas, como que las paredes estaban forradas de paneles de oro o que vivían rodeados de guardaespaldas y sirvientes, fue el viejo magnate quien abrió la puerta a sus invitados:

—Bienvenidos, amigos —los saludó efusivo—. Les presento a Linda, mi esposa. No se fíen de su sonrisa, la usa para hipnotizar a todo el mundo. Lo hizo conmigo hace cuarenta años y todavía no me desperté.

Una mujer menuda con el pelo blanco muy corto, casi rapado, y cuyo *outfit* consistía en una simple túnica blanca y un collar de piedras color coral, salió a recibirlos. Sus ojos llenos de vida contrastaban con la fragilidad de su cuerpo y la lentitud de sus movimientos, pero lo que más impresionó a todos fue que los recibió descalza.

—Hola, Linda —dijo Kin, que la levantó del suelo al abrazarla.

—Kin, me la vas a romper y no tengo otra —dijo Mr. Thomas.

Cuando la soltó, Cayetana se acercó a ella y le tendió la mano:

—Buenas noches, Mrs. Thomas, gracias por invitarnos.

Linda rechazó su saludo con un manotazo.

—Ay, Cayetana, déjate de formalismos y dame un beso —dijo en un perfecto español aderezado con el dulce acento mexicano—. Y no me llames Mrs. Thomas. Bastante tenemos las mujeres con aguantar a los pinches maridos como para que nos carguen también con su apellido. Es una costumbre bien pasada de moda, ¿no creen?

Su desparpajo, su energía y su sonrisa los dejó a todos pasmados. Al verlos así, Mr. Thomas soltó una tremenda carcajada al aire:

—Ay, *mamasita*, ¡ya los hipnotizó!

—Percival, cállese la boca —lo regañó Linda.

Después se acercó a sus invitados, uno por uno, para darles un beso a la vez que repetía sus nombres. Cuando le tocó el turno a Juan, apenas tuvo tiempo de sujetar a Loreto, que se lanzó sin dudarle a los frágiles brazos de Linda.

—¡Pero miren qué niña tan preciosa! Acaba de conocerme y ya somos amigas.

—Linda, yo me encargo —dijo Sara muy apurada.

—No, déjame que la cuide yo. Ya saben que Percival y yo no tuvimos hijos.

—Vaya, lo siento —dijo Juan.

—¿Lo sientes? ¿Por qué? —preguntó Linda en un clarísimo y pícaro desafío.

—Bueno... no sé, es un tema que suele ser delicado para las mujeres.

—No, Juan, no me digas que eres de esos que piensan que las mujeres solo nos sentimos completas si somos mamás —dijo Linda.

—No... Bueno... Creo que no... No sé... Es solo que...

—Tranquilo, Juan. Ya perdiste —aseguró Mr. Thomas.

—Sí, Juan, mejor no hables, no vayas a regar más la melcocha^[14] —dijo Linda, divertida—. Loreto, ¿te sientas conmigo en la mesa?

—*Ti* —dijo la niña.

—Qué bueno, así te platico unas cuantas cosas sobre los hombres. Algunos no dicen más que pendejadas, pero eso es porque su cerebro no evolucionó como el nuestro. —Linda desapareció con Loreto en el interior del *penthouse*

—Mejor vamos con ellas, ¿no creen? —dijo Mr. Thomas, riendo.

La mesa estaba preparada en la terraza y, a diferencia de lo que ocurría en casa de Cayetana, la propia Linda se había encargado de todo con la única ayuda de una mujer que ultimaba los preparativos junto a la mesa.

—Linda, ¡qué buena idea ponerle a Lupe un vestido yucateco como uniforme! —observó Cayetana, sin sospechar lo inapropiado que resultaba su comentario.

—No es un uniforme —dijo Linda—. Lupe siempre viste como quiere y hoy, como le dijimos que iban a venir ustedes a cenar, decidió ponerse ese vestido porque es su favorito.

—Oh, lo siento —dijo Cayetana, avergonzada.

Linda la miró sin poder ocultar la lástima que sentía por ella y le dijo, muy bajito para que nadie la oyera:

—Tranquila, seguro que no te oyó. Además, no es culpa tuya. Yo sé quién te contagió su obsesión por las apariencias y, ahora que ya no está, puedes volver a ser como eras antes.

Cayetana la miró sorprendida, y solo cuando Linda le guiñó un ojo, se sintió con fuerzas para confesar:

—Ojalá pudiera, Linda, pero me da miedo que sea tarde.

Un grito llegó a ellas desde la terraza. Era Lupe, a la que Kin también había levantado por el aire al abrazarla. Era una mujer más menuda aún que Linda, y llevaba su larga melena blanca recogida en una trenza.

—Lupe, quiero presentarte a unos amigos —dijo Linda—. Estos son Sara, la hermana de Cayetana y Juan, su esposo. Son los papás de esta hermosura.

—Mucho gusto —dijo Lupe.

—Y a Cayetana y a Fabio ya los conoces.

—Sí, doña Cayetana, la acompañé en el sentimiento. Todos queríamos mucho a su esposo —dijo Lupe.

—Gracias —murmuró Cayetana.

—Lupita de mi corazón —dijo Fabio, tomando las manos de Lupe para besarlas—. Después te tengo que preguntar por la receta de mole que me diste. Me quedó muy espeso.

—Tiene que ponerle más caldo. Si quiere véngase un día y yo le enseño —propuso Lupe con absoluta naturalidad.

—¿Ya ven por qué Lupe es como de la familia? —preguntó Linda al grupo—. Lleva más de veinte años aguantándonos a todos.

—No, cómo creen —dijo Lupe, risueña—. Más bien es al contrario, los Thomas son muy buenos conmigo. Si no los llevo a encontrar quién sabe dónde estaría ahora. Me quedé viuda muy joven y con tres hijos. No sabía ni qué hacer, mi familia vivía toda en Tijuana, al otro lado de México, imagínense... Pero al final los saqué adelante y hasta los mandé a la universidad. Todo gracias a la señora Thomas.

—Será posible, Lupe... —protestó Linda—. Veinte años pidiéndote que no me llames señora Thomas y no hay manera. ¿Cuántos más tienen que pasar para que me hagas caso?

—Pos los que hagan falta para que usted entienda que la llamo así por respeto.

—¿Qué respeto ni qué ocho cuartos? Si mi papá fue un espalda mojada.^[15] ¿Acaso soy yo más que tú?

—Pos sí.

—¿Y en qué?

—En bondad —dijo Lupe, con una sonrisa de triunfo—. Voy a por las tortillas y el pozole.^[16] Con permiso...

Salió de la terraza y Linda se acercó a Cayetana para decirle muy bajito:

—Nunca es tarde para volver a ser auténtico, Cayetana.

Durante la cena, todos consiguieron olvidarse de los diamantes, de las cenizas de Álvaro y del asalto a Villa Cayetana. El pozole arrancó más de un suspiro y las historias que Linda contaba más de una carcajada, como la del día que Percival se le declaró:

—Me dijo el muy presumido: «Cuando te vi, supe que serías mi princesa». Y yo le contesté: «Ay, sí, no me digas, ¿y a cuántas pinches princesas conoces tú como para compararme?».

—Y un día que la quise regañar porque es tan malhablada le dije: «Las princesas no dicen groserías». ¿Saben qué me contestó? «¿Me ves con corona y castillo, pendejo?» —añadió Mr. Thomas.

Hasta la pequeña Loreto, contagiada por la alegría de los demás, se echó a reír. Sin embargo, había alguien en la mesa que, aunque sonreía, lo estaba pasando realmente mal. Alguien que, a pesar del buen ambiente y de la orgía de luces y música que llegaba hasta la terraza de Mr. Thomas, se sentía terriblemente sola.

«Cancún y su fiesta eterna que invita a vivir», pensó Cayetana.

—¿Te acuerdas del día que Álvaro me salvó la vida, Cayetana? —preguntó Mr. Thomas.

—Sí, me acuerdo —contestó ella.

¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo olvidar el día en que dejó de ser feliz sin saberlo? Trabajar como chófer personal de Mr. Thomas suponía estar disponible las veinticuatro horas del día. Cayetana sabía cuándo su marido salía de casa, pero no cuándo volvería a verlo. Podía ser a las cinco horas o al día siguiente. Al principio pudo soportarlo haciendo vestidos de flores y cuidando a Kin, pero cuando Mr. Thomas decidió poner a Álvaro al frente de uno de sus hoteles, todo empeoró.

—Ya no hace falta que cosas más, mi reina, porque te voy a construir un palacio junto al mar. Tendremos nanas para cuidar a Kin y tú solo tendrás que divertirme —dijo Álvaro.

—¿Cuántas horas vas a estar fuera de casa?

—Muchas, pero no pasará ni una sola sin que piense en ti y en Kin.

«¿Por qué no dije nada entonces?», se preguntó Cayetana, sonriendo por cortesía mientras Mr. Thomas seguía contando la historia, pero sin prestar atención.

La respuesta, en realidad, era muy sencilla. No podía imaginar lo que vendría después, un mundo de apariencias regido por los delirios de grandeza de Álvaro, que siempre quería que vistiera más elegante, que fuera más distinguida y que no moviera un dedo en su casa.

Buscó consuelo yendo al club, cuidando cada detalle de su ropa, su pelo y su casa y relacionándose con lo más selecto de Cancún. Pero nada de eso pudo llenar el vacío cruel que se fue apoderando de sus entrañas día a día, con cada hora que pasaba lejos de Álvaro. Pero lo peor llegó cuando empezó a escuchar rumores sobre las infidelidades de su marido. Buscó pruebas como loca, incluso llegó a ponerle un detective, pero no consiguió demostrar nada. Álvaro era tan hábil que no le habría extrañado que lo sobornara, por eso, un día decidió preguntárselo de frente:

—Álvaro, ¿es verdad que me engañas?

—¿Quién dice eso, mi reina?

—Hay muchos rumores.

—No les hagas caso. Dicen eso porque tienen envidia de que solo te quiera a ti. No son más que chismes.

Cayetana observó a su hermana Sara, ahora con la pequeña Loreto en brazos. Puede que su vida no tuviera ningún glamur y que Juan solo fuera un economista tratando de salir adelante, pero estaba claro que envejecerían juntos y que superarían no solo los problemas de sueño de Loreto, sino todos los obstáculos que la vida les pusiera por delante. También observó a Kin, que escuchaba con atención las historias de los Thomas, una pareja encantadora que llevaba más de cuarenta años unida y se veía de lejos que seguían enamorados. Cayetana siempre había tenido la esperanza de que, gracias a ellos, que habían sido como una segunda familia para Kin, su hijo se hubiera mantenido lejos de unos rumores que, al parecer, él conocía, porque los había sufrido en primera persona. Y eso le dolía. Le dolía tanto que jamás se perdonaría que hubiera sido él, su propio hijo, quien tuviera el coraje para reconocer a gritos la verdad sobre su vida.

Pero si había algo que mortificaba a Cayetana aquella noche era no saber qué había sido de las cenizas de Álvaro. Necesitaba encontrarlas y tirarlas al cenote, al mar o donde fuera. Por eso, con todo el disimulo que pudo, sacó su móvil del bolso. Sonrió al ver que tenía al menos diez llamadas perdidas de Dimitri. Se habría enterado ya de que habían entrado a robar en su casa y querría saber todos los detalles, pero no era el momento de contárselo. Ignoró las llamadas y le envió un mensaje a Celso, su fiel chófer:

«Celso, he perdido algo muy importante para mí. ¿Puede rezarle a San Antonio esa oración para encontrar lo que uno pierde?».

—Cayetana, ¿estás bien? —La voz de Fabio llegó a sus oídos cargada de preocupación al tiempo que sentía una cálida caricia en su brazo.

—Sí, solo estoy cansada —dijo con indiferencia. Un breve pitido de su móvil le dio la excusa perfecta para apartarse de él. Era un mensaje de Celso:

«Sí, doña Cayetana, quédese tranquila. Yo le rezo».

Aunque se trataba de algo escueto, Cayetana mantuvo la vista en su teléfono hasta que Fabio dejó de mirarla. Maldito italiano... Siempre lanzándole esas miradas intensas que descubría a cada rato y que siempre se quedaban en nada. Como cuando lo abrazó en el coche después de despertar del desmayo tras el funeral. La tenía ahí, en sus brazos, ¿por qué no le dijo nada? Y lo que ocurrió en el cenote... ¿Por qué no la besó? ¿Qué esperaba, que lo hubiera besado ella? Sí, sin duda era lo que quería. Así se comportaban los tipos como él. Ella sabía perfectamente qué clase de seductor sin escrúpulos era Fabio, pero ¡claro! Él no recordaba nada de sus primeros encuentros, antes de que Álvaro se lo presentara como «un buen amigo».

Tras terminar sus crepas de cajeta,^[17] Mr. Thomas se puso en pie y anunció:

—Si nos disculpan, quisiera hablar de unos asuntos con Cayetana y con Fabio en la sala.

—Vayan, vayan a aburrirse —dijo Linda de lo más divertida—. Nosotros nos quedamos aquí disfrutando del mayor placer de esta vida.

—¿Y cuál es ese placer? —preguntó Mr. Thomas.

—Cotorrear —contestó ella con ojos brillantes.

Con una sonora carcajada, Mr. Thomas se puso en pie, le lanzó un beso a su esposa y guio a Fabio y a Cayetana por su *penthouse* hasta un pequeño despacho, decorado tan solo con una mesa de caoba, un sillón de cuero y dos sillas transparentes. Sobre la mesa no había papeles, ni ordenador, solo una foto enmarcada desde la que dos jóvenes reían mirándose a los ojos.

—Somos Linda y yo celebrando el día que se extinguieron los dinosaurios —dijo Mr. Thomas entre divertido y nostálgico, al ver que Cayetana la observaba con curiosidad.

—Es una foto preciosa.

—Sí, ¿verdad? —dijo él, sonriendo.

—Mr. Thomas, quiero darle las gracias otra vez por todo lo que nos está apoyando a Kin y a mí. Y a ti también, Fabio. Con lo ocupado que debes estar y encima ahora, encargándote de mis

cosas...

—Cayetana, no te preocupes por eso —dijo Mr. Thomas—. Debo explicarte un par de temas muy delicados. Fabio, ¿le contaste algo ya?

—No, Mr. Thomas. Íbamos a hablar esta tarde, pero con todo el asunto del asalto no pudimos juntarnos —explicó Fabio, con el rostro tenso.

—¿Ocurre algo? Me están asustando —murmuró Cayetana, al ver que Fabio no era capaz de mirarla a la cara.

—Cayetana, ¿hasta qué punto conocías los negocios de tu esposo? —preguntó Mr. Thomas.

—Bueno... Él siempre estaba hablando de invertir aquí y allá, pero al final no sé muy bien qué hacía. Sí sé que se metió en un negocio de alquiler de coches de lujo con un socio que usted le presentó y que terminó vendiéndole su parte porque no iba muy bien. De ahí salió el Karlmann y el dinero con el que compró la plantación de tequila —dijo Cayetana, cada vez más incómoda porque Mr. Thomas la miraba con lástima.

—El socio que tuvo en el negocio de rentar carros de lujo es un gran amigo mío. Hace unos meses me confesó que rompió la sociedad que tenía con Álvaro porque no tenía las ganancias que esperaba. Acordaron que Álvaro se saliera a cambio del Karlmann King y medio millón de dólares, y desde entonces el negocio sube como la espuma. Como te imaginarás, eso me llamó mucho la atención. Álvaro era un gran administrador de empresas y ese era un negocio sencillo. No le di importancia, pero al morir Álvaro y quedarte viuda, tuve la tentación de averiguar en qué situación te había dejado. Es por eso que te mandé a Fabio, no solo para que te ayudara, sino para que investigara a fondo, espero que no te importe.

—No me importa, Mr. Thomas —dijo Cayetana, cada vez más preocupada.

—La cuestión es que Fabio encontró una realidad muy dramática.

—Sí, bueno, yo ya le advertí que la plantación no debía ir muy bien. Fue un mal negocio desde el principio. Nadie en su sano juicio trataría de cultivar agave tequilero en Yucatán —confesó Cayetana.

—Está claro, querida, pero eso no justifica que el dinero se esfume.

—Perdón, no comprendo bien...

Fabio tomó la palabra:

—Las cuentas de la plantación están a cero, Cayetana. Alguien las vació en los últimos meses.

—Bueno, pero el dinero habrá ido a algún lugar. Podemos ver a qué cuentas ha ido, ¿no?

Fabio y Mr. Thomas negaron con la cabeza.

—No fue a ninguna cuenta, se lo llevaron en efectivo —aclaró Mr. Thomas—. Y hay algo peor, Cayetana. Álvaro hipotecó todos sus bienes con la excusa de salvar la plantación.

—¿Todos?

—Me temo que sí, querida. La casa, el barco... Hasta el Karlmann.

Cayetana se volvió hacia Fabio que, ahora sí, levantó la vista y la miró. Le bastó con levantar ligeramente una ceja para que él entendiera lo que quería preguntar.

—Sí, Cayetana. Estás arruinada.

Tres horas más tarde, mientras todos dormían, Cayetana salió de su *suite* en el más absoluto silencio.

[14]. Expresión mexicana que significa meter la pata. (*N. de la A.*)

[15]. Expresión que sirve para designar a los inmigrantes que entran en EE. UU. de forma ilegal por la frontera de México. La expresión tiene el origen en los que entraban por Texas cruzando el río Bravo. (*N. de la A.*)

[16]. Caldo de maíz con carne de cerdo o pollo y que se puede acompañar con lechuga, rabanitos, tortillas... La receta (y el color) varía según la zona, pero siempre está delicioso. (*N. de la A.*)

[17]. Creps de dulce de leche que deben tomarse con moderación porque son altamente adictivos. (*N. de la A.*)

CAPÍTULO DIECINUEVE

Sara se levantó por quinta vez, fue hacia la cuna de Loreto, la tomó en brazos con paciencia y salió con ella a la penumbra del doble salón susurrando una nana. La pequeña se acurrucó en el hombro de su madre y se fue tranquilizando, hasta que vio algo que le llamó la atención. Enderezó su pequeño cuerpo y señaló un rincón esgrimando a Po.

—¿Ta-te? —preguntó.

Sara giró sobre sí misma y dio un salto asustada al descubrir una sombra lánguida tirada en un sofá.

—¿Caye? —preguntó, inclinándose sobre la sombra.

—Hola, Sarita.

—¿Qué haces aquí?

—Nada.

—¿Estás bien? Deben de ser las cuatro de la mañana.

Cayetana se enderezó y trató de ponerse en pie, pero perdió el equilibrio y volvió a caer en el sofá.

—¡Híjole! —exclamó, echándose a reír.

Sara dejó a la niña en un sillón para ayudar a su hermana. Olía tanto a tequila que si una chispa saltara frente a su boca ardería todo Cancún.

—Caye, por Dios, ¿estás borracha! —susurró Sara.

—No más tantito.

—No me hables en mexicano y dime, ¿cuánto has bebido?

—Sarita, no te enojés. Solo es un poco de tequila —contestó Cayetana, mostrando algo que Sara no reconoció hasta que lo tocó y lo elevó hacia la luz que entraba por el ventanal. Era una petaca. Sara la agitó junto a su oído y sí, estaba vacía.

—¿Estaba llena de tequila? —susurró enfadada.

—Hasta los topes.

—¿Y te lo has bebido todo?

—Sí —confesó Cayetana, estallando en carcajadas—. Es impresionante que lo haya conseguido porque es el tequila que hacía Álvaro en su plantación y es malísimo. Es tan malo que Wendoline lo usa para limpiar la cocina. Solo a un imbécil como mi esposo se le ocurre cultivar agave en este clima... Porque era un imbécil, Sarita, esa es la verdad. Y yo... yo fui tan tonta...

Poco a poco, las carcajadas de Cayetana fueron debilitándose hasta convertirse en pequeños

sollozos que compusieron toda una sinfonía de dolor y soledad.

—¿Ta-te? —preguntó Loreto.

—Sí, cariño, Caye está triste.

La pequeña se bajó de su sillón, se encaramó al sofá donde estaba su madre y gateó por encima de ella para alcanzar a su tía. Todo apuntaba a que quería darle un beso, pero algo la detuvo:

—Uyyy —dijo asustada, agitando su manita frente a su nariz.

—¿Lo ves? Hasta tu bebé se da cuenta de lo despreciable que soy —sollozó Cayetana.

—No, Caye, no digas eso.

—Tú no lo entiendes, Sarita. Tú eres una mujer admirable. ¡Eres médica! Pero mírame a mí... —se lamentó Cayetana, de nuevo deshecha en lágrimas.

—Eres una mujer fuerte. Saldrás adelante, ya verás.

—¿Cómo voy a salir adelante, Sarita? Si ni siquiera pude tirar las cenizas de ese imbécil al cenote. Y necesitaba hacerlo. Lo necesitaba tanto... Todavía tengo pesadillas con todo lo que pasó en el depósito de cadáveres.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó Sara, temerosa de lo que pudiera descubrir.

Cayetana dejó de llorar un momento. Se limpió las lágrimas con su pañuelito, ese que siempre sacaba de la nada, y susurró:

—Todo estaba muy oscuro, Sarita, y olía tan mal... El cuerpo de Álvaro llevaba días en el agua y los peces le habían destrozado la cara. Hasta se habían comido sus ojos. Por eso me dijeron que lo mejor sería que lo reconociera por sus joyas o por algún otro rasgo. «Así mantendrá vivo su recuerdo» me dijeron. Vivo... Sarcástico, ¿no?

—¿Y qué hiciste?

—Les pedí que me enseñaran su pene.

—Pene —repitió Loreto, echándose a reír.

Sara le tapó la boca con la mano y, entre asqueada y sorprendida, preguntó:

—¿Qué? Caye, ¿por qué hiciste eso?

—Para ver si llevaba el *apadravya*. Fue asqueroso, Sarita. Cortaron el traje de neopreno y se le quedó el pito colgand...

—¡Ya, Caye, no sigas! —la interrumpió Sara.

—Parecía un plátano pocho con un palillo y...

—¡Que ya! Caye, por Dios... ¿Por qué no pediste que te enseñaran su mano para ver si llevaba su alianza?

Cayetana negó con la cabeza.

—No, Sarita. Eso habría sido demasiado humillante.

—¿Por qué?

—Porque todos en Cancún, incluida yo, sabíamos que en el yate de Mr. Thomas iba una de sus amantes —dijo con suma tristeza.

—Pero, Caye, ¿tú sabías que te era infiel?

—Lo sospechaba, Sarita, pero nunca encontré pruebas para culparlo abiertamente ni tampoco el valor para reconocer que nuestra historia nunca había sido real. ¿Te das cuenta de lo patética que soy, Sarita? Por miedo a que no llevara la alianza tuve que reconocer el cadáver de mi esposo por esa cosa que llevaba colgando de su pene podrido.

—Pene, pene, pene... —repetía Loreto sin parar.

Sara volvió a taponarle la boca a la niña, pero ya era tarde y Cayetana se echó a llorar desconsolada.

—Caye, ya está bien —dijo Sara—. No eres patética, solo has bebido demasiado. Vamos. Necesitas vomitar. En cuanto se te pase la cogorza lo verás todo mucho mejor, ya verás.

A Sara le costó la misma vida llegar hasta el baño con Loreto en un brazo y sujetando a su hermana con el otro. Una vez allí, metió a la pequeña en la bañera y le dio los frasquitos de gel y champú para que jugara. Después consiguió que Cayetana vomitara todo el tequila ingerido metiéndole los dedos hasta la garganta.

—Sarita, no sé cómo puedes hacer esto —confesó Cayetana, que volvía a reír sin sentido.

—Es peor tener que tocar sesos, te lo aseguro. Vamos, tienes que vomitar más.

Cuando ya parecía que Cayetana lo había dado todo, Sara tiró de la cadena, bajó la tapa del retrete y la obligó a sentarse sobre ella. Después mojó una toalla en el lavabo para limpiarle la cara y le soltó la goma de pelo que luchaba por sostener su maltrecha trenza.

—Así estás mucho más guapa —le dijo, no solo para animarla, sino para darle una pista sobre cómo podía empezar a ser quien era.

—¿Te acuerdas cuando éramos pequeñas y nos queríamos cambiar el pelo? Tú lo querías liso como el mío y a mí me gustaban tus rizos.

Sara sonrió, pero no tuvo tiempo de contestar. Vio de reojo que Loreto se ponía en pie en la bañera para intentar abrir el grifo. Estiró el brazo con rapidez para impedirlo, pero entonces el cuerpo de Cayetana comenzó a inclinarse peligrosamente hacia un lado.

—¡Quieta! —exclamó sujetándola por el brazo, pero sin quitar la mano del grifo que Loreto se empeñaba en abrir.

—No, mamá, no —dijo la pequeña.

—Loreto, no hagas eso —la regañó su madre, sin ningún éxito.

Al ver a su hermana con los brazos y piernas abiertos, Cayetana comenzó a reír sin parar:

—Sarita, mírate. ¡Pareces una equis!

Sara se hizo una imagen mental de la situación y, aunque tuvo que reconocer que tenía su gracia, empezó a llorar. Estaba cansada porque apenas había dormido. Además el recuerdo de cuando eran niñas le causaba una profunda nostalgia.

—Sarita, ¿qué tienes? —le preguntó su hermana.

—Nada, Caye. Todo bien, pero estate quieta.

—No llores, por favor, que me da mucha pena verte así.

—Pues no me mires y concéntrate en no caerte, ¿vale?

—¿Si te cuento un secreto, dejarás de llorar?

—Pues lo dudo bastante, creo que ya he tenido suficientes secretos por una buena temporada. ¿Quieres estarte quieta, por favor? ¡Te vas a caer! —dijo Sara, al borde del colapso.

—Si te prometo no caerme, ¿me dejas que te lo diga?

—Sí, Caye, si te estás quieta puedes decirme lo que quieras.

—Te quiero, Sarita. Y también quería a papá y a mamá. Lo que pasa es que tardé mucho tiempo en darme cuenta.

Cuando Fabio se asomó a la puerta del baño, se encontró a las dos hermanas abrazadas en medio de un mar de lágrimas, mientras Loreto se divertía de lo lindo con el grifo de la bañera abierto y cantando feliz:

—Pene, pene, pene...

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó. Solo llevaba puesto un pantalón de pijama color gris.

—Nada, Fabio. Estamos bien, gracias —afirmó Cayetana, de pronto muy preocupada por limpiarse las lágrimas con su pañuelito y por recuperar la compostura.

—A Cayetana le ha sentado mal la cena —dijo Sara—. ¿Podrías ayudarla a ir a su habitación, por favor? Yo voy a quitarle el pijama mojado a Loreto.

Fabio se puso muy nervioso, sobre todo cuando vio a Cayetana de pie. Llevaba un camisón de raso muy fino que insinuaba cada detalle de su cuerpo, sobre el que caía libre su pelo suelto, como la primera vez que la vio. Con cuidado, le pasó el brazo por el hombro, tomó su mano y la apretó contra su cuerpo. No pudo evitar cerrar los ojos. Era como sentirla desnuda, pero lo peor fue sentir su cabello contra su piel. Haciendo un esfuerzo titánico por mantener la calma, la llevó hasta su cuarto, donde la cama, qué extraño, permanecía intacta. Abrió las sábanas y Cayetana se deslizó entre ellas. Fabio se inclinó y le susurró al oído:

—Todo se arreglará.

Después, le dejó un beso en la sien que no le supo a nada. ¿Qué era un beso, uno solo, frente a todos los que no había podido darle aún?

—Fabio. ¿Puedo pedirte un favor? —murmuró Cayetana, adormilada.

—Sabes que sí. Haré lo que sea.

—No me toques.

—¿Por qué? —preguntó, desconcertado.

—Me pones nerviosa.

CAPÍTULO VEINTE

Sara y Fabio se encontraron en el pasillo. Ella llevaba a la niña en brazos, envuelta en una toalla. Él llevaba el corazón en llamas y una preocupación que no pudo ocultar.

—Estaba borracha, ¿verdad? —preguntó.

—Te lo digo si me contestas a una pregunta. ¿Estás enamorado de ella?

Fabio se pasó ambas manos por el pelo y, con un profundo suspiro, reconoció:

—Enamorado es poco, Sara. ¿Suena ridículo?

—No, no suena ridículo, Fabio. Pero tal vez sí lo sea. La Cayetana que ves no es real. Ella no es así —dijo Sara.

Fabio la observó con suma atención, pero no pareció sorprendido.

—Ven, quiero contarte algo.

Caminaron a oscuras hacia el doble salón y se sentaron en un sofá, con Loreto entre ellos jugueteando con Po. Fabio permaneció en silencio y Sara empezó a preocuparse. Tal vez había traspasado esa línea sutil que convierte el interés sincero en indiscreción. Trató de adivinar sus rasgos en la penumbra, pero él giró su cuerpo hacia ella de forma que solo podía ver su silueta recortada contra el ventanal.

—Oye, lo que acabo de decirte es porque me pareces un buen hombre y no mereces estar enamorado de una farsa —murmuró Sara.

—Tranquila, no es la farsa lo que me tiene así —dijo Fabio, mientras buscaba la manera de contar su historia sin dar lástima—. ¿Recuerdas lo que dije en el funeral de Álvaro?

—Sí, claro, fue muy bonito. ¿Por qué? —preguntó Sara.

—Porque casi todo era mentira.

—Bueno, era evidente. Nadie creería que alguien como tú tenga que rezar para encontrar novia.

—¿Tú crees? —dijo Fabio con una breve risa—. Tiene gracia porque es lo único cierto de cuanto dije, solo que con un pequeño matiz. No rezo para que «alguien» se enamore de mí. Rezo para que ese «alguien» sea Cayetana.

Sara sintió angustia en su voz y también cansancio. Por eso le preguntó:

—Y... ¿llevas mucho tiempo esperando el milagro?

—Años.

—Entonces, ¿la conociste cuando todavía era... ella?

—Sí, la conocí entonces. No te lo ha contado, ¿verdad?

Sara negó con la cabeza.

—Entonces es porque no se acuerda, está claro —admitió Fabio con tal tristeza que a Sara se le encogió el corazón.

—Lo siento...

—No, tranquila. Ya me lo imaginaba, pero... confirmarlo duele.

—¿Qué ocurrió?

Fabio apoyó el brazo en el respaldo del sofá y agachó la cabeza. Se sentía extraño. Jamás le había contado a nadie que estaba enamorado de Cayetana. ¿Cómo iba a hacerlo en Cancún? Era la mujer del carismático Álvaro Galán y la madre del protegido de Percival Thomas, pero con Sara era distinto, entre otras cosas porque se marcharía en unos días y, con toda probabilidad, no volvería a verla nunca. Tal vez por eso y porque tenía la esperanza de que pudiera servirle de catarsis, se decidió a hablar:

—La primera vez que vine a México trabajaba para una empresa de moda italiana que quería expandirse por Latinoamérica. Como yo era el único de mi departamento que sabía algo de español me nombraron director del proyecto. El primer lugar donde decidimos abrir una tienda, fue en Cancún, en el Luxury Avenue, no sé si lo conoces.

—Sí, Cayetana me llevó de compras allí.

—El día que inauguramos la tienda, en pleno cóctel, me llamó la atención una figura que caminaba por el pasillo del centro comercial enterrada en bolsas de plástico, como las que utilizan en las tintorerías. Iba tan cargada que se le resbalaron y cayeron al suelo. Cuando vi que era una mujer con el vestido yucateco, supuse que sería una mexicana, pero me llamó la atención su melena rubia. Salí de la tienda para ayudarla y, cuando vi sus ojos, me pareció la mujer más bella que había visto jamás. Me contó que llevaba los vestidos a una tienda que estaba cerca de la mía, así que me ofrecí a cargar con todo y acompañarla, pero la verdad es que quería seducirla. Le pregunté de dónde venía y qué hacía en Cancún. Cuando me dijo que se dedicaba a hacer vestidos como el que llevaba puesto, me detuve frente a ella y aproveché para adivinar su cuerpo bajo la tela. Ella se dio cuenta al instante. Me quitó los vestidos y me dijo que no estaba libre. «No puede ser», le dije yo. «Soy el hombre de tu vida». ¿Sabes qué me contestó? Me dijo: «Pues llegas tarde. Estoy casada, enamorada y embarazada».

Loreto distrajo a Sara para acomodarse en sus brazos, como si por fin quisiera dormir. Fabio se quedó en silencio y se entregó a sus recuerdos.

—¿Qué pasó después? —dijo Sara.

—Que se marchó y yo volví a mi tienda, seguro de que en diez minutos la habría olvidado. Lo malo fue que al cabo de un rato la vi pasar de nuevo con una sonrisa que me fascinó. Tuve el impulso de salir e invitarla a la fiesta, pero recordé el brillo de sus ojos cuando dijo que estaba enamorada y decidí dejarla marchar. Era más fácil centrarme en perseguir a la modelo que habíamos contratado como reclamo para la inauguración. Además, me quedaba menos de un mes para regresar a Italia.

—Pero volviste a verla —supuso Sara.

—Sí, una semana más tarde. Yo salía de mi tienda a la hora de comer. Iba distraído con mi teléfono, me tropecé con ella y le tiré los vestidos. Le pedí disculpas, los recogí y la acompañé hasta la tienda donde los vendía. Ella insistió todo el camino en que no hacía falta, pero al final me lo permitió; creo que porque vio que ya no intentaba seducirla, como la otra vez. Le devolví los vestidos y regresé a mi tienda.

—¿No te ibas a comer?

—Claro, pero cambié de idea cuando la vi. Hacer como que no me interesaba era parte de mi estrategia. Pretendía llamar su atención para atacarla después.

—Pero estaba embarazada, Fabio —le recordó Sara.

—Sí, al final resultó ser cierto. Pero al principio no me lo creí. O más bien, me negué a creerlo. Prefería pensar que me había mentado para librarse de mí.

—¿Y qué pasó?

—Pues resultó bastante... —Fabio chasqueó la lengua en señal de fastidio—. ¿En español se dice chocante?

—Sí, aunque no estoy segura de que sea la palabra que buscas —dijo Sara.

—¿No? ¿No utilizarías la palabra chocante si te dijera que Cayetana pasó por delante de mi tienda escoltada por dos guardias de seguridad? —preguntó Fabio.

Sara tuvo que ahogar una carcajada para que no resonara en el inmenso salón.

—Vale, la palabra chocante es la que buscas, pero no si hablamos de Caye. No te imaginas la cantidad de veces que la detuvieron en España por escándalo público.

—¿De veras?

—Sí, mis padres estaban hartos de sus problemas con la autoridad.

—Te creo. Los guardias que la llevaban no tuvieron más remedio que esposarla cuando llegaron a mi puerta. Ese día aprendí todos los insultos que me faltaban para completar mi español, pero en su defensa te diré que tenía razón. El hombre que le compraba los vestidos quiso engañarla. Se pelearon y el muy imbécil llamó a seguridad. Cayetana les contó lo ocurrido y, cuando vio que no servía de nada, y que le pedían que abandonara el local, se enfadó.

—¿Y qué hiciste tú?

—Hablé con los guardias. Les dije que yo la conocía y que no eran necesarias las esposas. No me creyeron y tuvimos una discusión terrible. Por suerte se me ocurrió decirles que estaba embarazada. Gracias a eso la soltaron, la metí en mi tienda y le pregunté por los vestidos. Me contó que se los había quedado el imbécil y algo así como que podía metérselos en su culo de capitalista opresor. La dejé allí y fui a reclamarlos, pero cuando volví, se había marchado. Salí corriendo a buscarla y me la encontré en la puerta del centro comercial sentada en una jardinera. Me acerqué a ella mostrando orgulloso los vestidos. Pero ella ni me miró. Estaba llorando y supongo que le daba vergüenza que la viera así. Le pregunté su nombre, si estaba bien... No me hizo caso. Solo cuando le ofrecí mi pañuelo, levantó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero seguía siendo preciosa. Me senté a su lado y traté de consolarla diciéndole que no entendía

para qué negociaba una mísera comisión cuando podía vender los vestidos en la playa. Dejó de llorar y, justo cuando iba a decirme algo, empezó a sonar un claxon. Alguien la llamaba desde una camioneta. Cuando vio quién era, sonrió como si el resto del mundo hubiera desaparecido, se colgó los vestidos del brazo y se fue. Me costaba creer que se fuera así, sin decirme ni adiós, pero de repente, se dio media vuelta y corrió hacia mí para darme un beso en los labios que me volvió loco. «Gracias», me dijo. Me quedé mirándola como un idiota y, cuando vi que también besaba al hombre que la esperaba en la camioneta, sentí que el deseo se convertía en codicia. ¿Te ha pasado algo así alguna vez?

—No, nunca —murmuró Sara.

—Tienes suerte, porque es una sensación nefasta que te convierte en alguien obsesivo. Recuerdo que estuve días tratando de averiguar quién era aquella chica. Fui a ver al hombre de la tienda, pero me dijo que no sabía ni su nombre, aunque supongo que me mintió como venganza por la discusión que habíamos tenido. Revolví el Luxury entero buscando a alguien que la conociera, pero resultó inútil y me resigné a olvidarla.

—¿Lo conseguiste?

—No, porque volví a encontrármela y me costó otra pelea, pero con la policía. Era mi último día en Cancún, y la modelo que te conté me propuso que lo pasáramos juntos, así que la invité a la playa del hotel donde me alojaba. Fui a darme un baño y, desde el mar, vi un gran revuelo justo donde estábamos nosotros. Ella tenía muy mal carácter y me imaginé que se estaría peleando con alguien, así que decidí hacerme el tonto y quedarme en el agua, hasta que vi los vestidos de flores.

—Se estaba peleando con Caye —adivinó Sara.

—Sí. Tu hermana siguió mi consejo de vender sus vestidos a los turistas. Mi amiga quería uno, pero quiso regatear y empezó la pelea. Los guardias del hotel intervinieron y llamaron a la policía. Cuando llegué, estaban a punto de confiscarle los vestidos porque no tenía permiso para venderlos. Empezó a llorar y me enfrenté a todos de una forma que nunca he entendido. Les dije cosas tan terribles a mi amiga y a la policía, que Cayetana dejó de llorar, mi amiga se fue y los policías se conformaron con dejarlo en un toque de atención. Cuando nos quedamos solos, ella se volvió hacia mí y, supongo que por el susto, se desmayó.

—Igual que en el funeral —dijo Sara.

Fabio se tomó unos instantes antes de decir nada más. Estaba distraído recordando el momento en que Cayetana recuperó el conocimiento en el Karlmann y lo abrazó.

—Sí —dijo, al fin—. Fue algo parecido. Llamaron al médico del hotel y, cuando despertó y les dijo que estaba embarazada, le aconsejaron que llamara a su esposo para que la llevara al hospital. Ella dijo que solo había sido el calor y los nervios y que su bebé estaba bien. Tuve la sensación de que no tardaría en irse y la idea de no volver a verla se me hizo terrible, por eso la invité a comer. Recuerdo que le dije que tenía que aceptar, porque me había quedado sin novia por su culpa. Ella me contestó: «Tengo marido, ¿recuerdas?». Le propuse que lo llamara y le dio la risa, pero después me confesó que él, Álvaro, no podía enterarse de que andaba por la playa

vendiendo sus vestidos. Comimos en el hotel, dimos un paseo por la playa y fuimos a ver el atardecer a un café de la laguna. Me las apañé como pude para alargar nuestra cita improvisada, aunque cada minuto que pasaba mi corazón se rompía un poco más. Me tenía hipnotizado, y no solo era su belleza o el recuerdo de su beso, era la pasión con la que hablaba de todo. Me contó que se había enamorado en Tulum y que se había casado a los tres días de conocer a Álvaro, que quería tener a su hijo en casa y que no quería saber el sexo del niño hasta que naciera. Para ella era una forma de demostrarle al bebé que lo deseaba fuera como fuera.

—¿Te habló de mis padres o de mí? —quiso saber Sara.

—Me contó que estabais enfadados, pero tenía la esperanza de que el tiempo y el nacimiento de su hijo demostrarían que se había casado por amor y no por capricho. Oír eso me remató, Sara. Me sentía como un niño al que le muestran un juguete fabuloso y le prohíben tocarlo.

—¿Y qué pasó?

—Que la llevé a su casa y me marché sin despedirme.

—¿Cómo que sin despedirte? ¿Se tiró del coche en marcha o algo así? —dijo Sara en tono burlón, para quitarle algo de dramatismo a la voz de Fabio.

—No, fue culpa mía. Cuando llegamos a su casa, ella se bajó del coche y me pidió que la esperara porque quería darme algo.

—¿El qué?

—No lo sé, pero tuve miedo de que me besara otra vez, porque si lo hacía, estaba seguro de que no me marcharía de Cancún. De modo que esperé a que entrara en su casa y me fui. Debí de pensar que yo era un estúpido, y con razón. Dejarla sola fue un error que lamentaré toda mi vida, Sara, porque de alguna manera tuve la certeza de que aquella chica no tendría suerte y de que su luz terminaría apagándose. ¿Y sabes qué fue lo peor? Que al día siguiente, cuando iba hacia el aeropuerto, la vi desde el taxi en la playa, exhibiendo sus vestidos de flores y con su melena al viento.

—Como si fuera una señal —murmuró Sara.

—Exacto —dijo Fabio, con un largo suspiro—. Una señal que no quise ver.

—Fabio, no te castigues, ahora estás aquí y la estás ayudando.

—No sé, Sara. Empiezo a pensar que ya es demasiado tarde. Cuando volví a verla, a los dos años, ya había cambiado. Había vuelto a Cancún porque un tal Percival Thomas estaba construyendo un hotel con grandes pretensiones y quería incluir una zona comercial muy exclusiva.

—¿Y te acordabas de Cayetana?

—Sí, pensaba en ella a menudo. Unas veces me la imaginaba vendiendo vestidos en la playa con una niña igual que ella a su lado, y otras con su propia tienda en el Luxury Avenue. Lo que nunca me imaginé fue que me la encontraría de nuevo y, menos aún, que nuestro nexo de unión fuera Álvaro. Él era entonces una especie de secretario personal de Mr. Thomas. Fue él quien me recogió en el aeropuerto. Nos caímos bien desde el principio, incluso me llevó a varias fiestas de tantas que hay en Cancún. Ahí me di cuenta de que no era de fiar. Hablaba constantemente de cómo

era su mujer y de cuánto la quería, pero a la menor oportunidad, le era infiel.

—¿Y cuándo volviste a ver a Caye?

—Cuando Mr. Thomas nombró a Álvaro director de uno de sus hoteles. Aunque todavía no era rico, organizó una fiesta para celebrarlo y no escatimó en gastos. Invitó a mucha gente, entre ellos a mí. El local estaba hasta arriba cuando llegué y tenían la música demasiado alta, pero te juro que nada más entrar, tuve el presentimiento de que Cayetana estaba ahí. No tardé en verla a lo lejos y la reconocí al instante, aunque había cambiado su pelo suelto por una coleta y su vestido de flores por uno negro muy elegante. —Fabio hizo una larga pausa y Sara pudo sentir su tristeza—. Parecía totalmente fuera de lugar. No estaba cómoda con ese vestido ni tampoco con la gente, y todo el tiempo se acariciaba los hombros, como si buscara su melena de forma inconsciente. A veces tengo la sensación de que fue ese día cuando empezó su transformación en la mujer sofisticada y triste que es ahora, y me pregunto si pude haber hecho algo para evitarlo, pero no hice nada.

—¿Por qué?

—Porque no me reconoció, Sara. Aproveché un momento en que se quedó sola, mirando alrededor sin saber qué hacer, para acercarme a ella. Me faltaban solo un par de metros para alcanzarla cuando la música se detuvo y la voz de Álvaro nos sorprendió a todos. Había pedido un micrófono para dar las gracias a los invitados. Puedes imaginarte en qué acabó aquello. Hubo risas, silbidos y también aplausos cuando Álvaro dijo que quería presentarnos a su esposa, y a su hijo. Cuando vi que ella, mi chica del vestido de flores, cogía en brazos a un niño y se acercaba a Álvaro, fue como si me echaran una jarra de agua fría, se dice así, ¿verdad?

—Sí, se dice así.

—No podía creer que ese idiota pudiera engañar a una mujer como aquella, pero lo que más rabia me dio, fue ver a Cayetana pasar a mi lado sin mirarme siquiera, porque solo tenía ojos para él... Sentí celos, envidia y hasta ganas de matarlo, sobre todo cuando comenzó a alardear de que iba a ganar tanto dinero que su esposa ya no tendría que hacer más vestidos. A Cayetana le cambió la cara y todo el mundo se dio cuenta de que aquello la disgustaba, pero entonces Álvaro le dijo algo al oído, ella sonrió y me imagino que en ese momento se olvidó de sí misma para siempre.

—Y ¿no hiciste nada? ¿No hablaste con ella?

—Sí, aunque intenté evitarlo. Cuando Álvaro terminó su discurso decidí marcharme, pero él me vio y fue hacia mí con Cayetana de la mano para presentármela. Mirarla a los ojos y comprobar que no se acordaba de mí fue lo más decepcionante que he vivido en toda mi vida, Sara. No esperaba que lo hiciera de inmediato, por supuesto, porque solo nos habíamos visto un par de veces, pero... No sé. Al menos esperaba que hiciera un comentario del tipo «me suena tu cara» o algo así.

—Fabio, a lo mejor sí se acordaba de ti, pero piénsalo, ¿qué iba a hacer? ¿Reconocerlo delante de su marido?

—No, claro, puede que en ese momento no, pero llevo años en Cancún viéndola a menudo y nunca, en todo este tiempo, lo ha mencionado ni una sola vez.

—¿Nunca se lo has preguntado?

—No. Prefería la duda a la decepción. Cayetana fue el motivo por el que no regresé a Italia. Tenía una carrera increíble en la empresa donde trabajaba y la dejé cuando Mr. Thomas me ofreció trabajar con él como asesor. Sentí esa oportunidad como una señal inequívoca de que debía estar cerca de ella. Estaba seguro de que el destino me había traído hasta aquí para protegerla de Álvaro y que, tarde o temprano, estaríamos juntos, pero ha pasado demasiado tiempo y su situación se complica cada vez más.

—Bueno, pero ahora que Álvaro no está...

—No, Sara —la interrumpió Fabio—. No quiero hacerme ilusiones. Siento que ya no puedo esperar más.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cuando Cayetana despertó, un armario de madera blanca y pomos dorados, cuya puerta medio abierta mostraba un interior vacío, le recordó que lo había perdido todo, hasta las cenizas de Álvaro. Tuvo la tentación de no levantarse y dejarse vencer por esa angustia que parecía haberla estado acechando toda la noche, como un amante obsesivo que anhela su despertar para poseerla, pero era un lujo que no se podía permitir. Cancún no tardaría en caer sobre ella y sobre Kin para hacerlos trizas, y debía evitarlo como fuera, aunque para ello tuviera que pagar el precio más alto de todos.

«¿Y si mi plan falla?», pensó.

Lo repasó mentalmente una vez más y se preguntó si estaba dispuesta a morir en caso de que descubrieran su engaño y no tuviera tiempo de escapar con los diamantes.

—Mamá, ¿estás despierta? —La voz de Kin sonó desde la puerta, muy bajito.

—Sí —contestó Cayetana incorporándose, tratando de sonar animada.

—¿Puedo desayunar?

—¿No nos esperas?

—Tengo hambre.

—Está bien, cariño. Pide que te traigan algo.

—Gracias.

Kin desapareció y Cayetana cerró los ojos muy fuerte. Por supuesto que estaba dispuesta a morir si con eso conseguía proteger a su hijo. Al fin y al cabo, no podía echarle la culpa solo a Álvaro de que estuvieran arruinados. Ella era responsable también por habérselo permitido todo.

—Mi reina, acabo de comprar una plantación de maguey en Yucatán —dijo Álvaro con entusiasmo, aquel día que resultó ser maldito.

—Pero el maguey enquequero ya no es negocio. Lo dice todo el mundo, Álvaro.

—No es de maguey enquequero, es de agave. ¡Vamos a hacer tequila! Es lo que más demandan los gringos cuando vienen. Lo vamos a vender por todo Cancún.

—¿Tequila con este clima? ¿Se puede hacer?

—La gente dice que es una locura, pero nosotros vamos a demostrar que es posible. ¿No es fantástico? ¿Qué es lo que te digo siempre sobre las ideas?

—Que las buenas ideas empiezan siendo una locura —dijo Cayetana.

Álvaro sonrió orgulloso y la besó con ternura, como hacía siempre que quería convencerla de algo, pero aquella vez no lo consiguió. Cayetana no solo sabía que su idea era absurda, sino que

no tardó en descubrir que Álvaro ya lo sabía. Se enteró por Dimitri, que le contó la realidad de la operación. Álvaro le compró la plantación por un importe irrisorio a un pobre diablo que, desesperado porque el maguey enquequero iba de mal en peor, se gastó lo que no tenía en convertirla en una plantación de agave con su propia destilería. Todos en Cancún sabían que el tequila que conseguía era pésimo y que la mayor parte de las plantas no sobrevivían. La humedad terminaba por pudrir las raíces y constantemente tenían que traer hijuelos nuevos a precio de oro desde Tamaulipas o desde Jalisco. Pero claro, ella entonces no sabía que el objetivo era conseguir dinero hipotecando la casa, el barco y todo lo que tenían para, en teoría, salvar la plantación. Además, ni siquiera con el apoyo de Mr. Thomas, Álvaro consiguió que el Consejo Regulador del Tequila le concediera la denominación de origen. ¿Cómo iban a dárselo si era tan malo que Wendoline lo utilizaba para limpiar la cocina, tal y como le contó a Sarita?

—¡Sarita! —exclamó Cayetana de pronto, cuando recordó la noche de confidencias con su hermana entre vómitos y lágrimas—: ¿Dónde dejé la petaca?

Se levantó y, así como estaba, descalza y en camión, abrió la puerta de su cuarto. Todo estaba en silencio. Solo se escuchaba el agua correr en el baño. Kin, por un extraño milagro de la naturaleza, había decidido ducharse. Cayetana miró al cielo, pidió a Dios que los aluxes hubieran estado entretenidos jugando con el destino de otro en lugar de con su petaca, y caminó de puntillas por el pasillo hasta el inmenso salón. Se asomó con cuidado a la puerta. Todo estaba en silencio y no había rastro ni de Sara ni de Juan ni de Fabio. Cruzó el umbral y empezó a buscar por todas partes. Revisó, uno a uno, cada sillón, sofá, puf o similar que decoraba el salón de su *suite*, metió la mano por las rendijas, levantó cojines y... Nada. Ni rastro de su petaca.

—Tiene que estar por aquí —murmuró contrariada, cada vez más nerviosa porque el ruido de la ducha había cesado y Kin no tardaría en salir del baño.

Con el corazón a mil por hora, se arrodilló en el suelo para mirar debajo de los muebles. ¡Bingo! Ahí estaba su petaca, debajo del sofá en el que Sara la había encontrado llorando. Estiró el brazo para alcanzarla y, justo cuando puso el pompis en alto...

—¿Te ayudo?

Eran Fabio y esa voz meliflua que tanto la aturdió. Cayetana se apresuró a bajar el pompis y, con el movimiento, se golpeó en la cabeza con la base del sofá. El golpe fue tan sonoro que debió escucharse hasta en el *penthouse* de los Thomas. Arrastrándose como un gusano, salió de debajo del sofá y, antes de ponerse en pie, escondió como pudo la petaca en su vientre, bien sujeta con la tira del tanga.

—Gracias, no hace falta.

—Buenos días —dijo Fabio cuando se giró hacia él.

—Buenos días —contestó ella con indiferencia—. Voy a arreglarme. Tenemos mucho que hacer hoy.

Se dio la vuelta para marcharse antes de que Fabio descubriera su terrible secreto, pero él alcanzó su mano y la detuvo:

—Espera.

—¿Qué pasa?

Fabio le apartó un mechón de los ojos y murmuró:

—Te queda muy bien el pelo suelto. Deberías llevarlo siempre así.

Cayetana sintió un hormigueo que quiso achacar a que la petaca se le estaba resbalando, pero según comprobó cuando se giró para marcharse de puntillas, no tenía nada que ver. Cuando llegó a la puerta del salón y giró a la izquierda para ir a su habitación, no pudo evitar mirar atrás un segundo, lo justo para comprobar que ese maldito italiano la estaba mirando.

Loreto empezó a cantar desde su cama y Sara decidió levantarse. Así pondría fin a las pesadillas que la habían atormentado aquella noche, llenas de penes podridos, maléficos duendes mayas y diamantes.

—Buenos días —saludó cuando llegó al salón.

—Buenos días —dijo Fabio desde el ventanal que daba a la terraza, con una mirada que pedía a gritos que, ¡por favor!, olvidara cuanto le había contado.

—Hola, tía —dijo Kin, que parecía haber dejado algo más que su rabia y su niñez en el cenote.

—Buenos días a todos —dijo también Cayetana, que apareció en ese momento en el salón.

Los tres se quedaron mirándola sorprendidos. Iba como siempre, con uno de sus vestidos negros hechos a medida de su esbelta figura, unos tacones que realzaban sus piernas y el maquillaje justo para esconder cualquier rastro de lágrimas y tequila, pero con un ligero cambio que significaba mucho más de lo que podía parecer. Había sustituido su eterna trenza de raíz por una desenfadada media coleta que a Fabio pareció alegrarle el día.

—Este Mr. Thomas cada vez me cae mejor. No sabéis lo bien que he dormido —dijo Juan, que apareció con el pelo revuelto y una camiseta raída que cubría, a duras penas, el remate de sus *boxers*.

—Papá, ¡pene! —lo saludó Loreto.

Juan la miró sorprendido y después miró a Sara:

—¿Quién le ha enseñado a decir eso? —preguntó.

—Ni idea —mintió Sara.

El salón quedó en silencio y Cayetana aprovechó el momento para poner en marcha su plan.

—Bueno, ahora que estamos solos, tengo algo que deciros. He estado pensando mucho y he tomado algunas decisiones. Sarita, Juan, aunque os necesito más que nunca y estoy feliz de teneros aquí, tenéis que marcharos.

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo —dijo Juan, que remató la frase con un «auch», cuando Sara le dio un codazo.

—Olvídalo, Caye. No podemos dejarte así —dijo Sara.

—Claro que podéis. Ayer asaltaron mi casa y tengo miedo. Mi seguridad está comprometida y, por tanto, la vuestra también. Tenéis que iros. Además, tengo que pedir os un favor.

—Ya me parecía a mí... —gruñó Juan.

Cayetana bajó la vista y Sara miró a su marido con severidad.

—¿Qué favor, Caye?

—Necesito que os llevéis a Kin a España una temporada. Tengo que encontrar las cenizas de Álvaro como sea, y eso pasa por reunirme con los que escondieron los diamantes en la urna.

Como si hubiera soltado una bomba atómica, un gran barullo de protestas, preguntas y negativas, se formó en el salón. Cayetana cerró los ojos y se resignó a esperar a que se tranquilizaran cuando, de pronto...

Din don.

Todos cerraron la boca y miraron hacia la puerta asustados. Solo se escuchó una dulce voz repitiendo:

—Pene, pene, pene...

El timbre volvió a sonar y Fabio reaccionó. Se levantó y, tras comprobar quién era por la mirilla, abrió la puerta.

—Buenos días, señor. Les traemos el desayuno.

Un ejército de camareros apareció en la *suite* empujando tres carritos que desprendían olor a café, tortillas, frijoles negros y chilaquiles.^[18]

—Kin, ¿qué pediste? —preguntó Cayetana al ver todo aquello.

—Nada más unos huevos revueltos.

—Mr. Thomas ordenó cinco desayunos completos, doña Cayetana —aclaró uno de los camareros—. ¿Se lo servimos en la terraza?

—Sí, donde ustedes quieran —contestó ella, abrumada por tanta atención.

Los camareros se marcharon y nadie se movió. A todos, incluido Kin, se les había cerrado el estómago.

—Yo no quiero ir a España, mamá —aseguró.

—Lo sé, cariño, pero tengo miedo por ti.

—¿Miedo de qué? Si vienen a por los diamantes decimos que están en el fondo del cenote y listo. El que quiera que los busque. ¿Y qué te importa dónde estén las cenizas de mi papá? Que se las lleve el diablo —protestó él.

—Kin, necesito encontrarlas, y la única forma de averiguar dónde están, es esperar a que esa gente aparezca de nuevo.

—Ni hablar... No lo permitiré —advirtió Fabio, cada vez más nervioso.

—Fabio, siento si esto que voy a decirte suena desconsiderado, pero no puedes impedírmelo —dijo Cayetana—. Hoy mismo voy a hablar con Mr. Thomas para que vuelvas a tu trabajo. Has sido un gran apoyo para nosotros estos días, pero tengo que apañármelas sola.

Una mueca de dolor que solo Sara entendió, cambió por completo el rostro de Fabio. Aun así, no dudó en decir:

—Me da igual que hables con Mr. Thomas, Cayetana. Esto es demasiado peligroso y no voy a

dejarte sola.

—Ni nosotros —dijo Sara.

—Ni yo tampoco —afirmó Kin.

Cayetana los miró confundida. Su plan no había empezado y ya hacía aguas por todas partes, pero si no les seguía la corriente, empezarían a sospechar.

—Chicos... —murmuró con voz temblorosa—. Esto es muy bonito y os agradezco el gesto, pero todos habéis sufrido por mi culpa y no quiero que eso vuelva a ocurrir. No sé qué pasará cuando esa gente aparezca de nuevo, pero va a ser peligroso.

—¿Y si evitamos que vengan? —propuso Juan.

—¿Cómo? —preguntó Fabio.

—Llevándolos adonde nosotros queramos. Cayetana tiene los diamantes y los entregará a cambio de las cenizas de Álvaro. Sería como un secuestro inverso.

—Sí, pero ¿cómo contactamos con ellos? —insistió Fabio.

El sonido del mar inundó la *suite* ante el repentino silencio que todos guardaron. Estaba revuelto. Cancún es una niña caprichosa, como se dice, y aquel día amenazaba con portarse mal.

—Redes sociales —dijo Kin, de pronto.

—¿Qué? —preguntó Juan.

—Todo Cancún sigue la cuenta de Instagram de mi mamá. Seguro que la están vigilando.

Cayetana miró a su hijo admirada. Era una idea magnífica que podría acelerar su plan.

—¿Tienes una cuenta en Instagram? —se sorprendió Sara, después de sus innumerables intentos de encontrar algún indicio sobre su hermana por todos los confines de las redes sociales.

—Sí, me la hizo Álvaro hace tiempo —dijo Cayetana con la vista clavada en su móvil.

—¿Y se puede saber cómo te llamas? Te busqué por todos tus nombres posibles —protestó Sara.

—Reina de Cancún —dijo Cayetana sin levantar la vista.

Salió a la terraza, se hizo un par de *selfies* con las gafas de sol puestas y el mar al fondo, y regresó al salón. No miró a nadie ni dijo nada. Tan solo movió sus pulgares por la pantalla con soltura, con la habilidad de una adolescente adicta a su mundo virtual. Cuando terminó, se sentó en un sofá, dejó el dispositivo a su lado y, con las piernas cruzadas con elegancia, simplemente esperó.

—¡Tienes cincuenta mil seguidores! —exclamó Sara.

Cayetana no tuvo tiempo de explicarle que Álvaro estaba empeñado en convertirla en una especie de *influencer* de la que poder presumir porque su móvil comenzó a emitir pitidos. Uno, dos, diez, veinte, cincuenta, cien... Era la ofrenda que Cancún hacía a su reina porque, por fin, se había decidido a subir carne de chisme para delicia de falsos amigos, desconocidos y pobres admiradores que necesitaban que ella expusiera su vida perfecta para soñar.

—¿Algún mensaje? —preguntó Kin.

—No, ni tampoco comentarios —dijo Cayetana, justo cuando el tipo de pitido cambió—. ¡Ya llegan! Kin, por favor, ¿puedes mirarlos tú? Estoy muy nerviosa.

El joven se levantó y alcanzó el aparato que le tendió su madre. Desbloqueó la pantalla mientras los pitidos seguían y, como si no pudiera creer lo que estaba leyendo, murmuró:

—Pero ¿qué pusiste?

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Cayetana, los nervios crispados.

Le tendió el móvil a su madre y ella empezó a leer en alto:

—*Mamasita*, ya voy a darle lo suyo... Véngase usted para acá que le voy a dar hasta en la madre... Pinche vieja presumida, si quiere coger muévase usted...

Horrorizada, Cayetana soltó el móvil, como si fuera una brasa ardiendo en sus manos. Cayó al suelo y Juan lo recogió. El pie de foto en sí, no era tan malo, «Dame lo que quiero y te daré lo que buscas», pero si a eso le sumábamos el hecho de que fuera acompañando de una foto en la que Cayetana estaba preciosa y mostrando sus labios sensuales ligeramente abiertos, hizo que fuera perfectamente comprensible el ciclón de proposiciones deshonestas que fueron llegando a su cuenta.

—¡Bórralo ya! —gritó Fabio.

Cayetana se apresuró a hacerlo, pero le temblaban tanto las manos que fue un milagro que consiguiera eliminarlo sin cometer un error mayor, como compartirlo con todos sus contactos o desatar la tercera guerra mundial etiquetando a Donald Trump y a Vladimir Putin.

Una vez conseguido, Cayetana lanzó su teléfono al sofá. Estaba tan nerviosa que no era consciente del calor que empezaba a hacer en la doble *suite*. Claro. La puerta de la terraza estaba abierta y la brisa cálida y agobiante de Cancún entraba con tal furia, que el aire acondicionado se quedaba en nada. Molesta, decidió deshacer su peinado y recoger su larga melena en un moño improvisado, un gesto que a Fabio le dolió.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Kin.

—No lo sé —contestó su madre.

—Puedes publicar otra vez, Caye, nosotros te ayudamos con el mensaje —propuso Sara.

—No, Sarita. Se acabó. Ahora sí, estoy perdida —murmuró derrotada.

—Entonces, ¿me tengo que ir a España? —preguntó Kin. Aunque intentó sonar enfadado, su madre notó en su voz algo peor. Miedo.

Fue entonces cuando reconsideró su plan. Kin podía medir casi un metro ochenta, pero seguía siendo un niño. Necesitaba alejarlo de Cancún cuanto antes, sí, pero ¿podría vivir sin ella?

—Lo siento, Kin —dijo, con voz trémula.

—¿Por qué no hablamos con Mr. Thomas? A lo mejor él sabe algo —dijo Kin, al recordar que el único momento en que perdió de vista la urna fue en el funeral, y que sus hombres la recuperaron.

—Lo dudo mucho —dijo Fabio—. Ayer estuve hablando con él a solas, después de la cena. Si sospechara algo de lo que está ocurriendo me lo habría dicho.

Cayetana se quedó pensativa un momento. Con una simple llamada Mr. Thomas podía movilizar México entero hasta que aparecieran las cenizas de Álvaro. Era un recurso del que podría tirar llegado el momento, cuando Kin estuviera lejos de Cancún, pero de momento era arriesgado.

Necesitaba a alguien tan poderoso como Mr. Thomas, pero no tan conocido, alguien que le fuera tan fiel como para hacer cualquier cosa que ella le dijera...

—Un momento... —dijo Cayetana—. Ya sé quién puede ayudarnos.

—¿Quién? —preguntó Fabio.

—El hombre más chismoso de todo Cancún —contestó ella.

Fabio la miró y, al ver que hablaba en serio, su gesto pasó de la duda al pánico.

—No puedes estar pensando en él —murmuró, realmente asustado.

A Cayetana le bastó con levantar brevemente una ceja para que el pobre Fabio sintiera los sudores de la muerte. Podría tratar de convencerlo de que era una buena idea y demostrarle que tenía un millón de motivos para confiar en él, pero no había tiempo. Se dirigió a toda prisa hacia la puerta de la doble *suite*, seguida por la algarabía que formaban las preguntas de Sara, Juan y Kin, y las súplicas de Fabio.

Sin hacerles caso, Cayetana abrió la puerta y una masa gigante formada de músculos e indignación apareció al otro lado del umbral gritando con la furia de un huracán de fuerza cinco:

—¡Güera ingrata! ¡Cómo te atreves a venir al Percival sin avisarme!

Era Dimitri, justo la persona que ella necesitaba, pero su aparición había sido tan intensa que, del susto, Cayetana se desmayó. Fabio trató de alcanzarla, pero llegó tarde y lo único que consiguió fue quedar frente a frente con el rostro de Dimitri, en cuyos brazos el cuerpo de Cayetana parecía más ligero que la espuma del mar. Con una mirada pícara y un sugerente guiño de ojo, Dimitri lo saludó:

—Hola, *papasote*.

[6]. Un desayuno típico de México son los chilaquiles, hechos con totopos, cuya burda imitación *tex-mex* serían los nachos, acompañados de carne de vacuno o pollo y salsa picante roja o verde. Mientras se preparan conviene repetir el siguiente mantra: «El demasiado queso no existe». (*N. de la A.*)

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Poco a poco, Cayetana fue recuperando el conocimiento y escuchó la voz de Fabio:

—La estás asfixiando —dijo con ese dulce acento italiano que a punto estuvo de conseguir que perdiera el sentido otra vez.

—No te hagas el experto en Cayetana, *papasote*. La conozco mejor que nadie. Y tenemos aquí a Sarita la doctora, así que hazte para allá tantito porque me estorbas —contestó Dimitri, con su desparpajo habitual.

Aún con los ojos cerrados, Cayetana sonrió. Era el efecto Dimitri, como ella solía llamarlo. Daba igual lo triste o enfadada que estuviera. Él siempre conseguía hacerla reír. Incluso el día que le pidió opinión sobre los rumores de las infidelidades de Álvaro.

—¿Crees que me engaña? —le preguntó.

—Pues yo nunca lo he visto, güerita, pero sí es verdad que tu esposo parece monedita de oro.

—¿Qué es eso, Dimi?

—Que parece que le gusta a todo el mundo, mensa. ¿No conoces la expresión?

—No —dijo Cayetana.

—¿Ah, no? ¿No sabes que cuando nos critican en México decimos: «No soy monedita de oro para gustarle a todo el mundo»?

Cayetana soltó una carcajada, pero la alargó tanto que Dimitri entendió que estaba preocupada de verdad. Por eso la abrazó con la suficiente fuerza como para darle el único mensaje que podía dejarle claro:

—Si descubres que son ciertos, tú no más avísame que yo lo mato, ¿OK? —le susurró al oído.

Con ese recuerdo en la mente, Cayetana murmuró:

—Tendría que haberte avisado, Dimi...

—Miren, parece que ya habla. Dijo algo de avisar. ¡A buenas horas, ingrata, ya estoy aquí! —le gritó, dándole cachetitos en la cara.

—Hola, Dimi —lo saludó, ya con los ojos abiertos.

—Para ti señor Vázquez, güera indómita. Dimi está reservado para los amigos que me contestan el teléfono, no como tú, ¡víbora!

Una débil carcajada escapó del cuerpo de Cayetana.

—No me regañes, por favor. Ayer asaltaron mi casa.

—Güerita, ¡me ofendes! ¿Te crees que no lo sabía? Me enteré yo antes que la policía, mi amor,

por eso te llamé anoche más de mil veces para ver cómo estabas.

—Lo siento, no podía hablar. Mr. Thomas nos acogió aquí y nos invitó a cenar. Cuando terminamos ya era muy tarde...

—¿Entonces? ¿A qué hora fue todo eso?

—Como a las diez.

—A esas horas todavía estoy en el club, mijita, tú lo sabes mejor que nadie, que para eso vienes a cada rato a esconderte allí conmigo —la regañó.

—Dimi... —murmuró Cayetana.

—Ay, no te hagas la mensa. Con la foto que pusiste en Instagram hace un rato hiciste oficial que tu matrimonio fue una porquería.

—¿Viste mi foto? —preguntó Cayetana, avergonzada.

—¡La vio todo Cancún! ¿Cómo crees que supe que estabas aquí? Lo que no entiendo es que, por mucho que digan que el muerto al pozo y el vivo al gozo, te pongas a buscarle sustituto a Álvaro tan rápido. Y menos teniendo aquí al *papasote* —apuntó Dimitri, dándole tal palmada en la espalda a Fabio que lo hizo toser.

—*Papasote*... —dijo Juan, y explotó en carcajadas.

Dimitri frunció los labios y lo miró de arriba abajo con descaro.

—Sarita la doctora, ¿es tu esposo? —preguntó.

—Sí, te presento a Juan —contestó ella, y añadió con todo el sarcasmo que pudo—: Juan, este es Dimitri. ¿A que tiene nombre de mafioso ruso?

Juan se quedó pasmado, sobre todo cuando Dimitri se puso en pie, le tendió la mano y aprovechó para toquetearle el torso como si fuera un melón y él un experto frutero.

—¿Se llama Juan? ¿Y por qué ese nombre tan vulgar? ¡Si está bien guapo! Como no te pongas en mis manos, Sarita, te lo van a robar —afirmó Dimitri.

—Disculpa, exactamente, ¿quién eres? —preguntó Juan, que no podía creer que Sara hubiera sido capaz de traicionarlo así por segunda vez.

—Soy el mejor amigo de Cayetana. Con decirte que no soy su compadre porque cuando nació Kin no la conocía...

—¿Compa... qué? —preguntó Juan, que se sentía un completo imbécil por lo mucho que le costaba seguir la conversación.

—¡Compadre! Es la persona que apadrina a tus hijos en su bautizo, aunque ya tienen el término tan desgastado que ahora ya se le puede llamar compadre a cualquiera —explicó Dimitri.

—Pene —dijo de pronto la pequeña Loreto.

—¡Ay, miren a esta chamaquita! ¡Pero qué amor! —exclamó Dimitri, que por fin soltó la mano de Juan para cargar a la niña en sus brazos.

—Es Loreto, nuestra hija —explicó Sara.

—¿Ya está bautizada? Porque puedo ser su padrino. Así tú y yo podríamos ser compadres, Juan —dijo Dimitri, guiñándole también un ojo con maléfica picardía.

—¡Miren este mensaje! —gritó Kin, de pronto, con el móvil de Cayetana en sus manos.

Todos lo rodearon y miraron la pantalla del teléfono, como si fuera a aparecer en ella el secreto de la eterna juventud. Todos menos Dimitri, que se quedó plantado en medio del salón con la pequeña Loreto en brazos y sin entender absolutamente nada.

—¿Qué onda? ¿Qué se traen? —le preguntó a la pequeña.

—*Ta-te ta tite...* —le explicó Loreto.

—¡No me digas! ¿Tú también crees que están bien locos?

—*Tí* —dijo Loreto riéndose.

Kin leyó el mensaje en alto:

—A las doce en la Parroquia del Cristo Redentor.

—¿No dice nada más? —preguntó Cayetana.

—No.

—No pensarás ir, ¿verdad? —dijo Fabio, visiblemente nervioso.

—Tengo que hacerlo —murmuró Cayetana, mirándolo a los ojos.

Todos se alborotaron. Estaban nerviosos y cada cual le dio a Cayetana un consejo distinto. Ve sola. No vayas. Contéstales. No les contestes. Llama a la policía. Ni se te ocurra llamar a la policía...

—Oigan, ¿qué se traen? —preguntó Dimitri, harto de no entender nada.

Ante su pregunta, todos callaron y, como si fuera el hombre más poderoso de la tierra, se apartaron para que pudiera sentarse junto a Cayetana.

—Ven, Dimitri. Por favor —le pidió.

—Híjole, chamaquita. Cuando tu tía me llama así es porque tiene un chisme de los buenos —dijo Dimitri, dando saltos para hacer reír a Loreto.

—Dimi —lo cortó Cayetana—. Esto no es un chisme.

El temblor en su voz consiguió que Dimitri dejara de lado su comportamiento histriónico y su ironía. Bajó a Loreto al suelo, se sentó junto a Cayetana y puso su mano sobre las de ella.

—Tendría que haberlo matado, ¿verdad? —le preguntó con ternura.

—Bueno, me habrías ahorrado muchos problemas, pero no merecía ni eso —dijo Cayetana, con una risa impostada que Dimitri no acompañó.

—Güerita, ya. ¿Qué te pasa?

Cayetana lo miró a los ojos y se tomó unos segundos antes de contestar. No es que dudara si debía confiar en él o no. Lo miraba porque ahí, en los ojos de ese hombre gigante de ademanes grotescos, tenía a un amigo sincero, el tesoro más valioso que le había dado Cancún, e iba a perderlo también.

—Cayetana, ¿estás segura de esto? —dijo Fabio, muerto de celos por la forma en que lo miraba, por muy gay que fuera.

—Dimitri es de confianza —dijo Kin.

Cayetana intentó no derrumbarse mientras le fue contando a su amigo todo lo ocurrido desde que

le comunicaron la muerte de Álvaro. Le habló de la tensión que vivió los días antes del funeral, de lo ilusa que fue al pensar que podía cerrar su historia con Álvaro con un mínimo de dignidad solo porque él hubiera dejado escrito en su testamento que tirarían la urna con sus cenizas en su cenote y, lo que más le costó, de lo terrible que fue que su propio hijo revelara la verdad sobre su matrimonio.

Dimitri lo escuchó todo con suma atención. Su rostro, siempre tan expresivo, permaneció inalterable. Ni siquiera dijo nada cuando llegó la parte en que Kin lanzó la urna de Álvaro contra las rocas y descubrieron que guardaba un contenido tan valioso como perturbador. Tampoco se inmutó cuando Cayetana le explicó su arriesgada intención de recuperar las cenizas de Álvaro reuniéndose a saber con quién.

—Por eso te necesito, Dimi —dijo Cayetana al terminar—. ¿Tienes idea de quiénes pueden estar buscando los diamantes?

Dimitri levantó ligeramente las cejas y bajó el mentón, un simple gesto que Cayetana supo reconocer y que le heló la sangre en las venas.

—Dimi, no me hagas esto, por favor —suplicó Cayetana.

—Sí te lo hago, güerita. Ya está bien de hacerse la fuerte.

—Pero...

—Pero nada. Tienes que llorar de una vez por todo lo que te hizo ese pendejo —dijo Dimitri, y le bastó con poner una de sus gigantescas manos en el frágil hombro de Cayetana para que ella se lanzara a sus brazos presa del llanto más desgarrador—. Así, güerita, así. Dimi está aquí contigo.

Todos contemplaron la escena con el estómago encogido; Fabio con el corazón roto. Una especie de palabrota italiana salió de su garganta como un susurro y salió a la terraza cruzando el salón a grandes zancadas. Al verlo, Sara fue tras él.

—¿Adónde vas? —le preguntó Juan.

Sara respondió con un apresurado gesto de la mano que a Juan le pareció casi tan insultante como que le hubiera ocultado la identidad de Dimitri solo para burlarse de él. Pensó ir tras ella y tener de una vez una conversación seria, pero Loreto se lo impidió reclamando con fuerza:

—*Aba.*

Lo encontró apoyado en la barandilla, mirando el mar.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Él dio un paso atrás, estiró los brazos y dejó caer la cabeza entre los hombros.

—Me marchó, Sara. Me voy de Cancún.

—No, Fabio, no puedes irte ahora. Cayetana te necesita, y estoy segura de que...

—No, Sara. No quiero oírlo.

—Pero si no sabes qué iba a decir...

—Sí lo sé. Ibas a darme esperanza, y es lo último que necesito.

—Vale, sí, pero Fabio, solo espera a que pase todo esto para que Cayetana pueda pensar. Ella te

necesita.

—¿A mí? No, Sara. Yo no puedo ofrecerle nada que no puedan darle Mr. Thomas o Dimitri. ¿La habías visto llorar alguna vez así?

—No, la verdad es que no.

Fabio se giró de nuevo hacia el mar y Sara no supo qué más decir.

—Dame un motivo, Sara —dijo Fabio de pronto, con su seguridad italiana más frágil que nunca.

—¿Un motivo para qué? —preguntó ella, aunque de sobra conocía la respuesta.

—Para seguir esperándola.

El rostro de Sara cambió. Si al menos tuviera la certeza de que Cayetana podía volver a ser quien era... Pero ¿cómo garantizarlo? ¿Cómo pedirle a un hombre que la llevaba esperando tanto tiempo, que se arriesgue a dejar pasar su vida entera esperando por el sueño de revivir un recuerdo que no volverá jamás?

—La quieres —dijo Sara.

—Sí, pero ella a mí no —dijo Fabio, vencido.

Sara agachó la cabeza derrotada.

—¿Adónde vas a ir?

—A Italia. Tengo una casa en Liguria, en un pueblo que se llama La Spezia. Está en lo alto de una colina y tiene unas vistas al mar preciosas. Era de mi familia. Nunca la vendí porque pensé que a Cayetana le gustaría —dijo, bajando la voz a medida que aumentaba su tristeza.

—¿Cuándo te irás?

—En cuanto Mr. Thomas acepte mi dimisión.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Los nervios se dispararon cuando el teléfono de Cayetana sonó insistente. Era Celso, que la estaba esperando en el *motor lobby* del hotel. Cayetana se puso en marcha, pero Dimitri la detuvo:

—Espérate tantito, güera intrépida, tenemos que repasar este plan que, de puro absurdo, ni plan deberíamos llamarlo.

—Sí, perdona, es que estoy nerviosa.

—Pues no lo estés y atiende. El *papasote* y yo nos vamos en su carro para la iglesia. Tú y Celso se esperan en ese Karlmann ostentoso y horrible que tienes hasta que yo te llame con la primera pendejada que se me ocurra. Solo entonces van para allá, ¿OK?

—OK —contestó Cayetana, nerviosa.

—Cuando llegues a la iglesia, le dices a Celso que te espere en el Karlmann con el motor prendido por si hay que escapar. Y no te bajas del carro hasta que no me veas allí, ¿OK?

—OK. ¿Estarás de pie o sentado?

—Pues me dan ganas de esperarte de rodillas y pidiéndole paciencia al Cristo Redentor para seguir siendo tu amigo, güerita, pero ni modo —dijo Dimitri, abrazándola con cariño.

—Mamá, quiero ir contigo.

—No, Kin. Necesito que te quedes aquí y que estés pendiente de mi cuenta de Instagram por si mandan algún mensaje más.

El joven hizo una mueca de fastidio.

—Cayetana, ¿y si te llevo yo en el Karlmann? Celso y Dimitri pueden ir en mi coche —suplicó Fabio.

—No —lo cortó ella, en un tono tan autoritario y rudo que cambió el rostro del italiano.

—Caye, tiene razón. Creo que él o Dimitri son los que deberían llevarte a la iglesia en lugar de Celso —dijo Sara.

—Deja de preocuparte, Sarita. ¡Todo va a salir bien! —insistió Cayetana.

—Esto no va a salir ni bien ni mal, güerita. Ya te dije que en Cancún hay de todo menos mafias interesadas en traficar con diamantes.

—Dimi, ¿de veras crees que el mensaje que le mandaron a mi mamá es falso?

—Tan falso como los chicharrones de papá Kardashian, Kin.

—¿Los qué? —preguntó Juan.

Dimitri miró al cielo con las manos juntas como si fuera a rezar a todos los dioses mayas y al Cristo Redentor.

—Denme paciencia y consuelo para aguantar a estos españoles que no entienden nada... Juan, ¿qué no sabes que el papá de las Kardashian ahora es una mamá?

—Sí, pero ¿qué son los chicharrones?

—¡Los chicharrones, Juan! Las chichis, las bubis, las mamas... —Dimitri dio una muestra de su dominio del léxico mientras dibujaba en el aire unos perfectos y redondeados pechos.

Su gesto exagerado llamó la atención de la pequeña Loreto, que no dudó en repetir:

—Chichis, chichis, chichis...

Al oírla, a Juan le dio la risa, lo que animó a Loreto a recitar su letanía cada vez más alto. Todos lo miraron con severidad, en especial Sara.

—Juan, por favor —lo regañó.

—Bueno, vámonos ya y terminemos con esto de una vez —propuso Cayetana.

—Un momento, güerita —dijo Dimitri—. Dame para acá los diamantes.

Aunque todos lo miraron con recelo, Cayetana no dudó en abrir su bolso y entregarle el biberón en el que escondieron los diamantes.

—¡Ay, no! ¿No tenían otro lugar para guardarlos? Me voy a ver ridículo y, además, ¿no sonará? —protestó, agitando el biberón junto a su oído.

—No, Dimi, lo llené de agua para que no suene. ¿Quieres que busquemos otra cosa para que los lleves? —preguntó Cayetana.

—Déjalo, güerita, ya no tenemos tiempo. Mejor, vámonos.

—Un momento —dijo Fabio—. ¿Es buena idea que los lleve Dimitri?

—¿Qué te traes, *papasote*? ¿No te fias de mí o qué?

—No mucho, la verdad —confesó él.

—Fabio, Dimitri es de plena confianza. Además, es mejor que los lleve él, por si a mí me... —Cayetana se dio cuenta tarde de que no debía terminar la frase, y menos delante de Kin que, de hecho, protestó:

—No me gusta el plan.

—A mí tampoco, chamaco, pero no te me achicopales. Aunque tu mamá sea más terca que una mula no voy a dejar que nadie la toque —dijo Dimitri.

—Tranquilos, no me va a pasar nada —aseguró Cayetana, más por consolar a su hijo que porque estuviera convencida de sus palabras, pero no funcionó. Cuando Cayetana lo abrazó, sintió el cuerpo de Kin temblando de miedo.

—Ándele, Mata Hari aficionada. Ya vámonos.

Los nervios se apoderaron de todos y las conversaciones se cruzaron: Tened cuidado. Sí, tranquilos. No hagáis tonterías. Llamadnos si pasa algo. Tranquilos, no pasará nada. Chichis...

Cayetana, Fabio y Dimitri salieron de la *suite* y se separaron. Ella tomó el ascensor y ellos bajaron por las escaleras. Cabía la posibilidad de que alguien en el hotel vigilara los pasos de Cayetana y era mejor que la vieran sola.

Cuando los dos hombres llegaron a la planta baja, Fabio se lanzó a abrir la puerta de las

escaleras que daba al *hall*, pero Dimitri lo detuvo:

—Espérate tantito, *papasote*, no vaya a ser que Cayetana se haya encontrado con algún empleado que le quiera dar el pésame.

—¿Te importaría no llamarme así, por favor? Bastante nervioso estoy como para aguantar esa broma —dijo Fabio.

Dimitri levantó una ceja y dijo con voz burlona:

—¿Nervioso tú? No, *papasote*. Lo que estás es bien enamorado de la güerita. ¿Verdad?

Fabio se quedó pálido. ¿Tan evidente era lo que sentía? ¿O es que Cayetana le había contado algo?

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—No, por nada —contestó con falso disimulo.

Fabio quiso insistir, pero en ese momento sonó el teléfono de Dimitri.

—¿Bueno? —contestó.

—(...)

—Estoy con Cayetana Galán, ya se lo dije a Ernesto.

—(...)

—Mire, vieja, no se ponga fufurufa porque no le queda. ¿Por qué mejor no se pone a trabajar en lugar de andar averiguando qué hacemos los demás? —bufó Dimitri, que blandió el biberón en el aire con tal rabia, que a punto estuvo de darle con él a Fabio.

—(...)

—Eso dígaselo a él. Si se atreve...

—¿Qué pasa? —preguntó Fabio, cuando Dimitri colgó el teléfono.

—Una metiche del club que siempre está intentando hacerme quedar mal. La muy mensa...

—¿Se supone que estás trabajando? —se asombró Fabio.

—¿No ves que llevo el uniforme? ¿Qué te crees, que voy con esta facha por el mundo? —contestó Dimitri, señalando su conjunto de polo y pantalón corto.

—¿Y si alguien pregunta por ti?

—No pasa nada, *papasote*, ya les dije que iba a estar contigo —se burló.

—Dimitri... —gruñó Fabio, perdiendo la paciencia por momentos.

—Ay, *papasote*, ya cálmate, lo tengo todo bajo control. No más tuve que decirle al director del club que Cayetana estaba en el hotel para que anulara todas mis citas.

—¿Estás seguro? ¿Tanta importancia le dan a Cayetana aquí? —preguntó Fabio, sorprendido.

—A ella no. A Álvaro.

Fabio apretó la mandíbula con rabia.

—¿A Álvaro? —preguntó, casi gruñó.

—Híjole, Fabio, si no te conociera bien diría que ahora sí te dio *pícolis*.

—¿Que me dio qué?

—¿Celos, *papasote*! Tienes celos, ¡y de un muerto! —exclamó Dimitri.

—No estoy celoso. Es que no entiendo que siga dominando a todo el mundo, incluida Cayetana.

—No te hagas, *papasote*. Tú lo conocías bien. Ese hombre era un encantador de serpientes. Lo conseguía todo de todos, y nadie se daba cuenta de cómo los manipulaba. ¿Nos vamos?

Con la sangre hirviendo de amor y de rabia, Fabio siguió a Dimitri por el inmenso *hall* del hotel. Para su mayor nerviosismo, descubrió que era como ir detrás de una estrella de cine. Unos lo saludaban, otros se paraban para preguntarle algo y todos, sin excepción, lo miraban, algo que no les iba a ayudar con el plan. Dimitri era demasiado alto, demasiado fuerte y demasiado escandaloso como para pasar desapercibido. Y eso suponía un riesgo para Cayetana.

Cuando por fin llegaron a la entrada del hotel, al pie de las escaleras, divisaron el Karlmann. Aunque las lunas tintadas escondían su interior, Fabio respiró aliviado solo de imaginar a Cayetana allí dentro, a salvo de todo.

Pasaron junto a él sin mirarlo y fueron directos al *parking*, donde Fabio había dejado su coche la noche anterior.

—¿Y este carro, *papasote*? —preguntó Dimitri al ver que Fabio tenía un monovolumen más propio de una familia numerosa que de un soltero atractivo como él.

—¿No te gusta?

—Es obvio que no. Siempre te imaginé en un Alfa Romeo *vintage* de *papasote* italiano, no en una camioneta con asiento hasta para la suegra.

Fabio ignoró su comentario. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Confesarle que lo compró con la estúpida esperanza de formar algún día una familia con Cayetana?

Antes de que el ascensor llegara a la planta baja y su puerta se abriera, Cayetana se limpió las lágrimas y se puso sus gafas de sol. No podía creer que hubiera sido capaz de alejarse de todos así, como si fuera a regresar en cualquier momento. Pero tenía que hacerlo o entonces sí que no volvería a verlos jamás.

Salió del ascensor y cruzó el *hall* decidida, pero alguien salió a su encuentro:

—Doña Cayetana, buenos días —la saludó el botones que los había acompañado a la *suite* la noche anterior, el muchacho de sonrisa entusiasta y tatuaje de serpiente escondido bajo la manga de su camisa.

—Buenos días.

—Qué bueno encontrármela por acá, justo iba a verla.

—Qué pena, pero me tengo que ir. Me están esperando...

—No más iba a llevarle la factura del reloj de don Álvaro, como quedamos anoche —le explicó con acento musical, mostrándole un papel arrugado y unos dientes perfectos.

—Gracias. Me encargaré de que te lo paguen. ¿Cómo te llamas?

—Manuel, señora, pero mejor pregunte por el Víbora. Todos me llaman así.

—Está bien, Víbora —dijo Cayetana, sonriendo.

Cuando soltó el broche de su bolso para guardar el papel, Manuel, el Víbora, inspeccionó su interior con todo el descaro del mundo.

—Gracias, señora. ¿Quiere que le pida un taxi? —preguntó cortés.

—No hace falta, mi chófer me está esperando.

—Está bien, doña Cayetana. Que tenga un buen día.

—Gracias.

Aceleró el paso hasta la entrada, donde Celso la esperaba junto a la puerta del inmenso Karlmann. Cayetana se puso aún más nerviosa al ver la expectación que el vehículo estaba causando entre un grupo de turistas de piel blanquísima estampada de zonas enrojecidas por el sol.

—Permiso —dijo bien alto para que le abrieran paso.

Celso abrió la puerta y ella corrió a esconderse en el asiento trasero. Después, el chófer rodeó el Karlmann a veloces pasitos y subió, casi escaló, hasta el asiento del conductor.

—Buenos días, doña Cayetana. ¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó, girándose hacia ella.

—Buenos días, Celso. Estoy bien, gracias.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—Pues no estoy segura, Celso, déjeme pensar —dijo, con un nudo en la garganta.

—¿Quiere que la lleve a la iglesia del Cristo Redentor?

Cayetana se quitó las gafas con violencia y lo miró con severidad.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, con lo nervios de punta.

—No sé, doña Cayetana, me lo imaginé porque fue donde celebró el funeral de don Álvaro. ¿No quiere ir a rezarle a San Antonio? No me diga que ya encontró lo que buscaba —preguntó Celso, con el rostro iluminado por una especie de tierna bondad que desarmó por completo a Cayetana.

«La oración...», pensó ella, con una mezcla de alivio y arrepentimiento por haber dudado otra vez de Celso, un pobre hombre cuyo único pecado era llevar pijamas horribles y que, ironías de la vida, le había sido más fiel que su propio marido.

—No, Celso, todavía no lo encontré y ya me urge. Tiene que rezarle otro poquito a San Antonio, por favor —murmuró ella con tristeza.

—Sí, doña Cayetana, yo le rezo todo lo que usted me pida. No más que fijese que tiene que creer usted también para que se cumpla el milagrito.

«Creer...», pensó Cayetana en silencio. Como si eso fuera tan sencillo después de que te falle todo en la vida.

—¿Se siente mal, doña Cayetana? De repente se puso muy pálida.

—No sé... Estoy tan perdida que ya no sé ni cómo me siento, Celso. Siento que ya no tengo fuerzas para nada. Ni siquiera para creer, como dices tú.

—Ay, doña Cayetana, no me diga... Eso es porque dejó de creer en lo más importante —le explicó Celso.

—Y eso tan importante, ¿qué es?

—Usted. Tiene que creer en usted, en doña Cayetana.

—¿Y cómo hago eso ahora?

—Es bien fácil, señora. No más tiene hacer caso de lo que le diga su corazón. Él es el que mejor sabe lo que tiene que hacer.

—¿Y si está roto?

—Con mayor motivo, doña Cayetana. Escúchelo y hágale caso.

Cayetana se quedó pensativa unos instantes. De modo que ese era el secreto. ¡Vaya! Era curioso que todo el mundo la tuviera por un ser frívolo y egoísta y que, sin embargo, ahora descubriera que jamás se había detenido a escuchar su corazón.

El teléfono de Cayetana empezó a sonar con insistencia. Se revolvió en su asiento incómoda y, como si de una señal se tratara, su pie derecho golpeó con fuerza algo que había debajo de su asiento. Extrañada, se agachó y tanteó con la mano para ver de qué se trataba. Era la urna de lapislázuli, tan rota como su corazón.

—¿Bueno? —contestó.

—Hola, güera ingrata. Ya creí que no me ibas a contestar, como haces siempre —dijo Dimitri desde el otro lado de la línea.

—Hola, Dimi.

—Hoy hace un día precioso para volver a empezar, ¿no crees?

—Sí, es un día precioso.

—¿Vas a venir después al club?

—Me gustaría mucho, sí.

—Pues ahí te espero, güerita. *Bye!*

—Perfecto. *Bye!* —se despidió Cayetana.

Colgó el teléfono y se quedó un segundo muy quieta. Volver a empezar, creer en uno mismo, escuchar tu corazón... ¿Realmente era capaz de traicionar a todo el mundo?

El ruido de unos nudillos chocando contra el cristal de la ventanilla de Celso la hizo saltar.

—Dígame, patrón —dijo Celso, cuando bajó la ventanilla.

—Si no espera a nadie más, tiene que hacerme lugar. Viene un bus a por turistas —dijo uno de los empleados del hotel que lidiaban a diario con cientos de vehículos y sus respectivos chóferes.

—Sí, patrón, ya nos vamos, ¿verdad, doña Cayetana? —preguntó Celso.

—¿Perdón? —murmuró ella, turbada.

—Que si ya nos vamos para la iglesia.

Cayetana meditó su respuesta un poco más, apagó su teléfono y, por fin, respondió:

—No, Celso, no vamos a la iglesia. Lléveme al aeropuerto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Fabio aparcó su coche en la entrada del hotel que estaba frente a la Parroquia del Cristo Redentor, donde habían celebrado el funeral del mal nacido de Álvaro. Aunque desde ahí podía ver el interior del edificio, el tráfico del Boulevard Kukulcán resultaba un obstáculo insalvable en caso de que tuviera que ayudar a Cayetana.

—Esto no me gusta —masculló.

—¿Por qué? —preguntó Dimitri.

—Puede ser peligroso.

—Ay, *papasote*, ya deja de decir lo mismo, que hasta el mole a diario aburre. ¿No ves que el interior de la iglesia se ve desde Manhattan? ¿De veras crees que hay alguien tan loco como para cometer aquí un crimen? Además, ya les dije que en Cancún no hay traficantes de diamantes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque más sabe el diablo por viejo que por diablo y yo soy las dos cosas. Aquí donde me ves, ya casi tengo cuarenta años. ¿A que no se me notan?

—Dimitri, sal ya del coche. Me estás poniendo nervioso.

—Sí, mi general, a sus órdenes —dijo Dimitri, con un gesto marcial. Sacó de la guantera el biberón con los diamantes y salió del coche refunfuñando—: Como decía mi mamá, a chillidos de marrano, oídos de carnicero.

Fabio apretó el volante tan fuerte que sus nudillos se tornaron blancos y sus venas estuvieron a punto de estallar. Algo iba mal, estaba absolutamente seguro, aunque no sabría decir por qué. Tenía miedo, por supuesto, pero el miedo se siente en la piel y en el estómago, no en el corazón.

Trató de distraerse observando cada paso que daba Dimitri, que esperó a que el semáforo detuviera el tráfico para poder cruzar. Una vez alcanzó la otra acera y visto que la verja azul estaba abierta, cruzó el pequeño jardín de la iglesia y accedió al interior, biberón en mano. Se santiguó en la entrada y se quedó de pie en mitad del pasillo, contemplando la figura del Cristo Redentor que había sobre el altar. Fabio se puso muy nervioso.

—Siéntate, Dimitri, estás llamando demasiado la atención —murmuró para sí.

Los minutos pasaron y Fabio sintió la caricia de una gota de sudor resbalando por su sien. Hacía calor y el aire acondicionado de su coche no funcionaba con el motor apagado. Podría encenderlo, pero necesitaba tener todos sus sentidos alerta. También podría abrir la ventanilla, pero no quería hacer nada que pudiera servir para delatar su presencia.

Miró por el retrovisor. Celso y Cayetana ya tendrían que haber llegado y no había señal del

Karlmann por ninguna parte. Tratando de no hacer ningún movimiento brusco, marcó el número de Cayetana en su móvil y se lo acercó al oído despacio. Cuando escuchó una dulce voz femenina anunciando que el móvil de Cayetana estaba apagado, tragó saliva. Llamó otra vez. De nuevo, el mismo mensaje.

—No me hagas esto, Cayetana —dijo, nervioso.

Decidió llamar a Celso. También tenía el teléfono apagado. Eso era demasiado extraño, a no ser que... ¿Y si había recibido otro mensaje en Instagram con instrucciones precisas de apagar los teléfonos para que nadie pudiera localizarlos?

«Tiene que ser eso», pensó.

Sin perder un segundo, llamó a Kin.

—¿Bueno? —contestó el joven con voz de estar aburrido. Eso era buena señal, significaba que todo estaba tranquilo.

—Kin, léeme el mensaje que ha recibido tu mamá, por favor —le pidió.

—¿Cuál mensaje? —preguntó Kin, extrañado.

—Mira la cuenta de Instagram de tu mamá, por favor.

Tras unos segundos eternos, Kin confirmó:

—No hay ningún mensaje.

—¿Estás seguro?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué pasó?

—Nada, tranquilo. Después te llamo.

Fabio colgó el teléfono, lo tiró con rabia contra el asiento del copiloto y buscó como loco el Karlmann en el retrovisor, en el Boulevard Kukulcán, en el *parking* donde estaba... Fue entonces cuando descubrió que había una patrulla de policía frente a la iglesia y salió disparado del coche.

—¿Quién era? —le preguntó Sara, que salió a la terraza de la *suite* alertada por el sonido del móvil de Kin.

—Fabio. Quería que le leyera un mensaje, pero no llegó nada. Es bien raro... —dijo Kin, sentado en una de las tumbonas mientras contemplaba el mar.

Aunque intentó disimular, el rostro de Sara dibujó una mueca de preocupación que no le pasó desapercibida a Juan.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aprovechando que Loreto jugaba con Po en una jardinera llena de hibiscos.

—Nada. Ha llamado Fabio por si había llegado un mensaje —contestó Sara con el propósito de suavizar la situación, pero la mirada que le dedicó a Juan indicaba todo lo contrario.

—Sara, ¿le cambiamos el pañal a Loreto?

—Sí, ya le toca. Vamos dentro.

—No me traten como si fuera un niño, tengo trece años y no soy tonto —protestó Kin.

Sara lo miró sorprendida. Después miró a Juan buscando ayuda, pero lo que encontró fue una respuesta que no le gustó.

—Tiene razón —dijo Juan.

—Gracias, tío. ¿Qué hacemos? —preguntó Kin.

—Voy a llamar a Cayetana —dijo Sara.

—No creo que sea conveniente. Se va a asustar —advirtió Juan.

—Sí, tía. La iglesia está aquí cerquita. Seguro que ya llegaron. Mejor llamo a Celso —propuso Kin.

—Buena idea. Llámalo, por favor, Celso tenía que quedarse en el coche —murmuró Sara, sentándose en la tumbona junto a su sobrino.

Kin deslizó con habilidad su pulgar por la pantalla impoluta de su teléfono.

—Está apagado —anunció, con voz temblorosa.

—Inténtalo otra vez, por favor —suplicó Sara.

Kin obedeció. Marcó de nuevo el teléfono de Celso, y el de su madre.

—Los dos lo tienen apagado. Algo pasó.

—Celso, apague su celular, por favor —le pidió Cayetana.

—Sí, señora. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Por nada importante —mintió—. Solo quiero estar tranquila un momento. Necesito silencio.

Celso la miró a través del retrovisor con una sonrisa de satisfacción. La señora necesitaba silencio y él sabía que era por su consejo. Doña Cayetana se había decidido, por fin, a escuchar su corazón, ese que tanto clamaba por don Fabio.

Fabio tuvo que sortear un coche, un autobús y una moto en la que iba una familia entera, para cruzar el Boulevard Kukulcán y llegar vivo a la iglesia. Su angustia contrastaba con la parsimonia y el deleite con que el agente que estaba al volante de la patrulla devoraba una bolsa de chicharrones. Pudo haber llamado su atención, haberlo sacado a golpes del coche para que diera la voz de alarma y que todo Cancún buscara a Cayetana, pero no tenía tiempo. Bastante se había despistado ya por su estupidez al llamar a Kin, como para entretenerse más. Por culpa de esa maldita llamada, no tenía ni idea de qué hacía allí la policía ni de dónde había salido ese hombre de figura rechoncha que hablaba con Dimitri. Llevaba traje claro, corbata, y, lo más sorprendente, un ramo de flores que, por alguna extraña razón, Dimitri le arrebató con violencia y lo abofeteó con él, una y otra vez, al grito de:

—¿Pero quién se cree? Mire que yo no le temo ni al chile aunque lo vea colorado. ¡Impertinente! ¡Descarado! ¡Sátiro!

Las flores saltaban por los aires y caían destrozadas al suelo, formando una preciosa alfombra de pétalos.

—¡Dimitri, estate quieto! —le gritó Fabio, que tuvo que colgarse de su imponente brazo para que dejara de abofetear al pobre hombre.

—Suéltame que lo mato —gritó Dimitri, encarándose a Fabio, momento que el hombre rechoncho aprovechó para hacerse con el biberón de los diamantes, soltar una bolsa de plástico atada con un nudo y salir corriendo.

—¡Eh! —gritó Fabio al verlo.

Pero el hombre no se detuvo. Fabio salió corriendo tras él. El hombrecillo gritó algo incomprensible al coche patrulla, entró en él tirándose de cabeza por la ventanilla y arrancaron a toda prisa dejando tras de sí un rastro de neumáticos quemados y chicharrones.

Desesperado, Fabio regresó al interior de la iglesia, donde Dimitri seguía vociferando toda una letanía de insultos

—¡Rascuache! ¡Cobarde! ¡Coscolino!...

—¡Cállate! ¿No ves que estás armando un buen escándalo? —lo reprendió Fabio.

—¿Y qué me importa? ¿Que no viste quién era?

—No me fijé, ¿por qué?

—Porque dijo que te conoce. Es el comisario que está investigando el asalto a Villa Cayetana.

—¿El comisario García? —preguntó Fabio, cada vez más confundido.

—Ese mero. Está vigilando a Cayetana, vio lo que puso en Instagram y la citó aquí.

—¿Para qué?

—¿Para qué crees? ¡Para traerle las cenizas de Álvaro y llevarse los diamantes!

—Dimitri, eso no tiene ningún sentido. Si el comisario García hubiera querido eso la habría citado en la comisaría para confiscarlos, ¡no en una iglesia!

—No seas menso, *papasote*. ¡No quería confiscarlos, quería quedárselos! ¿Es que no sabes cómo funcionan las cosas aquí?

—¿Por eso le estabas pegando?

—¡No! ¡Le pegué porque se me insinuó! ¿Te lo puedes creer? —gritó Dimitri, enloquecido.

—¿Qué? Oye, no estoy para bromas...

—¿Te crees que yo sí?

Fabio se pasó las manos por la cabeza con desesperación, respiró hondo y suplicó con la voz más calmada que fue capaz de poner:

—¿Puedes tranquilizarte un momento y contarme qué ha pasado, por favor?

Dimitri resopló varias veces antes de iniciar su relato con la mayor calma posible:

—Yo estaba aquí tan tranquilo, esperando, cuando se presentó el García ese. Como lo vi con flores pensé que vendría a ponérselas a la virgen, pero como que me entró una sensación rara al verlo mirar tanto para la calle. Le pregunté entonces si se había citado aquí con alguien y me dijo que con una dama. Le dije que si esa dama era Cayetana, que tenía que hablar conmigo. Entonces

se presentó como el comisario García, me contó que investigaba el asalto a su casa. Me explicó que esta mañana sus hombres detuvieron a los asaltantes de Villa Cayetana. Eran socios de Álvaro y lo estaban ayudando a deshacerse de todo su patrimonio para invertirlo en diamantes y largarse de Cancún, pero se lo quitaron de en medio y, como sabían que había puesto en su testamento que tiraran la urna con sus cenizas en el cenote ese, ahí mismo los escondieron. Pensaban dejarlos allá hasta que todo el mundo se olvidara de Álvaro.

—Lo de deshacer su patrimonio me lo creo porque dejó a Cayetana arruinada, pero esconder los diamantes en la urna no tiene ningún sentido, Dimitri. ¿Para qué? ¿Por qué? La urna estaba sellada y, además, ¿cómo iban a saber ellos que Álvaro había cambiado el testamento?

—Y yo qué sé, papasote. A lo mejor él se lo chismorreó. ¡Eran socios!

—¿Y por qué citó el comisario aquí a Cayetana?

—Porque cuando vio lo que Cayetana puso en Instagram, se imaginó que ella tenía los diamantes. Le pregunté si no tendríamos que ir a la comisaría para que Cayetana declarara y me dijo que no hacía falta, que para tener lejos a la prensa mejor lo hacíamos así, de modo extraoficial. Ahí empecé a sospechar y le pregunté por qué llevaba las flores. ¿Sabes qué me dijo? Que se las traía a Cayetana a ver si así conseguía que se fijara en él. ¿Te lo puedes creer? —preguntó Dimitri, con creciente indignación.

—Esto es un esperpento —murmuró Fabio, dando pasos sobre la alfombra de flores, como un novio al que acaban de dejar plantado ante el altar.

—Espérate tantito, *papasote*, que no terminé. Cuando le dije que se olvidara de Cayetana porque el que nace para maceta no pasa del corredor, ¿qué crees? ¡Se me insinuó! ¡A mí! Semejante chaparro fondongo... ¿Pero quién se cree? —gritó Dimitri de nuevo, fuera de sí.

Fabio se sentó en un banco de la iglesia y hundió la cabeza en sus hombros. Necesitaba pensar. Aquello era un disparate sin sentido y estaba claro que García mentía, pero había algo que le preocupaba más que descubrir la verdad:

—Algo va mal —murmuró.

—¡Claro que algo va mal! ¿No me oíste? ¡Se me insinuó!

—Dimitri, ¿puedes dejar de pensar en ti por una vez? —gritó Fabio—. Cayetana y Celso ya deberían estar aquí, no han aparecido y los dos tienen el celular apagado.

Ahora sí, el rostro de Dimitri se descompuso por la preocupación.

—Eso no puede ser —dijo nervioso, y no dudó en sacar su móvil y llamar a Cayetana.

Su teléfono estaba apagado.

Volvió a intentarlo otra vez. Y otra.

Nada.

—Tenemos que llamar a la policía —murmuró Fabio, nervioso.

—¿Estás loco? ¿Que no viste que el comisario acaba de llevarse los diamantes?—dijo Dimitri, muy serio.

—Sí, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Y si los han secuestrado?

Dimitri miró a Fabio entornando los ojos, como si quisiera ver más allá de la realidad meramente tangible. Fabio estaba tan enamorado de Cayetana que había perdido la cordura por completo. Era un loco de amor al borde del abismo y, como tal, capaz de cualquier tontería, salvo que le dieran lo que buscaba. Una esperanza.

—Vamos, *papasote*.

—¿Adónde?

—A buscar a Cayetana.

Fabio reaccionó. Su mirada cambió, como la de un sonámbulo que despierta de pronto y pasa del mundo de los sueños a la realidad. Al ver el inmenso cuerpo de Dimitri salir de la iglesia, lo siguió con determinación. Sin embargo, algo los detuvo.

—¡Híjole! Casi nos dejamos aquí las cenizas de ese marrano —dijo Dimitri, levantando la bolsa de plástico que García había tirado durante su huida.

—Chicos —dijo entonces una voz femenina desde la puerta de la iglesia. Era Sara, que había decidido tomar un taxi e ir a verlos—. Cayetana tiene el móvil apagado.

—Sí, ya sabemos, pero quedamos en que ustedes no se movían del hotel. Lo de ser tan indómitas es un gen familiar, ¿verdad? —la regañó Dimitri.

Sara frunció el ceño.

—¿Y crees que puedo estarme quieta sabiendo que le ha podido pasar algo a mi hermana? —bufó. Otra loca de amor por Cayetana cegada por la preocupación.

—Eso luego lo discutimos, Sarita la doctora, ahora vamos a buscar a tu hermana. Por cierto, mira dónde llevamos a tu cuñado. ¿Quieres que te abra la bolsa y le escupes adentro? —dijo Dimitri, alzando la bolsa de plástico.

—No, gracias, mejor vamos a por Caye.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Fabio.

—Por el Grand Percival. Vamos a pedirle al jefe de seguridad que nos muestre las grabaciones del hotel.

—¿Nos va a enseñar esas grabaciones así, sin más? —preguntó Sara.

—Si sigue los protocolos de seguridad del hotel, no —dijo Dimitri, como si fuera algo de lo más evidente.

—¿Entonces? —preguntaron Fabio y Sara a la vez.

—Ay, Fabio, Sarita, déjenme a mí. Estoy harto de esconderle a ese señor a todas sus amantes en el club. Me debe tantos favores que podría hasta pedirle el código de la caja fuerte de Mr. Thomas. Así por lo menos descartamos esa tontería del secuestro —dijo Dimitri.

—¿Creéis que la han secuestrado? —gritó Sara.

Los dos hombres contestaron a la vez. Fabio dijo que sí. Dimitri dijo que no. Ambos giraron la cabeza para mirarse un instante.

—Es la única explicación —dijo Fabio.

—¿De veras crees que alguien se va a atrever a secuestrar a Cayetana a plena luz del día, en esa

camioneta ostentosa que tiene y en un trayecto de no más seis kilómetros? —dijo Dimitri.

—¿Y qué otra cosa ha podido pasar? —preguntó Fabio.

Dimitri no contestó. Sara tampoco. Ambos conocían a Cayetana demasiado bien como para saber que era capaz de todo. Incluso de desaparecer sin dejar rastro.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Fabio, Dimitri y Sara recorrieron los pasillos del Grand Percival. Iban siguiendo al jefe de seguridad del hotel que, como era de esperar, puso pegadas cuando le pidieron ayuda:

—Entiéndanlo, por favor, tenemos unos protocolos muy estrictos y tengo que cumplirlos —dijo.

—¿Sabe qué, Armando? Yo también tengo un protocolo muy estricto en el club donde dice bien claro que tengo que decirles la verdad a mis clientes. ¿Quiere que lo cumpla cuando venga su esposa a su clase de zumba? —lo amenazó Dimitri.

Como si de un milagro se tratara, Armando se convirtió, de pronto, en una persona de lo más razonable y los invitó a acompañarlo.

—Pasen, por favor —les indicó cuando llegaron a una inmensa sala con decenas de pantallas que reflejaban una versión en blanco y negro de cuanto ocurría en el hotel.

Allí, entre varios guardias que lo vigilaban todo, unos con atención y otros luchando contra el sueño, Armando se dirigió a una de las mesas. Tecleó algo en el ordenador y las imágenes del *motor lobby* no tardaron en ocupar una enorme pantalla que tenía delante. Coches, taxis, autobuses y clientes aparecían a la misma velocidad que desaparecían, como el trajín de un hormiguero.

—Ahí está —dijo Fabio cuando vio el Karlmann.

Armando el razonable congeló la imagen, retrocedió y, ya a la velocidad normal, el Karlmann hizo una entrada brillante y se detuvo al pie de las escaleras. La cámara captó la expectación de los turistas, que lo rodearon con curiosidad sin importarles que Celso se bajara y montara guardia junto a la puerta de los asientos traseros que, al cabo de unos minutos, abrió con presteza para que Cayetana se deslizara en el interior del vehículo como una cotizada actriz de cine. Celso rodeó el coche, los turistas desaparecieron y no ocurrió nada más.

—¿Por qué tardan tanto en arrancar? —preguntó Sara.

—No sé. Tendrían que haber salido nada más hablar conmigo y miren la hora. Yo la llamé a las 11:25 y no más fue medio minuto —murmuró Dimitri, mostrando su móvil.

—¿Y si alguien los llamó para cambiarles el rumbo? —preguntó Fabio.

—Mirad —exclamó Sara.

Un enorme autobús llegó al *motor lobby* y se detuvo detrás del Karlmann, que permanecía impassible en su sitio. Alguien se acercó a la ventanilla de Celso. Era un hombre con el uniforme del hotel que gesticulaba señalando el autobús. Por fin, el Karlmann se movió y salió de la pantalla.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó Fabio, nervioso.

—Sí, es un empleado nuestro. ¿Por qué? ¿Qué se traen? —preguntó Armando.

—Nada, no pasa nada. ¿Podemos ver para dónde salió el coche, por favor? —dijo Dimitri.

Armando tecleó en su ordenador y la imagen mostraba ahora la entrada al recinto del Grand Percival. El Karlmann se detuvo frente a la barrera de seguridad, que se levantó en cuanto Celso sacó el brazo por la ventanilla abierta y cruzó un saludo con quien sea que estuviera en la garita que vigilaba la entrada. Después, salió al Boulevard Kukulcán justo en el sentido contrario al que se encontraba la iglesia.

—No puede ser —murmuró Fabio con rabia.

—¿Son ustedes los dueños del Karlmann? —preguntó de pronto uno de los guardias que había en la sala.

—Sí, ¿por qué? —contestó Fabio.

—Híjole, tremendo carro, señor. Lo vi llegar anoche cuando entré en mi turno.

—¿Anoche? ¿A qué hora? —preguntó Sara.

—A la una de la mañana, señora. A esa hora entro a trabajar —contestó el guardia, extrañado por la urgencia en la voz de Sara.

—Pero si a esa hora ya estábamos todos en la *suite* —dijo Fabio.

—Dele a la tecla, Armando —pidió Dimitri.

El hombre obedeció y en la pantalla se reflejó el mismo trajín de vehículos y clientes que acababan de ver, con la única diferencia de que era de noche.

—Ahí está —gruñó Fabio cuando vio la imagen del Karlmann en la pantalla y la figura de Cayetana deslizándose en su interior.

—Esta güera ingrata nos está ocultando algo —dijo Dimitri con tal nerviosismo que Armando intervino:

—Si me cuentan qué pasa a lo mejor los puedo ayudar, estoy a sus órdenes.

—En esto no puede, Armando. Pero no se apure. Ese protocolo que le dije ni existe —dijo Dimitri.

Se despidieron con un apretón de manos y, movidos por una especie de inercia, los tres llegaron al *hall* del hotel. Allí se quedaron de pie, como turistas perdidos que no saben adónde ir.

—Tenemos que encontrarla —dijo Fabio—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Qué hay en la dirección que tomó el Karlmann? —preguntó Sara.

—Nada que le interese. Solo el aeropuerto —contestó Fabio.

Sara y Dimitri se miraron preocupados. Después, miraron a Fabio tan serios que les cambió la cara.

—Vamos, Fabio —murmuró Sara, tomándolo del brazo con un gesto que, no por ser amable, resultaba menos doloroso.

Cayetana entregó su cuerpo al vaivén del mar y su piel al sol. No recordaba cuándo había sido la

última vez que había disfrutado de un baño así, con total libertad. Llevaba tanto tiempo perdida, que el recuerdo de quién era llegó a parecerle una quimera. Pero ahí estaba. Podía sentirlo en su pecho como un tímido latido, tan débil que cerró los ojos y concentró todo su ser en él hasta que se hizo más fuerte. Sonrió, segura de que, esta vez, nadie conseguiría que se apagara.

Salió del agua y, en cuanto su piel estuvo seca, se vistió. Tenía que regresar cuanto antes al Grand Percival. Dimitri y Fabio ya debían estar de vuelta. ¿Con quién se habrían reunido? Seguro que habría sido todo una falsa alarma, como bien había dicho Dimitri. De todas formas, debía regresar. Si realmente habían recuperado las cenizas de Álvaro, Kin debía estar muy lejos para cuando se descubriera que había cambiado los diamantes por cristales.

—Doña Cayetana, venía a preguntarle si ya puedo conectar mi celular —dijo Celso, que había salido a la playa a buscarla.

—No Celso, aún no —contestó, girándose hacia él.

Él la miró sorprendido.

—Doña Cayetana, ¿me permite que le diga una cosita?

—Claro.

—Se ve muy bella con ese vestido de flores. ¿De dónde lo sacó? Nunca se lo había visto.

Cayetana dio un par de vueltas para que Celso pudiera verlo bien antes de que quedara empapado por su bikini.

—Es el vestido con el que me casé. Me lo hice yo. ¿Te gusta?

Celso la miró extrañado. Ese no era su vestido de novia. Lo sabía muy bien porque él mismo la llevó a la iglesia donde se casó con don Álvaro. Cuando la vio salir de casa de la mano de Kin, que por aquel entonces no era más que un chamaco asustadizo, a punto estuvo de creer en los aluxes, esos duendes mayas que hechizan a sus víctimas y trastornan sus sentidos para hacerlos ver lo que ellos quieren. Doña Cayetana estaba tan bella aquel día que no parecía real. Llevaba el pelo recogido en una trenza llena de flores y, como bien dijeron al día siguiente en la revista *Hola* de México, «su vestido de corte sirena la envolvía en un aura de ensueño gracias a los destellos de dos mil cristales de Swarovski».

—Doña Cayetana, si me lo permite, este no fue el vestido que yo le vi en su boda —dijo Celso.

Cayetana lo miró extrañada y, cuando lo entendió todo, sonrió con tristeza.

—No, Celso, la boda que tú recuerdas no fue la de verdad. Álvaro y yo nos habíamos casado unos años antes en Tulum, a los pocos días de conocernos. La boda a la que tú me llevaste en realidad fue la celebración de nuestro quinto aniversario, pero ya sabes cómo le gustaba a él celebrarlo todo. Siempre tenía que ser lo grande.

—Sí. Pobre don Álvaro, enseguida se dejaba llevar por la ambición... Esperemos que no lo esté pagando muy caro allá donde esté —dijo Celso, cabizbajo.

—Voy a cambiarme. Tengo que decirles algo a todos y, después, nos vamos. ¿OK?

—Sí, doña Cayetana, lo que usted mande.

En ese momento escucharon un grito que venía del embarcadero. Era Wendoline, que corría

nerviosa hacia ellos.

—Doña Cayetana, ¿puedo hablar con usted? —preguntó, retorciéndose las manos.

—Sí, Wendoline, ¿qué pasa?

—Pero no me vaya a regañar, por favor —explicó, apurada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Wendoline bajó la mirada y, por fin, susurró con un hilo de voz:

—Es que... son los aluxes, señora...

Cayetana sonrió. Ya no tenía ningún sentido prohibirle que les hiciera sus ofrendas. Además, ¿quién sabe? Tal vez todo lo que le había pasado era su castigo por prohibírsele.

—Déjeles la ofrenda que usted quiera y donde quiera, Wendoline.

—¿De veras? —preguntó la pobre mujer, con el rostro iluminado.

—De veras. Necesitamos que nos protejan más que nunca.

—No sabe cuánto me alegra oírlo decir eso, doña Cayetana. Así lo que voy a enseñarle no le extrañará tanto.

Wendoline tomó la mano de Cayetana y la arrastró por la playa hasta el embarcadero.

—Estaba limpiando el barco del señor —le fue explicando por el camino—. Ya sabe que a él le gustaba que se lo tuviéramos siempre listo y no va a dejar de ser así no más porque esté muerto, ¿verdad? El caso, doña Cayetana, es que hace quince días también lo limpié yo, por eso sé cómo estaba.

—¿Qué quieres decir, Wendoline?

—Venga, mejor se lo enseño.

Wendoline subió al barco y giró la llave que dejó puesta en la cerradura. El quejido metálico de las bisagras rasgó el aire. Cayetana se tomó unos segundos antes de entrar. No había estado allí desde que Álvaro contactó con una prestigiosa revista de decoración americana para que hicieran un reportaje de Villa Cayetana que incluía, por supuesto, el embarcadero y su precioso yate de catorce metros de eslora.

—¿Lo ve, doña Cayetana? —preguntó Wendoline cuando abrió la puerta de una pequeña despensa.

—¿El qué, Wendoline?

—Yo dejé diez botellas de agua y no más hay seis. También faltan algunas latas de comida.

—¿Estás segura?

—Sí, doña Cayetana. Siempre lo cuento todo. Don Álvaro insistía mucho en las cantidades.

—¿Entraron aquí los asaltantes?

—No, doña Cayetana, cómo cree. Ni se acercaron.

—¿Y crees que alguien estuvo aquí? —murmuró Cayetana.

—Sí, señora. Los aluxes. Ellos no comen ni beben, pero sí esconden cosas. Creo que están bien enfadados, pero no sé por qué.

Cayetana recorrió despacio cada estancia, palpó la humedad en los muebles y lo observó todo

con atención. Fue entonces cuando descubrió algo que resultó ser la clave que lo resolvía todo. Debía volver al cenote.

Juan abrió la puerta de la *suite* con violencia y cara de pocos amigos.

—Te hemos llamado un montón de veces, Sara. ¿Dónde coño estabais? —preguntó de malos modos.

Sara sacó su teléfono de su bolso y lo miró preocupada.

—Lo siento. Lo puse en silencio anoche, cuando acosté a Loreto, y lo dejé así sin querer.

—Llevas fuera más de dos horas. ¿No se te ocurrió que tal vez estábamos preocupados por ti? ¿O que tu hija podía necesitar algo?

—Lo siento, Juan. Es que...

—Es que no te importamos nada —afirmó, y le dio la espalda para entrar en el salón y dejar caer su cuerpo en el sofá más cercano al lugar donde Loreto jugaba con Po y los frasquitos del baño.

—¿Qué pasó? ¿Y mi mamá? —preguntó Kin.

Sara esquivó su mirada y fue directa a abrazar a Loreto para ocultar su preocupación. Fabio cayó rendido en el primer sillón que encontró. No tenía fuerzas para explicar nada, de modo que tuvo que ser Dimitri quien tomara la voz cantante. Le explicó a Kin que habían recuperado las cenizas de su padre y que le habían entregado los diamantes al comisario García, pero que no habían sido capaces de averiguar nada sobre el paradero de Cayetana.

—También fuimos al aeropuerto —dijo Fabio.

—¿Por qué? ¿Creen que se fue? —preguntó Kin, al borde de las lágrimas.

—No lo sabemos, chamaco —admitió Dimitri.

—Pero algo tenemos que hacer. No podemos quedarnos aquí parados. ¿Por qué no llaman a la policía?

—No es buena idea después de lo que pasó con el comisario, Kin —dijo Sara.

El muchacho se puso en pie de un salto y fue directo a la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Dimitri.

—A ver a Mr. Thomas —afirmó él.

—Kin, espera. No le digas nada aún, tenemos que pensar —le advirtió Fabio, pero él se deslizó entre los dos hombres con habilidad y alcanzó la puerta justo cuando el timbre sonó.

Cuando la abrió, apareció Cayetana en el umbral. Llevaba un vestido negro, como siempre, unos tacones de vértigo, como siempre, y el pelo recogido en una trenza de raíz, como siempre. Sin embargo, algo había cambiado, porque no era la misma mujer que había salido de la *suite* unas horas atrás.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

—Mamá... —murmuró Kin con dificultad.

—Kin, ¿adónde ibas?

—Creí que te habías ido —dijo, abrazándola fuerte.

—Cariño, no pienses esas cosas. Todo va a cambiar, te lo prometo.

Kin aflojó su abrazo y se separó de su madre lo justo para poder agachar la cabeza y esconder sus ojos aguados con el flequillo.

—¿Cambiar en qué?

Cayetana le apartó el pelo de la cara para buscar su mirada.

—En que tú y yo, muy pronto, podremos hacer lo que queramos, Kin. Porque ahora estamos solos tú y yo. No importa nadie más.

—Gracias por lo que nos toca, güera ingrata. ¡Malagradecida! —gritó Dimitri, presa de un nuevo ataque de histeria.

Cayetana cerró la puerta y se adentró en el salón. Era absolutamente innecesario que todo Cancún fuera testigo de la indignación de Dimitri.

—Dimi, es una forma de...

—¡Cállate, Judas!

—Déjalo, Dimitri —dijo Fabio, la voz oscura de pura decepción.

—Pero bueno, ¿qué os pasa? —preguntó Cayetana, cuando vio frente a ella a Sara, a Dimitri y a Fabio con el rostro crispado por el enfado.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Sara.

—En el aeropuerto. Fui a por vuestros billetes de avión para España. Salís esta misma noche. Y también fui a casa a ver cómo iba todo y a pedir que prepararan vuestro equipaje. Ya está todo ordenado y podemos volver.

—Ay, mírala —dijo Dimitri—. Para eso nos mandó a enfrentarnos a los maleantes, para que ella pudiera hacer sus cosas. ¡La muy déspota!

—¡Dimi! ¿Por qué dices eso? Tú mismo dijiste que ese mensaje era falso y que sería inútil acudir a la iglesia. Me imaginé que podríais resolverlo todo vosotros solos y decidí marcharme para ganar tiempo —dijo Cayetana.

—Eso no te exime de habernos avisado, Cayetana, ¿por qué no lo hiciste? —bufó Fabio.

—Lo siento, no se me ocurrió. Además, necesitaba pensar... —dijo Cayetana.

—¿Pensar en qué, desgraciada? ¡Cuando saliste de aquí no más pensabas en encontrar las

cenizas de tu pinche esposo! —gritó Dimitri, totalmente enloquecido.

—Chicos, os estáis pasando —dijo ella.

—No, Cayetana. Dimitri tiene razón. ¿Tienes idea del infierno que nos has hecho pasar? —le reprochó Fabio.

—Vaya, pues... Lo siento.

—Creíamos que te habías ido de Cancún, ¿eso no se arregla sintiéndolo! —gritó Fabio, tan enfadado que Cayetana se revolvió.

—Cuidado, Fabio, no te consiento que me hables en ese tono —le advirtió.

—¿Que no me consientes qué? —gritó él, incrédulo—. ¿Quién te crees que eres, Cayetana? ¿Qué o quién te da derecho para tener en vilo a las únicas personas a las que les importas de verdad?

—¿Perdona? Fabio, no me vengas con esas porque te conozco mejor de lo que crees. Tú solo estás aquí porque te lo mandó Mr. Thomas, no porque yo te importe, así que límitate a cumplir con tus funciones y no te pases de la raya.

—Pues sí me voy a pasar, Cayetana, y ojalá lo hubiera hecho antes —le advirtió él.

—¿Qué quieres decir?

—Esto...

Fabio la sorprendió con un beso inesperado que la perturbó, confundió y encendió a la vez. Un beso que le quemó las entrañas y embriagó sus sentidos, como un trago del mejor tequila que hubiera probado jamás. Todo a su alrededor, la *suite*, el Grand Percival y Cancún entero, se desplomó bajo sus pies y dejó de existir por un momento; cuando se descubrió ansiosa por perderse en el mundo de sensaciones que le provocaba sentir el cuerpo de Fabio temblando contra el suyo. Porque estaba temblando, y no solo de ira. Llevaba tantos años imaginando cómo sería besar a Cayetana, que a pesar de lo impulsivo del momento, le costaba creer que la tuviera en sus brazos, y más aún que respondiera a su beso con la pasión que imaginó al mirarla a los ojos por primera vez.

—¿Aún crees que no me importas? —le preguntó, sin separarse apenas de ella, y sin sospechar que con esa pregunta rompería el hechizo.

Cayetana abrió los ojos y dio un paso atrás, aturdida. Las escasas fuerzas que había recuperado desde que hizo caso del consejo de Celso empezaban a desvanecerse igual que las olas del mar en la arena. Tuvo miedo. Por ella y por él. No podía volver a perderse ni tampoco podía poner a Fabio en peligro. Debía alejarlo de ella, como iba a hacer con Sarita y con Kin. Por eso, frunció el ceño, se armó de valor y le asestó una bofetada tan dolorosa que Cancún entero se estremeció y respondió con un trueno lejano.

La cara de Fabio quedó de perfil. Inmóvil. Solo se apreciaba el temblor de sus párpados cerrados y el movimiento agitado de su pecho. Pero no dijo nada. Con los puños apretados, se dio media vuelta sin mirar a Cayetana y cruzó el doble salón de las *suites* en dirección a su habitación.

—Cayetana Galán, ahora sí ya te pasaste —dijo Dimitri, que salió detrás de Fabio.

Cayetana buscó entonces consuelo en su hermana, pero no lo encontró.

—Sarita...

—¿Sabes una cosa, Caye? Que papá tenía razón. A ti no te importa nadie más que tú.

—Bueno, eso lo lleváis en la sangre —dijo Juan, con inquina.

—Juan, ¡cállate! —gritó Sara.

—No, Sara, no quiero callarme —dijo él, poniéndose en pie para enfrentarse a ella—. Estoy harto de tu desprecio, de tus órdenes y de que vivas de espaldas a lo que significa tu familia.

—No empieces otra vez con eso, Juan. Mi familia no es asunto tuyo —le espetó ella con la voz grave, distorsionada por la ira.

Juan la miró en silencio. Lo que Sara acababa de decir confirmaba tantas cosas, que le costó un gran esfuerzo asumirlas.

—Me refería a Loreto y a mí. Nosotros somos tu familia, Sara, y el hecho de que no lo hayas entendido, demuestra que tengo razón —dijo Juan, con la calma que otorga la certeza de que todo está perdido.

El rostro de Sara cambió a medida que se fue dando cuenta de su error, pero lo que terminó por desgarrar su corazón fue que la pequeña Loreto, que llevaba un rato haciendo pucheros, rompió a llorar.

—Ven, mi amor —dijo Sara, extendiendo sus brazos hacia ella.

—No —gritó Loreto, asustada.

—Déjalo, yo me ocupo.

Juan abrazó a la niña y se la llevó a la terraza, en busca del consuelo del mar.

—Sarita, lo siento —murmuró Cayetana.

Aunque su disculpa sonó sincera, Sara la ignoró y se dio media vuelta para ir a su habitación, pero cuando cruzaba el doble salón, tropezó con Fabio, bolsa de viaje en mano, y con Dimitri, que caminaba de lo más insistente tras él.

—Sarita la doctora, ayúdame. El *papasote* dice que se va de Cancún.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Y no vas a hacer nada?

—Sí. Voy a desearle suerte —dijo Sara, mirándolo con tristeza.

Fabio le agradeció el gesto con un beso en la mejilla.

—Me alegro de haberte conocido, Sara. Despídeme de Juan y Loreto, por favor.

—Lo haré.

Fabio caminó hacia la puerta bajo la atenta mirada de Cayetana, que trataba de entender qué significaba eso de que se iba de Cancún, y Dimitri hizo un último intento por detenerlo:

—Y yo que creía que no había nada imposible para un italiano...

Fabio se giró hacia él.

—Te equivocaste, Dimitri. Ni siquiera un italiano puede con Cayetana.

Con su voz flotando aún en el aire, abrió la puerta y se fue.

Cayetana se quedó inmóvil. Había conseguido su objetivo: alejar a todo el mundo, pero no había previsto que eso significaría sentirse así. Sara desapareció por el pasillo que daba a su habitación y, aunque parecía que Dimitri no tenía intención de marcharse, de pronto salió detrás de Fabio murmurando algo extraño:

—Las pinches cenizas... ¡Están en el carro del *papasote*!

El salón quedó en silencio. Solo se oía a Loreto llorar en la terraza, a su papá tratando de consolarla y la respiración de Kin, que buscaba valor para preguntar:

—¿Y yo qué? ¿Al final me voy a España?

Cayetana lo abrazó muy fuerte. Temía que él también se esfumara por lo que le iba a decir, pero no tenía fuerza para mentirle.

—Sí, cariño, lo siento. Pero iré a buscarte en cuanto todo esto pase, te lo prometo.

Kin se zafó de sus brazos y la miró a los ojos. A Cayetana le sorprendió no descubrir en ellos rabia ni odio, sino emoción:

—¿En cuanto pase qué, mamá? Fabio y Dimitri ya tienen las cenizas de mi papá y ya detuvieron a los que buscaban los diamantes. ¿A qué hay que esperar?

Cayetana se quedó pálida. Tuvo que sentarse en el sofá en el que Fabio se había desplomado minutos antes.

—Kin, ¿puedes explicarme lo que has dicho, por favor? —suplicó.

Con el mismo entusiasmo que si estuviera narrando una película de acción, Kin le contó a su madre lo ocurrido. A medida que hablaba, Cayetana iba sintiendo emociones contradictorias. Quiso creer que la historia tenía todo el sentido del mundo y que cuadraba con lo que había descubierto en el barco, pero le costaba asimilar que todo hubiera sido tan fácil, por mucho que Dimitri lo confirmara cuando llamó al timbre de la *suite* y apareció con una bolsa del súper en la que, al parecer, iban las cenizas de Álvaro.

—Eso lo cambia todo —murmuró Cayetana al fin, cuando se dio cuenta de que había perdido a Fabio para nada.

—Entonces, ya no me voy a España, ¿verdad? —preguntó Kin.

Cayetana lo miró con tristeza. ¿Cómo explicarle que estaban arruinados y que debía protegerlo de todo lo que se les venía encima?

—Kin, tenemos que hablar.

Dos horas más tarde, la puerta de hierro que protegía Villa Cayetana se abrió despacio ante el Karlmann. Celso lo aparcó frente a la puerta principal donde, al pie de las escaleras, esperaban Wendoline, María, Carmen y Osvaldo.

Cayetana fue hacia ellos y les preguntó, muy bajito:

—¿Todavía están aquí todos?

—Sí, doña Cayetana. Ya decidimos que nos quedamos con usted hasta que podamos —explicó

Wendoline, sonriendo.

—Pero ya les conté mi situación. No sé si voy a poder pagarles lo que queda de mes —les recordó ella.

—Doña Cayetana, tenga fe en San Antonio —dijo Celso.

—Y en los aluxes —dijo Wendoline, señalando un rincón junto a la puerta donde les había puesto una ofrenda que habría sido la envidia de todos los reyes de Chichén Itzá.

Cayetana los miró con ternura, pero no pudo decir nada porque todos rompieron filas para ponerse a trabajar.

—Espere, señor, yo cargo a la niña —dijo Carmen, cuando vio a Juan bajar del coche con Loreto.

Celso se encargó del equipaje, María de la silla de Loreto y Wendoline de ofrecerles a todos agua de pepino.

—Doña Cayetana, ya revisé el sistema de seguridad, me ayudaron los hombres de Mr. Thomas —dijo Osvaldo.

—Sí, ya me lo comentó. Gracias, Osvaldo. De todas maneras parece que detuvieron a los asaltantes. Ya no hay nada que temer —dijo Cayetana, con gran alivio.

—Qué buena noticia, señora. Pero de todos modos quédese tranquila. Así me maten nadie volverá a entrar a acá.

Cayetana sonrió.

—Señora, ¿qué hago con esto? —preguntó Celso, mostrando la bolsa de plástico en la que iban las cenizas de Álvaro.

—Tírelo, por favor. No es más que basura.

—Sí, doña Cayetana, descuide.

Subió las escaleras y, cuando llegó a su salón, Cayetana solo vio a Carmen jugando con la pequeña Loreto. Sara estaba en la terraza mirando al mar y Juan había desaparecido. Estaban enfadados entre ellos y también con ella, igual que Dimitri, Fabio y Kin, que no entendía que tuviera que irse a España con sus tíos si ya todo estaba resuelto.

—¿Quiere que le prepare una agüita especial, doña Cayetana? —preguntó Wendoline, aprovechando que estaban a solas.

—No, Wendoline. Se acabaron las agüitas especiales. Mejor guarde todo el tequila para los aluxes.

—Híjole, doña Cayetana, se van a poner bien contentos. Ahorita le traigo un agua de pepino entonces, mientras terminamos de poner la mesa. ¿Va a venir don Fabio a comer?

Cayetana agachó la cabeza con pesar.

—No, Wendoline. Don Fabio ya no vendrá nunca más.

—¿Entonces?

—Parece que se va de Cancún.

—No me diga, doña Cayetana... Pero si todos pensábamos que... —Wendoline se tapó la boca

con ambas manos.

—¿Qué pensaban, Wendoline?

—Bueno, que se me haga la lengua chicharrón si la ofendo, doña Cayetana, pero todos pensábamos que ahora que don Álvaro no está, don Fabio se terminaría casando con usted.

—¿Quién pensaba eso? —dijo Cayetana, con los ojos abiertos como platos.

—¡Todo el mundo! No me diga que usted no lo pensaba también. El pobre don Fabio, siempre mirándola con ese ansia que no podía disimular ni delante de don Álvaro. ¿De veras usted no se daba cuenta?

Cayetana miró al suelo y suspiró.

—Sí, Wendoline, pero no pensaba que fuera amor.

—¿Cómo que no? ¿Y qué otra cosa iba a ser?

—Pues no sé, Wendoline, te recuerdo que es italiano.

—¿Y eso qué tiene, señora? ¿Los italianos no se enamoran o qué?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y entonces? ¿A qué espera?

—Perdona, no te entiendo... —murmuró Cayetana.

—¿Tantos años que lleva esperándola y lo va a dejar escapar así, sin más?

—Bueno, es que... Está enfadado conmigo.

—Ay, doña Cayetana, eso se arregla. Vaya a buscarlo. Seguro que cuando la vea se le pasa todo.

—¿Tú crees?

—Sí, señora. Y no se haga. Usted sabe mejor que nadie que don Fabio la quiere de a veras.

Cayetana se quedó pensativa unos segundos y recordó las palabras de Celso: «Es bien fácil, señora. No más tiene hacer caso de lo que le diga su corazón. Él es el que mejor sabe lo que tiene que hacer». Cerró los ojos un momento y...

—Wendoline, ¿me hace un favor? —dijo de pronto, soltando la goma de pelo para deshacerse la trenza de raíz.

—Claro, doña Cayetana.

—Encárguese de todos hasta que yo vuelva —dijo, mientras caminaba hacia la entrada.

—Sí, señora, yo me encargo, pero dígame adónde va, si no es indiscreción...

Cayetana detuvo un momento el paso y la miró sonriendo:

—A buscar a don Fabio.

—¿De veras?

—Sí, Wendoline, pero no diga nada a nadie, por favor.

—Ándele, señora. Que Diosito y los aluxes me la bendigan.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Celso detuvo el Karlmann frente a la entrada de un condominio que estaba a tan solo cinco minutos de Villa Cayetana.

—¿Don Fabio vive aquí? ¿Estás seguro, Celso?

—Sí, doña Cayetana. Cuál sea su departamento ya quién sabe, tendrá que entenderse con los cachanchanes de la puerta. ¿Quiere que la espere?

—No, Celso. Váyase a casa. Yo lo llamo si lo necesito.

—Sí, señora, como usted mande.

Cayetana bajó del coche y miró hacia arriba. Siempre le había llamado la atención esa torre, desde que empezaron a construirla. Kin era todavía un niño y controlaba desde la ventana del salón cuántos pisos iban subiendo.

—¿Van a llegar al cielo, mamá? —le preguntaba.

—Espero que no, Kin, quedarían muy feas en el paisaje, ¿no crees?

—A mí me gusta. ¿Le puedo pedir a papá que me compre el *penthouse* cuando la terminen?

—Esta casa es más bonita, ¿no crees, Kin?

—Sí, pero no está tan alta.

Cayetana miraba entonces hacia la torre con cierta envidia. Conocía bien el estilo de vida en esos condominios con piscina y bar en los que los vecinos compartían gustosos sus vidas. Eran lugares donde parecía imposible sentirse solo, como se sentía ella en aquella mansión que Álvaro le recordaba a diario haber construido para que fuera feliz.

Entró por la puerta para peatones y un guardia de seguridad, apoyado en la puerta de una garita, salió a su encuentro.

—Buenas tardes, señora. ¿A qué departamento va?

—Buenas tardes. Soy Cayetana Galán y vengo a ver a don Fabio Conti, pero no sé su número de departamento.

—¿La está esperando?

—No, no estábamos citados.

El guardia repitió el nombre de Fabio a su compañero, escondido en la garita. Cayetana sonrió nerviosa. Sabía cómo funcionaban esos protocolos. Era imprescindible pedir el consentimiento al propietario antes de dejar entrar a nadie, especialmente a las visitas inesperadas que no sabían ni el número de departamento al que iban. Cayetana era consciente de que Fabio podía negarle el paso y, entonces, tendría que pasar al plan B. Por eso le sonrió al guardia y se esforzó por hacer

como que no se daba cuenta del repaso que le estaba dando a su cuerpo, de las piernas a los ojos y de los ojos a las piernas. Una y otra vez, hasta que la ventana de la garita se abrió y el guardia anunció con voz musical:

—Ahorita viene el señor Conti a buscarla, señora, espérese tantito.

Cayetana tragó saliva sin dejar de sonreír. Por un momento temió que Fabio la dejara ahí, prácticamente en la calle, como si fuera una vendedora de Avon o un testigo de Jehová. Pero no, eso era impensable. Ante todo, Fabio era un caballero, uno de esos que anteponen su educación a todo, incluidos sus propios sentimientos. Por muy enfadado que estuviera, era incapaz de hacerle eso.

A pesar del ambiente de tormenta, el sol caía implacable en ese momento sobre Cancún y al guardia se le ocurrió una forma de sacar provecho del calor y de los evidentes nervios de Cayetana. Con un gesto amable, la invitó con el brazo a acompañarlo hacia el jardín:

—¿Quiere esperar a don Fabio acá, señora? ¿A la sombrita?

Cayetana observó la impoluta alfombra de césped de la que surgía el tronco de una jacaranda como por sorpresa.

—Gracias. ¿Se puede pisar? —preguntó con dulzura.

—Pues no se puede pero con usted vamos a hacer la excepción —dijo el guardia.

—Gracias, se lo agradezco mucho.

—No más que tenga cuidado porque acaban de regar y se le van a clavar los tacones en el pasto —dijo el guardia, tendiéndole una mano.

Cayetana dudó por un momento. Llevaba unos Jimmy Choo que le habían costado mil dólares y era más que probable que tuviera que venderlos, por eso aceptó la mano del guardia, se los quitó y, descalza, se deslizó hacia la sombra. Eran tan solo seis o siete pasos, pero la forma de apartarse el pelo hacia atrás y el movimiento sinuoso de su cuerpo al caminar de puntillas resultaron tan sensuales, que un suspiro involuntario salió de la garita y otro, más involuntario aún, del pecho de Fabio, que observaba la escena desde el *hall* del edificio.

Cuando recibió el aviso de que Cayetana estaba ahí, a las puertas de su casa, no pudo evitar que una inmensa excitación lo desbordara. Fue una sensación breve, como un escalofrío, pero que desapareció con la misma rapidez con la que empezó a sentirse ridículo.

—Don Fabio, ¿qué le decimos a la señora? —insistió el guardia, al ver que no recibía ninguna orden.

—Dígale que espere, por favor. Enseguida bajo a buscarla.

Con sus llaves y el móvil en la mano, salió de casa dispuesto a terminar con todo aquello de una vez. La ira que sentía fue aumentando mientras bajaba en el ascensor. «Solo estás aquí porque me necesitas, aunque me besaras de esa forma que... Cayetana, te odio tanto...», pensó.

Pero ahora, al verla ahí, a tan solo unos metros, caminando descalza sobre la hierba y con el pelo suelto, fue consciente de que, en cuanto hablara con ella, estaría perdido. ¿A quién quería engañar? En el fondo estaba deseando que Cayetana le pidiera que se quedara para protegerla de

lo que se le venía encima y, lo que era peor, estaba deseando quedarse para recoger sus pedazos y tratar de recomponerlos con la inútil esperanza de que algún día llegara a sentir algo por él.

Sin salir de su escondite, Fabio la llamó y se sintió morir cuando la vio abrir el broche de su bolso y sacar su teléfono:

—Fabio —contestó.

—Cayetana, ¿qué quieres?

—¿Dónde estás? —preguntó, buscándolo con la mirada por el jardín, el *hall* y la torre—. Necesito hablar contigo.

—Estoy en mi departamento y no puedo atenderte. Dime qué necesitas y trataré de conseguírtelo.

—No necesito nada, Fabio, he venido a pedirte perdón, nada más. Solo será un minuto —suplicó.

—No tengo más minutos para ti, Cayetana. Además, tengo muchas cosas que hacer.

El corazón de Cayetana se consumía igual que una bola de papel lanzada al fuego sin piedad. Tenía que haber un buen motivo para que Fabio fuera tan grosero como para ni siquiera bajar a verla, y ese motivo, sin duda, era otra mujer.

—Entiendo —murmuró Cayetana con tristeza—. Bueno, Fabio, aunque me gustaría decírtelo en persona, quiero que sepas que lamento mucho cómo te he tratado siempre. Sé que me consideras una persona horrible y me lo merezco, pero me habría gustado explicarte que yo no soy así.

—¿Ah, no? ¿Y cómo eres, Cayetana?

—Pues... Todavía no lo sé, Fabio, porque aún me siento muy perdida. Podría contarte cómo era antes, si tuvieras tiempo, pero es una historia muy larga y ya no tienes más minutos para mí, como bien dices y... Entiendo perfectamente que quieras irte y no tengo derecho a pedirte que no lo hagas.

—No, no lo tienes.

—Lo sé, lo sé, pero déjame al menos que te pida perdón.

—¿Por qué es tan importante que te perdone?

—Porque no quiero que cuando pienses en mí lo hagas con rencor, Fabio. No quiero que ese sea el recuerdo que te llesves contigo. ¿Entiendes?

Fabio tardó tanto en contestar que Cayetana estuvo a punto de colgar.

—¿Qué recuerdo quieres que guarde entonces? —preguntó él, después de un breve carraspeo. Cayetana meditó la respuesta.

—Mira, voy a dejarte algo aquí con los guardias, ¿vale?

—¿Qué es? —dijo Fabio.

—Algo que tal vez te ayude a recordarme de otra forma. ¿Les digo que te lo suban?

—No. Ya me lo darán un día de estos.

Aunque a Cayetana le dolió la indiferencia que notó en su voz, no podía reprimirle nada.

—Está bien. Adiós, Fabio.

—Adiós, Cayetana.

Ambos colgaron el teléfono y se quedaron quietos, cada uno sintiendo el eco de la despedida del otro. Como siempre, Fabio estaba en clara desventaja. Él la estaba mirando. Vio como bajaba la cabeza con tristeza y guardaba su móvil en el bolso. Pero lo que definitivamente le partió el alma fue verla sacar su pañuelito de tela, ese en el que había volcado tanta tristeza. Apretó los puños con fuerza para contener las ganas de salir a su encuentro y abrazarla, aunque fuera por última vez. Nunca había podido soportar verla llorar, aunque...

—¿Qué está haciendo? —murmuró por lo bajo.

Cayetana no estaba llorando. Fabio no la vio llevarse el pañuelo a la nariz ni a los ojos. Solo lo llevaba en la mano mientras caminaba por el césped hacia la garita. Allí, tocó con los nudillos en el cristal y escuchó su voz diciendo:

—Por favor, ¿puede entregarle esto a don Fabio Conti? Él ya sabe que se lo dejé aquí.

—Sí, señora, cómo no. Yo se lo doy en cuanto lo vea.

—Gracias, han sido ustedes muy amables —se despidió, aún con los zapatos en la mano.

Se apoyó en la garita para calzarse, se colocó sus gafas de sol y se fue.

—Maldita sea —dijo Fabio, que no podía creer que saliera de la seguridad del condominio antes de que Celso fuera a buscarla, y menos aún que echara a caminar por la calle sin más. ¿Acaso pretendía irse a casa andando? ¿Con esos tacones?

Salió del *hall* que lo mantenía oculto y corrió hacia la puerta.

—¿Cayetana! —gritó, pero el ruido de los coches aplacó su voz y pudo ver por la verja del condominio cómo se alejaba.

El guardia de la garita salió a su encuentro y le entregó el pañuelo de Cayetana.

—Don Fabio, le dejaron aquí esta prenda.

—Gracias —dijo él.

Con el pañuelo en la mano, Fabio salió en busca de Cayetana. Por más que la llamaba, ella no oía su voz.

—¿Cómo puede caminar tan rápido con esos tacones? —gruñó y, cuando por fin echó a correr, el pañuelo resbaló en sus manos.

Desesperado, se detuvo en seco y se dio media vuelta para recogerlo. Un autobús pasó junto a él y el aire que dejó atrás lo desdobló. Fue entonces cuando Fabio vio unas iniciales bordadas que nada tenían que ver con Cayetana Galán ni tampoco con Álvaro, sino con él. Era su pañuelo, el que le prestó hacía años en la puerta del Luxury Avenue. El hecho de que Cayetana lo hubiera guardado tanto tiempo solo podía significar que recordaba lo que vivieron juntos y, tal vez, que sentía lo mismo que él.

Fabio corrió tras ella desesperado. La llamó sin parar, pero Cayetana no lo oyó hasta que prácticamente lo tuvo a su lado.

—¡Fabio! ¡Por Dios! —lo recriminó pegando un brinco, con la mano en el corazón—. No me des estos sustos... ¿Estás loco?

—Sí, lo estoy —dijo él mostrándole el pañuelo—. Pero loco por ti.

Cayetana se apartó las gafas de sol y lo miró sin saber muy bien qué hacer. Fabio despejó sus dudas con una sonrisa que apenas tuvo tiempo de corresponder antes de que él la besara de una forma tan apasionada que varios coches tocaron el claxon cuando pasaron a su lado.

—Vamos —dijo Fabio, de pronto.

—¿Adónde?

—A mi casa.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cayetana sonrió feliz cuando Fabio la tomó de la mano con fuerza, como haría un adolescente con su primer amor. Vieron a lo lejos a los guardias asomados a la puerta.

—Chismosos... —dijo Fabio.

Cuando llegaron al condominio, Fabio levantó el dedo índice hacia los guardias, señal de que no quería oír nada. Los guardias obedecieron, pero cuando llegaron al *hall*, los escucharon decir:

—Ay, manito, ¡quién fuera italiano!

—Sí, mano. Con razón dicen que el que es perico donde quiera es verde.

Ya dentro del ascensor, Fabio se alejó de Cayetana cuanto pudo. Sabía que, si la tocaba, no llegaría al departamento sin hacerle el amor y eso era lo último que quería. Era la primera vez que iban a estar a solas, sin nadie alrededor, sin trabas de ningún tipo para mostrarle lo que sentía. Y pensaba a hacerlo. Tenía tantas caricias ensayadas para ella en otros cuerpos...

—¿En qué piso vives? —preguntó Cayetana.

—En el décimo.

—¡El décimo! Tu casa tiene que tener una vistas preciosas.

—Por eso la compré, porque sabía que te gustarían. Vamos —dijo Fabio cuando la puerta del ascensor se abrió.

Sacó sus llaves del bolsillo y abrió la puerta, pero dudó antes de entrar. Era consciente de que todo iba a cambiar en el momento en que entrara allí con Cayetana porque, si algo salía mal, lo que había sufrido hasta entonces no sería nada comparado con la tortura que supondría intentar vivir sin ella.

—Debería irme, ¿verdad? —dijo Cayetana, al verlo dudar.

Él la miró sin comprender.

—¿Por qué?

—Fabio, si estabas con otra chica lo entiendo, de verdad, no tienes que darme explicaciones —contestó, retrocediendo hacia el ascensor.

Fabio sonrió. La sola idea de que Cayetana pudiera estar celosa le pareció un sueño.

—Ven.

La tomó de la mano y la llevó directamente hacia el ventanal que tenía en su salón.

—¡Vaya! —exclamó Cayetana, cuando vio el Caribe a sus pies.

—¿Te gusta? —susurró Fabio en su oído.

—¿Sabes que siempre quise vivir en uno de estos condominios?

—¿Para qué? Tu casa es más bonita —dijo él.

Cayetana agachó la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—¿Y de qué me servía si estaba sola?

Fabio se colocó frente a ella y levantó su barbilla hasta que lo miró a los ojos.

—¿Me perdonas? —murmuró Cayetana.

—¿Por qué?

—Por haberte pegado antes.

Fabio sonrió y la besó despacio, tomándose todo el tiempo del mundo para sentirla, y no pudo evitar un suspiro de excitación cuando Cayetana deslizó sus manos por debajo de su camisa.

—Cayetana, espera —murmuró Fabio.

—¿Qué pasa?

—Que creo que voy a acostarme contigo.

Cayetana lo miró sin comprender.

—¿Me estás pidiendo permiso o algo así? —le preguntó con una tímida sonrisa.

—No, es solo que no quiero hacerlo si después tengo que olvidarme de ti.

—¿Por qué ibas a tener que hacerlo?

—Porque no tengo claro que tú quieras lo mismo que yo —dijo Fabio.

—Bueno, si me dices qué quieres, tal vez pueda...

—Todo. Contigo lo quiero todo.

Un largo suspiro salió del pecho de Cayetana cuando se apartó de él para ver el mar. Buscaba en él una respuesta rápida y también en su corazón. Pero no la encontró, porque no existía, y no le quedó más remedio que ser sincera.

—El amor es como el tequila, Fabio. Todos te advierten contra él. Te dicen que es peligroso, pero tú lo pruebas precisamente por eso. Das el primer trago y lo cierto es que no sabes si te gusta o no, porque te abrasa por dentro. Entonces te arrepientes y juras que no lo volverás a probar, pero ya estás perdido porque se ha apoderado de ti. Hace que te sientas feliz y capaz de conseguir cualquier cosa, pero no es real y, cuando despiertas, la realidad que descubres puede ser terrible. Si tienes suerte y el tequila o el amor son buenos, te sentirás feliz. Pero si son malos, te van destruyendo poco a poco, sin que te des cuenta. Y te pierdes, como me perdí yo.

Fabio le apartó un mechón de la cara y vio una lágrima caer por su mejilla, a pesar de que sonreía. Sacó entonces el pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció.

—Mira. ¿Qué ves aquí? —dijo Cayetana.

—Mis iniciales. Fabio Conti.

Cayetana negó con la cabeza.

—Yo veo una F de Fabio y una C de Cayetana.

—Es verdad —dijo él sonriendo.

—No sé si esto va a salir bien o va a ser un desastre, Fabio, pero cuando veía este pañuelo con tu inicial y la mía, me gustaba pensar que algún día tendríamos la oportunidad de estar juntos. Y

espero que ese momento haya llegado, porque lo necesito de verdad.

Los ojos de Fabio brillaron y la abrazó muy fuerte.

—Si lo necesitas, lo tendrás —susurró en su oído.

De nuevo sintió las manos de Cayetana deslizándose bajo su camisa para acariciar su espalda. Besó su cuello y abrió despacio la cremallera de su vestido. Necesitaba sentir su piel cuanto antes. Apartó los tirantes y el vestido cayó al suelo. Cayetana lo apartó con el pie y sonrió al perder los labios de Fabio cuando se bajó de sus tacones.

—Soy mucho más bajita que tú.

—Eres preciosa —dijo él cuando la levantó del suelo para llevarla a su habitación.

La dejó sobre la cama, se deshizo de su camisa y su pantalón a toda prisa y se deslizó entre las sábanas enredado en su cuerpo. Ella le acarició el pelo mientras él apartaba el tirante del sujetador para besar su hombro. Había soñado tantas veces cómo sería el momento de verla desnuda que quería descubrirlo despacio. Quería hacerle el amor como nadie se lo hubiera hecho nunca, ni siquiera ese patán engreído del que se había enamorado. Por eso, cuando descubrió una fea cicatriz en su abdomen, no dudó en besarla, aunque Cayetana se lo impidió.

—No mires eso —dijo apurada, girándose para evitar que la viera.

Fabio la abrazó por la espalda y la distrajo soltando el broche de su sujetador.

—¿Qué te pasó?

—Apendicitis. Tenía ocho años.

—¿Por qué no quieres que la mire?

—Porque es fea.

—No hay nada feo en ti, Cayetana —le dijo al oído y se lo demostró besando su cuello y acariciando su espalda hasta que tropezó con el fino encaje del que se deshizo enseguida para dejarla desnuda.

Cayetana se desenroscó por fin y Fabio recorrió su cuerpo hasta llegar, de nuevo, a la cicatriz. Enredó sus dedos con los de Cayetana para que no pudiera impedir que la besara. Cayetana gimió y apretó fuerte sus manos. Fabio la recorrió despacio y le demostró con todos sus sentidos que el momento de estar juntos había llegado y duraría para siempre. Sintió su piel reaccionar a sus caricias, su cuerpo estremecerse en sus brazos y sus labios gemir su nombre. Se perdió en ella y, solo cuando la sintió temblar de placer, Fabio se entregó a un éxtasis inimaginable porque, aunque lo había soñado así tantas veces, jamás se atrevió a hacerlo perdido en sus ojos.

Permanecieron en silencio un buen rato, solo abrazados, sintiéndose el uno al otro. Cayetana intentaba detener el tiempo respirando despacio. Fabio temía que ella desapareciera si hacía el menor movimiento, pero eran tantas las emociones que no pudo evitar que dos palabras traidoras salieran de su pecho sin remedio:

—Te quiero.

Cayetana no contestó, al menos no con palabras. Hacía tanto que no escuchaba un «te quiero»

desde el corazón, que no supo qué decir. Lo miró en silencio y puso una mano sobre su pecho.

—¿Oyes eso, Fabio?

—No, ¿el qué?

—Tu corazón y el mío, están acompasados.

—¿Eso es bueno?

—Sí —dijo ella, sonriendo—. Significa que él te quería antes de que yo me diera cuenta.

Fabio entornó los ojos.

—¿Te estabas haciendo de rogar?

—No, pero tenía miedo.

—¿Por qué?

—Me dejaste plantada en lo que podíamos llamar nuestra primera cita, ¿no te acuerdas? Me llevaste a mi casa y te pedí que me esperaras. Cuando salí te habías ido.

—No quería despedirme de ti.

—Pues me sentí fatal. Solo quería darte tu pañuelo y pensé que eras un idiota.

—No puedo creer que lo estuvieras guardando todo este tiempo. No sabía que eras tan fetichista —dijo Fabio, guiñándole un ojo.

Cayetana sonrió.

—Yo sí que no puedo creer que no te dieras cuenta nunca de que era el tuyo, sobre todo cuando me lo quitaste de la mano en el funeral.

—Créeme, fue una suerte que no lo viera —dijo Fabio—, te habría besado allí mismo, delante de todos.

Cayetana reprodujo la escena en su mente y estalló en carcajadas.

—¿Te imaginas? —dijo, sin parar de reír.

Fabio no contestó. No quería moverse, no solo para no perder detalle de su risa, sino porque se dio cuenta de que verla reír así, a su lado, le estaba dando sentido a toda su vida. Entendió que todas las decisiones que había tomado, por irrelevantes que pudieran parecer, como la de empezar a estudiar español durante un verano porque no tenía nada mejor que hacer, lo habían llevado hasta ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cayetana, cuando la risa cesó.

—Nada. Que me gusta verte feliz —dijo Fabio.

Aunque Cayetana sonrió, su mirada se tornó triste.

—Todavía tengo un largo camino para ser feliz, Fabio. Mi hermana y su marido me odian, Kin también y me da miedo todo lo que me espera. Al menos Dimi volverá a ser mi amigo cuando le diga que he conseguido que no te vayas. Porque no te irás, ¿verdad?

—No, claro que no —dijo Fabio y, para animarla, le preguntó—: ¿Has comido?

—No.

—Me alegro, porque estaba preparando la receta de mole de Lupe. No te muevas de aquí.

Fabio se puso unos vaqueros viejos y salió de la habitación, pero Cayetana no pudo evitar la

tentación de ponerse su camisa e ir tras él. Además del ventanal que daba al mar, el salón tenía, a la izquierda, una pared de cristal desde la que se podían contemplar kilómetros de costa. Como era lógico, toda la decoración del departamento parecía diseñada para disfrutar del color del mar, excepto un sillón que desentonaba con todo y que, sin saber por qué, para Cayetana tenía sin duda el sello de Fabio. Cualquiera podría identificarlo como un rincón de lectura o algo parecido, pero lo extraño era que el sillón estaba dispuesto para contemplar la costa, no el mar.

—Qué raro —murmuró Cayetana, sentándose en él.

A su lado, descubrió una mesita en la que descansaban unos prismáticos y una copa en la que solo quedaba el aroma de un vino tinto, italiano a juzgar por la etiqueta de una botella medio vacía que había junto a la copa.

Cayetana acarició el cuero de los reposabrazos. Estaba desgastado, igual que el del escabel a juego en el que apoyó sus pies.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Fabio acercándose a ella.

Cayetana lo miró y alcanzó los prismáticos para mostrárselos triunfal.

—¿A quién espías aquí sentado?

Fabio le tendió una copa de vino y se quedó de pie, con los brazos cruzados, contemplando la costa de Cancún. Aunque sabía la respuesta, no estaba seguro de querer contestar. Cada secreto que Cayetana descubría lo hacía más vulnerable.

—¿De verdad que no te lo imaginas? —preguntó al fin.

Cayetana posó la copa en la mesita. Se levantó y se colocó junto a Fabio, imitando su postura.

—¿Te gusta alguna de tus vecinas? —dijo, con voz traviesa.

—Sí, la que vive allí.

—¿Dónde?

—Allí, a la altura del tercer embarcadero.

Cayetana entornó la vista y se quedó sin habla cuando descubrió, en lo alto de una colina que asomaba como un capricho de la tierra, su casa. Villa Cayetana.

—Compré este departamento porque desde aquí podía verte, aunque solo se ve tu salón.

Ella también se sintió vulnerable. En los últimos meses su rutina antes de acostarse había consistido en tomarse uno o dos tequilas disfrazados de «agüita especial», como se lo ofrecía Wendoline. Puede que Fabio no pudiera distinguir desde ahí el contenido de su vaso, pero seguro que la habría visto alguna que otra vez abandonar el salón trastabillando.

—Ha sido una tortura, Cayetana. Verte llorar desde aquí o besar a Álvaro y no poder hacer nada, es lo más parecido al infierno que conozco.

—Fabio, lo siento...

—No, no es culpa tuya, Cayetana. No sé el motivo y te juro que lo he buscado, pero siempre tengo la necesidad de estar cerca de ti.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Tú sabías que Álvaro me engañaba?

—Sí.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

Fabio se giró hacia ella y tomó su cara entre las manos.

—Porque no podía arriesgarme.

—¿Arriesgarte a qué?

—A que te enfadaras y no quisieras verme más.

—Dios mío, Fabio... Debía de parecerme la mujer más patética del mundo —murmuró Cayetana apartando sus manos para sentarse de nuevo en el sillón.

—Te equivocas. Álvaro era patético, tú no. Si llego a imaginar que te acordabas de mí, habría hecho todo lo posible por apartarte de él.

—¿No te lo imaginabas?

—Ni por asomo —dijo Fabio.

—Pues yo te reconocí enseguida cuando Álvaro nos presentó, pero me tendiste la mano sonriendo con esa onda tan italiana tuya y se me rompió el corazón —dijo Cayetana—. ¿Sabes lo que es pensar casi cada día en una persona que de alguna manera te marcó en un instante y descubrir cuando la vuelves a ver que no se acuerda de ti?

Fabio se sentó frente a ella, en el escabel.

—Lo sé muy bien, Cayetana. Yo pensé lo mismo cuando te vi.

—¿Y por qué no me dijiste nada tú?

—Eras la mujer de Álvaro y la madre del protegido de Mr. Thomas. ¿Qué querías que te dijera? «¿Te acuerdas de mí, porque quiero acostarme contigo?».

—Vaya, qué romántico, Fabio. Es bonito saber que solo querías sexo.

—Me volvías loco, Cayetana. Cada vez que iba a tu casa con Álvaro y aparecías con Kin de la mano era como ver un amanecer. Pero tú ni me mirabas. Ibas directa a besar a Álvaro y yo no entendía por qué.

—No te miraba porque me ponías nerviosa, te lo dije anoche.

—Entonces, ¿te gustaba?

—Fabio, le gustas a todas las mujeres de la tierra.

—A todas menos a la que yo quería. ¿Sabes lo frustrante que puede ser eso?

Cayetana se inclinó hacia él y acarició su mejilla.

—¿Me prestas los prismáticos? Debería comprobar que están bien.

Fabio le alcanzó los prismáticos, se puso en pie junto a ella y le indicó cómo enfocarlos.

—¡Vaya, se ve todo muy bien! —dijo Cayetana. Están todos sentados en mi sillón. ¡Qué raro! Hasta Wendoline y Celso están con ellos.

—¿Sentados en el sofá? —preguntó Fabio, extrañado.

—Sí. Es raro, ¿verdad? Y hay alguien más.

—¿Quién?

—Espera, me lo tapan un poco las plantas...

—Será Mr. Thomas —dijo Fabio.

Cayetana dio un paso atrás asustada. Los prismáticos cayeron al suelo.

—No es Mr. Thomas. Es Álvaro.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El taxi se detuvo frente a la puerta de Villa Cayetana.

—¿Es aquí, señora? —preguntó el conductor.

—Sí, es aquí. Quédese con el cambio —contestó ella, tendiéndole un billete. Sus manos temblaban.

—Gracias, señora.

—A usted.

Con su elegancia habitual, como si no ocurriera nada, Cayetana se bajó del coche, atusó su vestido y caminó hacia la puerta. Antes de llamar al timbre, hasta se permitió el lujo de componer un poco su pelo, de nuevo recogido en una trenza de raíz. No es que le importara en absoluto su imagen en ese momento, estaba disimulando porque, con toda probabilidad, Álvaro la estaría observando. El hecho de que la puerta se abriera antes siquiera de que tocara el timbre, dio fe de ello.

Entró despacio, observando cada detalle de su jardín, como si supervisara que todo estuviera correcto, y vio al comisario García escondido en un matorral. Simulando no haberlo visto, subió las escaleras hasta la puerta, donde Wendoline la esperaba con la cara desencajada, como si hubiera visto a uno de sus aluxes.

—Wendoline, la necesito un momento en mi cuarto —dijo Cayetana, aparentemente despreocupada.

—Al ratito voy, señora, ahora no puedo —dijo Wendoline, nerviosa.

Cayetana comprendió entonces que la visita de Álvaro estaba siendo de todo menos agradable. Aun así, continuó interpretando su papel.

—Kin, ya llegué, dónde estás —gritó mirando hacia el pasillo.

—Aquí, mamá —contestó el joven con la voz llena de rabia.

Cayetana se adentró en su salón, pero no vio a Álvaro. Se colocó frente al sofá, en el que Wendoline se apresuró a sentarse junto a las demás chicas, tan asustadas que miraban al suelo. Kin abrazaba a Celso, que tenía el rostro empapado de lágrimas, y Osvaldo, siempre tan frío, parecía estar calculando la situación. Y en medio de todos ellos, Sara y Juan protegían a la pequeña Loreto, que jugaba despreocupada con Po. Cayetana miró a su hermana a los ojos. Quería tranquilizarla, explicarle que Fabio y los hombres de Mr. Thomas estaban de camino, pero Sara sentía tanto odio por ella, que estaba cerrada a cualquier explicación.

—¿Qué pasa? ¿No tienen nada que hacer? —preguntó Cayetana, simulando un tono autoritario.

Fue entonces cuando salió, a su izquierda, una figura que le resultó familiar. Era el Víbora, el botones del Grand Percival que esa misma mañana la había saludado en el hotel y escudriñó su bolso en busca de, ahora sí lo sabía, los diamantes.

—Buenas tardes, doña Cayetana, ¿cómo está? —la saludó, con su sonrisa perfecta.

Los músculos de Cayetana entraron en tensión cuando vio la pistola que llevaba en la mano, pero todo cambió cuando escuchó tras ella:

—Hola, mi reina.

Ahí estaba. Esa voz que tantas mentiras había conseguido ocultarle en el pasado. Sonaba como siempre, varonil y melosa, pero oírla ahora llamándola así, «mi reina», hizo que se le revolviere el estómago.

—Álvaro... —murmuró, con voz trémula, cuando se acercó a ella por la espalda y le dio un tierno beso en la mejilla.

—¿Has visto? ¡He resucitado para venir a verte! —exclamó él, dando vueltas por el salón con el entusiasmo de un *showman*.

Cayetana lo observó sin moverse. Estaba más delgado y hacía días que no se daba un buen baño, pero su sonrisa era la de siempre. Esa sonrisa embaucadora con la que era capaz de conseguir lo que fuera seguía intacta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, tratando de mirarlo como antes para salvar la situación, pero era imposible. Ya no podía.

—Mi reina, es una historia muy larga. Mejor te la cuento después. ¿Dónde estabas? Dejaste sola a tu familia después de que asaltaran tu casa. ¡Qué desconsiderada!

—Fui a por unos billetes de avión. Sarita y Juan se van esta noche a España y se llevan a Kin. Es más, ya deberían ir saliendo para el aeropuerto —explicó ella.

Álvaro negó con la cabeza:

—Fíjate que no van a poder, mi reina. Nadie va a salir de aquí hasta que no me digas dónde guardaste los diamantes.

—Se los llevó el comisario García esta mañana.

—Esos diamantes eran falsos y tú lo sabías, ¿verdad, mi reina? —preguntó, acercándose a ella con tanta arrogancia, que hasta se atrevió a darle un beso en la boca que sabía a podrido.

Cayetana calculó la situación. Si Álvaro no dejaba que nadie se fuera, tenía que hacerlo salir de allí.

—Sí, eran falsos —reconoció altiva, ante el asombro de todos.

Álvaro sonrió de medio lado y, como si no pudiera soportar su descaro, se giró hacia ella y le asestó una bofetada que la tiró al suelo e hizo saltar a Kin en su asiento.

—¡No la toques, cabrón! —gritó con rabia, poniéndose en pie. Juan y Celso se lo impidieron, mientras Sara abrazaba a la pequeña Loreto para que no viera nada. Lo último que necesitaban en aquella locura era a una niña llorando asustada, pero Kin no dejaba de lanzar insultos a su padre.

El golpe había sido tan fuerte que le pitaba el oído y le ardía el labio. Aun así, Cayetana fue

capaz de oír a la perfección el clic del cargador de una pistola y la voz del Víbora dirigiéndose a Kin:

—Quieto, chamaco.

—¡Basta! —gritó Cayetana, aún en el suelo.

Kin se tranquilizó al oír a su madre y se dejó vencer por la fuerza de Juan y Celso, que lo obligaron a sentarse en el sofá. Cayetana se puso en pie y se atusó el vestido, como si no hubiera pasado nada.

—Dime, Álvaro, ¿qué es lo que quieres?

—Ya te lo dije, mi reina, quiero los diamantes. Los de verdad.

Cayetana frunció el ceño.

—¿Cuántos sois?

—Solo nosotros dos. Bueno, y el comisario García que, como ya te imaginarás, es uno de los nuestros —dijo Álvaro, con un deje de burla.

Cayetana observó a sus empleados.

—Osvaldo, ¿es verdad? —le preguntó.

—Sí, señora, no más vinieron ellos.

—No puede ser. Si solo sois tres, ¿quiénes fueron los que entraron ayer aquí?

—¿Quién crees? Los hombres de Mr. Thomas —dijo Álvaro.

—¿Mr. Thomas? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—¿A quién crees que le robamos los diamantes, mi reina?

—Pero entonces, lo que nos contó García... ¿Dónde está todo nuestro dinero, Álvaro?

—Nos está esperando en Bahamas, mi reina. Ya tendríamos que habernos ido, pero supe que Mr. Thomas había hecho una inversión muy fuerte en diamantes y no pudimos con la tentación de ampliar un poco nuestro plan de jubilación.

Cayetana no pudo evitar cerrar los ojos con fuerza. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Con todo lo que hizo por ti, ¿le has robado? —preguntó indignada.

—Sí, pero no te preocupes, el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón —dijo Álvaro con una sonora carcajada.

—Él no es un ladrón y confiaba en ti —le recordó Cayetana.

—Sí, y gracias a su confianza resultó tan fácil. Lo malo fue que me descubrió. Por eso me invitó a su yate. ¿Te acuerdas? Creo que planeaba matarme. Menos mal que mi compadre y el comisario García lo descubrieron todo y me avisaron con tiempo para que pudiera escapar. ¿No es genial? —preguntó Álvaro, henchido de orgullo.

—No, no es genial. ¡Eres un desgraciado! —gritó Kin, haciendo el ademán de levantarse de nuevo e ir contra su padre.

El Víbora se colocó frente a él y lo apuntó con la pistola a la cara.

—Kin, por favor, no digas nada más —suplicó Cayetana, nerviosa.

—Eso, hazle caso a tu mamá, Kin, si no quieres que a mi compadre se le suelte el gatillo y te

mate. Yo no podría impedirlo aunque sea tu papá porque, ¡míralo! Es casi de tu edad, pero mientras tú estabas aquí, viviendo como un príncipe caprichoso, él lleva años trabajando en el hotel para cuidar a su familia. Nada le gustaría más que matar a un consentido, ¿verdad, compadre?

—Álvaro, acabemos con esto, ¿OK? —se apresuró a decir Cayetana—. Tienes razón. Lo que se llevó García no eran los diamantes. Eran los cristales de mi vestido de novia, ¿te acuerdas? Los cambié después de saber que nos dejaste arruinados. Mi idea era venderlos y escapar.

—Lo sabía —gruñó Juan y, por fin, Sara entendió por qué su hermana había salido de la *suite* del Grand Percival en plena noche.

—No me mientas más, Cayetana. Si querías escapar ¿para qué pusiste esa foto en Instagram? —preguntó Álvaro.

Cayetana sonrió de medio lado.

—Porque quería encontrar tus cenizas. Qué tonta, ¿verdad?

Álvaro rio a carcajadas.

—Esto ya me va cuadrando más contigo, mi reina. ¿Y dónde están los diamantes ahora?

—Los llevé de nuevo al cenote.

—Me estás engañando otra vez, mi reina, y eso no me gusta. ¿No era que querías escapar? ¿Qué pasó, que de pronto te volviste honesta?

—Pues sí —dijo Cayetana.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Cayetana miró a Celso un momento antes de contestar:

—Mi corazón. Y también tu torpeza. Solo a un torpe se le ocurre dejar pistas tan obvias como las que dejaste en el barco. Estuviste escondido ahí, ¿verdad?

—Eso era un plan perfecto, mi reina. Wendoline le echaría la culpa a sus aluxes de todo lo que faltara —dijo Álvaro, riendo.

—Sí, pero olvidaste algo más. Tu alianza.

Álvaro dejó de reír y la miró con violencia.

—Por última vez, ¿dónde están los diamantes?

—Ya te lo dije, en el cenote. Si no te lo crees, mira mi cuenta de Instagram.

—¡García! —gritó Álvaro, yendo en dirección a la puerta.

El comisario apareció a los pocos segundos, corriendo a pequeños saltitos y con su traje claro lleno de marcas de sudor.

—¿Qué pasó? Afuera está todo bajo control —jadeó.

—¿No quedamos en que mirarías el Instagram de Cayetana?

—Pos sí, pero ya para qué.

—¡Mírala! —gritó Álvaro de malos modos.

García sacó su teléfono del bolsillo y desbloqueó la pantalla con sus deditos rechonchos.

—Hay una foto de ella con una urna mal pegada en un sitio raro. Parece un cenote. No más dice:

«Promesas cumplidas». —Y como si de pronto se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, el comisario exclamó—: ¡Híjole! Entonces no hacía falta que viniéramos, ¿verdad?

Álvaro puso los ojos en blanco y le arrebató el teléfono.

—Eres un tarugo —dijo el Víbora, con tal desprecio que hizo reaccionar a su compañero.

—¿Qué dijiste? —preguntó el comisario enfadado, sacando su pistola del bolsillo y apuntando con ella al Víbora.

—¡Ya! —les gritó Álvaro.

Todos dieron un respingo. Aunque estaba claro que era el trío criminal más torpe del mundo, cada vez se volvían más violentos y podía ocurrir cualquier cosa, por eso, Cayetana tenía que sacarlos de allí cuanto antes.

—Álvaro, yo voy al cenote con vosotros si quieres, pero vamos a terminar con esto —propuso.

—¿Quieren que los lleve? —preguntó el pobre Celso, con toda su inocencia y su buena voluntad.

—No, Celso, gracias, nos llevan el Víbora y el comisario —dijo Cayetana, en un inútil intento por salvarlos a todos.

—Nos vamos tú y yo solos, mi reina. Mi compadre y García se va a quedar aquí hasta que yo venga. Por si me vuelves a engañar y tienen que matar a alguien, ya sabes —dijo Álvaro amenazante.

—Está bien, pero deja al menos que se vaya mi hermana con su familia y que se lleve a Kin. Van a perder el avión.

—¡He dicho que nos vamos! —gritó Álvaro—. Compadre, dame una pistola.

El Víbora sacó del bolsillo trasero de su pantalón un arma y se la lanzó. Álvaro la cargó y apuntó con ella a Cayetana.

—Vamos, mi reina.

Antes de abandonar el salón, Cayetana trató de infundirle valor a Kin con la mirada, pero no pudo evitar que al muchacho se le escaparan las lágrimas. Después, miró a Sara, en cuyos labios leyó justo el mensaje que necesitaba:

—Yo me encargo.

CAPÍTULO TREINTA

El Karlmann recorrió el Boulevard Kukulkán causando, como siempre, una gran expectación. Sin embargo, esta vez no se debía al coche en sí, que era impresionante, sino a la forma en que lo conducía Cayetana. Eso sí que era algo impresionante de verdad.

—¡El semáforo! —gritó Álvaro, escondido en el asiento de atrás con la pistola en la mano.

Cayetana pisó el freno con fuerza y el Karlman se detuvo en tiempo récord, al son del chillido agudo de los neumáticos, que asustó a cuanto ser vivo se encontraba a cien metros alrededor.

—Si vuelves a gritarme, Álvaro, te juro que me bajo del coche y me voy andando —gritó enfadada.

—¡No hables! ¿Es que no ves que la gente te está mirando? ¡Van a empezar a sospechar!

—¡Pues no me grites! Hace diez años que no conduzco, ¡te dije que no iba a poder con este monstruo!

—Cállate o llamo ahora mismo a mi compadre y empieza a repartir golpes —le advirtió Álvaro.

El semáforo se puso en verde. Cayetana agarró el volante con fuerza, respiró hondo varias veces y reanudó la marcha con dificultad. Iba tan despacio que el coche que tenían detrás comenzó a tocar el claxon.

—Tienes que ir más rápido —dijo Álvaro.

—Ya lo sé —gruñó ella.

—¿Por qué estás tan pendiente del retrovisor?

—Porque tengo que hacerlo.

Álvaro miró por la luna trasera. Tenían una inmensa fila de coches detrás, pero ninguno parecía sospechoso. Además, ¿quién iba a seguirlos?

«Esto no es lo que habíamos acordado, Fabio», pensó Cayetana para sí, cuando reconoció su coche.

Después de dejar a Cayetana en un taxi a la puerta de su condominio, Fabio llamó a Mr. Thomas. Le costó la misma vida explicarle lo que acababa de ver. Sin embargo, por algún extraño motivo, Mr. Thomas mantuvo la calma, lo entendió todo desde el principio y no pareció extrañarle que Álvaro siguiera vivo. Solo le preocupaba una cosa:

—¿Kin está bien?

—De momento sí, pero está en el salón con Álvaro. Cayetana va para allá en un taxi. Va a

intentar que los suelten a él y a la familia de Sara.

—Bien. Enseguida mando a la policía y voy con mis hombres.

—Mr. Thomas, ¡la policía está implicada! ¡El comisario García está con Álvaro!

—Me refiero a la policía federal, Fabio. Confía en mí. El gobernador es un gran amigo mío.

—Está bien, pero que se den prisa, por favor. Los espero cerca de Villa Cayetana para explicarles.

—OK. Te vemos allí, pero no hace falta que nos expliques nada, Fabio. Los diamantes son míos.

Fabio fue hasta Villa Cayetana y aparcó su coche en el lugar más discreto que encontró para esperar allí a la policía y a los hombres de Mr. Thomas, pero no permaneció allí mucho tiempo. No tardó en ver salir el Karlmann y no dudó en ir tras él cuando vio a Cayetana al volante.

En el salón de Villa Cayetana, los rehenes permanecían sentados en el sofá, bajo la atenta mirada del Víbora y el comisario García, que de vez en cuando se miraban con auténtico odio. Después de la tensión que habían vivido, reinaba una paz tan frágil como la pólvora, y el menor detonante podía hacerla estallar. Y el detonante llegó.

El timbre comenzó a sonar insistente y todos se miraron nerviosos. Podría ser cualquiera: un repartidor de Amazon, Mr. Thomas, el cartero, que siempre llama dos veces... Sin embargo, nadie sospechaba que se trataba de una visita mucho más peligrosa. Alguien cuya voz no tardaron en oír gritar desde la puerta:

—¡Güera ingrata! ¿Dónde está tu cachanchán? Dile que me abra —gritó Dimitri desde la calle, sin ningún tipo de discreción.

El comisario García se asomó a la ventana:

—No mames... Es el que me dio los diamantes falsos esta mañana.

—Sí, lo conozco. Trabaja en el club —dijo el Víbora.

—¿Qué hacemos?

—¡Cayetana! ¡Wendoline! —gritó Dimitri enloquecido, a punto de quemar el timbre con su insistencia.

—Ábranle o no dejará de gritar —advirtió Kin.

El Víbora apuntó con la pistola a Wendoline y le ordenó:

—Ábrale la puerta.

La pobre mujer obedeció. Se apresuró a ir hacia la puerta y, cuando tenía el telefonillo en la mano, un impulso la llevó cometer una locura:

—¡Don Dimi, nos están asaltando! —gritó, y, al oírla, el Víbora le dio un golpe con la pistola en la cabeza que la deja inconsciente en el suelo.

Todos dieron un brinco en el sillón en pos de ayudarla, pero el comisario García los amenazó con su arma:

—Quietos.

—¿Cómo dijo, Wendoline, se volvió loca o qué? ¡No la entiendo! —La voz de Dimitri sonaba ahora en estéreo, desde la puerta y a través del telefonillo.

El Víbora presionó el botón que abría la puerta y comprobó por la pantalla que Dimi entraba despreocupado. Después, arrastró el cuerpo de Wendoline a un lado, detrás de la puerta, y regresó al sofá para apuntar con la pistola a Carmen, la nana.

—Ábrale y dígame que pase —le ordenó.

Carmen hizo un esfuerzo sobrehumano por no gritar. Se enjugó las lágrimas y abrió la puerta cabizbaja.

—Buenas tardes, don Dimi, pase.

—Ay, Carmen, ¿qué se traen? ¿Por qué no me abrían? —dijo Dimitri, que afortunadamente para el Víbora, entró como una exhalación.

—¡Pero si estamos todos aquí! —gritó como loco plantado en mitad del salón.

—¡Chichis! —exclamó Loreto al verlo.

—¡Mí vida! Hay que ver lo que me quiere esta chamaqui... ta...

El volumen de su voz y su entusiasmo disminuyeron en la misma proporción en la que aumentó su perplejidad. ¿Qué hacía allí ese sátiro de García? ¿Por qué llevaba una pistola? ¿Qué era esa cosa fría que notaba en la espalda?

—Siéntese con los demás, Dimitri, y quédese callado porque, si no, lo mato —amenazó el Víbora.

Cayetana detuvo el Karlmann al final del camino de tierra que llevaba al cenote Fuente de amor. Apagó el motor y se apresuró a bajar.

—¿Por qué tanta prisa, mi reina? —le preguntó Álvaro.

—Porque se está nublando. Va a haber tormenta y, salvo que hayas traído una linterna, no vamos a ver nada —explicó ella, antes de cerrar la puerta del Karlmann de un terrible portazo.

Álvaro saltó del Karlmann y corrió hacia ella.

—Podemos quedarnos aquí toda la noche. Antes te gustaba —murmuró.

Cayetana se giró hacia él y replicó:

—Antes todo era distinto.

Álvaro se sorprendió ante su reacción.

—¿Qué pasa, mi reina? ¿Ya no me quieres?

—Creo que es evidente que no, Álvaro.

—¿Qué cambió de repente?

—Yo, Álvaro. He cambiado yo.

—Tan grandote y tan cobarde —se burló el comisario García al ver que Dimitri se quedaba pálido por el tacto de la pistola del Víbora en su espalda.

—Cállese, ¡sátiro! —gritó Dimitri, histérico.

—Siéntese —ordenó el Víbora.

—¿Dónde, si tienen este sofá tan lleno que parece el tren de las cinco?

—Don Dimi, no les conteste. Son peligrosos, mire lo que le hicieron a Wendoline —lloriqueó Celso, señalando el cuerpo de la pobre mujer tirado detrás de la puerta.

—¡Wendoline! Pero ¿qué le hicieron, desgraciados? ¿La mataron? —gritó al verla e hizo el ademán de ir hacia ella.

—No está muerta, hombre, ¡siéntese! —insistió el Víbora con violencia. Sin embargo, Sara notó que observaba de reojo el cuerpo de Wendoline con cierta preocupación. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sus rasgos eran muy parecidos a los de ella. ¿Otro descendiente maya?

—Señor, yo soy médica. ¿Puedo comprobar si está bien? —se ofreció.

—Sara, no lo hagas —protestó Juan. Estaba nervioso, enfadado y harto de ese viaje absurdo que, claramente, solo podía traerles algo tan malo como lo que estaban viviendo.

El Víbora la miró pensativo. No se fiaba, pero estaba tan preocupado por Wendoline que, al final, claudicó:

—Ándele, doctora, vaya y examínela.

Juan chasqueó la lengua, entre enfadado y aterrorizado.

—Confía en mí —susurró Sara.

Se levantó del sofá y Dimitri aprovechó para sentarse junto a la pequeña.

—¿Dónde está Cayetana? —preguntó.

—En el cenote. Con mi papá —contestó Kin.

—¡No me digas! ¿Así que insistió en cumplirle la promesa de tirarlo allí?

—No. Álvaro está vivo —gruñó Juan.

Dimitri abrió los ojos de par en par. Después miró a Kin, que asintió con la mirada y, por último, miró a Loreto, que gritó contenta:

—¡Pene!

El inmenso Dimitri colapsó. Lanzó al aire toda una retahíla de gritos, preguntas, insultos e improperios con tal escándalo que el comisario dio un paso adelante y lo apuntó con su pistola directamente a la sien.

—Cállese o lo mato —lo amenazó.

Dimitri tuvo que cerrar los ojos y morderse el puño para no gritar, pero aun así todos lo escucharon murmurar:

—¿Cómo voy a callarme con semejante chisme?

—Por favor, silencio —suplicó Sara, arrodillada junto al cuerpo de Wendoline—. Está muy grave.

Al oírla, el Víbora fue hacia ella. Sara giró el cuerpo de Wendoline. Le examinó la herida de la

cabeza, que no dejaba de sangrar, le tomó el pulso, comprobó sus pupilas...

—Vamos, Wendoline. ¿Puedes oírme? Wendoline... —murmuró, muy bajito. En realidad no quería que despertara.

—¿Está bien? —preguntó el Víbora, alarmado de verdad.

—El golpe ha sido muy fuerte. Puede tener un derrame interno y eso es muy peligroso. Podría morir —dijo Sara, impregnando su voz de dramatismo.

—¿No puede hacer nada para curarla?

—No. Hay que llevarla al hospital. Necesita urgentemente un TAC.

El Víbora empezó a sudar. Caminó nervioso alrededor de Wendoline, lanzándole de vez en cuando miradas nerviosas. Sara aprovechó una de esas miradas para levantar el brazo de Wendoline y soltarlo de golpe. Cuando el Víbora vio que caía a plomo, terminó por ponerse nervioso.

—*Güey*, tenemos un problema —clamó mirando al comisario.

—¿Qué pasó?

—La señora está muy mal.

—¿Y qué te importa esa vieja?

El Víbora lo miró contrariado.

—¿Cómo que qué me importa? Es maya, como yo —le explicó.

—Pues no le hubieras pegado tan fuerte, *güey* —replicó el comisario.

Sara levantó la vista. El Víbora dudó. Cada vez estaba más nervioso.

—¿De veras no puede hacer nada? —le preguntó bajito, lleno de preocupación.

—Nada. Tendremos que confiar en los aluxes. Ellos la protegerán —dijo Sara.

—¿Ella cree en los aluxes?

—Mucho. Toda la casa está llena de ofrendas.

Ahora sí, el Víbora terminó de ponerse nervioso. Una cosa era incumplir la ley y otra muy distinta desafiar a los aluxes, esos seres del inframundo maya capaces de cualquier cosa con tal de defender a sus protegidos. Si llegaron a tirar varias veces el puente de Nizuc cuando lo estaban construyendo, ¿qué no harían con él?

—*Güey*, ahora sí que estamos bien amolados —dijo, caminando hacia el comisario.

—¿Por qué?

—La vieja es una protegida de los aluxes.

—No mames, ¿tú te crees esas cosas?

—Pues sí, ¿cómo no las voy a creer?

—No seas pendejo, hombre...

Mientras ambos discutían, algo llamó la atención de Sara. Al otro lado del salón, en el ventanal que daba al mar, pudo ver pasar una sombra veloz hasta esconderse en un matorral.

—Te digo que existen, ¿no oíste la leyenda del puente de Nizuc?

—Tú lo estás diciendo, es una leyenda.

—Ni tan leyenda. ¿No ves que hasta que no les pidieron permiso a los aluxes y les construyeron una casita, el puente se caía a cada rato?

—Eso son tonterías que le cuentan a los turistas, menso.

Aprovechando la discusión, Sara llamó la atención de Juan y Dimitri. Cuando la miraron, les señaló a Kin y a la pequeña Loreto y les hizo una seña como para pedirles que los protegieran. Después señaló con los ojos el ventanal, donde ambos debieron ver algo, porque se apresuraron a proteger el cuerpo de la niña, con tan mala suerte que, al colocarla, ella perdió su peluche.

—¡Po! —exclamó.

Kin se agachó para alcanzárselo, pero había caído tan lejos que tuvo que estirarse un poco más.

—Te digo que no existen —insistía el comisario, cada vez más enfadado.

—Y yo te digo que tenemos que llevar a esta vieja al hospital o tendremos problemas.

Como los dos malhechores estaban encarados como dos orangutanes, Kin se levantó y dio un paso para alcanzar el peluche de su primita, justo en el momento en que una lluvia de disparos y cristales rotos cayó como una maldición de los aluxes sobre el salón.

Se escucharon gritos, llantos y el ruido seco que hicieron tres cuerpos al caer al suelo. Uno fue el del Víbora, otro el del comisario y, el último, el de Kin.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Fabio aparcó su coche detrás del Karlmann para mantenerlo oculto.

—Maldita sea —gruñó cuando se bajó y vio a Cayetana forcejear con Álvaro cuando tomaron el sendero del río.

Decidido, fue tras ellos, rezando porque Álvaro no lo descubriera, al menos no hasta que pudiera matarlo.

Cayetana avanzó por el sendero pensando en lo irónica que era la vida. Caminaba sobre los pasos que había dado el día anterior cargando lo que creía que eran las cenizas de su marido y, esta mañana, con la misma urna mal pegada, preguntándose dónde estaría. Y ahí lo tenía, caminando tras ella como si de un ser del inframundo maya se tratara.

Cuando llegaron a la bifurcación, Cayetana tomó el camino largo, ese por el que había guiado a su familia para mostrarles el cenote desde arriba.

—Vamos por aquí, mi reina —dijo Álvaro, señalando el otro sendero, el que llevaba al cenote por el río.

Cayetana miró al cielo, cada vez más oscuro.

—Álvaro, no vamos a tener mucha luz y es peligroso. Además, el ayer vi a Pancho.

—Pancho... —se burló—. ¿Tienes miedo de que nos coma? Y qué bueno que la tormenta nos agarre en el cenote, ¿no crees? —dijo abrazándola por la espalda.

—Suéltame —protestó ella.

Álvaro la sujetó con más fuerza aún y acarició su cuello con la pistola.

—¿Por qué? Las tormentas te excitan y los cenotes también. Podemos pasar aquí toda la noche y hacer el amor por última vez —susurró lascivo en su oído.

—¡Que me sueltes! —protestó Cayetana, que se revolvió con violencia para zafarse de su abrazo.

Álvaro rio a carcajadas, orgulloso del rencor que destilaba la voz de su reina. Eso demostraba lo herida que estaba.

—No te enfades, mujer, no es nada elegante —se burló—. Además, si estamos aquí es por tu culpa. Si le hubieras dado los diamantes a García esta mañana, esto no estaría pasando.

—No, Álvaro —dijo ella, con una carcajada—. Estamos aquí porque tú eres idiota.

La cara de Álvaro se transformó de pronto.

—Cuidado, Cayetana. No tengo ningún inconveniente en dejar a mi hijo huérfano —dijo cuando levantó la pistola a la altura de su frente, pero no consiguió que ella se achantara.

—¿Por qué no desapareciste sin más, Álvaro? —preguntó con voz cansada—. Podías haberte llevado los diamantes a cualquier lugar, repartir el botín con tus compinches y dejarnos a Kin y a mí en paz. ¿Por qué tuviste que enredarlo todo escondiéndolos en tu urna? ¿Querías demostrar que tu plan era perfecto?

Álvaro bajó la pistola y soltó una risotada sonora:

—Mi reina, siempre tan inocente... Sabíamos que Mr. Thomas revolvería todo Cancún hasta encontrar los diamantes, y eso le preocupaba mucho a García. Decía que necesitábamos un lugar seguro donde nadie se atreviera a llegar. No me costó mucho convencerlos de que la urna de un muerto en el fondo de un cenote era el último sitio donde Mr. Thomas buscaría.

—Pero era mentira, ¿verdad?

—¿Por supuesto, mi reina! ¿Desde cuándo me he conformado con una tercera parte de nada? La verdad es que propuse el cenote porque era el lugar donde ninguno de ellos podría llegar sin mí. García no sabe nadar y el Víbora no entra en un cenote ni loco, porque cree que es la puerta al infierno de los mayas. Era un plan perfecto.

Cayetana lo miró con lástima.

—¿De quién era el cadáver que yo reconocí? —preguntó.

—De un borracho más o menos de mi altura que se dejó matar.

—¿Lo mataste tú?

—Ya te lo dije, mi reina, no soy un asesino. Lo mató mi compadre. Fue muy desagradable. Tuvimos que tenerlo metido en un pozo pudriéndose unos días antes de sacarle los ojos, ponerle el *apadravya* y tirarlo en la playa, pero era la única manera de que reconocieras mi cadáver.

Una ráfaga de viento y un escalofrío recorrió la espalda de Cayetana la advirtieron de que la tormenta iba a empezar. También sintió un mal presagio.

—¡Kin! —gritó Dimitri al ver el cuerpo del joven tendido a sus pies lleno de sangre.

—Me duele —susurró Kin, casi sin fuerza.

Todos entraron en pánico, cada cual a su manera. Unos, como Dimitri, gritaron histéricos. Otros, como Celso, se taparon la cara y lloriquearon. Y otros, como Juan, permanecieron quietos, inmobilizados por el miedo y desbordados por la situación. Solo dos personas mantuvieron la calma y reaccionaron. Uno fue Osvaldo, que se apresuró a alejar las pistolas de los cuerpos del comisario y el Víbora. Y la otra, Sara. Antes de que Juan fuera siquiera consciente de la situación, ella ya estaba arrodillada junto al cuerpo ensangrentado de Kin.

—Osvaldo, ¿cómo están esos dos? —preguntó Sara.

—Muertos, doctora.

—Kin, ¿me oyes? —le preguntó con voz serena.

—Sí, tía. Toma, aquí está Po —murmuró el joven, con la voz débil, tendiéndole el peluche de Loreto.

—Juan, cógelo —dijo Sara aventándose, pero él no reaccionó y Loreto tuvo que pasar por encima de sus rodillas para alcanzar el peluche. Después, abrazó a su papá, como si entendiera que necesitaba consuelo.

—Kin, ¿dónde te duele? —preguntó Sara.

—En el brazo, no lo puedo mover.

Con un terrible esfuerzo, Sara desgarró el polo por la costura lateral para descubrir la herida, que sangraba a borbotones.

—Creo que tienes una bala en el hombro.

—¿Me voy a morir?

—No, por esto no. Pero no te duermas. Juan, pide ayuda, por favor.

—¿Qué? —murmuró él, mareado por la visión de tanta sangre.

—¡Osvaldo, pida una ambulancia! —gritó Sara, ante el bloqueo de su marido.

—Ya los llamamos, vienen para acá —dijo una voz que Sara no reconoció.

La policía federal y los hombres de Mr. Thomas habían tomado el salón de Cayetana. Dos agentes asistían a la pobre Wendoline. Otros hablaban con Osvaldo, que les explicó lo ocurrido, y los demás iban levantando a todos del sillón para que Sara pudiera atender a Kin.

—¿Qué grupo sanguíneo eres, Kin? —le preguntó mientras comprobaba que no había herida de salida.

—Cero positivo.

—Oye, no te duermas, ¿vale? ¡No puedes perderte esto! —le dijo animada.

Aunque Kin sonrió, comenzaba a estar demasiado pálido. Perdía sangre sin parar y Sara no conseguía detener la hemorragia, por eso no dudó en quitarse su camiseta y quedarse en sujetador para taponar la herida.

—Por favor, que alguien traiga toallas —gritó.

—¡Kin, muchacho! —La voz de Mr. Thomas sonó desesperada por todo el salón.

—Me muero, Mr. Thomas —murmuró Kin.

—No te vas a morir, Kin —insistió Sara con firmeza—. ¿Me oyes? Aguanta. Es solo una herida que te va a dejar una cicatriz preciosa. Piensa en cuantas chicas vas a impresionar con ella.

—¿De veras?

—¡Claro! Kin... ¡Kin!

Para cuando la ambulancia llegó, el joven ya se había desmayado. Sara, toda cubierta de sangre, les explicó a los médicos la situación. Había dos heridos, una mujer con una posible contusión que ya había recuperado el conocimiento y un joven con herida de bala en el hombro derecho y orificio solo de entrada. Necesitaba una transfusión urgente y tenían que operarlo de inmediato.

—¿Es usted médica?

—Sí.

—¿Puede acompañarnos?

—Por supuesto, yo mismo la llevaré —afirmó Mr. Thomas.

—No, mejor que venga en la ambulancia.

Sara buscó a Juan entre el gentío que había tomado el salón. Estaba en un rincón junto a Dimitri y con Loreto en brazos, y la miraba de una forma realmente extraña.

—¿Estaréis bien? Tengo que ir con Kin —le dijo.

Juan le entregó a la niña a Dimitri, se quitó su polo y se lo puso a Sara.

—Vete —le dijo, y, por alguna extraña razón, su voz sonó a despedida.

La tormenta descargó cuando apenas faltaban unos metros para que Cayetana y Álvaro entraran en el túnel que llevaba al cenote, pero lo hizo con tal fuerza que llegaron empapados.

—¡Ay! —gritó Cayetana cuando cayó al suelo después de dar un traspié.

Álvaro la ayudó a levantarse.

—Vamos.

Cayetana se apoyó en él para quitarse los zapatos y, cuando puso el pie derecho en el suelo, sintió un dolor punzante.

—¡Ay! —gritó de nuevo—. Creo que me he torcido un tobillo.

—Tú y tus tacones... —gruñó Álvaro.

Cayetana intentó dar un paso más. Imposible.

—No puedo. Tienes que ayudarme o ir tú solo.

Álvaro guardó la pistola en el cinturón de su pantalón y la levantó para llevarla en brazos.

—No hagas ni una tontería, ¿de acuerdo?

Cargó con ella por el túnel hasta que llegaron al cenote.

—¿Dónde la dejaste? —le preguntó.

—Donde tú querías.

Álvaro sonrió con desfachatez.

—Siempre tan complaciente —dijo cuando la depositó en el suelo—. Vamos, ve a por ella.

—¿Qué?

—Que vayas a por ella.

—No creo que pueda, es muy profundo.

Álvaro sacó la pistola de su cinturón y la apuntó con ella.

—No son ni dos metros, puedes de sobra.

Una extraña certeza hizo que Cayetana sintiera otro escalofrío.

—¿Y después qué, Álvaro?

—Después ya veremos, mi reina. A lo mejor te convengo para hacer el amor en tu piedra. ¿Te acuerdas?

—No voy a hacer el amor contigo, Álvaro, ni tampoco voy a coger tus diamantes, así que, si

quieres, márame ya.

—Estúpida —gruñó Álvaro dando un paso adelante con la mano en alto para darle otro golpe.

Cayetana se encogió en un acto reflejo, pero cuando creyó que iba a recibir el golpe, escuchó un ruido seco y un gruñido de sorpresa. Álvaro rodó por el suelo del cenote, entre arena y piedras, enredado con otro cuerpo que Cayetana no tardó en reconocer.

—Fabio, ¡déjalo! —gritó, cuando vio que ambos se incorporaban y se disponían a pelear.

En una pelea, el más noble tiene siempre las de perder, y Álvaro no tardaría en demostrar que la nobleza no era su fuerte, sobre todo cuando se dio cuenta de que había perdido la pistola:

—¡Mi gran amigo Fabio! —exclamó—. ¿No me digas que quieres tu parte del botín?

—No quiero nada tuyo, Álvaro.

—¿Cómo que no? Siempre has querido a mi mujer. Reconócelo y hagamos un trato. Tú te quedas con ella y yo me quedo con los diamantes. O si no...

—O si no nada, Álvaro. La policía viene de camino. Esto se acabó.

Álvaro se puso muy nervioso. Cayetana lo supo por cómo levantaba el mentón y movía los hombros hacia atrás.

—¿Has llamado a la policía?

—Yo no. Ha sido Mr. Thomas. Estás perdido, Álvaro.

—Está bien, vamos a calmarnos los tres. Cayetana, Fabio, quedaos con los diamantes si queréis, pero dejad que me vaya —propuso, nervioso.

—No vas a ir a ninguna parte. Tienes que pagar por todo lo que has hecho —le advirtió Fabio.

—Pero bueno, ¿a ti qué más te da? ¿Te he hecho algo, Fabio? Deja que me vaya, joder.

Cayetana trató de apoyar el pie para ir hacia ellos y evitar una pelea, pero pisó algo duro y metálico. Era la pistola de Álvaro. Se agachó para cogerla y, contra todo pronóstico, apuntó con ella a Fabio:

—Deja que se vaya —le dijo.

Los dos hombres la miraron asombrados.

—Cayetana, ¿qué estás haciendo? —preguntó Fabio.

—Es el padre de mi hijo.

—Es un delincuente.

—Por eso. Lo mejor es que siga legalmente muerto. Si esto sale a la luz serán años de juicios y no puedo someter a Kin a todo eso.

Las carcajadas de Álvaro llenaron el aire del cenote.

—Mi reina, siempre tan comprensiva...

Cayetana apuntó ahora hacia él:

—Vete, Álvaro, y no vuelvas a cruzarte en nuestro camino.

Un ruido de voces acercándose los alertó.

—Son ellos —dijo Fabio.

—Rápido, por el camino del río. ¡Vete! —insistió Cayetana.

Álvaro echó a correr, pero pronto se detuvo, cuando vio la silueta de varios hombres acercándose por el túnel.

—Mierda —murmuró nervioso.

Solo tenía una salida, la que estaba al otro lado del cenote, pero tenía que cruzarlo. Por suerte lo conocía bien. Podía ir buceando por las zonas más profundas y sabía de unos cuantos recovecos donde podría ocultarse. Además, la lluvia cayendo sobre la superficie del cenote y la complicidad de Cayetana le serían de gran ayuda, pero debía darse prisa. Se quitó los zapatos y se adentró en el agua con rapidez.

—Álvaro, no...

La voz de Cayetana desapareció cuando se sumergió. ¿Qué querría advertirle? Ya no importaba. Necesitaba huir.

Cayetana intentó caminar y cayó al suelo de rodillas. Fabio corrió hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó tocándole la cara, los brazos, el pelo...

—No, me he torcido un tobillo y estoy preocupada. Creo que ha pasado algo en casa y esto es peligroso —murmuró ella señalando al agua.

—Olvídate de él. ¿Qué tienes aquí? ¿Te pegó? —gritó Fabio con rabia al ver el labio de Cayetana hinchado.

Cayetana no tuvo tiempo de responder.

—¡Quieto! —gritó una voz, justo antes de oírse un disparo.

Fabio y Cayetana se volvieron hacia el cenote. El cuerpo de Álvaro caía herido al agua desde la otra orilla. Trató de salir de nuevo, arrastrándose, pero cuando ya tenía medio cuerpo fuera, las poderosas fauces de Pancho, el inmenso cocodrilo que protegía a Cayetana, lo atraparon y, entre gritos que desgarraron el aire del cenote, se lo llevaron para siempre al inframundo maya.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Juan arrastró su maleta por el pasillo y la dejó en la entrada, junto a la puerta. Era medianoche, pero nadie en Villa Cayetana dormía aún. Ya se habían llevado el cadáver del comisario García y también el del Víbora, los policías se habían marchado y todos se afanaban en borrar cualquier rastro de lo ocurrido por la tarde en el salón. Aunque Cayetana y Fabio se quedarían a pasar la noche en el hospital con Kin, Wendoline quería que todo estuviera perfecto para cuando llegaran Dimitri y Sara del hospital. Las noticias que tenían era que habían operado al muchacho y que Álvaro estaba muerto, pero la historia era tan peregrina, que cada uno la había tergiversado a su manera para poder asimilarla. Juan insistía en explicarles que Pancho era un cocodrilo, pero Celso seguía pensando que era un policía enviado por San Antonio y Wendoline que se trataba de uno de sus aluxes.

—Papá —gritó Loreto desde el salón, donde jugaba con Carmen.

Juan fue hacia ella y la abrazó.

—Es bien valiente esta niña —dijo Carmen—. Con todo lo que vio esta tarde aquí y no se asustó ni tantito. Es igual que su mamá.

—Sí. Igual que su mamá —susurró Juan derrotado.

—Ya vienen —gritó Wendoline desde la cocina.

Todos se colocaron frente a la puerta para recibirlos y, en cuanto aparecieron, se formó un guirigay incomprensible de voces:

—Doctora.

—Don Dimi.

—¿Cómo está Kin?

—¿Y doña Cayetana?

—¿Qué pasó con don Álvaro?

—¿Es cierto que lo mató un cocodrilo?

—¿De veras se lo llevaron los aluxes al inframundo?

Con su paciencia habitual, es decir, ninguna, Dimitri les pidió calma para explicarles la situación:

—¡Ya cállense! Dejen de chillar que me ponen los nervios de punta. Su jefe está muerto, ya por fin. Y sí, Wendoline, si los aluxes tienen forma de cocodrilo, entonces fueron ellos los que se lo llevaron, pero no al inframundo, sino a la mismísima chingada.

—Diosito se apiade de él —dijo Celso, santiguándose.

—Para mí que Diosito se apiadó de nosotros y que por eso se llevó a ese desgraciado, Celso, pero si quiere rezar, rece por su alma porque le va a hacer falta.

—Y doña Cayetana y Kin, ¿cómo están?

—Kin está bien y Cayetana mejor. La condenada no sale de los brazos del *papasote* y me late que va a quedarse allá lo que le queda de vida.

—¿Doña Cayetana y don Fabio ya están juntos? —se asombró Wendoline con el rostro iluminado.

—Sí, mijita. Por fin la güerita abrió esos ojazos verdes que tiene y decidió usarlos.

—¿Cuándo volverá Kin?

—Eso ya preguntenselo a Sarita la doctora. Ella es la que se sabe los detalles. Sara... Sarita... ¡Sara! —gritó Dimitri, al ver que estaba como extasiada, contemplando la maleta de Juan junto a la puerta.

—Perdón —murmuró ella.

—Que les cuentes cómo está Kin —insistió Dimitri con grandes aspavientos.

—Bien, está bien. ¿Dónde está mi marido?

—Aquí estoy, Sara —dijo Juan, sentándose en el inmenso sofá.

Sara se adentró en el salón y Loreto salió a su encuentro.

—Hola, mi vida —dijo ella tomándola en brazos.

—Mamá, Po... —dijo la niña, mostrando la mancha de sangre que tenía su perrito.

—Tiene una herida. ¿Por qué no vas con Carmen y lo bañas para curársela?

—*Tí* —dijo la niña, que salió corriendo a buscar a su nana en cuanto Sara la dejó en el suelo.

Sara fue hacia Juan.

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

Juan asintió con tristeza y ambos salieron a la terraza. Una enorme luna salpicaba el mar de brillos. Era un espectáculo fabuloso, pero ninguno de los dos parecía tener la menor intención de disfrutarlo.

—¿Qué hace tu maleta en la puerta?

Juan respiró hondo antes de contestar.

—Me voy, Sara.

—Querrás decir que nos vamos, ¿no?

—No. Me voy solo. Tengo que trabajar y me imagino que tú querrás quedarte aquí unos días con tu hermana y con Kin. Y lo entiendo, pero así nos vamos acostumbrando —dijo Juan con la firmeza que requieren las malas noticias.

—¿A qué? ¿Qué quieres decir?

—No estamos bien desde hace mucho tiempo, Sara, y hoy he comprendido por qué.

Sara frunció el ceño. Estaba cansada y, después de lo que había vivido, no tenía paciencia para dar explicaciones sobre por qué había cumplido con su puto deber.

—Juan, si lo dices porque os dejé solos para ir al hospital para acompañar a Kin... Estaba

herido y yo soy médica —dijo con rabia.

—No es por eso, Sara —contestó él, sin acritud.

—¿Entonces? No puedes irte así, sin contar conmigo. Te recuerdo que tenemos una hija.

Juan suspiró con fuerza antes de contestar.

—Por eso mismo me voy. Es tan lista... Merece algo mejor que lo que le estamos dando, ¿no crees?

—Merece que la cuidemos, Juan, no que su padre tire la toalla solo porque la situación lo supera.

Juan se apoyó en la barandilla, de espaldas al mar, bajó la cabeza y cruzó los brazos. Las palabras de Sara eran tan certeras que solo consiguieron confirmar que en ese conjunto al que un día llamó familia, él era el elemento que sobraba.

—Tienes razón y quiero que quede claro que esto no ha sido culpa tuya ni tampoco de Loreto, aunque nos tenga agotados.

—Me vas a dar la razón en todo porque ya lo has decidido, ¿verdad?

—Sí, Sara, ya lo he decidido.

—¿Podrías ser sincero al menos con una cosa, Juan? —preguntó Sara, con la voz ahogada por el dolor.

—¿Cuál?

—¿Me habrías pedido que me casara contigo después de nacer Loreto?

Juan meditó su respuesta. Podría mentirle para no causar más daño pero ¿tenía algún sentido ya?

—No, Sara. No lo creo. Sois demasiado para mí y, como bien has dicho antes, me superáis —confesó.

Sus palabras perforaron el estómago de Sara como un disparo. No importa cuán seguros estemos de una hipótesis, el momento de confirmarla siempre es doloroso.

—No puedo creer lo que acabas de decir, Juan.

—Lo siento, Sara.

—Más lo siento yo —murmuró ella. Y se fue, sin entender que lo había malinterpretado todo.

Cayetana despertó cuando sintió un ínfimo movimiento en la mano de Kin, a la que había permanecido aferrada desde que le permitieron entrar en la habitación. Estaba a punto de despertar. Podía sentirlo. Igual que cuando era un bebé y ella despertaba un minuto antes de que empezara a llorar, como si fueran relojes sincronizados.

—Mamá...

—Kin. Estoy aquí, cariño —dijo, apartándole el pelo de la cara.

—¿Estoy muerto?

—No, cariño. Sarita te salvó. ¡Estás vivo!

—¿Qué pasó?

—Pasó que te dispararon y te tuvieron que operar porque tenías una bala en el hombro, pero ya estás a salvo.

—Me refiero a papá. ¿Escapó con los diamantes?

—No, cariño, ya los tiene Mr. Thomas.

—Menos mal. ¿Por qué los volviste a llevar al cenote?

—Cuando encontré la alianza de papá en el barco tuve la duda de si seguiría vivo. No quería que se acercara a nosotros, por eso los llevé allí.

—¿Y dónde está él ahora? ¿Lo detuvieron?

—No, él... Kin... Lo importante... Un policía le disparó y... —Cayetana no encontraba las palabras adecuadas. No sabía cómo darle de nuevo la misma noticia.

—No te hagas, mamá, y ya dime que está muerto.

—Sí, cariño, ahora sí que está muerto.

Kin se quedó en silencio. Cayetana apretó su mano, pero lo cierto era que el muchacho parecía sentir más alivio que tristeza.

—¿Crees que me darán doble pensión por orfandad? Nos arruinó y después de esto seguro que voy a necesitar terapia —dijo Kin.

Cayetana sonrió, al menos se estaba tomando la noticia con tranquilidad.

—No te preocupes por eso ahora. Saldremos adelante.

—¿Vamos a vender la casa? —dijo Kin.

—No podemos. Está embargada.

—¿Y la plantación?

—También.

Kin torció el gesto.

—¿El Karlmann? Vale mucho dinero.

Cayetana negó con la cabeza y bajó la vista avergonzada. Kin se quedó pensativo. Buscaba con urgencia algo que pudiera consolar a su madre, y lo encontró:

—Mamá, ¿sabes qué nos puede salvar?

—¿Qué?

—Ese chisme de oro y diamantes que papá llevaba colgando del pito. ¿Cuánto crees que nos darán por él? —preguntó con sorna.

Cuando Fabio asomó por la puerta con dos cafés, encontró a Cayetana y a Kin poseídos por una especie de risa nerviosa que, sin embargo, parecían necesitar como liberación.

—¿Qué os ha dado el doctor? —preguntó.

—Nada, Fabio —dijo Cayetana, tratando de calmarse—. Estábamos celebrando que estamos en la ruina.

—Sí, pero es bueno. No tenemos nada, ni siquiera problemas —dijo Kin, entre risas.

Fabio metió entonces las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Bueno, tú al menos tienes algo, Kin —anunció y le mostró un pequeño objeto.

—¿Qué es eso?

—La bala que te dispararon.

Kin alargó la mano y la observó asombrado.

—Con razón me dolió tanto... ¿Me la puedo quedar de recuerdo?

Su madre dudó:

—No sé si es buena idea, Kin, estas cosas están cargadas de karma...

—Pero es buen karma, mamá. Piensa en las cosas buenas que nos va a traer el *apadravya* de mi papá...

Estalló un nuevo estruendo de risas. Era tal el escándalo que ni siquiera Fabio se percató de que dos hombres vestidos con traje negro se asomaban a la habitación, inspeccionaban su interior y se quedaban apostados en la puerta mientras avisaban a sus compañeros de que todo estaba en orden.

—¡Buenos días, queridos amigos! ¿Podemos pasar?

Aunque Mr. Thomas y Linda sonrieron desde la puerta, no podían ocultar su preocupación.

—Mr. Thomas... Linda... —murmuró Cayetana, acercándose a ellos.

—¿Cómo está Kin? —preguntó Linda, preocupada—. ¿Y cómo estás tú?

—Bien, gracias. Ya pasó todo, así que solo podemos ir a mejor.

—Mr. Thomas —lo llamó Kin—, mire la bala que me sacaron.

—*Wow!* No se la enseñes a Linda porque me dejará por ti.

—Percival, deja en paz al muchacho —lo regañó ella.

Linda se puso de puntillas para alcanzar a Kin y darle un beso, pero el revuelo que formaron los guardaespaldas en la puerta y una voz escandalosa, llamó la atención de todos.

—Mire, mijito, no sé quién se cree pero fijese que más grande que yo solo es la Tierra y, ¿sabe qué? Que la estoy pisando.

—Es Dimitri —dijo Kin.

—Déjenlo pasar, por favor, es de confianza —ordenó Mr. Thomas.

Dimitri entró en la habitación como una exhalación.

—Gracias, patrón —dijo, casi gritó, mirando desafiante a los guardaespaldas.

Tras él entraron Sara y Loreto.

—¡Sarita! ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —le preguntó Cayetana, preocupada.

—Sí, hola a todos. Kin, ¿cómo estás? —dijo. Su voz sonó tan apagada que todo el mundo se dio cuenta de que algo le pasaba.

—Hola, tía. Estoy bien gracias a ti —exclamó el muchacho, tratando de animarla.

Sara esbozó una sonrisa que no pudo completar, porque Loreto se echó a llorar. Su madre la tomó en brazos y trató de disculpar su comportamiento:

—Lo siento, está cansada.

—No está cansada, Sarita la doctora. Lo que le pasa a la chamaquita es que su papá se fue y lo extraña —dijo Dimitri que, acto seguido, se tapó la boca con un gesto exagerado que demostró su clara intención de delatarla—. Uy, se me escapó.

—¿Dónde está Juan? —preguntó Cayetana.

—No lo sé —murmuró Sara.

—Yo te lo cuento, güerita. Aquí tu hermana, la doctora pendeja, dejó que su esposo se fuera. Y todo por un malentendido.

—No fue un malentendido —dijo Sara.

—¿Ah, no? Cuéntales a todos lo que te dijo. Vas a ver como opinan igual que yo —gritó Dimitri, haciendo gala de su falta de tacto.

Sara levantó la vista avergonzada. Todos, hasta Mr. Thomas, la miraban expectantes.

—Lo siento, pero creo que no es el momento ni el lugar —dijo.

—Está bien, yo les cuento, porque, además, lo estoy deseando. Fíjense que aquí la doctora, anoche se enfadó porque Juan le dijo, palabras textuales: «Sois demasiado para mí» —dijo Dimitri.

—¿Estabas escuchando la conversación? —preguntó Linda.

—¡Claro, mijita! La duda ofende.

—¿Y qué pasó? —dijo Cayetana.

—Pues que tu hermana entendió que eran una carga para él, todo porque no se dio cuenta de la cara con que Juan la miraba cuando ayer, Cayetana tápate los oídos tantito porque te puedes desmayar, estaba toda ensangrentada atendiendo a Kin. ¡Y el colmo fue cuando te quitaste la ropa para taponarle la herida al chamaco!

—Sí, de eso me acuerdo. ¡Fue lo máximo! —exclamó Kin, desde la cama.

Las mejillas de Sara se encendieron al ver que todo el mundo seguía con atención el relato de Dimitri.

—Tenían que haberla visto. Primero desgarró la playera de Kin, yo no sé ni cómo, porque tenía que estar más dura que el turrón de oferta. Como la herida sangraba que parecía el manantial de Chapultépéc, se quitó la camiseta para taponarla y se quedó en brasier. Y todo así, como si tal cosa, mientras yo estaba histérico y Juan parecía una de las momias de Guanajuato.

—Sarita, ¿eso fue así? —preguntó Cayetana.

—Bueno, parece que Dimitri recuerda más detalles que yo...

—Pues sí, porque tengo otro. Cuando se iba a subir en la ambulancia, Juan le prestó su playera. Mr. Thomas, usted estaba delante, ¿no se dio cuenta de cómo la miraba?

—Discúlpame, Dimitri, pero no me di cuenta, estaba pendiente de Kin —confesó Mr. Thomas.

—Ay, diosito, ¿por qué me hiciste a mí tan chismoso y a los demás tan ciegos? —clamó Dimitri mirando al cielo—. Bueno, para hacerles el cuento corto, Sara se acercó medio desnuda y ensangrentada a Juan para decirle que se iba en la ambulancia y entonces él se quitó su playera y se la puso con una cara de galán enamorado, que les juro que yo lo vi hasta en cámara lenta. ¿A que ahorita entienden lo que les dijo?

Todos miraron a Sara y asintieron.

—Bueno, no importa, ya lo aclararemos cuando vuelva a España. ¿Habéis visto qué día tan

bonito hace hoy? —preguntó ella, tratando de desviar la atención de todos, pero no funcionó.

—Sara, ven acá y haz caso de una pobre vieja —le dijo Linda, tomando su mano para llevarla a un sofá. Sara se sentó a su lado con Loreto en brazos—. Tu esposo tiene el mismo problema que tenía Percival conmigo cuando nos conocimos.

—¿Yo tenía un problema? —dijo Mr. Thomas.

—Sí, Percival, pero ya te lo arreglé, tranquilo —dijo Linda burlona—. Sara, hay hombres que se creyeron el cuento de la princesa a la que tienen que rescatar. Eso no es ni bueno ni malo, salvo que den con una mujer como tú.

—¿Por qué? —murmuró Sara.

—Porque tú no eres de esas que piden socorro a cada rato, ¿me equivoco? Tú te salvas sola y eso no viene en el cuento.

—Perdón, Linda, pero no la entiendo.

—Dime una cosa, ¿tu esposo no hace muchas tonterías?

—Últimamente unas cuantas —reconoció Sara.

—¿Y por qué crees que las hace, si no es porque teme perderte?

—Sarita, creo que Linda tiene razón —suspiró Cayetana de pronto—. Y además, me temo que yo tengo parte de culpa, porque desde que llegasteis a Cancún no he dejado de atacarlo. Cuando fui a buscaros al aeropuerto te vi tan desmejorada que me preocupé y le eché la culpa de todo a Juan. Quería demostrarte que merecías algo mejor, pero la verdad es que tienes suerte, Sarita. Se ve a la legua que está enamorado de ti y se nota que es buen padre. Lo siento.

Sara recordó lo incómodo que se sintió Juan el primer día, cuando su hermana se lo presentaba a todo el mundo como doctor. También reconoció en su fuero interno que todo había empeorado desde que Cayetana apareció de nuevo en sus vidas y llegaron a Cancún. Sin embargo, no era el único problema que tenía con Juan.

—Gracias por el consejo, Linda, pero lo nuestro viene de más atrás. Nos casamos porque yo me quedé embarazada y, cuando anoche le pregunté si me habría pedido que me casara con él después de nacer la niña...

—¿Qué? —preguntaron todos al unísono, incluido uno de los guardaespaldas de la puerta.

—Me dijo que no —murmuró con tristeza.

—Pues claro que te dijo que no, Sarita la doctora, y menos después de verte ayer en acción —gritó Dimitri.

Sara repasó mentalmente las imágenes de lo ocurrido. Era cierto que cuando Juan se quitó su polo y se lo puso a ella, la miró de una forma extraña —que interpretó como censura—, pero también recordó su mirada cuando la vio vestida para ir al funeral de Álvaro y las tonterías que llegó a hacer por medirse con Fabio. Esos momentos significaban que no todo estaba perdido.

—Creo que tenéis razón —reconoció.

—¿Y a qué esperas para llamarlo, Sarita la doctora? —la instó Dimitri.

—No tiene teléfono. Se le cayó al río cuando fuimos al cenote —dijo Fabio.

—¿No saben dónde está? —preguntó Mr. Thomas.

—Yo juraría por mi vida que durmió en el aeropuerto, porque se fue después de medianoche y no hay vuelos para España hasta dentro de una hora. Ya lo miré —aseguró Dimitri.

—Una hora... Entonces ya habrá embarcado —murmuró Sara, en tono de derrota.

—Vaya. Lo siento, Sarita —murmuró Cayetana, con un suspiro que acompañó todo el mundo, excepto una persona que no estaba acostumbrada a darse por vencida.

—Percival... —dijo Linda, mirando a su marido con una gran sonrisa llena de picardía.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Juan se dejó caer en el asiento del avión con desgana. Tenía por delante un vuelo de diez horas que podía pasarse durmiendo, porque no tenía que estar pendiente de nada. Llevaba casi dos años, desde que nació Loreto, fantaseando con un viaje así, como los que hacía cuando trabajaba en la consultoría. Se desplomaba exhausto en su asiento después de trabajar casi sin descanso durante días, y dormía a pierna suelta todo el vuelo. Eran las consecuencias de no tener nada ni a nadie a su cargo. Sin embargo, ahora estaba convencido de que no podría dormir casi nada. Tenía demasiadas cosas en qué pensar. Debía encontrar la forma de salvar su asesoría, pensar cómo repartir lo poco que tenía con Sara y buscarse un sitio donde vivir. Pero además, había algo que no lo dejaría dormir. El vacío que sentía desde que salió de Villa Cayetana.

—Perdona, creo que estás en mi sitio —dijo una hermosa joven que le mostró su tarjeta de embarque y una preciosa sonrisa.

—Lo siento.

Juan se puso en pie y dejó que ella pasara por delante.

«Esto va a ser un infierno», pensó Juan, cuando se dio cuenta de que la chica llevaba el mismo perfume que Sara.

Se sentó de nuevo y observó el trajín de pasajeros del avión. Iba lleno, por lo que perdió la esperanza de poder cambiarse de sitio. La joven colocó a la perfección su bolso, su chaqueta, su pelo... Era de esas mujeres meticulosas que tardaban un siglo en acomodarse en su asiento y que, seguro, se levantaría constantemente para ir a hacer pis.

—¿Eres español? —preguntó la joven de pronto, con suma dulzura.

Juan la miró y ella sonrió aún más, mientras jugueteaba con un mechón de pelo. Estaba claro que quería caerle simpática. La cuestión era, ¿por qué?

—Sí, soy español, pero haz como si no lo fuera, por favor —le contestó.

—¿Perdona?

—Mira, eres una chica muy guapa y seguro que esto te funciona con otros hombres, pero ¿sabes qué?, conmigo no va a colar. Ya me casé con una chica que hasta olía igual que tú. Era guapa, sonría sin parar y, cuando me miraba, me hacía creer que yo lo era todo para ella. ¡Y era verdad! Estoy seguro de que al principio pensaba que yo era la repanocha. ¡Pero no lo soy, tía! Soy humano y, como todos los humanos, meto la pata, me tiro pedos, hablo cuando tengo que callar y callo cuando tengo que mandarlo todo a paseo. Por eso, guapita, la respuesta es sí, soy español, pero haz como si no lo fuera porque no quiero ver cómo, día tras día, convierto tu vida en una

decepción. ¿Vale?

—Vale, pero yo... Solo te lo preguntaba por si querías compartir un Uber cuando llegáramos a Madrid —murmuró contrariada.

—Sí, seguro —bufó él con arrogancia.

—¡Que sí! —insistió la joven, mirando ahora a una azafata que se acercaba por el pasillo y que señalaba a dos policías el asiento de Juan.

—¿Juan González García? —preguntó uno de los agentes.

—Sí, soy yo.

—Tiene que acompañarnos, señor.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, señor, pero tiene que acompañarnos.

Juan frunció el ceño. Tenía más que claro lo que esos dos hombres querían conseguir: «la mordida», algo así como una propina obligatoria, que en realidad era un soborno.

—Miren, señores. Hoy no estoy de humor —les dijo muy serio.

—¿Facturó su equipaje? —le preguntaron.

—No, solo llevo una maleta de mano.

—Está bien, así el avión no retrasará el vuelo.

—Oigan, ¿me están diciendo que no voy a poder viajar?

—Pues fíjese que no, porque sale al ratito y no nos va a dar tiempo de regresarlo —dijo uno de los policías, tan tranquilo.

Juan se negó, protestó, pidió un abogado y, antes de darse cuenta, caminaba dando tumbos por el largo pasillo del avión con las esposas puestas. Pero lo más humillante de todo fue que, a medida que se alejaba, llegó a oír la dulce voz de la joven hermosa preguntándole a alguien más:

—¿Eres español?

Sara y Dimitri se miraban en silencio, sentados en una salita pequeña donde un agente les aseguró, con muy buenos modales, que podían esperar mientras iban a buscar a Juan. Por nada del mundo se habrían imaginado que lo traerían esposado y rugiendo todo tipo de improperios.

—¡Juan! —dijo Sara, al ver el poco cariño con el que lo arrojaron a una silla.

—Ay, *mamasita*, ¿pero qué le hicieron? —dijo Dimitri.

—Pues es que opuso resistencia. ¡No quería salir! —explicó uno de los agentes.

—¡Sara! ¿Qué ha pasado? ¿Loreto está bien? —preguntó Juan, que pasó del enfado a la preocupación en cuanto la vio.

—Sí, está bien. No pasa nada. Oigan, ¿pueden soltarlo, por favor? —pidió Sara.

Los agentes lo liberaron de las esposas, dejaron la maleta de Juan junto a la mesa y salieron de la estancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Juan, demasiado enfadado todavía como para pedirle que se calmara.

—Pues vinimos para que hables con Sarita la doctora, a ver si así se dan cuenta de una vez de que están buscando al burro sentados encima de él —dijo Dimitri.

Juan le lanzó una mirada feroz y Sara tuvo que intervenir:

—Dimitri, ¿puedes dejarnos solos?

—Está bien, les dejo intimidad, pero díganse de una vez lo enamorados que están y déjense de pendejadas, porque al que no habla ni Dios lo escucha. Con permiso —dijo Dimitri, que abandonó la sala como si fuera una diva despechada.

—Sara, ¿qué está pasando aquí? —dijo Juan, cada vez más enfadado.

—No pasa nada, Juan.

—No me vengas con esas, ¡me han sacado a rastras de un avión!

—Sí, bueno, lo siento. Yo no sabía que iba a ser así. Es que, no podía dejar que te marcharas. Mr. Thomas se enteró y ya sabes cómo es. Llamó a no sé qué gobernador, sus hombres me trajeron aquí y...

—¿Qué quieres, Sara? —la interrumpió.

Ella se detuvo a mirarlo. Llevaba la ropa arrugada, el pelo revuelto y estaba claro que no había dormido en una cama. Pero no era eso lo que buscaba. Quería ver algo más allá de su aspecto, incluso de su enfado. Buscaba esa chispa que prendió en su interior el día que lo conoció. Y ahí estaba, a pesar de todo.

—Quiero estar contigo, Juan —contestó, con toda la honestidad que fue capaz de demostrar.

—¿Para qué?

Sara se sentó en una silla frente a él, al otro lado de una mesa sobre la que le tendió su mano. Juan no se movió.

—No hay un para qué, sino un porqué. Quiero estar contigo porque te quiero.

Los músculos de Juan se relajaron un momento, y tuvo el impulso de aceptar la mano que ella seguía manteniendo sobre la mesa en son de paz. Pero no lo hizo porque solo serviría para alargar la agonía.

—Gracias, Sara.

Ella retiró su mano poco a poco, a medida que su corazón se hacía pedazos.

—No es suficiente, ¿verdad? —le preguntó.

—No, es demasiado.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Te lo dije anoche. Sois demasiado para mí.

—¿Qué significa eso?

Juan apoyó los codos sobre la mesa y se frotó las sienes antes de hablar:

—Sara, no te diste cuenta de lo que pasó ayer en casa de tu hermana, cuando empezó el tiroteo, ¿verdad? Todo el mundo se volvió loco. Menos tú. Siempre me ha admirado que seas médica, sobre todo después de saber lo que tuviste que pasar para conseguirlo, y me siento orgulloso cuando me cuentas los casos de pacientes que consigues salvar, pero una cosa es oírte contar y

otra, muy distinta, verte en acción. No tienes ni idea de la impresión que me causó verte. No te temblaba el pulso, Sara, y yo ni siquiera pude coger a Po para dárselo a Loreto. Tuvo que ser ella, una niña de veinte meses, la que me abrazara a mí para sacarme del estado de *shock*. Eso es lo que significa que sois demasiado para mí.

—Juan, tu reacción de ayer fue de lo más normal —explicó ella.

—Pero no es solo por lo de ayer, Sara. Es todo. Me siento un inútil a tu lado porque cada paso que doy es un error, como cuando dejé la consultoría. Si hubiera seguido allí ahora estaríamos forrados y no tendrías que hacer tantas guardias para que llegemos a fin de mes. No sé, es como si el miedo a perderte me volviera un completo gilipollas y así nunca voy a hacerte feliz, por eso es mejor que nos separemos. Eres demasiado grande y yo nunca estaré a tu altura.

Sara frunció el ceño.

—Juan, yo no quiero un hombre que esté a mi altura. Yo quiero un hombre que esté a mi lado. Y ese hombre siempre has sido tú. ¿Qué otro hombre habría venido hasta Cancún conmigo para asistir a un funeral? ¿Quién, a parte de ti, dejaría que me hiciera la dormida y se levantaría a consolar a Loreto? ¿Y cómo es posible que juntos pudiéramos crear algo tan maravilloso como ella? Dime, Juan. Si no consigues hacerme feliz, ¿cómo es posible que no pueda respirar desde que te fuiste anoche?

—¡Ahora sí, ya me derretí! —gritó Dimitri cuando irrumpió de nuevo en la salita y los encontró besándose de forma apasionada por encima de la dichosa mesita.

—Dimitri, ¿te importa? —le dijo Juan.

—No, no me importa. ¡Síganle! —gritó histérico, sin apartarse un ápice de ellos.

—Dimitri, ¡fuera! —gritaron Sara y Juan a la vez.

—¡Ay, bueno! —dijo indignado—. Al final va a ser cierto eso que dicen de que al nopal solo se le arriman cuando tiene tunas.

EPÍLOGO

Es curioso cómo, en los mejores momentos, ni siquiera aquello que odias resulta un obstáculo para tu felicidad. Unos años más tarde, aunque a Sara seguía sin gustarle conducir, no dudó en sentarse al volante para ir al aeropuerto. Juan había pasado mala noche y necesitaba dormir. No les resultó fácil despedirse de Loreto cuando la dejaron en casa de sus padres para irse, por fin, de luna de miel.

Cuando ya estaban llegando al aeropuerto, el móvil de Sara sonó y la voz de su amiga Loreto retumbó a través de los altavoces del monovolumen:

—Por favor, venid ya, no soporto ni un minuto más a Abi ni a Mario —dijo sin más.

—¿Se están besando o se están peleando? —preguntó Juan, tratando de despertar.

—¿Y qué más da? Ellos no entienden la diferencia —dijo Loreto—. Por cierto, ¿llevais todo? ¿Pasaportes, billetes, cabezas...?

—Sí, Lore, esta vez llevamos de todo y vamos con tiempo. Ya estamos llegando —dijo Sara.

—Sí, ya os veo. Corred, por favor.

Sara enfiló el carril de descarga de equipaje de la terminal y aparcó el monovolumen frente a la inconfundible y siniestra figura de Loreto. Llevaba un largo vestido de tirantes que dejaba lucir sus tatuajes y unas botas con tantas hebillas que parecían pesar una tonelada. A su lado, Abi y su sempiterno novio, Mario, discutían de tal manera que no se dieron cuenta de que sus amigos habían llegado y estaban bajando del coche.

—¿Otra vez están con la boda? —le preguntó Sara a Loreto.

—Otra vez. Madre mía, Sara, ¡estás enorme! ¿Qué vas a tener? ¿Un bebé o un gorila?

—No lo sé, pero espero que duerma como un lirón —contestó, mostrando orgullosa su barriga.

—Mario, te digo que no es el momento. —La voz de Abi sonaba cada vez más exasperada.

—¿Y cuándo lo será, Abi? ¡Hasta Loreto y Crack se han casado ya!

—Pues cuando llegue, Mario. ¡No lo sé!

—¿Veis? —les preguntó Loreto a Sara y a Juan—. Nunca debes discutir con un imbécil, porque te lleva a tu terreno y, al final, te gana.

—¿Cuál de los dos es el imbécil? —preguntó Sara.

—¡Los dos! —exclamó Loreto.

Juan se quedó pensativo. Después, avanzó hasta colocarse en medio de Abi y Mario, los abrazó como si fuera a irse de parranda con ellos y les dijo:

—Chicos, ya está bien. ¿No os dais cuenta de que estáis buscando al burro sentados encima de

él?

—¿Qué te has fumado hoy, Juan? —le preguntó Mario, de mal humor.

—Nada, pero podría liarme un porro bien grande con tu papel de víctima, Mario.

—¿Yo me hago la víctima?

—Todo el tiempo, tío, y empiezas a ser insoportable —dijo Juan.

—¡Pero es que ella no atiende a razones!

—Porque no la dejas en paz. Y tú, Abi, deja de hacerte la interesante. No existe el momento perfecto para casarse ni para tener hijos ni para nada. A veces es bueno forzar un poco las cosas —dijo Juan, después de guiñarle un ojo a Sara.

Abi y Mario se miraron de reojo y Loreto aprovechó la tregua:

—Venga, vámonos. Al final esta gente va a perder el avión y yo no os aguanto más.

—Gracias por llevaros el coche, chicos —dijo Sara.

—Sí, tenéis suerte de que yo no conduzca. Con estos dos dentro hoy sería capaz de estrellarlo —afirmó Loreto con sonrisa satánica.

Las puertas del aeropuerto de Génova se abrieron. Sara y Juan buscaron entre la gente la figura elegante y sofisticada de Cayetana, pero se encontraron con alguien de lo más inesperado:

—¡Celso! —exclamó Sara cuando lo vio—. ¿Eres tú?

—Doctora, ¿cómo están?

—¿Qué haces aquí? Cayetana no me dijo que trabajabas para ella.

—Y no lo hago, doctora. Ahora soy el chófer de Mr. Thomas.

—¿Mr. Thomas está aquí?

—Claro. No quería perderse el acontecimiento. ¿Vamos?

En el trayecto desde Génova a La Spezia, Celso les contó varios detalles de lo que ocurrió en Cancún después de que regresaran a España, como que Mr. Thomas consiguió que la noticia de la segunda muerte de Álvaro, la de verdad, no saliera en ningún medio.

—Y aunque el chisme corrió como la pólvora por todo Cancún, la historia del cocodrilo Pancho no se la creyó nadie y se quedó como leyenda urbana —les explicó.

Pero, al parecer, ese no fue el único mérito de Mr. Thomas. Envío a Kin a estudiar a Estados Unidos para alejarlo del ambiente de Cancún y presionó a los bancos con los que Álvaro se había endeudado para que se conformaran con embargar los bienes de Cayetana y no le reclamaran nada más. Después, cuando Fabio le dijo que quería regresar a Italia y llevarse a Cayetana y a Kin con él, le propuso que le buscara un proyecto donde invertir.

—Y aquí estamos, a punto de inaugurar el primer hotel que Mr. Thomas abre en Europa. Ya verán qué bonito quedó. Es una villa que está aquí cerquita. Le iban a poner Villa Percival, pero don Fabio propuso Villa Guadalupe y así se quedó —les explicó Celso.

—¿Y qué tal Wendoline, Osvlado y todos los demás? —preguntó Sara.

—Pues ahí andan todos, trabajando para Mr. Thomas. Están muy contentos, pero la que más Wendoline, porque convenció a Mr. Thomas para que la dejara poner en el hotel un lugar para los aluxes y se la pasa contándoles quiénes son a todos los turistas.

Aunque no llevaba un inmenso Karlmann de ocho plazas, a Celso le costó maniobrar por las estrechas calles de La Spezia, hasta que llegaron a una enorme verja en uno de los puntos más altos.

—Ya verán cuando vean la casa de don Fabio. Es bien bonita.

—¿Fabio vive aquí? —se asombró Juan cuando la verja se abrió.

—Sí, parece que era la casa de su familia y la arregló para venirse con doña Cayetana. ¿Verdad que está bonita? —preguntó Celso, que detuvo el coche en un rincón del jardín donde había una asombrosa vista al mar.

Sara y Juan salieron del coche y se quedaron mudos contemplando lo que tenían frente a ellos, hasta que:

—¡Sarita! —La voz de Cayetana los hizo girarse.

—No puede ser... —dijo Juan.

—¡Caye! —exclamó Sara cuando vio a su hermana correr hacia ella descalza, con el pelo suelto y vestida con una simple camiseta y unos vaqueros medio rotos.

—Me alegro tanto de veros a los tres —dijo Cayetana abrazándolos.

—Doña Cayetana, yo ya me voy por si me necesita Mr. Thomas —dijo Celso.

—Gracias, Celso. ¿Te veo esta noche?

—Sí, señora, cómo no.

Cayetana les enseñó el jardín, donde tenía un huerto lleno de tomates protegido por un espantapájaros y una ofrenda a los aluxes, pero también les enseñó algo mucho más sorprendente.

—Caye, ¿esto es un zoo? —preguntó Sara, extrañada.

—No, tonta, ya sabes que odio esas cosas. Solo tengo aquí animales heridos que me trae la gente y los cuido hasta que se recuperan. Tengo unos cuantos problemillas con el ayuntamiento, que no me quiere dar la licencia, pero ya lo estoy arreglando —les contó—. Mirad, y aquí está la piscina. Fabio quería hacerla estilo *infinity* para que se fundiera con el mar, pero no sé, esta casa era de su familia y la tiró toda patas arriba. Algo tenía que dejar como estaba.

—Esto es muy raro —susurró Juan acercándose a Sara.

—No es raro, Juan. Esta sí es mi hermana.

Pero lo que más los asombró fue el salón, donde un rincón desordenado y sucio desentonaba con todo lo demás.

—Y este caos es mi taller de costura. Aquí los vestidos no tienen mucho éxito, pero mirad qué capazos más bonitos hago —dijo Cayetana.

—¿Los vendes en la playa? —le preguntó Sara, con sorna.

—¡No! Los vendo por internet. ¡Me he modernizado! —dijo Cayetana, justo cuando escucharon el crujir metálico de un cerrojo—. ¡Ahí viene mi *papasote*!

Fabio entró en el salón. Estaba tan fantástico y tan italiano que era la viva imagen de la felicidad. Fue directo a darle un beso a Cayetana y apenas tuvo tiempo de abrazar a Sara y a Juan antes de que alguien le quitara todo el protagonismo.

—¡Sarita la doctora! ¡Juan! —los saludó Dimitri, tan efusivo como siempre.

Después, cuando su mirada se tropezó con la de Cayetana, se cruzó de brazos mirando hacia otro lado.

—Hola, Dimi —dijo Cayetana con timidez.

Dimitri levantó el mentón para demostrar lo indignado que estaba.

—Hola, Cayetana la ingrata —dijo, muy seco.

—Dimi... ¿no me vas a dar un abrazo?

—¿Con lo disgustado que me traes? No, mijita, a ti no te doy ni la hora.

—¿No? ¡Con lo que yo te quiero! —insistió Cayetana, abriendo sus brazos.

—¡Ay, cállate, conciencia de nadie y de todos! No esperarás que después de lo solito que me dejaste en Cancún te salude así, como si nada, ¿no? —la regañó Dimitri, realmente enfadado, pero dándole un abrazo.

—Te dejé solito porque no quisiste venir conmigo —le recordó Cayetana.

—¡Porque Europa no me gusta! Tendrá mucho encanto y todo lo que tú quieras, pero todo es tan chiquito ¡que no quepo! —explicó, con grandes aspavientos—. Y conste que estoy aquí porque Mr. Thomas me pidió que ayudara al *papasote* a organizar el *spa* de su hotel, que si no, no me ven aquí ni de chiste.

El timbre sonó y Cayetana fue hacia el telefonillo.

—¿Sí?

—(...)

—¿Tienen una orden judicial?

—(...)

—Está bien, pasen.

—¿He oído orden judicial, Cayetana? —preguntó Fabio.

—Sí, pero no te preocupes, es por mis animales, lo arreglo enseguida —dijo ella, caminando marcha atrás hacia la puerta.

Cuando la abrió, dos *carabinieri* aparecieron en el umbral. Parecían un dúo cómico, porque uno era alto y delgado como un espagueti mientras que el otro parecía más un *tortellini*. Todos fueron hacia la puerta, y se formó una gran algarabía cuando vieron que los agentes sacaban unas esposas y Cayetana se las dejaba poner sin ofrecer resistencia.

—Fabio, cariño, me tengo que ir. Os veo a todos esta noche —les dijo con toda la tranquilidad del mundo.

—Cayetana, ¿no me dejas que te acompañe? Ni siquiera hablas bien italiano —dijo Fabio.

—Tranquilo, *papasote*, yo lo hablo mejor que Dante Alighieri, así que ya voy yo. Además, fíjense que me late que voy a platicar mucho con este chaparrito de aquí que me está haciendo ojitos —dijo Dimitri, refiriéndose al agente *tortellini* que, efectivamente, no le quitaba el ojo de encima.

Por la noche, en la fiesta de inauguración de Villa Guadalupe, Fabio estaba especialmente nervioso:

—Tranquilo, Fabio, todo va a salir bien. Seguro que sueltan a Cayetana a tiempo para oír tu discurso —dijo Mr. Thomas, dándole una palmada en la espalda.

—Ya la soltaron, Mr. Thomas, ella y Dimitri vienen para acá.

—¿Entonces, qué te pasa, muchacho?

—Déjalo, Percival. Lo que se trae entre manos es más emocionante de lo que te crees —dijo Linda, con ojos pícaros.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque soy su cómplice —contestó Linda.

—¿Qué me están ocultando?

Fabio carraspeó e intentó que le salieran las palabras, pero fue imposible y terminó por sacar del bolsillo de su americana una cajita que le mostró a Mr. Thomas.

—¿Te gusta? Lo ayudé a elegirlo yo —dijo Linda.

—Es muy bonito. ¿Por qué te pone nervioso? —preguntó Mr. Thomas.

—Percival, no entiendes nada... ¡Fabio le va a pedir a Cayetana que se case con él!

Mr. Thomas los miró a los dos con gesto extraño:

—Es un anillo de compromiso —dijo Fabio.

—Pero no es de diamantes. Es una esmeralda, si no me equivoco.

—Ay, Percival, ¿no entiendes nada? ¿De veras crees que con todo lo que pasó en Cancún, Cayetana querrá ver un diamante en su mano cada día? —dijo Linda.

—Buen razonamiento, sí. ¿Y cuándo se lo piensas pedir, muchacho? ¿Quieres que lo anuncie yo en mi discurso? —propuso Mr. Thomas.

—No lo sé, pero dudo que quiera algo tan llamativo —murmuró Fabio.

—Muchacho —dijo de pronto Mr. Thomas—, date la vuelta despacio y no te desmayes.

Cuando Fabio se grió, Dimitri, Sara y Juan entraban en el *hall* de Villa Guadalupe y, tras ellos, apareció Cayetana. Estaba radiante a pesar de que llevaba un sencillo vestido de noche azul marino salpicado de flores que había bordado ella misma, y su pelo caía sobre sus hombros, libre de cualquier peinado sofisticado.

—Mr. Thomas, puedo... —suplicó Fabio con la mirada.

El magnate lo miró muy serio, con gesto implacable.

—No, Fabio, este es tu proyecto y hoy lo inauguramos, no te puedes ir. ¡Tienes que hablar tú también!

—Oh, no digas tonterías, Percival. Yo me puedo hacer cargo de todo y a ti te encanta hablar. Podemos hacer esto solos —aseguró Linda.

Mr. Thomas movió la cabeza contrariado pero, al final, accedió:

—Está bien, pero voy a prohibirte hablar con mi esposa, Fabio. Lo entiendes, ¿verdad?

—Gracias, Mr. Thomas.

Con el anillo en la mano, Fabio cruzó la recepción de Villa Guadalupe y se llevó a Cayetana antes de que ella pudiera protestar.

Cruzarón el jardín trasero, iluminado con velas y antorchas, y salieron a la playa.

—Fabio, ¿qué pasa? —le preguntó Cayetana.

—Que te quiero.

—Lo sé, Fabio, y yo a ti, pero te están esperando en tu hotel.

—Olvídate de eso y escucha, tengo algo que decirte.

—¿El qué?

Fabio le apartó un mechón de pelo de la frente y la abrazó.

—Una vez me dijiste que el amor era como el tequila, porque te hace perder la razón y, cuando despiertas, la realidad puede ser horrible. Yo perdí la razón contigo hace mucho tiempo, Cayetana, y aunque estoy seguro de que mi realidad sería mejor que un sueño, no quiero despertar. Eres mi amor y mi tequila, y quiero que lo sigas siendo siempre.

—Fabio, ¿me estás diciendo que yo te emborracho? —preguntó Cayetana, con voz sensual.

—No, Cayetana, te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Sara escuchó a su hermana gritar a lo lejos y tuvo la certeza de lo que estaba ocurriendo.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Juan.

—Sí, ¿era tu hermana?

—Creo que sí. Me temo que no tardaremos en tener una boda a la italiana.

—O dos —dijo Juan—. Mira quién viene por ahí.

Sara se dio la vuelta y vio entrar al policía bajito que había ido a detener a Cayetana. Aunque no llevaba uniforme, buscaba con la mirada con tanto afán, que Sara se preocupó:

—¿Habrán venido a por Caye otra vez?

—Lo dudo —dijo Juan—, mira.

El policía sonrió de pronto y la inmensa figura de Dimitri se abrió paso entre la gente hasta que llegó a él. Se dieron la mano mirándose a los ojos y apenas cruzaron unas palabras antes de escabullirse rumbo a la playa.

Casi una hora más tarde, después de que Mr. Thomas diera su discurso y explicara que el señor Conti, el director de Villa Guadalupe, se incorporaría a la fiesta en cuanto le pidiera matrimonio a su futura esposa, Fabio y Cayetana aparecieron en el salón donde tenía lugar la fiesta. Al verlos

llegar, con el pelo revuelto y arena por todas partes, los invitados los recibieron con aplausos, silbidos y todo tipo de gestos de picardía italiana.

—¡Sarita! ¡Linda! ¡Me caso! —dijo Cayetana mostrando su mano para que pudieran ver su flamante anillo.

Pero ni Linda ni Sara pudieron decir nada porque, tras ella, apareció Dimitri con el agente *tortellini* de la mano.

—Mr. Thomas, *papasote*, vayan haciéndome sitio en este antro porque me late que me quedo aquí para siempre.

—¿No decías que no te gustaba Europa porque no cabías en ninguna parte? —le preguntó Cayetana, sonriendo.

—Pues sí, güerita, pero Dimitri propone, Dios dispone, llega el diablo y todo lo descompone. Como que ya le estoy viendo el encanto a todo lo chiquito.

—Bueno, ¡todo esto merece un brindis! —dijo Mr. Thomas—. ¿Un tequila?

—¡No! —gritaron todos a la vez.

—Bueno, pues brindemos con champán.

Nota de la autora

Chavela Vargas, en una entrevista en la que se declaró mexicana siendo natural de Costa Rica, dijo que «los mexicanos nacemos donde se nos da la rechingada gana». Yo soy española de sangre y tica de corazón, pero como buena mexicana se ve que me dio la rechingada gana de nacer en el mero México y creo que no fue casualidad. Por algo me muero por el picante, se me enchina la piel cuando oigo una ranchera de José Alfredo Jiménez y me casé por la noche, un 15 de septiembre.

Agradecimientos

Pude haber escrito *Amor y tequila* describiendo México de memoria, pero a veces los recuerdos tiran tanto de uno que te obligan a volver, como diría Gardel, otro tico como yo, «con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez». Así que volví y lloré todo el rato, ante la atónita mirada de mis hijas y del señor Vela, porque en cuanto piso México me doy cuenta de que la época más feliz de mi vida, esa en la que se forjan los sueños, ocurrió de verdad.

Parte de esa época tan feliz la componen mi tía Rosita y mis primas MariCruz (Tusi) y MariCarmen, cuya ayuda fue fundamental para llenar de México (y de aluxes) esta historia. Os quiero infinito.

Y por acogerme en España y hacerme sentir que aquí también pertenecía a una familia, quiero darles las gracias a mis primos los poios de este lado del Atlántico, por esas primadas llenas de *energy*.

También quiero darles las gracias a Consuelo y a Eva, de Versátil Ediciones, y, en especial, a Esther, por ayudarme a darle a todo ese sabor mexicano que vamos a celebrar en cuanto podamos con tequilita del bueno.

Gracias como siempre a los seis abuelos intergalácticos, a mis amigas de siempre y a mis chicas de Leadingself. A Inés y a Eva por ser el motor de mi vida y a Gonzalo, el señor Vela, por ser mi amor y mi tequila.

Por último, no puedo despedirme sin darles las gracias a los miembros de la Policía Nacional de la comisaría del aeropuerto de Barajas, porque gracias a su buen hacer, los idiotas que olvidamos el DNI o el pasaporte en casa podemos, felizmente, subirnos a un avión. Sois lo máximo.